COLECCIÓN UNIVERSAL

R. DOZY

Historia
de los musulmanes de España
hasta la conquista de los Almoravides

TOMO III

La traducción del francés ha sido
hecha por Magdalena Fuentes.



MADRID, 1920

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 6 y 8.—MADRID.

LIBRO TERCERO

EL CALIFATO

I

Por no interrumpir la historia de la insurrección de Andalucía, llegamos en el libro precedente al año 932; pero como ahora va a ocuparnos la guerra extranjera, será preciso que retroceda el lector al comienzo del reinado de Abderrahman III.

La insurrección de los españoles y de la aristocracia árabe no era entonces el único riesgo que amenazaba la existencia del Estado; dos potencias vecinas, la una reciente, la otra antigua ya, le ponían igualmente en peligro: eran el reino de León y el califato africano, que acababa de fundar una secta xiita: la de los Ismaelitas.

De acuerdo en los principios fundamentales, reconociendo todos que el *imanato*, es decir, la jefatura temporal y espiritual de los musulmanes, pertenecía a la posteridad de Alí, y que el *imán*

es impecable, los xiitas o partidarios del derecho divino formaban, no obstante, muchas sectas, y lo que sobre todo las mantenía divididas era el dilucidar cuál—entre los descendientes del sexto imán Chafar, el Verídico—tenía derecho al imanato. Chafar había tenido muchos hijos, de los cuales el mayor se llamaba Ismael, y el segundo, Musa; pero como Ismael había muerto antes que su padre, en el año 762, la mayor parte de los xiitas habían reconocido por imán a Musa, después de la muerte de Chafar. La minoría, por el contrario, no quiso someterse a él. Diciendo que el mismo Dios, por boca de Chafar, había designado como sucesor de este último a Ismael, y que el Ser Supremo no puede revocar una resolución una vez dada, estos ismaelitas, así los llamaban, no reconocían por imán más que a Ismael y a sus descendientes. Pero dichos descendientes no tenían ambición. Desanimados por el fracaso de todas las empresas de los xiitas, y no queriendo compartir la suerte de sus antepasados, muertos casi todos prematuramente por el veneno o por el acero, esquivaban los peligrosos y comprometedores homenajes de sus partidarios e iban a ocultarse en el fondo del Jorasán y del Kandahar (1).

Abandonada así por sus jefes naturales, la secta de los ismaelitas parecía destinada a extinguirse obscuramente, cuando un persa, hábil y

---

(1) Chouaini, traducción de M. Defremery, en el *Journal asiatique*, quinta serie, t. VIII, pp. 363 y 364.

audaz, vino a imprimirle una dirección y una vida nuevas.

En la patria de este hombre, el islamismo había hecho casi los mismos progresos que en España. Había recibido en su seno un considerable número de prosélitos; pero no había extirpado las otras religiones, y el antiguo culto, el magismo, florecía al lado suyo. Si los musulmanes hubieran cumplido rigurosamente la ley de Mahoma, no habrían dejado a los guebros más que elegir entre la conversión al islamismo o la espada. No poseyendo ningún libro sagrado, revelado por un profeta que los musulmanes reconociesen como tal, los adoradores del fuego no podían tener la pretensión de ser tolerados; pero, en aquellas circunstancias, la ley de Mahoma resultaba inaplicable. Los guebros eran numerosísimos; adictos en cuerpo y alma a su religión, rechazaban cualquier otro culto con una tenacidad inflexible. ¿Iban a degollar a aquellas buenas gentes tan sólo porque querían salvarse a su modo? Esto habría sido muy cruel y además muy peligroso, porque podía producir una insurrección general. En parte por humanidad, y en parte por política, los musulmanes pasaron por encima de la ley, y una vez admitido el principio de tolerancia, permitieron a los guebros practicar por doquiera su culto en público; de suerte que cada ciudad y hasta cada pueblo tenía su *Pireo;* y lo que es más: el Gobierno protegía a los guebros hasta contra el clero musulmán, haciendo azotar a los

imanes y a los muecines que habían intentado transformar los templos del fuego en mezquitas (1).

Pero si el Gobierno era tolerante con los sectarios declarados del antiguo culto, que, como ciudadanos pacíficos, no turbaban la tranquilidad del Estado, no lo era ni podía serlo con los falsos musulmanes, con los supuestos conversos, que de corazón eran paganos todavía e intentaban minar sordamente el islamismo, injertando en él sus propias doctrinas. En Persia, como en España, las conversiones aparentes, cuyo verdadero móvil era un interés mundano, habían sido numerosas, y los falsos musulmanes eran generalmente los hombres más inquietos y ambiciosos de la sociedad. Rechazados por la aristocracia árabe, que en todas partes se mostraba muy exclusivista, soñaban con la resurrección de una nacionalidad y de un imperio persa (2). El Gobierno se ensañaba en ellos con implacable rigor; para contenerlos y castigarlos, el califa Mahdi creó hasta un tribunal de inquisición, que siguió funcionando hasta el fin del reinado de Harun ar-Raxid (3). Como sucede ordinariamente, la persecución engendró la rebelión. Babec, el jefe de la secta de los *jorramia* o *libertinos*—como los llamaban sus enemigos—, se sublevó en el Aderbaichan.

(1) Chowlsohn, *Los sabeístas y el sabeísmo,* t. I, páginas 283-291.

(2) Compárese con el pasaje de *Fihrist,* citado por Chowlsohn, t. I, p. 289.

(3) Weil, t. II, p. 107.

Durante veinte años—817-837—este Ben-Hafsun de Persia tuvo en jaque a los numerosos ejércitos de los califas, que no llegaron a apoderarse de él sino después de haber sacrificado a doscientos cincuenta mil soldados. Pero más difícil aún que el domar rebeliones a mano armada era descubrir y desarraigar las sociedades secretas, que la persecución había hecho nacer, y que propagaban en la sombra, ya las antiguas doctrinas persas, ya ideas filosóficas, más peligrosas aún, porque en Oriente el choque de muchas religiones había producido el resultado de que multitud de gentes las repudiasen y las despreciasen todas. "Todos estos supuestos deberes religiosos—decían—son buenos a lo sumo para el pueblo; pero de ningún modo son obligatorios para los hombres cultos. Todos los profetas no eran más que impostores, que aspiraban a obtener la preeminencia sobre los demás hombres." (1)

Del seno de estas sociedades secretas salió, a comienzo del siglo IX, el renovador de la secta de los Ismaelitas. Se llamaba Abdala aben-Maimun. Oriundo de una familia persa, que había profesado las doctrinas de los sectarios de Bardesanes—que admitían dos dioses, de los cuales uno había creado la luz y otro las tinieblas—, e hijo de un *espíritu fuerte* ocultista que, para escapar de las garras de la inquisición, de que acababan de ser víctimas setenta amigos suyos, se había

(1) Macrizi, en el *Journ. asiat.*, tercera serie, t. II, p. 134.

refugiado en Jerusalén, donde enseñaba secretamente las ciencias ocultas, fingiendo piedad y un gran celo por las pretensiones de los xiitas, Abdala aben-Maimun se convirtió, bajo la dirección de su padre, no sólo en un hábil prestidigitador y en un sabio ocultista, sino en un profundo conocedor de todos los sistemas teológicos y filosóficos. Con ayuda de sus prestigios, intentó primero hacerse pasar por profeta; pero no habiendo tenido éxito en esta tentativa, concibió poco a poco un proyecto más vasto.

Ligar en un mismo haz a vencedores y vencidos; reunir en una misma sociedad secreta—en la que hubiese muchos grados de iniciación—a los librepensadores, que no veían en la religión más que un freno para el pueblo, y a los beatos de todas las sectas; servirse de los creyentes para hacer reinar a los incrédulos, y de los conquistadores para derribar el imperio que ellos mismos habían fundado; formarse, en fin, un partido numeroso, compacto y disciplinado, que, llegado el momento, elevase al trono, si no a él mismo, al menos a sus descendientes: tal fué la idea dominante de Abdala aben-Maimun, pensamiento extraño y audaz, pero que realizó con un tacto asombroso. una destreza incomparable y un conocimiento profundo del corazón humano.

Los medios que empleó estaban calculados con una bellaquería diabólica. En apariencia, era ismaelita. Esta secta parecía condenada a extinguirse, por falta de jefe; él le infundió nueva

vida, prometiéndole uno. "Nunca—decía—el mundo ha estado, ni estará, privado de un imán. Si uno es imán, su padre y su abuelo lo han sido antes que él; y así, sucesivamente, remontándose hasta Adán; del mismo modo, el hijo y el nieto de un imán lo serán también, y así hasta el fin de los siglos. No es posible que muera un imán sin que antes le haya nacido un hijo, que será imán después de él. Pero el imán no siempre es visible. Unas veces se revela, y otras permanece oculto, como el día y la noche, que se suceden entre sí. En la época en que el imán se manifiesta, su doctrina permanece oculta. Por el contrario, cuando él permanece encubierto, es revelada su doctrina y sus misioneros se presentan a los mortales." (1) En apoyo de esta doctrina, Abdala citaba pasajes del Corán, sirviéndose de ella para mantener despiertas las esperanzas de los ismaelitas, que aceptaron la idea de que el imán se ocultaba, mas para reaparecer en seguida y hacer reinar sobre la tierra la justicia y el orden. Sin embargo, en lo más profundo de su pensamiento Abdala menospreciaba esta secta, y su pretendida adhesión a la familia de Alí no era más que un medio para realizar sus propósitos. Persa de corazón, envolvía a Alí, a sus descendientes y a los árabes en general en un mismo anatema. Comprendía muy bien—y en esto no se equivocaba—que si un Alida conseguía fundar un

---

(1) Chouaini, en el *Journ. asiat.*, quinta serie, t. VIII, páginas 364 y 365.

imperio en Persia, como hubieran querido los persas, éstos no hubiesen ganado nada en ello, y recomendaba a sus afiliados matar sin piedad a todos los descendientes de Alí que cayesen en su poder (1). Así, no era entre los xiitas entre los que buscaba sus verdaderos mantenedores, sino entre los guebros, los maniqueos, los paganos de Harran y los partidarios de la filosofía griega (2); sólo de éstos se podía fiar, sólo a éstos se podía decir lentamente la última palabra del misterio, revelándose que los imanes, las religiones y la moral no eran más que una impostura, una farsa. Los demás hombres, los *asnos*—como los llamaba Abdala—, no eran capaces de comprender tales doctrinas. Sin embargo, para alcanzar el fin que se proponía, no desdeñaba su concurso; al contrario, le solicitaba, pero cuidando de no iniciar a las almas tímidas y creyentes más que en los primeros grados de la secta. Sus misioneros—a los cuales había inculcado que su primer deber era disimular sus verdaderos sentimientos y amoldarse a las ideas de aquellos a quienes se dirigían—se presentaban bajo mil formas diversas y hablaban, por decirlo así, a cada uno un idioma diferente. Cautivaban a la masa ignorante y grosera por los juegos de prestidigitación, que hacían pasar como milagros, o por los enigmáticos discursos, con que excitaban

---

(1) De Sacy, *Exposición de la religión de los druzos*, introducción, p. CLXIV.

(2) Véase De Sacy, pp. CXLIX-CLIII.

su curiosidad. Ante los beatos, se ponían la máscara de la virtud y la devoción. Místicos con los místicos, les explicaban el sentido íntimo de las cosas externas, las alegorías y el sentido alegórico de las mismas alegorías. Explotando las calamidades de la época y las vagas esperanzas de un porvenir mejor que alimentaban todas las sectas, prometían a los musulmanes la próxima llegada del Mahdi, anunciado por Mahoma; a los judíos, la del Mesías, y a los cristianos, la del Paracleto. Se dirigían hasta a los árabes, ortodoxos o sunnitas, los más difíciles de ganar, porque su religión era la religión predominante; pero necesitaban de ellos para ponerse al abrigo de las sospechas y persecuciones de la autoridad, como necesitaban servirse de sus riquezas. Se halagaba, ante todo, el orgullo nacional del árabe, diciéndole que todos los bienes de la tierra pertenecían a su nación y que los persas no habían nacido más que para la esclavitud; se intentaba lograr su confianza alardeando de un profundo menosprecio hacia el dinero y fingiendo una gran piedad; una vez obtenida esta confianza, se los aniquilaba, abrumándolos a fuerza de oraciones, hasta que llegaban a ser *perinde ac cadáver;* después de lo cual, se los persuadía fácilmente de que debían sostener la secta con donativos pecuniarios y dejarle en el testamento todo lo que poseían (1).

(1) De Sacy, pp. CXII, CLIII-CLVI.

Así, multitud de gentes de diversas creencias trabajaban juntas en una obra cuyo fin no era conocido más que por un corto número. Esta obra avanzaba, pero lentamente. Abdala sabía que no la vería realizada (1) él mismo; pero encomendó su continuación a su hijo Ahmed, que le sucedió como gran maestre. Durante la jefatura de Ahmed y sus sucesores, la secta se difundió rápidamente, contribuyendo a esto, sobre todo, el que gran número de individuos de la otra rama de los xiitas se unieron a ella. Esta rama, como ya hemos dicho, reconocía por imanes a los descendientes de Musa, el hijo segundo de Chofar el Verídico; pero cuando el duodécimo descendiente, Mohámed, hubo desaparecido, a la edad de doce años, en un subterráneo, donde había entrado con su madre—879—, y cuando sus partidarios, los duodecimanos, como los llamaban, dejaron de esperar su reaparición, se afiliaron fácilmente a los ismaelitas, que tenían sobre ellos la ventaja de contar con un jefe vivo, pronto a darse a conocer cuando las circunstancias se lo permitieran.

El 884, un misionero ismaelita, Ben-Hoxab, que antes había sido duodecimano, comenzó a predicar públicamente en el Yemen. Hízose dueño de Sana, y envió misioneros a casi todas las provincias del imperio. Dos de ellos fueron a *trabajar*, según la expresión de los xiitas, el país de los ketamianos, en la provincia actual de Constan-

(1) De Sacy, p. CLXII.

tinopla, y cuando murieron, Ben-Hoxab los reemplazó por uno de sus discípulos, llamado Abu-Abdala.

Activo, atrevido, elocuente, lleno de sutileza y astucia, sabiendo además amoldarse a la limitada inteligencia de los berberiscos, Abu-Abdala no podía ser más adecuado para la misión que iba a cumplir, si bien todo induce a creer que no conocía más que los grados inferiores de la secta, porque hasta los misioneros ignoraban a veces su verdadero objeto (1). Comenzó por enseñar a los hijos de los ketamianos, esforzándose en ganar la confianza de sus huéspedes, y cuando se creyó seguro del éxito, arrojó la máscara, se declaró xiita y precursor de Mahdi y prometió a los ketamianos los bienes de este mundo y del otro, si querían tomar las armas por la santa causa. Seducidos por los místicos discursos del misionero, y más aún por el cebo del pillaje, los ketamianos se dejaron persuadir fácilmente; y como su tribu era entonces la más numerosa y poderosa de todas, la que además había sabido conservar mejor su antigua independencia y su espíritu guerrero, sus triunfos fueron rapidísimos. Después de arrebatar todas sus ciudades al último príncipe de la dinastía de los Aglabidas —la cual había reinado más de un siglo—le obligaron a huir de su residencia, con tal precipitación que no tuvo ni tiempo para llevarse a su

(1) De Sacy, p. CXIX.

querida. Entonces Abu-Abdala elevó al trono al Mahdi—909—. Era gran maestre de la secta Said, descendiente de Abdala el ocultista, pero que se fingía descendiente de Alí y se hacía llamar Obaidala. Proclamado califa, este fundador de la dinastía de los Fatimitas ocultó cuidadosamente sus verdaderos principios. Tal vez habría procedido con más franqueza si el teatro de sus triunfos hubiera sido otro país; Persia, por ejemplo; pero como debía el trono a una horda semi bárbara que no entendía de especulaciones filosóficas, le fué forzoso no sólo disimular él mismo, sino contener a los individuos más avanzados de la secta, que comprometían su porvenir con atrevimientos intempestivos (1). Por esto el verdadero carácter de la secta no se mostró a la luz del día hasta comienzos del siglo XI, cuando el poder de los Fatimitas estaba tan consolidado que nada tenía que temer, y gracias a sus numerosos ejércitos y a sus inmensas riquezas, podían dar al traste hasta con los pretendidos derechos de su nacimiento (2). Por el contrario, en su origen los ismaelitas no se distinguieron de las demás sectas musulmanas más que por su intolerancia y crueldad. Piadosos y sabios fa-

(1) Arib, t. I, p. 190.

(2) El califa Moiz, interrogado sobre las pruebas de su parentesco con el yerno del Profeta, respondió con altanería, desenvainando a medias su espada: "¡He aquí mi genealogía!" Después, derramando a manos llenas las monedas de oro sobre los concurrentes, añadió: "¡He aquí mis pruebas!" Todos dijeron que esta demostración les parecía incontestable.—*Journ. asiat.*, tercera serie, t. III, p. 167.

quíes fueron azotados, mutilados o crucificados, porque habían hablado con respeto de los tres primeros califas (1), olvidando una fórmula xiita o pronunciando un *fetfa*, según el código de Malic. Se exigía de los conversos una sumisión a toda prueba. Bajo pena de ser dellogado como un infiel, el marido debía sufrir que se deshonrara a su mujer en presencia suya, después de lo cual estaba obligado a consentir que le abofeteasen y escupiesen en la cara. Obaidala—preciso es decirlo en su honor—procuraba muchas veces reprimir la cólera brutal de sus soldados; pero casi nunca lo conseguía. Sus sectarios, que no querían—según afirmaban—un Dios invisible, le divinizaban de buen grado, conforme a las ideas de los persas, relativas a la encarnación de la divinidad en la persona del monarca; pero era a condición de que les permitiese hacer cuanto quisieran. Nada iguala a los horrores que aquellos bárbaros cometieron en las ciudades conquistadas. En Barca, su general hizo partir en pedazos y asar a algunos de los habitantes de la ciudad; después obligó a otros a comer de esta carne, y, finalmente, hizo arrojar a estos últimos en el fuego. Sumidos en un mudo estupor, y no creyendo que había una Providencia que regulara los humanos destinos, los infelices africanos no cifraban sus esperanzas sino más allá de la tum-

(1) Obaidala hacía maldecir en las oraciones públicas a todos los compañeros de Mahoma, excepto a Alí y a otros cuatro.

ba. "Pues Dios tolera todo esto—dice un libelista de la época (1)—, es evidente que, a sus ojos, este bajo mundo es demasiado despreciable para que se digne ocuparse de él. Pero llegará el último día y entonces Dios juzgará."

Por sus pretensiones a la monarquía universal, los Fatimitas eran peligrosos vara todos los Estados musulmanes, pero especialmente para España. Desde un principio habían echado el anzuelo a este rico y hermoso país. Apenas se halló en posesión de los estados de los Aglabidas, Obaidala había ya entablado una negociación con Ben-Hafsun, y éste le había reconocido como soberano. Alianza tan singular no condujo a nada; pero los Fatimitas no se desanimaron. Sus espías recorrían la península en todas direcciones, pretextando asuntos comerciales, y puede formarse idea de lo que referían a sus señores cuando se lee lo que uno de ellos, Ben-Haucal, escribía en el relato de sus viajes. Apenas comienza a hablar de España, se expresa de esta manera (2): "Lo que más asombra a los extranjeros que llegan a esta península es que pertenezca aún al soberano que reina en ella, porque sus habitantes son gente sin dignidad y sin talento; son cobardes, montan muy mal a caballo y son completamente incapaces de defenderse contra soldados aguerridos. Mas, por otra parte, nuestros dueños—a quienes Dios bendiga—conocen muy bien

(1) Ben-Adari, t. I, p. 295.
(2) Man. de Leyde, p. 39.

lo que vale este país, las contribuciones que produce, sus bellezas y sus delicias."

Si los Fatimitas conseguían poner el pie en el territorio de Andalucía, seguramente habrían encontrado partidarios. La idea de la próxima aparición del Mahdi se había difundido por España, lo mismo que por todo el resto del mundo musulmán. Ya en el año 901—como referiremos más adelante—un príncipe de la dinastía Ommíada se había atribuído el papel del esperado Mahdi; y en un libro, escrito unos veinte años antes de la fundación del califato fatimita (1), se encuentra una predicción del célebre teólogo Abdalmelic ben-Habib—muerto en 853—, según el cual un descendiente de Fátima vendría a reinar en España, conquistaría Constantinopla—ciudad considerada aún como la metrópoli del cristianismo—, mataría a todos los cristianos varones de Córdoba y de las provincias inmediatas, y vendería a sus mujeres y a sus hijos, de suerte que se podría comprar un muchacho por un látigo y una muchacha por una espuela. Como de ordinario sucede, las gentes de la clase baja eran quienes creían más estas profecías; pero aun entre las personas bien educadas, y especialmente entre los librepensadores, hubieran podido hallar partidarios los fatimitas. La filosofía había penetrado en España, durante el reinado de Mohámed, el quinto emir ommíada (2); pero siendo los españoles más intoleran-

(1) Tarij ben-Habib, p. 160.
(2) Said de Toledo, fol. 246 r.

tes que los asiáticos, los filósofos eran mirados allí con malos ojos, y los teólogos andaluces, que habían hecho el viaje a Oriente, no hablaban sino con un santo horror de la tolerancia de los Abásidas, y sobre todo de aquellas reuniones de sabios de todas las religiones y de todas las sectas donde se disputaba sobre cuestiones metafísicas, dejando a un lado toda revelación, y donde los mismos musulmanes ponían a veces en ridículo el Corán (1). El pueblo detestaba a los filósofos, los trataba de impíos y los quemaba o apedreaba muy a gusto (2). Los librepensadores tenían, pues, que disimular sus sentimientos, y naturalmente esta sujeción les pesaba. ¿No iban a estar dispuestos a apoyar a una dinastía cuyos principios estaban conformes con los suyos? Lícito es suponerlo y, según parece, los Fatimitas lo creían así; hasta suponemos que intentaron fundar una logia en España, y que para ello se valieron de Men-Masarra, filósofo panteísta, de Córdoba, que había estudiado, sobre todo, las traducciones de ciertos libros griegos, atribuídos por los árabes a Empédocles. Obligado a abandonar su patria por haber sido acusado de impiedad, se había ido a recorrer el Oriente, donde se familiarizó con las doctrinas de diferentes sectas y donde parece que se afilió a la sociedad secreta de los Ismaelitas.

---

(1) Véanse Homaidi, fol. 47 r. y v. He publicado una traducción de este pasaje en el *Journ. asiat.*, quinta serie, tomo II, p. 93. Compárese también, con relación a las reuniones de que se habla en el texto, Abu-'l-mahasin, t. I, páginas 420 y 421, con Masudi, *apud* Chwolsohn, t. II, p. 622.
(2) Macari, t. I, p. 136.

Lo que nos inclina a suponerlo fué su conducta después de volver a España; pues entonces, en vez de exponer abiertamente sus opiniones, como había hecho en su juventud, las ocultaba alardeando de una gran devoción y de una rigurosa austeridad, por haberle enseñado los jefes de la sociedad secreta—así al menos lo creemos—que era preciso atraer y seducir a las gentes con las exterioridades de la piedad y la ortodoxia. Gracias a la máscara que había adoptado y también a su arrebatadora elocuencia, supo engañar al vulgo y adquirir un gran número de discípulos, que conducía lentamente, y paso a paso, de la fe a la duda y de la duda a la incredulidad; pero no consiguió engañar al clero, que, justamente alarmado, hizo quemar si no al mismo filósofo—porque Abderrahman III no lo hubiera permitido—, al menos sus libros (1).

Por lo demás, fuese o no fuese Aben-Masarra emisario de los Ismaelitas—porque no existe testimonio positivo sobre este punto—, parece indudable que los Fatimitas no descuidaban ningún medio para formarse un partido en España, y que, hasta cierto punto, lo consiguieron (2). Su domi-

---

(1) Véanse, sobre Aben-Masarra—883-931—, el *Tarij al-hocama—apud* Amari, *Biblioteca Arabo-Sicula*, pp. 614 y 615—; Aben-Jacan, *Matmah*, l. II, c. 11—este capítulo se encuentra también en Macari, t. II, p. 376—; Homairi, folio 27 r., y Ben-Hazm, *apud* Macari, t. II, p. 121. El célebre Zobaidi escribió un libro para refutar las opiniones de este filósofo—Aben-Jalican, fasc. VII, p. 61—.

(2) Abderrahman III, como referimos más adelante, mandó decapitar a un príncipe de su familia, a causa de sus opiniones xiitas.

nación hubiera sido, sin duda, un beneficio para los librepensadores, pero un azote terrible para las masas, y especialmente para los cristianos. Una frase fríamente bárbara del viajero Ben-Haucal demuestra lo que estos últimos podían esperar de los fanáticos ketamianos. Habiendo advertido que los cristianos, establecidos a millares en gran número de poblaciones, originaban a menudo grandes dificultades al Gobierno con sus insurrecciones, Ben-Haucal propone un medio muy expeditivo para evitarlas de allí en adelante: exterminarlos desde el primero hasta el último. Tal medida era a sus ojos excelente, y la única objeción que se le ocurre es que requeriría mucho tiempo para ejecutarla. ¡No era, después de todo, más que cuestión de tiempo! Los ketamianos, como se ve, hubieran realizado a la letra la predicción de Abdalmelic ben-Habib.

Tal era el peligro que amenazaba a la España árabe por el Sur; pero aun era más grave al que se hallaba expuesta por el Norte, donde el reino de León se engrandecía de día en día.

Nada más humilde que el origen de este reino. En el siglo VIII, cuando la provincia que habitaban se había ya sometido a los musulmanes, trescientos hombres, mandados por el valiente Pelayo, habían buscado un refugio en las altas montañas del este de Asturias. Una gran caverna—la de Covadonga—les servía de albergue. Muy elevada sobre el suelo—aun hoy se sube allí por medio de una especie de escalera de noventa gradas—, se

abre en una enorme roca, en el fondo de un valle tortuoso, profundamente surcado por un torrente, y tan estrechamente encerrado entre dos cadenas de peñas escarpadísimas, que un hombre a caballo casi no puede penetrar en él (1). Un puñado de valientes podía, por lo tanto, defenderse allí aun contra fuerzas muy superiores. Esto es lo que hicieron los asturianos; pero llevaban una existencia muy miserable, y habiéndose rendido algunos de sus compañeros y muerto otros, por falta de víveres, llegó un momento en que Pelayo no tuvo en torno suyo más que cuarenta personas, entre ellas diez mujeres, y en que no disponían de más alimento que la miel que depositaban las abejas en las hendeduras de la roca. Entonces los musulmanes los dejaron en paz, diciéndose que, después de todo, una treintena de hombres no era de temer, y que sería trabajo perdido aventurarse, por ellos, en un valle tan peligroso, donde tantos valientes habían encontrado ya una muerte sin gloria (2). Gracias a este respiro, pudo Pelayo reforzar su banda, y habiéndosele unido muchos fugitivos, tomó la ofensiva y empezó a hacer incursiones por las tierras de los musulmanes. Queriendo poner término a estas depredaciones, el bereber Munusa, que era entonces gobernador de Asturias, envió contra él a uno de sus lugartenientes, llamado Alcama; pero la expedición de éste fué desgraciadí-

---

(1) Morales, que escribía su *Crónica General* en el siglo XVI, trae una descripción detallada y muy pintoresca de esta caverna y de este valle—t. III, fols. 3 y 4—.

(2) Macari, t. II, pp. 9 y 10, 671 y 672.

sima, pues sus soldados sufrieron una terrible derrota, y él mismo fué muerto. El éxito obtenido por la banda de Pelayo enardeció a los demás asturianos, que se insurreccionaron, y entonces Munusa, que no tenía tropas suficientes para reprimir esta rebelión, y que temía le cortasen la retirada, abandonó Gijón—donde residía—, tomando el camino de León; mas, apenas había andado siete leguas, se vió atacado de improviso, y cuando llegó a León, después de experimentar considerables pérdidas, sus soldados, desalentados por completo, se negaron a volver a las ásperas montañas que habían sido testigos de sus infortunios (1).

Habiendo sacudido así el yugo de la dominación extranjera, los asturianos, algún tiempo después, vieron acrecentar su poderío. Hacia el Este, confinaba su provincia con el ducado de Cantabria, que no había sido sometido por los musulmanes; y cuando Alfonso, que reinaba allí y que se había casado con la hija de Pelayo, subió al trono de Asturias, las fuerzas de los cristianos se hallaron casi duplicadas. Desde entonces pensaron, naturalmente, en rechazar a los conquistadores más hacia el Sur. Las circunstancias vinieron en su ayuda. Los berberiscos, que formaban la mayoría de la población musulmana en casi todo el Norte,

(1) Los cronistas españoles, que han exagerado mucho la importancia de la victoria alcanzada por Pelayo, pretenden también que Munusa fué muerto durante la retirada. Sábese, por el contrario, que èste general sobrevivió muchos años a su derrota y que murió en Cerdeña. Véase Isidoro, c. 58, y compárese con Ben-Adari, t. II, p. 27, l. XV.

abrazando las doctrinas de los no-conformistas, se sublevaron contra los árabes y los echaron; pero al dirigirse al Mediodía fueron batidos, a su vez, y ojeados como fieras. Diezmados ya por la espada, lo fueron mucho más por el hambre horrible que, a partir del 750, asoló a España durante cinco años consecutivos. La mayor parte resolvió entonces abandonar la península para ir a unirse con sus hermanos de tribu, que moraban en la costa de Africa. Aprovechando esta emigración, los gallegos se sublevaron en masa contra sus opresores, en el año 751, y reconocieron a Alfonso como rey. Secundados por éste, mataron a gran número de enemigos, y obligaron a los demás a retirarse a Astorga. El año 753 ó 54, los berberiscos tuvieron que retirarse aún más hacia el Sur. Evacuaron Braga, Porto y Viseo, con lo cual toda la costa, hasta más allá de la embocadura del Duero, se encontró libre del yugo. Retrocediendo siempre, y no pudiendo permanecer ni en Astorga ni en León ni en Zamora ni en Ledesma ni en Salamanca, se replegaron a Coria y hasta a Mérida. Más al Este, abandonaron Saldaña, Simancas, Segovia, Avila, Oca, Osma, Miranda de Ebro, Cenicero y Alesanco, estas dos últimas en la Rioja. Las principales ciudades fronterizas del país musulmán fueron, desde entonces, de Oeste a Este: Coimbra, a orillas del Mondego; Coria, Talavera y Toledo, a orillas del Tajo; Guadalajara, Tudela y Pamplona.

De este modo, la guerra civil y la terrible ham-

bre del 750 emanciparon gran parte de España de la dominación musulmana, que no duró en estas regiones más que unos cuarenta años. Pero Alfonso aprovechó poco las ventajas obtenidas. Recorrió el país abandonado y pasó a cuchillo a los pocos musulmanes que encontró en él; pero no teniendo, ni bastantes siervos para cultivar un territorio tan extenso, ni bastante dinero para reconstruir las fortalezas que los musulmanes habían desmantelado o destruído antes de su partida, no pudo soñar con apoderarse de ellas y se llevó consigo a los indígenas cuando volvió a sus Estados. No ocupó sino los distritos más próximos a sus antiguos dominios. Eran éstos la Liébana, es decir, el suroeste de la provincia de Santander —Castilla la Vieja, llamada antes Bardulia—, la costa de Galicia y tal vez la ciudad de León. El resto no fué, durante mucho tiempo, más que un desierto, que formaba la barrera natural entre los cristianos del Norte y los musulmanes del Sur (1).

Pero lo que no pudo hacer Alfonso I lo realizaron sus sucesores. Casi siempre en guerra contra los árabes, establecieron su capital en León y reconstruyeron, poco a poco, la ciudades y las fortalezas más importantes. En la segunda mitad del siglo IX, cuando casi todo el Mediodía se había rebelado contra el emir, extendieron los límites de su Estado hasta el Duero, donde levantaron cuatro plazas fuertes: Zamora, Simancas, San Esteban de Gormaz y Osma, las cuales formaban

(1) Véanse mis *Investigaciones*, t. I, pp. 126 y sigs.

contra los musulmanes una barrera casi infranqueable, mientras el país, extenso, pero triste y estéril, que se extiende entre el Duero y el Guadiana, no pertenecía ni a los leoneses ni a los árabes; se lo disputaban aún (1). Por el Oeste, los leoneses estaban más cerca de sus enemigos naturales, puesto que sus fronteras se extendían más allá del Mondego (2). Pero estas fronteras eran repasadas algunas veces. Aprovechando la debilidad del emir, hacían atrevidas expediciones más allá del Tajo y del Guadiana (3), y las tribus, en su mayoría bereberes, que habitaban entre ambos ríos, podían oponerles tanta menos resistencia cuanto que muy frecuentemente se hallaban en guerra entre sí (4). Entonces érales forzoso humillarse ante los cristianos y resarcirse del saqueo.

Pero la hora de la venganza parecía, al fin, haber llegado para ellos. En el año 901, un príncipe de la dinastía Ommíada, Ahmed aben-Moauia, consagrado al estudio de las ciencias ocultas y aspirante al trono, se presentó a los bereberes, como el Mahdi, y los excitó a alistarse bajo sus banderas para marchar juntos contra Zamora, ciu-

---

(1) Según Ahmed ben-abi-Yacub, que escribía hacia el año 890, Mérida, a orillas del Guadiana, era una ciudad fronteriza. Véase de Goeje, *Specimen liter. exhibens descriptionen al-Magribi,* p. 16, libs. I-III del texto árabe.

(2) Véase Mon. Sil., c. 42, al fin, y *Chron. Conimbr.,* II.

(3) *Chron. Albendense,* c. 64. La expresión "castra de Nepza", de que se sirve este cronista, significa los castillos de la tribu berberisca de Nefza, que habitaba entre Trujillo y el Guadiana; véase Ben-Hayan, fol. 99 r. y 101 v.

(4) Ben-Hayan, fol. 99 r.

dad que Alfonso III había hecho reedificar en 893, por los cristianos de Toledo, aliados suyos, y que desde entonces fué el terror de los berberiscos, porque desde allí venían los leoneses a saquearlos, y allí ponían a salvo su botín, defendido por siete fosos y siete murallas (1). El llamamiento de Ahmed se vió coronado por un éxito inmenso. Ignorantes y crédulos, ardiendo en deseos de tomar el desquite, los bereberes se agruparon en masa en torno de un príncipe que hacía milagros, poco complicados, en verdad, y que les decía que las murallas de todas las ciudades caerían al aproximarse él. En pocos meses, el impostor reunió un ejército de sesenta mil hombres; le condujo hacia el Duero, y cuando llegó cerca de Zamora, envió a Alfonso III, que se hallaba en esta ciudad, una carta fulminante, en que le amenazaba con su cólera si él y sus súbditos no abrazaban inmediatamente el islamismo. Al escuchar la lectura de esta carta, Alfonso y sus nobles temblaron de indignación y de ira, y queriendo castigar en el acto a quien la había escrito, montaron a caballo y fueron a atacarle. Salió a su encuentro la caballería berberisca, y como era verano—en el mes de junio—, el Duero llevaba poca agua y el combate se entabló en el lecho del río. La suerte no favoreció a los leoneses, pues los berberiscos los

(1) Véase Ben-Hayan, fol. 83 r., y compárese la descripción de Zamora, que hace Masudi—en mis *Investigaciones*, t. I, p. 181—.

derrotaron, y cortándole la entrada de la ciudad, los empujaron hacia el interior del país.

Sin embargo, el término de la expedición fué muy diferente del que podía presagiarse por este primer combate. El supuesto Mahdi había adquirido un inmenso dominio sobre sus soldados; creyendo indigno de él dar órdenes de viva voz, las daba por señas, y obedecían a sus menores gestos con la mayor docilidad; pero cuanto más respeto infundía a los simples soldados, más excitaba la envidia de los jefes, los cuales presentían que, si tenía éxito la expedición, serían suplantados por el supuesto profeta, en cuya misión no creían. Así que ya habían buscado ocasión para asesinarle, y no la habían encontrado; pero mientras perseguían al enemigo, el más poderoso de ellos, Zalal aben-Yaix, jefe de la tribu de Nefza, declaró a sus amigos que habían cometido un gran error batiendo a los leoneses, y que era preciso enmendarlo antes de que fuese demasiado tarde. No le costó ningún trabajo convencerlos, y resolvieron todos enredar los asuntos del Mahdi. Mandaron tocar retirada, y cuando llegaron a las avanzadas, a la orilla derecha del Duero, recogieron los objetos que les pertenecían, diciendo que habían sido batidos y que el enemigo venía a sus alcances. Dieron fe a sus palabras, por lo mismo que no traían consigo más que parte de sus tropas, porque las demás no habían obedecido sus órdenes o no las habían entendido. Un terror pánico se apoderó de los ánimos. Buscando la salvación en

una pronta fuga, gran número de soldados corrieron hacia el Duero; y viendo esto, la guarnición de Zamora hizo una salida y acuchilló a muchos de ellos en el instante en que intentaban pasar el río. Sin embargo, los leoneses, detenidos por el grueso del ejército musulmán, que se hallaba aún a la orilla izquierda, no pudieron en aquel día ni en el siguiente hacer decisiva la ventaja que acababan de obtener, hasta que la deserción, cada vez más general, en las huestes del Mahdi, vino en su ayuda. En vano afirmaba el Mahdi que Dios le había prometido la victoria; no le creían, y al tercer día, cuando se vió abandonado de casi todos sus soldados, perdió él mismo toda esperanza. No queriendo sobrevivir a su deshonra, picó espuelas a su caballo, se lanzó entre los enemigos y encontró la muerte que buscaba. Su cabeza fué clavada en una puerta de Zamora (1).

El resultado de esta campaña aumentó, naturalmente, la audacia de los leoneses. Contando con el apoyo de Toledo, y sobre todo con la cooperación del rey de Navarra, Sancho el Grande, al cual debía su país una importancia que no había tenido hasta entonces, miraban cada vez más la España musulmana como una presa que no se les podía escapar. Todo los impulsaba hacia el Sur. Pobres, hasta el extremo de que a falta de numerario cambiaban aún unos objetos por

---

(1) Ben-Hayan, fol. 98 v.-102 v.; Sampiro, c. 14.

otros (1), e inducidos por sus sacerdotes—a los cuales eran ciegamente adictos y colmaban de regalos—a considerar la guerra contra los infieles como el medio más seguro de conquistar el cielo, buscaban en la opulenta Andalucía los bienes de este mundo y los del otro. ¿Escaparía Andalucía a su dominación? Si sucumbía, la suerte de los musulmanes iba a ser terrible. Crueles y fanáticos, los leoneses rara vez daban cuartel; de ordinario, cuando conquistaban una ciudad, pasaban a cuchillo a todos sus habitantes. No había que esperar de ellos una tolerancia como la que los musulmanes mostraban con los cristianos. ¿Qué sería, además, de la brillante civilización árabe, cada vez más desarrollada, bajo la dominación de estos bárbaros, que no sabían leer, que cuando querían medir sus tierras tenían que servirse de los sarracenos (2), y que cuando hablaban de una biblioteca, creían que se trataba de la Sagrada Escritura?

Como se ve, la tarea que esperaba a Abderrahman III, al principio de su reinado, era hermosa y grande, pues consistía en salvar su patria y la civilización misma; pero también era extremadamente difícil. El príncipe tenía que conquistar a sus propios súbditos y rechazar, por una parte, a los bárbaros del Norte, cuya insolencia había crecido al paso que se debilitaba el imperio mu-

---

(1) Carta, en Sota, Escri., I; otra carta—del año 993—en la *Esp. Sagr.*, t. XIX, p. 383.
(2) Carta, en Berganza, t. I, p. 197, col. 2.ª, l. VI.

sulmán; por otra, a los bárbaros del Mediodía, que, en un abrir y cerrar de ojos, se habían hecho dueños de un vasto Estado y creían apoderarse, a poca costa, de los andaluces. Abderrahman comprendió su misión. Ya hemos visto de qué modo conquistó y pacificó su propio reino; ahora vamos a ver cómo hizo frente a los enemigos exteriores.

II

Aunque Abderrahman III no hubiera tenido intención de volver sus armas contra los leoneses, éstos le habrían obligado a ello, porque en el año 914 su rey, el intrépido Ordoño II, rompió las hostilidades, entrando a sangre y fuego en el territorio de Mérida. Habiéndose apoderado de la fortaleza de Alanje, pasó a cuchillo a todos los defensores de la plaza y redujo a la esclavitud a sus mujeres y a sus hijos. Entonces, espantados los habitantes de Badajoz, y temerosos de compartir la suerte de sus vecinos, reunieron multitud de objetos preciosos y, con su príncipe a la cabeza, fueron a suplicar al rey cristiano que se dignase aceptarlos. Ordoño accedió; después, victorioso y harto de botín, repasó el Tajo y el Duero, y, una vez en León, dió a la Virgen una prueba de su reconocimiento edificándole una iglesia (1).

(1) Mon. Sil., c. 44 y 45; Aben-Jaldun, fol. 14 v. Me he atenido a este último autor en lo concerniente a la fecha.

Como los habitantes de los distritos que Ordoño había saqueado no se le habían sometido aún, Abderrahman, si hubiera querido, habría podido cerrar los ojos ante estos sucesos; pero no era ésta su manera de pensar. Comprendiendo perfectamente que era preciso ganarse los corazones de sus súbditos rebeldes, demostrándoles que podía defenderlos, decidió castigar al rey de León. Al efecto, en julio del 916 envió contra él un ejército considerable, mandado por Ben-abi-Abda, el antiguo general de su abuelo. La expedición de Ben-abi-Abda, la primera después de la que el supuesto Mahdi había realizado quince años antes, no fué, en verdad, más que una correría; pero en ella conquistaron los musulmanes cuantioso botín (1). Al año siguiente, Abderrahman, instado vivamente por los habitantes de la región fronteriza, que se quejaban de que los leoneses habían incendiado los arrabales de Talavera, a orillas del Tajo, ordenó a Ben-abi-Abda salir otra vez a campaña y sitiar la importante fortaleza de San Esteban de Gormaz, llamada también Castro-Moro (2). El ejército era numeroso y se componía, en parte, de mercenarios africanos, que Abderrahman había traído de Tánger; así que la expedición prometía ser feliz. Estrechamente bloqueada, la guarnición de San Esteban quedó pronto reducida al último extremo, y estaba ya a punto de rendirse, cuando Ordoño acudió en su socorro y atacó a

(1) Arib, t. II, p. 176; Aben-Jaldun, fol. 14 v.
(2) Arib, t. II, p. 186, l. III y IV.

Ben-abi-Abda. Desgraciadamente para este general, su ejército se componía, no sólo de soldados de Tánger, sino de gran número de habitantes de la frontera, y no se podía contar con la fidelidad ni con el valor de estos hombres, medio españoles, medio berberiscos, que gritaban muy alto cuando los leoneses iban a saquearlos, pretendiendo entonces que el emir debía protegerlos; pero que no querían defenderse por sí mismos ni obedecer al monarca. En aquella ocasión se dejaron vencer, y su precipitada fuga produjo un espantoso desorden en todas las filas del ejército. Viendo la batalla perdida, el valiente Ben-abi-Abda prefirió morir en su puesto a buscar su salvación en la huída; muchos de sus soldados, que pensaban como él, se agruparon en torno suyo y, sin retroceder, sucumbieron a los golpes de los cristianos. Según los historiadores árabes, el resto del ejército logró rehacerse y volvió, en bastante buen orden, a territorio musulmán; por el contrario, los cronistas cristianos refieren que la derrota de los musulmanes fué tan completa, que, desde Atienza hasta el Duero, las colinas, los bosques y los campos quedaron cubiertos de cadáveres (1).

Sin dejarse desanimar, Abderrahman tomó inmediatamente sus medidas para reparar este desastre; pero mientras hacía los preparativos para una nueva campaña, que debía verificarse al

---

(1) Arib, t. II, pp. 177 y 178; Sampiro, c. 17; Mon. Sil., capítulos 46 y 47.

año siguiente, los asuntos de Africa absorbieron su atención.

Aunque aun no estaba en guerra contra los Fatimitas, y aunque éstos, ocupados en la conquista de Mauritania, no le habían dado motivo de queja, preveía que, una vez terminada esta guerra, volverían inmediatamente sus armas contra España. Consideró, pues, como un deber socorrer a la Mauritania cuanto le fuera posible y hacer de esta región, por decirlo así, como el baluarte de España contra los Fatimitas. Además, debía evitar entrar antes de tiempo en guerra abierta con esta dinastía, porque mientras no hubiese dominado la insurrección en su propio reino y obligado a los cristianos del Norte a demandar la paz, arriesgaba mucho si se exponía a un desembarco de los Fatimitas en la costa andaluza. Todo lo que podía hacer en aquellas circunstancias era animar y ayudar, bajo mano, a los príncipes que quisieran defenderse contra los invasores de su país.

Ya en el año 917 tuvo ocasión de hacerlo, cuando el príncipe de Nécur (1) fué atacado por los Fatimitas. De origen árabe, la familia de este príncipe había reinado sobre Nécur y su territorio desde la conquista; se había distinguido siempre por su fervor religioso, y desde que dos de sus princesas, hechas prisioneras por los piratas normandos, habían sido rescatadas por el emir Mohámed (2), no había cesado de sostener con España

(1) Nécur es una ciudad del Rif, a cinco leguas del mar.
(2) Véanse mis *Investigaciones*, t. II, pp. 285, 293 y 294.

las más amistosas relaciones. Un segundón de esta casa, piadoso faquí, que había hecho cuatro veces la peregrinación a la Meca, había venido a España, durante el reinado de Abdala, para tomar parte en la guerra santa. Atacado por Ben-Hafsun, después de su desembarco, llegó solo al campamento del emir, por haber sido muertos todos los de su escolta, y él murió, a su vez, combatiendo contra Daisam, el jefe de la provincia de Todmir.

El príncipe que reinaba en Nécur cuando los Fatimitas dirigieron sus armas contra Mauritania, se llamaba Said II. Intimado a someterse, se negó a hacerlo; pero él, o más bien un español, que era su poeta laureado, cometió la imprudencia de unir el ultraje a la negativa. Conviene saber que, al pie de su intimación, el califa había mandado escribir algunos versos, cuyo sentido era que si los habitantes de Nécur no querían someterse, los exterminaría; pero que si le obedecían, haría reinar la justicia en su país. El poeta laureado, Ahmas de Toledo, respondió a aquellos versos con estos otros:

"¡Has mentido, te lo juro por el templo de la Meca! No, tú no sabes practicar la justicia, y nunca el Eterno ha oído de tus labios una palabra sincera o piadosa. No eres más que un hipócrita, un incrédulo; predicando a los rústicos, mutilas la Sunna, que debe ser la regla de todas nuestras acciones. Nosotros ciframos la ambición en cosas

grandes y nobles, entre las cuales la religión de Mahoma ocupa el primer término; tú, por el contrario, cifras la tuya en cosas bajas y viles" (1).

Herido en lo vivo, el califa Obaidala envió inmediatamente a Mesala, gobernador de Tahor, la orden de atacar a Nécur. No teniendo ciudadela donde refugiarse, el viejo Said II salió al encuentro del enemigo y le detuvo durante tres días; pero, traicionado por uno de sus capitanes, murió al fin en el campo de batalla con casi todos los suyos—917—. Entonces Mesala tomó posesión de Nécur, pasando a cuchillo a los hombres y reduciendo a la esclavitud a las mujeres y a los niños.

Avisados por su padre, tres hijos de Said habían tenido tiempo de embarcarse, dirigiéndose a Málaga. En cuanto llegaron a este puerto, Abderrahman III dió las órdenes necesarias para que se les hiciese el recibimiento más honroso, y, al mismo tiempo, les mandó a decir que, si se decidían a ir a Córdoba, quedaría encantado de recibirlos; pero que no quería contrariarlos en nada, y, por lo tanto, podían seguir en Málaga, si tal era su deseo. Los príncipes le contestaron que preferían permanecer lo más cerca posible del teatro de los acontecimientos, porque esperaban regresar muy pronto a su patria, esperanza que no resultó fallida. Habiendo vuelto a tomar el camino de

(1) Véase lo que he dicho sobre el texto y sobre el sentido de estos versos en los Anales de Gotinga, año 1858, páginas 1091 y 1092, dando cuenta de Aben-Jaldun de M. Slane.

Tahor, después de pasar seis meses en Nécur, Mecala había confiado el mando de esta última ciudad a un oficial ketamiano, llamado Dalul. Este se vió abandonado por la mayoría de sus tropas, y entonces los príncipes, a quienes sus partidarios tenían al corriente de todo, equiparon barcos y partieron para Nécur, conviniendo entre sí en que sería la corona para el primero que llegara. Salí, el más joven de los tres, se adelantó a sus hermanos. Los bereberes de la costa le recibieron con entusiasmo, y, proclamándole emir, marcharon contra Nécur, donde dieron muerte a Dalul y a sus soldados. Dueño del país, el príncipe Salí III apresuróse a escribir a Abderrahman III para darle gracias por su acogida y comunicarle su victoria. Al mismo tiempo, hizo proclamar la soberanía de este monarca en toda la extensión de sus Estados, y, por su parte, Abderrahman le envió tiendas, armas y banderas (1).

Aunque los asuntos de Nécur hubiesen podido hacer olvidar a Abderrahman que tenía que vengar la derrota de su ejército y la muerte del intrépido Ben-abi-Abda, cuya cabeza había hecho clavar Ordoño en la muralla de San Esteban, al lado de una cabeza de jabalí (2), los cristianos se habrían encargado de recordarle su deber, porque en la primavera del año 918, Ordoño II y su aliado Sancho de Navarra asolaron las inmedia-

(1) Arib, t. I, pp. 177 y 178; Becri, pp. 94-97, ed. de Slani; Ben-Adari, t. I, pp. 178-183; Aben-Jaldun, *Historia de los bereberes*, t. I, pp. 282-285 del texto.
(2) *Mon. Sil.*, c. 47.

ciones de Nájera y Tudela, después de lo cual Sancho se apoderó del arrabal de Valtierra y quemó la gran mezquita de esta fortaleza (1). Abderrahman confió entonces el mando de su ejército al *hachib* Bedr, y envió a los habitantes de las fronteras la orden de unirse a sus banderas, excitándolos a aprovechar esta ocasión para lavar la deshonra de que se habían cubierto el año precedente. Salieron de Córdoba el 7 de julio, y cuando llegaron a territorio leonés atacaron audazmente al ejército enemigo, atrincherado en las montañas. Dos veces—el 13 y el 15 de agosto—se peleó en un paraje denominado Mutonía (2), y en ambas obtuvieron los musulmanes un brillante triunfo. Los leoneses, como atestiguan sus propios cronistas, hubieron de consolarse diciendo, como David, que la suerte de las armas es mudable (3).

Habiendo reparado así Abderrahman la afrenta de su derrota, pero no creyendo aún bastante humillados a los leoneses, y ardiendo además en deseos de obtener por sí mismo una parte de los laureles que recogían sus generales en la guerra contra los infieles, tomó en persona el mando del ejército a principios de junio del 920. Un ardid le hizo dueño de Osma. El señor que mandaba esta plaza le había hecho las más brillantes promesas en el caso de que le dejase tranquilo y di-

(1) Arib, t. II, p. 179.

(2) El texto de Arib muestra que ésta es la verdadera transcripción; pero se ignora la situación de este lugar.

(3) Arib, t. II, pp. 179-181; Sampiro, c. 18.

rigiese sus armas hacia otra parte. Abderrahman aprovechó la cobardía de este hombre. Fingiendo dar oídos a sus proposiciones, se dirigió hacia el Ebro por Medinaceli; pero, torciendo de pronto a la izquierda y encaminándose hacia el Duero, envió delante un destacamento de caballería, con orden de saquear y asolar las inmediaciones de Osma. Sorprendida de la repentina aparición del enemigo, la guarnición de Osma se apresuró a refugiarse en los bosques y en las montañas, de suerte que los musulmanes entraron sin lucha en la fortaleza, la quemaron y fueron a atacar a San Esteban de Gormaz. Tampoco allí encontraron resistencia, por haber huído la guarnición en cuanto se acercaron. La fortaleza fué destruída, lo mismo que el próximo castillo de Alcubilla. Hecho esto, marcharon los musulmanes contra Clunia, antiquísima ciudad, hoy en ruinas, pero importante entonces. Parecía que los leoneses habían corrido la voz para no resistir en ninguna parte, porque los musulmanes encontraron a Clunia completamente abandonada y destruyeron gran parte de sus casas y de sus templos.

Cediendo a las peticiones de los musulmanes de Tudela, decidió entonces Abderrahman volver sus armas contra Sancho de Navarra. Marchando lentamente, a fin de no fatigar mucho a sus tropas, empleó cinco días en ir de Clunia a Tudela; después, poniendo un destacamento de caballería a las órdenes de Mohámed aben-Lope, gobernador de Tudela, mandóle atacar la fortaleza de Carcar, que

Sancho había hecho construir para contener y vejar a los habitantes de Tudela. Los musulmanes la encontraron abandonada, lo mismo que Calahorra, de donde el propio Sancho había huído precipitadamente para refugiarse en Arnedo; pero cuando pasaron el Ebro, vino Sancho a atacar su vanguardia. Entablado el combate, demostraron los musulmanes que servían para algo más que para tomar, saquear e incendiar fortalezas sin defensores, pues derrotaron completamente al enemigo, obligándole a refugiarse en las montañas. La vanguardia bastó para obtener tan brillante resultado; Abderrahman, que estaba en el centro, hasta ignoraba que se había batido con el enemigo; las cabezas cortadas que le presentaron se lo hicieron saber. Derrotado, y no pudiendo por sí solo hacer frente a los musulmanes, Sancho demandó y obtuvo la cooperación de Ordoño. Ambos reyes resolvieron entonces atacar, ya la vanguardia, ya la retaguardia del enemigo, según las circunstancias se lo permitieran. Entre tanto, los cristianos, sin abandonar las montañas, se mantenían a los flancos de las columnas sarracenas que atravesaban los desfiladeros y los valles. Queriendo aterrar a sus adversarios, lanzaban de tiempo en tiempo grandes alaridos, y aprovechando las ventajas del terreno, a veces mataran a algunos. El ejército musulmán se hallaba evidentemente en una situación peligrosa: tenía que habérselas con montañeses ágiles e intrépidos, que recordaban harto bien el desastre que sus antepasados habían

causado al gran ejército de Carlomagno en Roncesvalles, y que acechaban la ocasión de tratar a Abderrahman de la misma manera. El emir no ignoraba el peligro que le amenazaba, y cuando llegó al valle que, a causa de los juncos que le cubrían, se llama Junquera (1), ordenó hacer alto y desplegar las tiendas. Entonces los cristianos cometieron una falta gravísima: en vez de permanecer en las montañas, bajaron a la llanura y aceptaron audazmente el combate que los musulmanes les presentaban, pagando su temeridad con una terrible derrota. Los musulmanes los persiguieron hasta que la obscuridad de la noche los ocultó a su vista, haciendo prisioneros a muchos de sus jefes, entre los cuales figuraban dos obispos, Hermogio, de Túy, y Dulcidio, de Salamanca, que, según la costumbre de aquel tiempo, se habían ceñido los arneses de guerra.

Entre tanto, más de mil cristianos habían hallado asilo en la fortaleza de Muez, por lo que Abderrahman la cercó, la rindió y mandó decapitar a todos sus defensores.

Destruyendo fortalezas y no hallando resistencia en ninguna parte, los musulmanes recorrieron triunfantes Navarra, pudiendo vanagloriarse de haberlo quemado todo en un espacio de diez millas cuadradas. El botín que recogieron, sobre todo en víveres, era prodigioso, vendiéndose en su campamento el trigo casi por nada; y no pu-

---

(1) Entre Estella y Pamplona, o, con más precisión aún, entre *Muez* y *Salinas de Oro*.

diendo transportar todas las provisiones que habían acopiado, tuvieron que quemar gran parte.

Victorioso y cubierto de gloria, Abderrahman emprendió la retirada el 8 de septiembre. Al llegar a Atienza licenció a los soldados fronterizos, que se habían portado muy bien en la batalla de Valdejunquera, y entre los cuales distribuyó presentes. Encaminóse a Córdoba, y llegó allí el 24 de septiembre, después de una ausencia de tres meses (1).

Abderrahman podía lisonjearse con la esperanza de que esta gloriosa campaña quitaría por mucho tiempo a los cristianos el deseo de hacer incursiones por territorio musulmán; pero tenía que habérselas con enemigos que no se desalentaban fácilmente. En el año 921 (2), Ordoño hizo una nueva correría, y si hemos de creer a un cronista cristiano, que tal vez exagera los éxitos alcanzados por sus compatriotas, el rey de León llegó a una jornada de Córdoba (3). Dos años después, Ordoño conquistó a Nájera (4) mientras su aliado Sancho de Navarra se apoderó de Viguera, de lo cual estaba tan orgulloso que exclamó con el profeta: "Los he dispersado, los he

---

(1) Arib, t. II, pp. 183-189; Aben-Jaldun, fols. 13 v.-14 v.; Sampiro, c. 18; Raguel, *Vita vel passio Sancti Pelagii*—colección de Schot, t. IV, p. 348—.

(2) En este año debió verificarse la expedición de Ordoño, porque dice Sampiro que al volver a Zamora el rey encontró muerta a su mujer, y se sabe de cierto que la reina murió en el año 921; véase *Esp. Sagr.*, t. XXXVII, p. 269.

(3) Sampiro, c. 18.

(4) Sampiro, c. 19

obligado a refugiarse en reinos lejanos y desconocidos" (1).

La toma de Viguera causó gran consternación en la España musulmana, pues se refería que todos sus defensores, entre los cuales había algunos pertenecientes a las más ilustres familias, habían sido muertos (2); así que, aunque Abderrahman no hubiera querido, la opinión pública le hubiese obligado a vengar aquel desastre. Pero no necesitaba tales excitaciones. Exasperado y furioso, no queriendo ni esperar la estación en que ordinariamente comenzaban las campañas, en el mes de abril del 924 abandonó Córdoba al frente de su ejército, "para ir a vengar a Dios y a la religión de la impura raza de los infieles", según expresión de un cronista árabe. El 10 de julio llegó a territorio navarro; pero el terror que inspiraba su nombre era tan grande que, al aproximarse, los enemigos abandonaban por todas partes las fortalezas. Pasó por Carcar, Peralta, Falces y Carcastillo, saqueando e incendiando cuanto encontraba a su paso, y después se internó en el país, dirigiéndose a la capital. Sancho intentó detenerle en los desfiladeros; pero cada vez que lo hizo fué rechazado con grandes pérdidas, y Abderrahman llegó sin obstáculo a Pamplona, cuyos

(1) Sancho cita este texto en un privilegio otorgado después de la conquista de Viguera. *Esp. Sagr.*, t. XXXIII, página 466.

(2) Este rumor no era enteramente verdadero, pues algunos nobles, aunque en corto número, lograron salvarse. Compárese Arib, t. II, p. 195, con Ben-Hayan, fol. 15 r.

habitantes no se atrevieron a esperarle allí. Mandó destruir multitud de casas de la población, y hasta la catedral, que atraía anualmente gran número de peregrinos. Después hizo demoler otra iglesia, que Sancho había mandado construir con grandes dispendios en una montaña próxima y por la que tenía gran veneración; así que hizo esfuerzos inauditos, aunque inútiles, por salvarla. Tampoco fué en adelante más afortunado. Habiendo recibido refuerzos de Castilla, atacó dos veces al ejército musulmán, que había reanudado su marcha, y las dos veces fué rechazado, con grandes pérdidas. Los musulmanes, al contrario, perdieron poquísimos soldados en esta gloriosa campaña, que llamaron la de Pamplona (1).

El rey de Navarra, antes tan orgulloso, estaba ahora humillado y reducido por mucho tiempo a la impotencia. Respecto a León, Abderrahman tampoco tenía nada que temer por el momento. El valiente Ordoño II había muerto antes de empezar la campaña de Pamplona (2). Su hermano Fruela II, que le sucedió, no reinó más que un año, durante el cual no hizo nada contra los musulmanes, si no es proporcionar algunos refuerzos a Sancho de Navarra. Después de su muerte —925—, Sancho y Alfonso, hijos de Ordoño II, se disputaron la corona. Apoyado por Sancho de Navarra, con cuya hija se había casado, Alfonso

(1) Arib, t. II, pp. 196-201; Aben-Jaldun, fol. 13 v.
(2) En el 311 de la Héjira—Arib, t. II, p. 195—, y, por consiguiente, antes del 9 de abril del 924.

—cuarto de este nombre—la alcanzó; pero Sancho, sin desalentarse, reunió un nuevo ejército, y habiéndose hecho coronar en Santiago de Compostela, fué a sitiar a León, tomó esta ciudad y destronó a su hermano—926—.

En 928, Alfonso reconquistó la capital ayudado por los navarros, pero Sancho quedó en posesión de Galicia (1).

Abderrahman no se mezcló en esta larga guerra civil. Dejando a los cristianos exterminarse entre sí a su voluntad, aprovechó el respiro que le daban para sofocar, casi por completo, la insurrección en sus propios Estados, y una vez alcanzado el objeto de sus deseos, creyó que le convenía adoptar otro título. Los ommíadas de España se habían contentado, hasta entonces, con el de emir o el de hijo de los califas. Creyendo que el nombre de califa no pertenecía más que al soberano que tuviera en su poder las dos ciudades santas, la Meca y Medina (2), se lo habían dejado a los abásidas, aunque los consideraban siempre como enemigos. Pero ahora que las abásidas estaban bajo la tutela de sus mayordomos de palacio —los emires al-omera—y que su poder no se extendía más allá de Bagdad y su territorio, por haberse hecho independientes los gobernadores de las provincias, no había razón que pudiera impedir a los ommíadas tomar un título que nece-

---

(1) Véanse mis *Investigaciones*, t. I, pp. 154-163.
(2) Aben-Jordadbe, man. de Oxford, p. 90.

sitaban para imponer respeto a sus súbditos, y, sobre todo, a los pueblos africanos. Abderrahman ordenó, pues, que a partir del viernes 16 de enero del 929 se le diesen en las oraciones y actos públicos los títulos de califa, comendador de los creyentes y defensor de la fe—*an-nacir lidinila*—(1).

Al mismo tiempo, fijó toda su atención en Africa, entablando una negociación con Mohámed aben-Jazer, jefe de la tribu berberisca de Magraua, que ya había puesto en fuga a las tropas de los Fatimitas y dado muerte por su propia mano al general Mesala. Concertada la alianza, Mohámed aben-Jazer expulsó a los Fatimitas del Mogreb central—es decir, de las actuales provincias de Argel y de Orán—, haciendo reconocer en este país la soberanía del monarca español. Este consiguió también separar del partido de los Fatimitas al valiente jefe de los Mionesa, Ben-abi-'l-Afia, que, hasta entonces, había sido su más firme sostén, y como comprendía que era preciso poseer una fortaleza en la costa de Africa, hizo que le cediesen Ceuta—931—.

Los cristianos del Norte parecían haberse propuesto dejar al califa el tiempo necesario para que pudiera consagrarse por completo a los asuntos de Africa. Terminada su primera guerra civil con la muerte de Sancho, ocurrida en 929, comenzaron otra en 931. En este año, Alfonso IV, desesperado por la muerte de su mujer (2), abdi-

(1) Arib, t. II, pp. 211 y 212; Ben-Adari, t. II, p. 162.
(2) *Esp. Sagr.*, t. XXXIV, p. 241.

có la corona en su hermano Ramiro, segundo de este nombre, y tomó el hábito en el monasterio de Sahagún; pero, poco después, conociendo que no había nacido para la monotonía de la vida monástica, abandonó el convento y se hizo proclamar rey en Simancas. Esto fué, a los ojos de los sacerdotes, un escándalo enorme; así, que amenazaron a Alfonso con los tormentos del infierno si no volvía a tomar el hábito monástico. Hízolo, al fin; pero con su carácter débil y variable, se arrepintió pronto y ahorcó los hábitos por segunda vez. Aprovechando la ausencia de Ramiro II, que había ido a socorrer a Toledo (1), atacado a la sazón por las tropas del califa Abderrahman III, se presentó frente a León y se apoderó de esta ciudad. Vuelve Ramiro a toda prisa, pone a su vez sitio a León y lo recupera; después, queriendo impedir que, en adelante, su hermano le disputase la corona, le hizo sacar los ojos, así como a sus tres primos carnales, los hijos de Fruela II, que habían tomado parte en esta rebelión—932—(2).

Todo cambió entonces de aspecto para Abderrahman. Había pasado el tiempo en que no tenía que preocuparse del reino de León. Tan belicoso como valiente, Ramiro profesaba a los musulmanes un odio implacable y feroz. Su primer cuidado había sido socorrer a Toledo, aquella altiva república, única en toda la España musulmana, que desafiaba aún las armas del califa y que había

(1) Compárese con Arib, t. II, p. 220.
(2) Véanse mis *Investigaciones*, t. I, pp. 164-166.

sido hasta entonces fiel aliada y escudo del reino leonés. Salió, por lo tanto, a campaña, y como Madrid se hallaba en el camino, atacó esta plaza y la tomó (1). Sin embargo, no consiguió salvar a Toledo. Habiendo salido a su encuentro parte del ejército que sitiaba a esta ciudad, se vió obligado a desandar el camino y a abandonar Toledo a su suerte (2). Perdida así su última esperanza, la ciudad—como ya hemos visto en el libro precedente—no tardó en rendirse. Al año siguiente—933—, Ramiro fué más afortunado. Informado por el conde de Castilla, Fernán González, de que el ejército musulmán amenazaba a Osma, salió al encuentro del enemigo y le derrotó (3). Abderrahman tomó el desquite en 934. Hubiera querido que los llanos de Osma, antes testigos de su derrota, lo fuesen ahora de su triunfo; pero en vano intentó hacer salir a Ramiro de la fortaleza; el rey de León no juzgó prudente aceptar la batalla que los musulmanes le ofrecían. Entonces, dejando delante de Osma un destacamento encargado de atacar la plaza, Abderrahman continuó su marcha hacia el Norte. Por el camino cometieron algunas crueldades, sobre todo los regimientos africanos, que no respetaban nada en país enemigo. Cerca de Burgos dieron muerte a los doscientos monjes (4) de San Pedro de Cardeña. Burgos, capital

(1) Sampiro, c. 22.
(2) Arib, t. II, p. 222.
(3) Sampiro, c. 22.
(4) Véanse mis *Investigaciones*, t. I, pp. 166-170.

de Castilla, quedó destruída, y gran número de fortalezas corrieron la misma suerte (1).

Sin embargo, algún tiempo después tomaron los asuntos del Norte un aspecto muy amenazador. Formóse allí una formidable liga contra el califa, siendo su más ardiente propulsor Mohámed ben-Haxim, el Tochibita, gobernador de Zaragoza.

Los Beni-Haxim, que habitaban en Aragón desde los tiempos de la conquista, habían prestado útiles servicios al emir Mohámed en la época en que los Beni-Casi eran todavía omnipotentes en la comarca, y hacía cuarenta años que la dignidad de gobernador o virrey de la Frontera superior era hereditaria en su familia, siendo ésta casi la única a quien Abderrahman III—que había quitado toda influencia a la nobleza árabe—había dejado su brillo y alta posición. Sin embargo, Mohámed ben-Haxim no estaba satisfecho del califa; y sea que tuviese empeño en vengar las injurias de su clase; sea que no viese en la benevolencia de Abderrahman para con él más que un cálculo dictado por el miedo; sea, en fin, que soñase con un trono para él y para sus hijos, entró en negociaciones con el rey de León y le prometió que, si quería ayudarle contra el califa, le reconocería como soberano. Ramiro dió oídos a sus proposiciones, y durante la campaña de 934, Mohámed se declaró en abierta rebelión, negándose a incorporarse al ejército musulmán. Tres años

(1) Aben-Jaldun, fol. 15 r.

después reconoció la soberanía de Ramiro. Algunos de sus generales rehusaron seguirle en el camino de la traición, y rompieron con él; pero entonces Ramiro llegó con sus tropas a la provincia, sitió y tomó las fortalezas, que aun se mantenían por el califa, y se las entregó a Mohámed. Hecho esto, Ramiro y Mohámed concertaron una alianza con Navarra, donde reinaba entonces García, bajo la tutela de su madre, Tota, viuda de Sancho el Grande.

Así, todo el Norte estaba coaligado contra el califa, renaciendo el peligro que antes parecía conjurado; pero Abderrahman hizo frente a todo con su habitual energía. Poniéndose a la cabeza del ejército, en el año 937, marchó, primero, contra Calatayud, donde gobernaba Motarrif, pariente de Mohámed, y cuya guarnición se componía en gran parte de cristianos de Alava, enviados por Ramiro. Motarrif fué muerto en la primera escaramuza. Su hermano, Alhaquen, le sucedió en el mando; pero viéndose obligado a evacuar la ciudad y a refugiarse en la ciudadela, entró en negociaciones y la entregó al califa, estipulando la amnistía para él y para sus soldados musulmanes. Los alaveses, que no estaban comprendidos en la capitulación, fueron pasados a cuchillo (1).

Después de este primer triunfo, Abderrahman

(1) Véanse las citas en mis *Investigaciones*, t. I, pp. 232 y 233.

se apoderó de unos treinta castillos y volvió sus armas, ya contra Navarra, ya contra Zaragoza. Hizo sitiar esta ciudad por un príncipe de la sangre, el general en jefe de la caballería, Ahmed ben-Ishac, al cual acababa de conferir el título de gobernador de la Frontera superior; pero no tardó este general en darle graves motivos de queja.

Aunque hubieran llevado en Sevilla una vida obscura y pobre, aunque hubieran contraído alianzas desiguales y aunque no mediara entre ellos más que un parentesco muy lejano, no se había avergonzado Abderrahman de reconocer a los Beni-Ishac como miembros de su familia, y los había colmado de favores. Sin embargo, no estaban todavía satisfechos de su posición. Su ambición no tenía límites; Ahmed, jefe entonces de la familia, pretendía nada menos que ser nombrado presunto heredero de la corona, y mientras dirigía el sitio de Zaragoza, con una cobardía y una lentitud que indignaban e irritaban al califa, tuvo la audacia de escribirle presentándole esta petición. De tal modo incomodó al califa tal insolencia, que, encolerizado, le respondió en estos términos:

"No queriendo más que darte gusto, te hemos tratado hasta aquí con extrema benevolencia; pero ahora nos hemos convencido de que es imposible cambiar tu carácter. Lo que te conviene es la pobreza, porque, como no habías disfrutado antes la riqueza, te has henchido de un insoportable

orgullo. ¿No era tu padre uno de los últimos jinetes de Ben-Hadchach? ¿Has olvidado ya que tú mismo no eras en Sevilla más que un tratante en asnos? Nosotros hemos tomado bajo nuestra protección a tu familia desde que lo imploró; la hemos socorrido, la hemos hecho rica y poderosa; hemos concedido a tu difunto padre la dignidad de visir (1); a ti mismo la de general de nuestra caballería y la de gobernador de la mayor de nuestras provincias fronterizas. Y, sin embargo, has despreciado nuestras órdenes, has descuidado nuestros intereses, y para colmar la medida, pides ahora que te nombremos nuestro heredero. ¿Qué méritos, qué títulos de nobleza puedes hacer valer, cuando a ti y a tu familia pueden aplicarse estos versos, harto conocidos?:

"Vosotros sois hombres salidos de la nada, y el "lino no puede compararse con la seda. Si sois co- "raixitas, como aseguráis, elegid vuestras mujeres "en esta ilustre tribu; mas si, por el contrario, no "sois más que coptos, vuestras pretensiones son "completamente ridículas."

"Tu madre, ¿no era la hechicera Hamduna? Tu padre, ¿no era un soldado raso? Tu abuelo, ¿no era portero en casa de Hotara-ben-Abas? ¿No hacía sogas y manteca en el pórtico de tu señor?... ¡Que Dios os maldiga, a ti y a todos los que nos han tendido un lazo, aconsejándonos que te tomáramos a nuestro servicio! ¡Infame, leproso,

(1) En 915 o en el año siguiente. Arib, t. II, p. 175.

hijo de un perro y de una perra, ven a humillarte a nuestros pies!"

Depuesto de la manera más infamante, Ahmed, secundado por su hermano Omeya, se dedicó a conspirar. El califa descubrió sus intrigas y los desterró. Entonces Omeya se apoderó de Santarem, donde alzó el estandarte de la rebelión, y entró en relaciones con el monarca leonés, al cual prestó útiles servicios, indicándole los parajes por donde el imperio musulmán podía ser atacado con más éxito; pero un día que había salido de la ciudad, uno de sus oficiales restableció allí la autoridad del soberano. Omeya se fué entonces con Ramiro. Su hermano continuaba intrigando y conspirando con infatigable ardor; había concebido el proyecto de entregar España a los Fatimitas, y estaba en inteligencias con esta corte. Abderrahman lo descubrió, le hizo prender, condenar como xiita, y mandó ejecutarle (1).

Entre tanto, el califa triunfaba en el Norte. Sitiado en Zaragoza, Mahomed capituló, y como era, después del monarca, el hombre más poderoso y considerado del Estado, Abderrahman juzgó prudente perdonarle y dejarle en su puesto. Por su parte, la reina Tota, después de haber sufrido revés sobre revés, fué a pedir gracia al califa, y reconoció a éste como soberano de Navarra (2);

---

(1) Aben-Jaldun, fol. 13 r.; *Ajbar machmua*, fol. 114 r. y v.; Masudi, en mis *Investigaciones*, t. I, p. 182.

(2) Aben-Jaldun, en mis *Investigaciones*, t. I, apéndice número XI, y man., fol. 15 r., l. XV y XVI.

de suerte que, excepto el reino de León y parte de Cataluña, toda España se había humillado ante Abderrahman.

III

Los veintisiete primeros años del reinado de Abderrahman III habían sido una serie no interrumpida de triunfos; pero la fortuna es caprichosa, y había llegado al fin el tiempo de los reveses.

En el reino se había verificado un gran cambio. La nobleza, que antes lo era todo, ya no era nada; el poder real la había aniquilado. Abderrahman la detestaba; no comprendía que un monarca pudiese dejar a los magnates cierta influencia ni cierto poder. "Vuestro rey es un príncipe prudente y hábil, convengo en ello—dijo un día al embajador que Otón I le había enviado—; sin embargo, hay en su política algo que no me agrada: en vez de concentrar en sus manos toda la autoridad, deja gran parte de ella a sus vasallos; hasta les abandona sus provincias, creyendo así atraérselos, lo cual es una gran falta, porque la condescendencia con los grandes sólo sirve para alimentar su orgullo y sus inclinaciones a la rebeldía (1)."

No cayó seguramente el califa en el error que censuraba al emperador de Alemania; pero incu-

(1) *Vita Johannis Gorziensis*, c. 136.

rrió en otro más grave: no se preocupó bastante de la susceptibilidad de los nobles. Gobernando por sí mismo—desde el año 932 no había vuelto a tener *hachib* o primer ministro (1)—, dió casi todos los empleos a hombres de baja extracción: a libertos, a extranjeros, a esclavos; en una palabra, a personas que, dependiendo absolutamente de él, eran en sus manos instrumentos dóciles y flexibles. Los que recibían el nombre de eslavos gozaban especialmente de su confianza; durante su reinado se inició la influencia de este cuerpo, destinado a desempeñar importante papel en la España árabe, y acerca del cual debemos dar aquí algunos pormenores.

Al principio, el nombre de eslavos se aplicaba a los prisioneros que los pueblos germánicos hacían en sus guerras contra las naciones eslavas, y que vendían a los sarracenos españoles (2); pero con el transcurso del tiempo, cuando comenzaron a designarse bajo el nombre de eslavos una multitud de pueblos pertenecientes a otras razas (3), se dió este nombre a todos los extranjeros que servían en el harén o en el ejército, cualquiera que fuese su origen. Según el preciso testimonio de un viajero árabe del siglo X, los eslavos que el califa español tenía a su servicio eran gallegos, francos—franceses y alemanes—, lom-

(1) Ben-al-Abar, p. 124, l. VIII y IX.
(2) Macari, t. I, p. 92.
(3) Véase Ben-Haucal, man. de Leyde, p. 39. Los cronistas de Córdoba dan a Otón I el título de *rey de eslavos*; véanse Ben-Adari, t. II, p. 234, y Macari, t. I, p. 235.

bardos, calabreses y personas procedentes de la costa septentrional del mar Negro (1). Algunos habían sido hechos prisioneros por los piratas andaluces; otros habían sido comprados en los puertos de Italia; porque los judíos, especulando con la miseria de las gentes, compraban niños de uno u otro sexo y los conducían a los puertos de mar, donde venían a buscarlos navíos griegos o venecianos, para llevárselos a los sarracenos. Finalmente, otros, los eunucos, destinados al servicio del harén, llegaban de Francia, donde había gran comercio de eunucos dirigido por los judíos. En este sentido, era muy famoso el mercado de Verdún (2), y había otros en el Mediodía (3).

Como la mayoría de estos cautivos eran todavía pequeños, cuando llegaban a España adoptaban fácilmente la religión, la lengua y las costumbres de sus señores. Muchos recibían una educación esmerada, por lo que más adelante gustaban de formar bibliotecas y componer versos. Tan numerosos eran estos eslavos literatos, que uno de ellos, un tal Habib, consagró un libro entero a sus poesías y aventuras (4).

Siempre habían sido numerosos los eslavos en la corte y en el ejército de los emires cordobeses; pero nunca tanto como en tiempo de Abderrah-

---

(1) Ben-Haucal, p 39.
(2) Luitprando, *Antapodosis*, l. VI, c. 6.
(3) Ben-Haucal, p. 39; Macari, t. I, p. 92. Compárese con Reinaud, *Invasiones de los sarracenos en Francia*, páginas 233 y sigs.
(4) Macari, t. II, p. 57.

man III. Su número se elevaba entonces a 3.750, según unos; a 6.087, según otros, y hay quien lo hace subir a 13.750 (1). Tal vez estas cifras se refieren a épocas distintas del reinado de Abderrahman, porque se sabe que este príncipe aumentaba sin cesar el número de sus eslavos. Aunque eran esclavos ellos mismos, tenían a su servicio otros esclavos y poseían tierras muy extensas. Abderrahman los invistió con las más importantes funciones militares o civiles, y en su odio a la nobleza obligó a gentes de alta alcurnia, que contaban entre sus antepasados a los héroes del desierto, a humillarse ante sus advenedizos, a quienes despreciaban soberanamente.

Los nobles estaban, por lo tanto, muy descontentos del califa cuando éste concibió el proyecto de hacer una expedición, mucho más importante que las anteriores, contra el rey de León. Hizo, al efecto, inmensos gastos, llamó a sus banderas *cien mil hombres*, y como estaba seguro de alcanzar una victoria brillante y decisiva, dió de antemano a la expedición el nombre de *campaña del poder supremo*. Desgraciadamente para él, nombró a un eslavo, Nachda, general en jefe del ejército. Esta designación llevó al colmo la irritación de los oficiales árabes, que juraron en su ira que el califa había de expiar con una vergonzosa derrota su menosprecio a la antigua nobleza.

En el año 939, el ejército salió a campaña, to-

---

(1) Macari, t. I, pp. 372 y 373.

mando el camino de Simancas. Ramiro II y su aliada Tota, la reina regente de Navarra, fueron a su encuentro, entablándose el combate el 5 de agosto. Los oficiales árabes se dejaron vencer y se retiraron; pero ocurrió lo que probablemente no habían previsto. Los leoneses persiguieron a los sarracenos. Llegados éstos cerca de la ciudad de Alhandega, al Sur de Salamanca, a orillas del Tormes, los musulmanes se rehicieron y dieron cara al enemigo; pero fueron derrotados completamente, y el mismo califa a duras penas pudo escapar de la espada de los cristianos. Desde Alhandega no fué ya una retirada, sino una derrota. Sin disciplina, sin orden, eran abandonadas las filas al grito de "¡Sálvese el que pueda!". Peones y jinetes iban mezclados; soldados y oficiales cubrían el camino; regimientos enteros desaparecían.

La completa y brillante victoria alcanzada por Ramiro tuvo eco en todas partes. Se habló de ella en el interior de Alemania, lo mismo que en los más lejanos países orientales, produciendo impresiones muy diferentes. Aquí se afligían, allá se regocijaban; unos veían en ella prenda segura del triunfo de su fe; otros, una causa de serios temores.

El mismo califa estaba muy abatido. Su general, Nachda, había sido muerto (1); el virrey de Zaragoza, Mohámed ben-Haxim, que había caído prisionero en la primera batalla, en la de Siman-

(1) Por lo menos, en adelante no vuelve a hablarse de él.

cas, gemía en un calabozo de León (1); su ejército había sido aniquilado; en fin, él mismo había escapado por milagro del cautiverio o de la muerte, y durante su fuga no tenía en torno suyo más que cuarenta y nueve hombres. Todo esto hizo tal impresión en su espíritu, que desde entonces no volvió a acompañar a su ejército cuando salía a campaña (2).

Afortunadamente para el califa, la guerra civil que estalló entre los cristianos impidió a Ramiro aprovechar las ventajas obtenidas.

Castilla aspiraba a separarse del reino de León. Ya durante el reinado de Ordoño II, padre de Ramiro, se presentó en abierta rebeldía. El rey anunció entonces que, a fin de terminar las diferencias amistosamente, celebraría una reunión (3) en Tejiara o Teliara—Tejares—, a orillas del Carrión, río que separaba a León de Castilla, invitando a los cuatro condes castellanos a asistir a ella. Acudieron, pero el rey los mandó prender y decapitar. Los leoneses, aunque confesando que era algo irregular esta manera de administrar justicia, admiraban el juicio del rey (4); pero los castellanos pensaban de otro modo. Privados de sus jefes,

---

(1) El califa hizo cuanto pudo por rescatarle, pero Mohámed no recobró la libertad sino al cabo de dos años.

(2) Véanse mis *Investigaciones*, t. I, pp. 171-186.

(3) En Sampiro—c. 19—debe leerse *placitum* en vez de *palatium*, como se encuentra en la edición de Flórez. La verdadera transcripción se halla en el man. de Leyde —Vossio, n.º 91—. Lucas de Tuy—p. 92—emplea la palabra *juncta*—hoy *junta*—en español, que casi es equivalente a *placitum*. Cf. *Esp. Sagr.*, t. XIX, p. 383, med.

(4) Sampiro, c. 19.

quedaban por el momento reducidos a la impotencia; pero deseaban con toda su alma tener al frente un hombre capaz de vengarlos de los pérfidos leoneses.

Esta hora tan impacientemente esperada iba a sonar al fin, y Castilla a encontrar un vengador en el conde Fernán González, que ha llegado a ser uno de los héroes favoritos de los poetas de la Edad Media, y cuyo nombre pronuncian aún los castellanos con un profundo respeto.

Mientras los terribles ejércitos de Abderrahman III quemaban sus conventos, sus fortalezas y hasta su capital, Fernán, el *excelente conde* —como se le llamaba—(1), no había podido pensar en libertar a su patria; pero ahora que no había nada que temer por parte de los árabes, creyó llegado el momento de realizar una empresa que consideraba digna de él, y declaró la guerra al rey de León (2). El califa se aprovechó de ella para reorganizar su ejército, y desde noviembre del 940 pudo conseguir que el gobernador de Badajoz (3), Ahmed aben-Yila (4), asolase las fronteras leonesas

Hacia la misma época, la fortuna parecía querer indemnizarle en Africa del desastre sufrido en España.

Hasta entonces, Abderrahman había obtenido,

---

(1) *Egregius comes.,* Berganza, t. I, p. 215.
(2) Sampiro, c. 23.
(3) Ben-al-Abar, p. 140.
(4) Ben-Adari, t. II, p. 226.

sin duda, felices resultados en Africa; pero la medalla había tenido su reverso. De vez en cuando sus vasallos se habían dejado vencer; las tentativas realizadas para unificar las operaciones no siempre habían sido coronadas por el éxito, y a veces no había podido evitar que lucharan entre sí; pero, al menos, había conseguido entretener a los Fatimitas en Africa, impidiéndoles desembarcar en las costas españolas, y esto era, en resumidas cuentas, todo lo que ambicionaba. Pero ahora estaba a punto de obtener mucho más.

Un enemigo, más temible que todos sus adversarios juntos, había alzado contra los Fatimitas bandera de rebelión. Era Abu-Yezid, de la tribu berberisca de Iforen. Hijo de un mercader, había tratado mucho en su juventud a doctores de la secta de los no-conformistas, que contaba en Africa con un número considerable de adeptos. Después, cuando la muerte de su padre le redujo a la indigencia, se había ganado la vida enseñando a los niños a leer. De maestro de escuela se convirtió en misionero, imitando al fundador del imperio de los Fatimitas; sublevó a los berberiscos en nombre de la libertad y de la verdadera religión, prometiéndoles un gobierno republicano en cuanto se apoderasen de la capital: Cairauan. Sus triunfos fueron tan portentosos como los que sus enemigos habían alcanzado pocos años antes. Los ejércitos de los Fatimitas se derretían, como la nieve en primavera, ante aquel hombre pequeño, feo, vestido de sayal y montado en un asno gris.

Los sunnitas, profundamente lastimados por las blasfemias y la intolerancia de los Fatimitas, corrían en masa a alistarse bajo sus banderas, y hasta los faquíes y los eremitas empuñaban las armas para coadyuvar al triunfo del jefe de los no-conformistas. Este parecía empeñado en justificar las esperanzas que cifraban en su tolerancia. Cuando, en el año 944, entró en la capital, invocó la bendición del cielo sobre los dos primeros califas que los fatimitas habían hecho maldecir, e invitó a los habitantes de la ciudad a conformarse con el rito de Malic, proscripto por los fatimitas. Los sunnitas respiraban al fin; podían hacer de nuevo procesiones con tambores y estandartes, satisfacción de que se habían visto privados durante muchos años, y Abu-Yezid, que en estas solemnes ocasiones las dirigía él mismo, aun les dió otra prueba de tolerancia: concertó una alianza con el califa español, y habiéndole enviado una embajada, le reconoció, si no como jefe temporal, como jefe espiritual de los vastos dominios que había cosquistado (1).

Los Fatimitas parecían perdidos. Mientras que su califa, Cayim, hijo y sucesór de Obaidalla, se hallaba estrechamente bloqueado en Mahdia por el formidable Abu-Yezid, el califa de España le

(1) Muchos cronistas han dado noticias, seguramente falsas, sobre la primera estancia de Abu-Yezid en Cairauan. Yo me he atenido a las de Aben-Sadun—*apud* Ben-Adari, tomo I, pp. 224-226—, autor casi contemporáneo, y cuyo relato circunstanciado lleva un sello de verosimilitud que no tienen los otros.

arrebataba, por medio de sus vasallos africanos, casi todo el Noroeste y le suscitaba enemigos en todas partes. Concertó una alianza con el rey de Italia, Hugo de Provenza, que tenía que vengar el desastre de Génova, ciudad saqueada por un almirante fatimita, y otra con el emperador de Constantinopla, que ardía en deseos de quitar a Cayim la isla de Sicilia (1).

En un abrir y cerrar de ojos todo cambió de aspecto. Embriagado con sus victorias, Abu-Yezid sintió una ráfaga de orgullo; no contento con la realidad del poder, y olvidando los medios a que lo debía, quiso poseer además sus apariencias y su vana pompa; trocó su capa de sayal por una vestidura de seda, y su asno gris, por un soberbio caballo. Esta imprudencia le perdió. Heridos en sus convicciones igualitarias y republicanas, la mayoría de sus adeptos le abandonaron, unos para volver a sus hogares, otros para pasarse al enemigo. Aleccionado por la experiencia, Abu-Yezid renunció a los hábitos de lujo que había adquirido, y con el traje de sayal reanudó la vida sencilla y ruda de antes. Pero era ya tarde; el prestigio que le rodeaba en otro tiempo había desaparecido. Tal vez habría podido contar aún con los sunnitas, si en un momento de fanatismo feroz no los hubiese desengañado acerca de su fingida tolerancia. La víspera de un combate ha-

(1) Cf. Kairauuani, *Historia de Africa*, p. 104, trad. Pellissier y Remusat.

bía ordenado a sus guerreros que abandonasen los soldados de Cairauan, sus hermanos de armas, al furor de los soldados fatimitas. Esta orden pérfida fué obedecida demasiado bien. Desde entonces los sunnitas le habían tomado horror; tirano por tirano y heresiarca por heresiarca, preferían al califa fatimita, tanto más cuanto que Almanzor, que acababa de suceder a su padre, era algo mejor que sus antecesores. Obligado a levantar el sitio de Mahdia, Abu-Yezid llegó a Cairauan, donde no sin trabajo escapó a un complot que los habitantes habían urdido contra él. Perseguido mucho tiempo por los soldados fatimitas, cayó al fin en sus manos acribillado de heridas; le metieron en una caja de hierro, y cuando murió—947—, rellenaron su pellejo de paja, lo pasearon por las calles de Cairauan y lo colgaron en las murallas de Mahdia, donde permaneció hasta que los vientos dispersaron sus pedazos (1).

La ruina de los no-conformistas fué para Abderrahman III un fracaso casi tan grave como las derrotas de Simancas y Alhandega. En Occidente, los Fatimitas reconquistaron con rapidez el terreno perdido, obligando a los súbditos de Abderrahman a pedir asilo a la corte de Córdoba.

En el Norte, por el contrario, iba todo a medida de los deseos de Abderrahman, lo cual equi-

(1) Véanse, sobre Abu-Yezid, Ben-Adari, Aben-Jaldun, Kairauuani, Abulfeda, etc.

vale a decir que el país era presa continuamente de una violenta discordia. Como hemos visto, había estallado la guerra entre Ramiro II y Fernán González. La fortuna había favorecido al primero. Habiendo sorprendido a su enemigo, le había encerrado en un calabozo de León (1), dando el condado de Castilla, primero, al leonés Azur Fernández, conde de Monzón (2), y en seguida a su propio hijo, Sancho (3), apropiándose él mismo los bienes alodiales de Fernán González. Cierto que no los guardó todos para sí, sino que, queriendo hacerse popular, los repartió con algunos de los caballeros y eclesiásticos más influyentes de la provincia (4). Sin embargo, no logró su objeto; pues aunque se aprovecharon de las liberalidades del rey, los castellanos siguieron adictos en cuerpo y alma a su antiguo conde. El que el rey les había dado no era a sus ojos más que un intruso. En las escrituras de venta, de donación, etc., donde se ponía después de la fecha el nombre del rey y el del conde, nombraban algunas veces al que el rey les había impuesto, pero sólo cuando no tenían otro remedio, es decir, cuando los vigilaba la autoridad; ordinariamente nom-

---

(1) Sampiro, c. 23.

(2) Véase la carta publicada por Berganza, t. II, escr. 32, y Risco, *Historia de León*, t. I, p. 211.

(3) Véanse las cartas publicadas por Berganza, t. II.

(4) Dió, por ejemplo, el jardín del conde al convento de Cardeña. Véase la carta de 23 de agosto del 944, en Berganza, t. II, escr. 34.

braban a Fernán González (1). Mostraron todavía de otro modo el afecto que le profesaban; hicieron una estatua a imagen suya y rindieron homenaje a aquel bloque de piedra (2). Después, cuando empezaron a impacientarse de la larga cautividad (3) del conde, tomaron una atrevida resolución; pero conviene aquí dejar hablar a un bello y antiguo romance:

Juramento llevan hecho,
todos juntos a una voz,
de no volver a Castilla
sin el conde, su señor.
La imagen suya de piedra
llevan en un carretón,
resueltos, si atrás no vuelve,
de no volver ellos, non,
y el que paso atrás volviere
que quedase por traidor.
Alzaron todos las manos,
en señal que se juró.
Acabado el homenaje,
pusiéronle su pendón
y besáronle la mano
desde el chico hasta el mayor.
Y, como buenos vasallos,
caminan para Arlanzón
al paso que andan los bueyes
y a las vueltas que da el sol.
Desierta dejan a Burgos
y pueblos alrededor;
solas quedan las mujeres
y aquellos que niños son:
tratando van del concierto
del caballo y del azor,
si ha de hacer libre a Castilla
del feudo que da a León;

(1) Véanse las cartas publicadas por Berganza.
(2) *Crónica rimada*, p. 2—en los *Anales de Viena*, hoja indicadora del tomo CXVI—.
(3) Sampiro, c. 23.

y antes de entrar en Navarra,
toparon, junto al mojón,
al conde Fernán González,
en cuya demanda son,
con su esposa, Doña Sancha,
que con astucia y valor
le sacó de Castroviejo
con el engaño que usó.
Con sus hierros y prisiones
venían juntos los dos
en la mula que tomaron
a aquel preste cazador.
Al estruendo de las armas
el conde se alborotó;
mas conociendo a los suyos,
d'esta manera habló:
—¿Do venís, mis castellanos?
Digádesmelo, por Dios.
¿Cómo dejáis mis castillos
a peligro de Almanzor?—
Allí habló Nuño Laínez:
—Ibamos, señor, por vos
a quedar presos o muertos
o sacaros de prisión.

Intimidado por la llegada de los castellanos, el rey cedió al fin. Devolvió la libertad a Fernán González; pero sólo lo hizo después de haberle impuesto condiciones muy humillantes y duras: Fernán González fué obligado a jurarle fidelidad y obediencia; debía renunciar a todos sus bienes, y dar su hija doña Urraca en matrimonio a Ordoño, el hijo mayor del rey (1). Sólo a este precio quedó libre; pero era natural que desde entonces no quisiera prestar el apoyo de su brazo a un rey que le había hecho firmar tratado semejante. Los castellanos, que no habían conse-

(1) Sampiro, c. 23.

guido hacer reintegrar en la posesión del condado al que continuaban considerando su señor, no se encontraban mejor dispuestos. Había perdido Ramiro II el apoyo de su más valiente capitán y la cooperación de sus súbditos más valerosos. De ahí su impotencia. Dejó a los musulmanes hacer una correría en 944 y otras dos en 947 (1); no les impidió reconstruir y fortificar la ciudad de Medinaceli, que se convirtió desde entonces en el baluarte del imperio árabe contra Castilla (2). El vencedor de Simancas y Alhandega se mantenía, a lo sumo, a la defensiva. Sólo en el año 950 invadió de nuevo el territorio musulmán y alcanzó una victoria cerca de Talavera (3); pero éste fué su último triunfo, pues ya había dejado de existir en el mes de enero del año siguiente (4).

Después de su muerte estalló una guerra de sucesión. Casado dos veces, Ramiro había tenido de su primera mujer, que era gallega, un hijo, llamado Ordoño, y de la segunda, Urraca, hermana de García de Navarra, otro hijo, llamado Sancho (5). En calidad de primogénito, Ordoño pretendía, naturalmente, el trono; pero Sancho, que contaba, con razón, con el apoyo de los navarros, le pretendía igualmente y procuraba atraer a su partido a Fernán González y a los castellanos.

---

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 226, 227-230.
(2) Ben-Adari, t. II, pp. 229 y 230.
(3) Sampiro, c. 24.
(4) Véanse mis *Investigaciones,* t. I, pp. 186-189.
(5) Manuscrito de Meyá.

En aquellas circunstancias, la elección entre ambos competidores no era difícil para el conde de Castilla. Cierto que Ordoño era yerno suyo; pero ¿cómo había llegado a serlo? Por una odiosa violencia. Sus simpatías por Ordoño no podían, por lo tanto, ser muy vivas. Todo, por el contrario, le inclinaba hacia Sancho: tanto los lazos de la sangre como su propio interés. Sancho era su sobrino (1); contaba con Tota de Navarra, la suegra de Fernán González, y si este último hubiese podido vacilar aún, las brillantes ofertas de Sancho habrían vencido su indecisión, porque este príncipe prometía devolverle sus bienes confiscados y el condado de Castilla. Decidióse, pues, por él; llamó sus hombres a las armas, y en unión de Sancho y de un ejército navarro marchó contra la ciudad de León para quitar la corona a Ordoño III (2).

"El Eterno—dice un cronista árabe (3)—había suscitado esta guerra civil para proporcionar a los musulmanes ocasión de alcanzar victorias." En efecto: mientras los cristianos se mataban bajo las murallas de León, los generales de Abderrahman triunfaban en todas las fronteras. Cada mensajero llegado del Norte llevaba a Córdoba la nueva de una correría feliz o de una brillante victoria. El califa podía enseñar al pueblo multi-

---

(1) La madre de Sancho y la esposa de Fernán González eran hermanas.

(2) Sampiro, c. 25.

(3) Ben-Adari, t. II, p. 233.

tud de campanas, de cruces y de cabezas cortadas; una vez, en el año 955, estas últimas ascendieron a cinco mil, y se aseguraba que otros tantos castellanos—pues éstos eran los que habían sido derrotados—habían perecido en la batalla (1). Cierto que Fernán González alcanzó una victoria cerca de San Esteban de Gormaz (2); cierto que Ordoño III, cuando al fin hubo rechazado a su hermano y obligado a los gallegos, que se habían sublevado también, a reconocerle, saqueó en represalias a Lisboa (3); pero esto era una débil compensación del mal que los musulmanes habían hecho a los cristianos, y Ordoño, que temía nuevas revueltas, deseaba vivamente la paz. El año 955 envió a Córdoba un embajador para demandarla (4). Abderrahman, que también la deseaba porque tenía la intención de volver sus armas a otra parte, dió oídos a las proposiciones de Ordoño, y al año siguiente envió a León, en calidad de embajadores, a Mohámed-ben-Hosain y al sabio judío Hasdai-aben-Zabrut, director general de aduanas. No fueron largas las negociaciones. Habiendo declarado Ordoño que estaba dispuesto a hacer concesiones—prometería probablemente entregar, o, por lo menos, arrasar algunas fortalezas—, concertáronse las bases de un tratado, después de lo cual los embajadores volvieron a Córdoba

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 233, 234, 235 y 236.
(2) *Chronicon de Cardeña,* p. 378.
(3) Sampiro, c. 25.
(4) Aben-Jaldun, fol. 15 v.

para que lo ratificara el califa. Aunque el tratado fuera muy honroso y ventajoso, Abderrahman creyó que no lo era bastante; pero como ya no podía contar con el porvenir—porque era casi septuagenario—, pensó que el asunto concernía más bien a su hijo que a él. Consultóle, por lo tanto, y lo dejó a su decisión. Alhaquen, que era pacífico, declaró que, a su parecer, el tratado debía ratificarse, y entonces lo firmó el califa (1). Poco después concertó otro con el conde Fernán González (2), de suerte que los sarracenos no tenían en España más enemigos que los navarros.

Si Abderrahman había sido en esta ocasión más tratable que de ordinario, era porque quería volver sus armas contra los Fatimitas, cuyo poder crecía incesantemente. Ardiendo en deseos de vengarse de los soberanos de Europa, que se habían regocijado con su pérdida, creyéndola segura, habían hecho sentir, primero, el peso de su venganza al emperador de Constantinopla, devastando Calabria (3). Entonces le tocó el turno a Abderrahman. En 955, cuando, según todas las apariencias, Moiz, el cuarto califa fatimita, meditaba ya un desembarco en España, sucedió que un gran navío, que Abderrahman había enviado con mercancías a Alejandría, encontró en el mar un

---

(1) Ben-Adari, t. II, p. 237—en vez de *Xabrut,* como está en el manuscrito, es preciso leer *Hasdai aben-Xabrut—;* Aben-Jaldun, fol. 15 v.

(2) Aben-Jaldun, fol. 15 v.

(3) Amari, *Historia de los musulmanes de Sicilia,* t. II, páginas 242-248.

barco procedente de Sicilia, y en el que iba un correo que el gobernador de esta isla había expedido a su soberano, Moiz. Esta última circunstancia no parece haber sido desconocida al capitán del bajel andaluz, y hasta es posible que Abderrahman supiese que los despachos de que era portador el correo contenían un plan de ataque contra España, y que hubiese dado al capitán la orden de interceptarlos. Sea lo que sea, el capitán atacó al buque siciliano, lo saqueó y se apoderó de la correspondencia.

Moiz tomó en seguida el desquite. Por orden suya, el gobernador de Sicilia se presentó con una flota en Almería y apresó o quemó los navíos anclados en el puerto. Apoderóse también del buque que había proporcionado un pretexto especioso para esta expedición, y que estaba justamente de vuelta de Alejandría, trayendo cantadoras para el califa y mercancías preciosas. Después, desembarcaron las tropas del gobernador, para saquear las inmediaciones de Almería, y hecho esto se hicieron a la mar (1).

Abderrahman respondió de un modo enérgico a este ataque. Ordenó, ante todo, maldecir diariamente a los Fatimitas en las oraciones públicas (2); después encargó a su almirante Galib que fuese a saquear las costas de Ifrikia. Sin embargo, esta expedición no tuvo todo el éxito que

(1) Véanse Amari, ibid., pp. 249 y 250, y los autores que cita.
(2) Ben-Adari, t. II, p. 237.

se había prometido el califa, pues aunque los andaluces lograron algunas ventajas, fueron rechazados al fin por las tropas que guarnecían la provincia y obligados a reembarcarse.

He aquí el estado en que Abderrahman tenía la guerra contra los Fatimitas en el momento en que se tramitaban las negociaciones con el rey de León. Queriendo volver todas las fuerzas y todos los recursos de su imperio contra el Africa, debía, naturalmente, desear la paz con los cristianos del Norte, y por esta razón no se habia mostrado muy exigente en las condiciones para concertaría.

Una vez ultimada, concentró todos sus pensamientos en Africa. Preparábase una gran expedición. Los obreros de los arsenales no tenían un momento de reposo. Salían de todas partes tropas para los puertos de mar y se alistaban millares de marineros, cuando la muerte de Ordoño III, ocurrida en la primavera del año 957 (1), vino de pronto a entorpecer los proyectos del califa

Hemos visto antes que Ordoño no había conseguido la paz sino haciendo concesiones, entre las cuales figuraba, a no dudar, en primer término, la entrega o demolición de ciertas fortalezas. Ahora bien: Sancho, el antiguo competidor de su her-

---

(1) El nombre de Ordoño III figura en las cartas hasta el mes de marzo del 957; véase *Esp. Sagr.*, t. XXXIV, página 268. La comparación con las crónicas árabes muestra también que la fecha en que los manuscritos de Sampiro fijan la muerte de este rey—955—es errónea.

mano, que ahora le había sucedido sin dificultad, se negó a cumplir esta cláusula del Tratado. Abderrahman se vió obligado a emplear contra el reino de León las fuerzas que hubiera querido enviar al Africa, y dió órdenes en este sentido al valiente Ahmed aben-Yila, gobernador de Toledo (1). Este general salió a campaña, y en el mes de julio alcanzó una gran victoria contra el rey de León (2). Sin duda, este triunfo era un consuelo para el califa, que no había deseado esta nueva guerra y que hasta la habría evitado de buena gana si el honor se lo hubiera consentido. Iba a tener otro más dulce aún: vería a sus enemigos a sus pies.

IV

"El rey Sancho—dice un autor árabe (3)—era vano y orgulloso." Esta frase, tomada, sin duda, de un cronista leonés de aquella época (4), significa en boca de estos escritores que Sancho intentaba quebrantar el poder de la nobleza y restablecer la autoridad absoluta ejercida por sus antepasados. De ahí el odio que le profesaban los grandes. Al odio se unía el menosprecio. Sancho había perdi-

---

(1) Abderrahman le había conferido este puesto en 954; véanse Ben-al-Abar, p. 140, y Ben-Adari, t. II, p. 235.

(2) Ben-Adari, t. II, pp. 237, en la última línea, y 238.

(3) Aben-Jaldun, en mis *Investigaciones*, t. I, p. 104.

(4) Sampiro dice, poco más o menos, lo mismo, hablando de Ramiro III.

do sus antiguas cualidades, que eran las que más apreciaban sus súbditos. El pobre príncipe había engordado excesivamente, por lo que no podía montar a caballo, y aun para andar tenía que apoyarse en alguien (1). Era, pues, objeto de burla, y poco a poco comenzó a decirse que era preciso deponer a aquel monarca ridículo, a aquel rey inválido. Fernán González, que aspiraba al título de hacedor de reyes, y que ya había intentado una vez, aunque sin éxito, hacer uno, fomentó y dirigió el descontento de los leoneses (2). Tramóse una conspiración en el Ejército, y un día, en la primavera del año 958 (3), echaron a Sancho del reino.

Mientras el rey destronado se encaminaba tristemente a Pamplona, residencia de su tío García, Fernán González y los demás nobles se reunieron para proclamar otro rey. Recayó la elección sobre Ordoño, cuarto de este nombre, hijo de Alfonso IV, y, por consiguiente, primo carnal de Sancho. Excepto su nacimiento, nada justificaba los sufragios de los electores. A una deformidad corporal—era jorobado (4)—, unía un carácter adulador, vil (5) y perverso, por lo que en adelan-

---

(1) Véase el poema de Dunax, estrofa 4.ª, *apud* Luzzatto, *Noticia sobre Abu-Yusuf*, Hasdai-aben-Sxaprut, p. 24.

(2) Aben-Jaldun, fol. 15 v. y en mis *Investigaciones*, tomo I, p. 105.

(3) *Esp. Sagr.*, t. XXXIV, p. 269.

(4) Ben-Adari, t. II, p. 201, l. II.

(5) Véase más adelante el relato de la audiencia de Ordoño IV con Alhaquen II

te sólo se le llamó Ordoño el Malo (1); pero como entonces no había ningún otro adulto dentro de la familia real, fué preciso elegirle, y el conde de Castilla le hizo casar con su hija Urraca, viuda de Ordoño III (2), que vino a ser por segunda vez reina de León (3).

En los momentos mismos en que así le nombraban sucesor, Sancho refería en Pamplona la desgracia que le había ocurrido. Su abuela, la vieja y ambiciosa Tota, que aun gobernaba Navarra en nombre de su hijo, aunque éste hacía mucho tiempo que se hallaba en edad de reinar por sí, tomó calurosamente su partido y juró restablecerlo a toda costa. Sin embargo, esto no era fácil; pues, por una parte, Sancho no tenía en su antiguo reino ningún amigo influyente, y, por otra, Navarra era demasiado débil para atacar por sí sola a León y Castilla. Tota debía, pues, buscar un aliado, y un aliado poderoso. Además, para que Sancho pudiera sostenerse en el trono, una vez reconquistado, era absolutamente preciso que dejara de ser objeto de burlas por su malhadada obesidad. Esta gordura no era natu-

---

(1) *El malo,* en español; *al-jabit,* en árabe—véase Macari, t. I, p. 252, l. III—.

(2) Engañados por un interpolador de Sampiro, que ha introducido multitud de errores en la historia del Reino de León, se ha dicho a menudo que Ordoño III repudió a Urraca cuando Fernán González se sublevó contra él. Risco—*España Sagrada,* t. XXXIV, pp. 267 y 268—ha probado con documentos que Urraca siguió siendo esposa de Ordoño III hasta el fin del reinado de este monarca.

(3) Sampiro, c. 26.

ral: provenía de una disposición enfermiza que un médico hábil podría, sin duda, hacer desaparecer; pero sólo en Córdoba, que era entonces el foco de toda luz, podía encontrarse semejante médico. También fué en Córdoba donde Tota buscó el aliado que necesitaba. Resolvió pedir al califa un médico para curar a su nieto, y un ejército para restablecerle en el trono. Mucho costaba, sin duda, a su orgullo formular tal petición; penoso le era verse obligada a implorar el auxilio de un infiel con el cual había estado en guerra durante más de treinta años, y que, apenas hacía uno, había mandado asolar sus valles y quemar sus aldeas (1); pero el amor hacia su nieto, el ardiente deseo de verle reinar y la rabia que le producía su vergonzosa derrota, fueron más fuertes que su legítima repugnancia, y envió embajadores a Córdoba.

Habiendo estos embajadores expuesto al califa el motivo de su viaje, les respondió que enviaría de buen grado un médico a Sancho, y que, en ciertas condiciones, que serían expuestas por uno de sus ministros, que enviaría a Pamplona, prestaría el apoyo de sus armas al rey destronado.

Cuando le dejaron los embajadores navarros, Abderrahman hizo venir al judío Hasdai, y después de darle instrucciones, le encargó trasladarse a la corte de Navarra. No cabía mejor elec-

(1) Ben-Adarl, t. II, p. 237.

ción. Hasdai reunía todas las cualidades requeridas para una misión semejante: hablaba muy bien la lengua de los cristianos, era a la vez médico y estadista; todo el mundo elogiaba su talento, su ingenio, su cultura, su gran capacidad, y poco antes un embajador venido del centro de Alemania declaró que no había visto nunca un hombre dotado de tal arte (1).

Llegado a Pamplona, el judío se granjeó la confianza de Sancho, encargándose de su tratamiento y prometiéndole una pronta curación. Díjole que, a cambio del servicio que el califa estaba dispuesto a prestarle, exigía la cesión de diez fortalezas. Sancho prometió entregárselas apenas estuviese restaurado en el trono. Mas esto no era todo: Hasdai estaba encargado también de conseguir que Tota viniese a Córdoba con su hijo y con su nieto. El califa, que quería satisfacer su vanidad y proporcionar a su pueblo el espectáculo, hasta entonces sin ejemplo, de una reina y dos reyes cristianos que iban a postrarse humildemente a sus pies, para implorar el apoyo de sus armas, había insistido particularmente sobre este punto; mas podía preverse que la orgullosa Tota se opondría enérgicamente a semejante exigencia. En efecto: hacer un viaje a Córdoba era para ella un paso todavía más humillante que al que se había rebajado cuando entró en relaciones amistosas con su antiguo enemigo. Esta

(1) *Vita Johannis Gorziensis*, c. 121.

parte de la misión de Hasdai era, por lo tanto la más delicada y espinosa; para formular semejante proposición, y, sobre todo, para hacerla aceptar, se requerían un tacto y una habilidad extraordinarios. Pero Hasdai tenía fama de ser el hombre más diestro de su tiempo, y la justificó. La altiva navarra se dejó vencer "por el encanto de sus palabras, por la fuerza de su sabiduría, por el poder de sus astucias y por sus numerosos artificios", para hablar como un poeta judío de la época; y creyendo que la curación de su nieto no podría obtenerse más que a este precio, hizo un gran esfuerzo sobre sí misma y accedió al fin al viaje que le proponía el judío.

La España musulmana presenció entonces un extraordinario espectáculo. Seguida de multitud de nobles y de sacerdotes, la reina de Navarra se encaminó lentamente hacia Córdoba, con García y con el desdichado Sancho, cuya salud no estaba aún bastante restablecida y que andaba apoyándose en Hasdai. Si este espectáculo resultaba grato para la vanidad nacional de los musulmanes, lo era también, y acaso más todavía, para el amor propio de los judíos, porque se debía a un hombre de su religión. Por eso sus poetas celebran a porfía su regreso. "¡Saludad, montañas, al jefe de Judá!—cantaba uno de ellos—. ¡Que la risa brote de todos los labios! ¡Que canten las florestas y las tierras áridas! ¡Que se regocije el desierto, que florezca y produzca frutos, porque viene el jefe de la Academia, porque viene con ale-

gría y cánticos! Mientras se hallaba ausente, la célebre ciudad que se dibuja con gracia permanecía silenciosa y triste; sus pobres, que no veían su rostro brillante como las estrellas, estaban desolados; los soberbios nos dominaban, nos vendían y nos compraban como esclavos; alargaban sus lenguas para engullir nuestras riquezas; rugían como leoncillos, y todos estábamos espantados, porque nuestro defensor no se encontraba entre nosotros... Dios nos le ha dado por jefe; El le ha otorgado el favor del rey, que le ha nombrado príncipe y le ha elevado por cima de los demás dignatarios. Cuando pasa, nadie se atreve a abrir la boca. Sin flechas ni espadas, con su sola elocuencia ha quitado a los abominables comedores de puercos fortalezas y ciudades."

Cuando la reina y los dos reyes llegaron al fin a Córdoba, el califa les concedió en su palacio de Zahara una de esas pomposas audiencias (1) que imponían a los extranjeros, y que eran muy propias para inspirar una alta idea de su riqueza y poder. Era, indudablemente, un momento gratísimo para Abderrahman aquel en que veía a sus plantas al hijo de su terrible enemigo Ramiro II, al hijo del ilustre vencedor de Simancas y de Alhandega, y aquella reina tan valiente como orgullosa que en memorables batallas había mandado por sí misma sus victoriosas huestes; pero cualesquiera que fuesen sus sentimientos ínti-

(1) Macari, t. I, p. 253, l. III, IV, VIII y IX.

mos, supo disimularlos exteriormente, y recibió a sus huéspedes con exquisita cortesía. Sancho le repitió lo que ya había prometido a Hasdai, es decir, que le cedería las diez fortalezas que el califa exigía, resolviéndose que mientras el ejército árabe atacaba el reino de León, los navarros invadirían Castilla, a fin de atraer las fuerzas de Fernán González hacia esta parte (1).

Entre tanto, Abderrahman no había perdido de vista el Africa; por el contrario, había dado impulso a sus armamentos con gran actividad, y el mismo año en que la reina de Navarra llegó a Córdoba, un numeroso ejército, mandado por Ahmed-aben-Yila, se embarcó en setenta navíos. Esta expedición fué feliz, porque los andaluces incendiaron a Mersa-al-Jarez y devastaron las inmediaciones de Susa y de Tabarca (2).

Algún tiempo después, el ejército musulmán marchó contra León. Sancho le acompañaba. Gracias a los remedios de Hasdai, se había desembarazado de su obesidad y se hallaba tan ágil y tan apto como antes (3). Primero fué tomada Zamora (4), y ya en el mes de abril del 959, la

---

(1) Compárese con Sampiro, c. 26, el poema hebreo de Dunax-ben-Labrat, el de Menahen-ben-Saruk—*apud* Luzzatto, *Noticia*, etc., pp. 24 y 25, 29-31—, el pasaje de Aben-Jaldun, que comuniqué a M. Luzzatto, impreso por este sabio en su *Noticia*, pp. 46 y 47, y el que se encuentra en mis *Investigaciones*, t. I, p. 105.

(2) Aben-Jaldun, *Historia de los bereberes*, t. II, p. 541 de la traducción; cf. Ben-Adari, t. II, p. 238.

(3) Sampiro, c. 26.

(4) Aben-Jaldun, en mis *Investigaciones*, t. I, p. 105.

autoridad de Sancho era reconocida en gran parte del reino (1). Sin embargo, la capital se mantenía aún por Ordoño IV; pero habiéndose refugiado este príncipe en Asturias (2), rindióse a Sancho en la segunda mitad del año 960 (3). Habiendo recobrado su reino, Sancho envió una embajada al califa para darle gracias por su ayuda, y escribió al mismo tiempo a sus vecinos anunciándoles su restauración en el trono. En estas cartas vituperaba en los términos más enérgicos la deslealtad del conde de Castilla (4). Acaso este último le inspiraba aún algunos temores; mas si era así, pronto se disiparon, pues, según lo convenido, los navarros habían invadido Castilla, y en aquel mismo año 960 dieron al conde una batalla, en que tuvieron la suerte de hacerle prisionero (5). Desde entonces, la causa de Ordoño estaba perdida. Odiado y despreciado por todo el mundo, sólo había podido sostenerse por la influencia de Fernán González, de quien era hechura. Los asturianos le arrojaron de su provincia y se sometieron a Sancho. Ordoño se refugió en Burgos (6), y ya veremos más adelante lo que fué de él.

Mientras esto sucedía en el Norte, el califa,

---

(1) *Esp. Sagr.*, t. XXXIV, p. 270.

(2) Sampiro, c. 26.

(3) *Esp. Sagr.*, t. XXXIV, pp. 270 y 271.

(4) Aben-Jaldun, fol. 15 v.

(5) *Annales Compostellani;* Aben-Jaldun, en mis *Investigaciones*, t. I, p. 105.

(6) Sampiro, c. 26.

que había cometido la imprudencia de exponerse al crudo viento de marzo, estaba ya enfermo y se temía por su vida. Esta vez, sin embargo, los médicos lograron aún conjurar el peligro, y a principios de julio, Abderrahman había recobrado la salud, hasta tal punto que pudo dar audiencia a los más altos dignatarios. Pero esta curación no era más que aparente; sufrió una recaída en su enfermedad, y el 16 de octubre del año 961 (1) exhaló el último suspiro, a la edad de setenta años y cuarenta y nueve de reinado.

Entre los príncipes ommíadas que reinaron en España, el primer puesto pertenece indiscutiblemente a Abderrahman III. Lo que había hecho parecía un prodigio. Había encontrado el imperio presa de la anarquía y de la guerra civil, desgarrado por las facciones, dividido entre multitud de señores de distintas razas, expuesto a las continuas correrías de los cristianos del Norte y en vísperas de ser absorbido, ya por los leoneses, ya por los africanos. A despecho de innumerables obstáculos, salvó a Andalucía de sí misma y de la dominación extranjera, la hizo renacer más grande y más fuerte que nunca, procurándole orden y prosperidad en el interior; fuera, consideración y respeto. El tesoro público, que encontró en un estado deplorable, quedaba en una situación excelente. Un tercio de las rentas del imperio, que se elevaban anualmente a seis millones doscientas

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 239 y 161.

cuarenta y cinco mil monedas de oro, bastaba para los gastos ordinarios; otro tercio quedaba de reserva, y el resto lo consagraba Abderrahman a su escuadra (1). Calcúlase que el año 951 tenía en sus arcas la enorme suma de veinte millones de monedas de oro; así, que un viajero hacendista asegura que Abderrahman y el Hamdanita, que reinaba entonces en Mesopotamia, eran los príncipes más ricos de aquella época (2). El estado del país se hallaba en armonía con la próspera situación del tesoro público. La agricultura, la industria, el comercio, las ciencias, las artes: todo florecía. El extranjero admiraba por doquiera campos bien cultivados y ese sistema hidráulico, ordenado tan sabiamente, que hacía fértiles hasta las tierras en apariencia más áridas; maravillábase del orden perfecto que, gracias a una policía vigilante, reinaba hasta en los distritos menos accesibles (3); se asombraba de la baratura de los géneros—los frutos más deliciosos se vendían casi de balde—, de la limpieza de los vestidos y, sobre todo, de aquel general bienestar que permitía a casi todo el mundo ir a caballo en vez de ir a pie (4). Diversas y numerosas industrias enriquecían a Córdoba, Almería y otras ciudades. El comercio había adquirido tal desarrollo, que, según la relación del encargado de las

(1) Ben-Adari, t. II, p. 247.
(2) Ben-Haucal, p. 40.
(3) Ben-Haucal, pp. 38 y 42.
(4) Ben-Haucal, pp. 38 y 41.

Aduanas, los derechos de importación y exportación constituían la principal fuente de ingresos del Estado (1). Córdoba, con su medio millón de habitantes, sus tres mil mezquitas, sus soberbios palacios, sus ciento trece mil casas, sus trescientos baños y sus veintiocho arrabales (2), no cedía en extensión ni en esplendor más que a Bagdad, con la cual se complacían sus habitantes en compararla. Era renombrada hasta en el fondo de Alemania; la religiosa sajona Hroswitha, que se hizo célebre en la última mitad del siglo X por sus poemas y sus dramas latinos, la llamaba "ornato del mundo" (3). La rival que Abderrahman le había dado no era menos admirable. Habiéndole legado una gran fortuna una de sus concubinas, quiso el monarca emplear este dinero en el rescate de prisioneros de guerra; pero habiendo sus agentes recorrido los reinos de León y Navarra sin encontrar ninguno, Zahra, su favorita, le dijo: "Emplea ese dinero en edificar una ciudad, y ponle mi nombre." Esta idea agradó al califa, que, como casi todos los grandes príncipes, era aficionado a edificar, y en el mes de noviembre del año 936 hizo echar, una legua al norte de Córdoba, los cimientos de una ciudad que había de llevar el nombre de Zahra. No se economizó nada para hacerla todo lo más magnífica posible. Durante vein-

(1) Véase la carta de Hasdai al rey de los Jozaros, en Carmoly, *Los jozaros en el siglo X*, p. 37.
(2) Ben-Adari, t. II, pp. 247 y 248.
(3) Hroswitha, *Passio S. Pelagii*.

ticinco años, diez mil obreros, que disponían de mil quinientas bestias de carga, se habían ocupado en edificarla, y, sin embargo, aun no estaba concluída a la muerte de su fundador. Una prima de cuatrocientos *dirhems*, que el califa había prometido a todo el que viniese a establecerse en ella, atrajo multitud de habitantes. El palacio real, donde se hallaban reunidas todas las maravillas de Oriente y Occidente, era de enorme extensión, como lo prueba que en el harén había seis mil mujeres (1).

El poder de Abderrahman era formidable. Una soberbia marina le permitía disputar a los Fatimitas el imperio del Mediterráneo y le garantizaba la posesión de Ceuta, llave de Mauritania. Un ejército numeroso y bien disciplinado, tal vez el mejor del mundo (2), le aseguraba la preponderancia sobre los cristianos del Norte. Los más altivos soberanos demandaban su alianza. Los emperadores de Constantinopla y de Alemania, los reyes de Italia y Francia, le enviaban embajadores.

Eran, ciertamente, magníficos resultados; pero lo que más excita el asombro y la admiración cuando se estudia este reinado glorioso, no es tanto la obra como el obrero: es el poder de esa inteligencia universal, a la cual nada se escapaba, y que era no menos admirable en los pequeños detalles que en las más sublimes concepciones.

---

(1) Ben-Haucal, p. 40; Ben-Adari, t. II, pp. 246 y 247; Macari, t. I, pp. 344-346, 370 y sigs.

(2) Compárese *Vita Joh. Gorz.*, c. 135.

Este hombre, fino y sagaz, que centraliza, que funda la unidad de la nación y del poder, que establece con sus alianzas una especie de equilibrio político, y que, con amplia tolerancia, llama a sus consejos a hombres de otra religión, es más bien un rey de los tiempos modernos que un califa medieval.

V

A pesar de los grandes servicios que Abderrahman III les había prestado, las cortes de León y Pamplona no se afligieron por su muerte; al contrario, vieron en ella el modo de eludir los tratados y de librarse de la protección islamita, de la cual comenzaban a cansarse desde que no la necesitaban. Y, en efecto, la ocasión parecía propicia para no cumplir lo que se habían visto obligados a prometer. El sucesor de Abderrahman, Alhaquen II, pasaba por pacífico; tal vez se pensaba que no insistiría mucho en el cumplimiento de un tratado concertado por su padre, y en todo caso, faltaba ver si era tan afortunado en la guerra como aquél lo había sido.

Alhaquen pudo darse cuenta bien pronto de las intenciones de sus vecinos. Sancho, a quien había requerido para que le entregara, al fin, las fortalezas estipuladas en el tratado, hallaba toda clase de razones para aplazar el asunto (1). García, a

(1) Macari, t. I, p. 254, l. IX y X.

quien había pedido que le entregara su prisionero Fernán González rehusaba ceder a esta demanda (1), y lo que es más, le devolvió la libertad después de hacerle prometer que rompería con su yerno, Ordoño IV. Fernán González cumplió la promesa. Por orden suya, Ordoño, que aun se encontraba en Burgos, fué separado violentamente de su mujer y de sus dos hijas, y conducido, con buena escolta, a territorio musulmán (2). Después, Fernán González, que no estaba ligado por ningún tratado, como los reyes de Navarra y León, reanudó las hostilidades contra los árabes (3), de suerte que, en el mes de febrero del 962, Alhaquen se vió obligado a escribir a sus generales y a sus gobernadores que se dispusieran para entrar en campaña (4).

Entre tanto, Ordoño el Malo había llegado a Medinaceli acompañado de veinte señores, los únicos que aun le eran adictos. Vió en esta ciudad los preparativos que se hacían para una expedición, lo cual reanimó sus esperanzas para el porvenir. Así como su primo había recobrado el trono, gracias al apoyo de Abderrahman, esperaba a su vez recobrarle con el auxilio de Alhaquen. Así, que declaró a Galib, gobernador de Medinaceli, su deseo de ir a Córdoba a fin de implorar la protección del monarca. Galib consultó con

(1) Aben-Jaldun, en mis *Investigaciones*, t. I, p. 105.
(2) Sampiro, c 26.
(3) Aben-Jaldun, fol. 16 r.
(4) Ben-Adari, t. II, p. 250.

Alhaquen la respuesta que debía darle. El califa, a quien no disgustaba tener en su mano un pretendiente, pero que no quería comprometerse definitivamente aún, le respondió que podía llevar a Ordoño a Córdoba, pero sin hacerle promesa alguna. Partió, pues, Galib para Córdoba, a principios de abril acompañado de Ordoño y de su séquito. En el camino encontraron un destacamento de caballería que Alhaquen había enviado al encuentro de sus huéspedes, y en las inmediaciones de la capital, otro más numeroso aún. Ordoño no perdonó ocasión para captarse el favor de los oficiales de la escolta; prodigó las adulaciones, y cuando entró en Córdoba les preguntó dónde se hallaba la tumba de Abderrahman III. Cuando se la enseñaron, se quitó respetuosamente la gorra, se arrodilló, volviendo la cabeza hacia el lugar indicado, y oró por el alma del que antes le había arrojado del trono. La esperanza de recuperar el cetro le hacía olvidar todo lo demás; por lograr este fin estaba decidido a no retroceder ante ninguna bajeza.

Después de pasar dos días en un palacio soberbiamente amueblado que se le destinó para morada, Ordoño recibió el permiso para ir a Zahra, donde el califa le daría audiencia. Vistióse entonces un traje y una capa de seda blanca—lo cual era probablemente un nuevo homenaje tributado a los ommíadas, porque el blanco era el color adoptado por esta familia—y se cubrió con una gorra adornada de pedrería. Los principales cris-

tianos de Andalucía, como Ualid-aben-Jaizoran, juez de los cristianos de Córdoba, y Obaidala-aben-Casim, metropolitano de Toledo, fueron a buscarle para conducirle a Zahra e instruirle en las reglas de la etiqueta, en las que era la corte muy quisquillosa.

Al pasar por las filas de soldados que llenaban la entrada de Zahra, Ordoño y sus compañeros leoneses fingieron admirarse, y hasta asustarse, de aquel aparato militar; bajaron los ojos e hicieron la señal de la cruz. Cuando llegaron a la primera puerta del palacio echaron todos pie a tierra, menos Ordoño y los leoneses. En la puerta llamada de *azuda*, estos últimos tuvieron que apearse; pero Ordoño y el general Aben-Tomlos, encargado de introducirle a presencia del califa, continuaron a caballo hasta llegar a un pórtico donde habían puesto sillas para Ordoño y sus compañeros, y que era el mismo en que Sancho había esperado también hasta el momento de ser presentado al monarca cuando vino a implorar su socorro. Poco después recibieron los leoneses permiso para entrar en la sala de audiencia. A la puerta quitóse Ordoño su gorra y su capa, en señal de respeto, y cuando le indicaron que avanzase, se encontró frente a frente al trono en que estaba el califa, rodeado de sus hermanos, de sus sobrinos, de los visires, del cadí y de los faquíes; se arrodilló muchas veces, adelantando algunos pasos a cada genuflexión, y llegó al fin adonde estaba el califa. Este le dió a besar la mano, des-

pués de lo cual Ordoño se retiró cuidando de no volver la espalda al califa, para sentarse en un diván de brocado, destinado para él, y que estaba a quince pies del trono. Aproximáronse entonces al califa los señores leoneses con el mismo ceremonial, y después de besarle la mano fueron a colocarse detrás de su señor, junto al cual estaba también Ualid-aben-Jaizaran, que debía servir de intérprete en la entrevista.

El califa guardó algunos instantes de silencio, para dejar al ex rey tiempo de reponerse de la emoción que la vista de aquella augusta asamblea debía haber producido en su ánimo. Después le habló en estos términos: "Congratúlate de haber venido y espera mucho de nuestra bondad, pues tenemos intención de concederte más favores de los que te atreverías a pedir."

Cuando el intérprete explicó a Ordoño el sentido de estas benignas palabras, se reflejó en su rostro la alegría, levantóse, y besando el tapiz que cubría las gradas del trono: "Soy—dijo—esclavo del comendador de los creyentes. Confío en su magnanimidad; en su alta virtud busco mi apoyo y le otorgo pleno poder sobre mí y sobre los míos. Iré donde me ordenare, le serviré sincera y lealmente." "Nosotros te creemos digno de nuestras bondades—repuso el califa—; quedarás satisfecho cuando veas hasta qué punto te preferimos a todos tus correligionarios, y te alegrarás de haber buscado asilo entre nosotros y de haberte cobijado a la sombra de nuestro poder." Después

de hablar de este modo el califa, Ordoño se arrodilló nuevamente, e implorando la bendición de Dios para el monarca, expuso su demanda en estos términos: "En otro tiempo, mi primo Sancho vino a pedir socorro contra mí al difunto califa. Realizó sus deseos y fué auxiliado como no se puede ser socorrido por los mayores soberanos del universo. Yo también acudo a demandar apoyo; pero entre mi primo y yo existe una gran diferencia. Si él vino aquí fué obligado por la necesidad; sus súbditos vituperaban su conducta, le aborrecían y me habían elegido en lugar suyo, sin que yo, Dios me es testigo, hubiese ambicionado este honor. Yo le había destronado y arrojado del reino. A fuerza de súplicas obtuvo del difunto califa un ejército que le restauró en el trono; pero no se ha mostrado reconocido por este servicio; no ha cumplido ni a su bienhechor ni a vos, ¡oh comendador de los creyentes, mi señor!, aquello a que estaba obligado. Por el contrario, yo he dejado mi reino por mi propia voluntad y he venido al comendador de los creyentes para poner a su disposición mi persona, mis gentes y mis fortalezas. Tengo, pues, razón al afirmar que entre mi primo y yo media una gran diferencia, y me atrevo a decir que he dado pruebas de más generosidad y confianza." "Hemos escuchado tu discurso y comprendido tu pensamiento—dijo entonces el califa—. Ya verás cómo recompensamos tus buenas intenciones. Recibirás de nosotros tantos beneficios como recibió tu adversario de nues-

tro padre, de feliz memoria; y aunque tu competidor tiene el mérito de haber sido el primero a implorar nuestra protección, éste no es motivo para que te estimemos menos ni para que nos neguemos a concederte lo que a él le dimos. Te conduciremos a tu país, te colmaremos de júbilo, consolidaremos las bases de tu poder real, te haremos reinar sobre todos los que quieran reconocerte por soberano y te enviaremos un tratado en el que fijaremos los límites de tu reino y del de tu primo. Además, impediremos a este último que te inquiete en el territorio que te tendrá que ceder. En una palabra: los beneficios que has de recibir de nosotros excederán a tus esperanzas. ¡Dios sabe que lo que decimos es lo mismo que pensamos!"

Después de hablar así el califa, Ordoño volvió a arrodillarse, y deshaciéndose en acciones de gracias, se levantó y abandonó la sala andando hacia atrás. Cuando llegó a otro departamento, dijo a los eunucos que le habían seguido que estaba deslumbrado y estupefacto por el majestuoso espectáculo de que había sido testigo, y viendo una silla en que el califa solía sentarse, se arrodilló ante ella. En seguida le llevaron ante Chafar, *hachib* o primer ministro. En cuanto vió a lo lejos a este dignatario, le hizo una profunda reverencia, queriendo también besarle la mano; pero el *hachib* se lo impidió, le abrazó y, haciéndole sentar al lado suyo, le manifestó que podía estar seguro de que el califa cumpliría sus promesas. Des-

pués le mandó entregar los trajes de honor que el califa le regalaba; sus compañeros los recibieron también, cada uno según su categoría, y, saludando al *hachib* con el más profundo respeto, volvieron al pórtico en pos de su rey, el cual encontró allí un caballo soberbio y ricamente enjaezado, de las caballerizas de Alhaquen. Montóse, y, con el corazón lleno de esperanza, volvió con los leoneses y con el general Aben-Tomlos al palacio que le servía de morada (1).

Poco después le enviaron, para que lo firmase, un tratado, en el cual se comprometía a vivir siempre en paz con el califa, a entregarle su hijo García en rehenes y a no aliarse con Fernán González. Lo firmó, y entonces Alhaquen puso a su disposición un cuerpo de ejército, mandado por Galib (2). Además, le dió por consejeros a Ualid (3), juez de los cristianos de Córdoba; a Asbag ben-Abdala aben-Nabil, obispo (4) de esta ciudad, y a Obaidala (5) aben-Casim, metropolitano de Toledo, después de ordenar a estos per-

---

(1) Macari, t. I, pp. 252-256; Ben-Adari, t. II, p. 251 —en este autor, p. 250, l. II, hay que sustituir *año* 351 por *año* 352; el relato de los sucesos del año 352 no comienza hasta la p. 251, l. XIX—; Aben-Jaldun, fol. 16 v.

(2) Aben-Jaldun, en mis *Investigaciones*, t. I, p. 106.

(3) Aben-Jaldun—fol. 16 v.—le llama Ualid *aben-Mogit* y no *aben-Jaczoran,* como consigna Macari.

(4) *El católico,* dice Aben-Jaldun; de donde resulta que en Córdoba se daba este título al obispo, lo mismo que en Oriente se le da al obispo de los nestorianos—véase Ahmed-ben-abi-Yacub, *Kitab al-boldam,* fol. 3 v.—.

(5) Aben-Jaldun le llama Abdala.

sonajes—a quienes debía ser entregado García—que hicieran todos los esfuerzos posibles para atraer a los leoneses a la obediencia de Ordoño (1).

Hízose gran ruido con estos preparativos esperando que Sancho se intimidase, cálculo que no resultó engañoso. Sancho comprendía que su situación era todavía precaria e insegura. Galicia se negaba tenazmente a reconocerle (2), y era de temer que si volvía Ordoño con un ejército musulmán podría contar con el apoyo de esta provincia. En cuanto a las demás del reino que habían sufrido a Sancho, pero que no le querían, todo inclinaba a creer que le echarían de nuevo antes de exponerse a una invasión. Sancho adoptó, pues, bien pronto su partido. En el mes de mayo envió a Córdoba obispos y condes que debían decir en su nombre al califa que estaba dispuesto a ejecutar todas las cláusulas del tratado (3). Desde entonces, Alhaquen, que había conseguido lo que quería, no pensó más en cumplir las promesas hechas a Ordoño; de suerte que este desgraciado pretendiente se humilló sin provecho alguno a las más vergonzosas adulaciones. Parece que no sobrevivió mucho tiempo a la pérdida de sus esperanzas; al menos la Historia no habla más de él, diciendo solamente que murió en Cór-

(1) Aben-Jaldun, fol. 16 v.
(2) Sampiro, c. 27.
(3) Ben-Adari, t. II, p. 25; Aben-Jaldun, fol. 16 v.

doba (1), y todo induce a creer que había muerto a fines del año 962.

Su muerte disipó los temores que Sancho había concebido. Contando con el apoyo de sus aliados, el conde de Castilla, el rey de Navarra y los condes catalanes Borrell y Mirón, tomó de nuevo un tono más atrevido y no cumplió mejor que antes las cláusulas del tratado (2).

Alhaquen se vió, por lo tanto, obligado a declarar la guerra a los cristianos. Primeramente dirigió sus armas contra Castilla, tomó a San Esteban de Gormaz—963—y obligó a Fernán González a pedir la paz (3), que quedó rota antes de ultimada. En seguida Galib ganó la batalla de Atienza. Yahya-aben-Mohámed Tochibi, gobernador de Zaragoza, venció a García, el cual perdió además la importante ciudad de Calahorra, que Alhaquen hizo rodear de nuevas fortificaciones (4), al mismo tiempo que mandaba reconstruir en Castilla la arruinada fortaleza de Gormaz. En una palabra: aunque no era belicoso y guerreó contra su voluntad, lo hizo tan bien, que obligó a sus enemigos a concertar las paces. Sancho de León la solicitó en 966 (5). Los condes Borrell y Mirón, que también habían sufrido muchos descalabros, siguieron su ejemplo, compro-

(1) Man. de Meyá, párrafo 15; compárese con Sampiro, capítulo 26.
(2) Ben-Adari, t. II, p. 251, l. XVIII.
(3) Ben-Adari, t. II, p. 251; Aben-Jaldun, fol. 16 r.
(4) Compárese con Ben-Adari, t. II, p. 257.
(5) Sampiro, c. 27.

metiéndose a desmantelar las fortalezas más próximas a las fronteras musulmanas. García de Navarra envió también condes y obispos a Córdoba, y un poderoso conde gallego, Rodrigo Velázquez, hizo pedir la paz por medio de su madre, a quien Alhaquen recibió con los mayores miramientos y a la cual hizo soberbios regalos (1).

La paz que el califa había concertado con casi todos sus vecinos fué duradera. Alhaquen era demasiado pacífico para romperla, y en cuanto a los cristianos, se vieron sumidos tan pronto en tal anarquía, que no pudieron pensar en volver nuevamente sus armas contra los musulmanes. Aun duraban las negociaciones con el califa, cuando Sancho atacó a Galicia, que hasta entonces había permanecido rebelde, y ya había logrado someter todo el país al norte del Duero, cuando el conde Gonzalvo, que había reunido contra él un gran ejército al sur de este río, le pidió una entrevista. Celebróse, en efecto; pero el pérfido Gonzalvo hizo servir al monarca un fruto envenenado, y apenas lo probó se sintió desfallecer. El veneno le atacó al corazón, pero sin matarle inmediatamente. Parte con gestos, y parte con palabras entrecortadas, Sancho expresó el deseo de que al punto le llevaran a León; pero al tercer día murió en el camino (2).

---

(1) Aben-Jaldun, fols. 16 v., 17 r.

(2) Sampiro, c. 27; *Chronicon Iriense*, c. 10. Sancho murió al fin del año 966; véase Risco, *Historia de León*, tomo I, p. 212.

Sucedióle su hijo Ramiro, tercero de este nombre, que no contaba aún más que cinco años de edad, bajo la tutela de su tía Elvira, religiosa del convento de San Salvador de León; pero los grandes del reino, no queriendo obedecer a una mujer y a un niño, se apresuraron a declararse independientes (1). El Estado quedó dividido en multitud de pequeños principados y reducido a una completa impotencia. Un ejército de ocho mil daneses que antes habían militado a las órdenes de Ricardo I de Normandía, y que este duque envió a España cuando ya no los necesitó, devastaron impunemente a Galicia durante tres años (2). Por lo tanto, la regente, Elvira, no podía ni pensar en reanudar la guerra contra los árabes (3).

Las correrías contra Castilla continuaron durante algún tiempo (4); pero en 970, la muerte de Fernán González procuró al califa la paz con este condado. Desde entonces pudo entregarse por completo a su afición por las letras y al desarrollo de la prosperidad del país.

Nunca había reinado en España un príncipe tan sabio, y aunque todos sus predecesores habían sido hombres cultos y aficionados a enriquecer sus bibliotecas, ninguno había buscado con tanto afán libros raros y preciosos. En el Cairo, en

(1) Mon. Sil., c. 70.
(2) Sobre esta invasión, véanse mis *Investigaciones*, tomo II, pp. 300-315.
(3) Sampiro, c. 28.
(4) Ben-Adari, t. II, p. 255, l. XIV y XXIII.

Bagdad, en Damasco y en Alejandría tenía agentes encargados de copiarle o comprarle a cualquier precio libros antiguos y modernos. Su palacio estaba lleno de ellos; era un taller donde no se encontraban más que copistas, encuadernadores y miniaturistas. Sólo el catálogo de su biblioteca constaba de cuarenta y cuatro cuadernos, cada uno de veinte hojas, según unos; de cincuenta, según otros, y no contenía más que el título de los libros, y no su descripción. Refieren algunos escritores que el número de volúmenes ascendía a cuatrocientos mil. Y Alhaquen los había leído todos, y lo que es más: había anotado la mayor parte. Escribía al principio o al fin de cada libro el nombre, el sobrenombre, el nombre patronímico del autor, su familia, su tribu, el año de su nacimiento y de su muerte y las anécdotas referentes a él. Estas noticias eran preciosas. Alhaquen conocía mejor que nadie la historia literaria; así que sus notas han constituído siempre una autoridad entre los sabios andaluces. Libros escritos en Persia o en Siria a menudo le eran conocidos antes que nadie los hubiera leído en Oriente. Informado de que un sabio del Irak, Abu-'l-Farach Isfahani, se ocupaba en reunir noticias de los poetas y cantores árabes, le envió mil monedas de oro, rogándole que le enviara un ejemplar de su obra apenas la hubiese terminado. Lleno de reconocimiento, Abu-'l-Farach se apresuró a satisfacer este deseo, y antes de publicar su magnífica colección, que aun hoy es la admiración de los

sabios, envió al califa de España un ejemplar corregido, acompañado de un poema en su honor y de una obra sobre la genealogía de los ommíadas. Un nuevo presente le recompensó (1). En general, la liberalidad de Alhaquen para con los sabios españoles y extranjeros no reconocía límites; así afluían ellos a su corte. El monarca los alentaba y protegía a todos, hasta a los filósofos, que, al fin, pudieron entregarse a sus estudios sin temor de que los matasen los mogigatos (2).

Todas las ramas de la enseñanza debían florecer bajo un príncipe tan ilustrado. Las escuelas primarias eran ya buenas y numerosas. En Andalucía casi todo el mundo sabía leer y escribir, mientras en la Europa cristiana aun las personas de clases elevadas, si no pertenecían al clero, no sabían. También se enseñaba en las escuelas (3) Gramática y Retórica. Y, sin embargo, Alhaquen opinó que la instrucción no estaba aún bastante extendida, y en su benévola solicitud hacia las clases pobres, fundó en la capital veintisiete escuelas, donde los niños pobres recibían educación gratuita, puesto que él pagaba a los maestros (4). La Universidad de Córdoba era entonces una de las más renombradas del mundo. En la mezquita principal—porque allí era donde se daban las cla-

(1) Ben-al-Abar, pp. 101-103; Macari, t. I, p. 256.
(2) Said de Toledo, fol. 246 r.
(3) Aben-Jaldun, *Prolegómenos*.
(4) Ben-Adari, t. II, p. 256.

ses (1)—, Abu-Becr aben-Moauia, el coraixita, explicaba las tradiciones referentes a Mahoma (2). Abu-Ali Cali, de Bagdad, dictaba una extensa y hermosa compilación que contenía una inmensa suma de curiosas noticias sobre los árabes antiguos, sus proverbios, su idioma y su poesía, compilación que se publicó más adelante con el título de *Amali* o *Dictados* (3). La Gramática era enseñada por Ben-al-Cutia, que, a juicio de Abu-Ali Cali, era el gramático más sabio de España. Otras ciencias tenían representantes no menos ilustres; así que los estudiantes que seguían sus cursos se contaban a millares. La mayor parte estudiaban lo que se llamaba el *fij*, es decir, la Teología y el Derecho, porque esta ciencia encumbraba entonces a los puestos más lucrativos (4).

Del seno de esta juventud universitaria salió un hombre cuya fama llenará bien pronto, no sólo España, sino el mundo entero, y que ahora debemos dar a conocer a nuestros lectores.

VI

En uno de los primeros años del reinado de Alhaquen II, cinco estudiantes comían en un jardín de las inmediaciones de Córdoba. A los pos-

---

(1) Macari, t. I, p. 136.
(2) Ben-Adari, t. II, p. 274.
(3) Aben-Jalican, traducción de M. de Slane t. I, pp. 210 y 212.
(4) Macari, t. II, p. 396.

tres reinaba gran alegría entre los comensales; sin embargo, uno solo permanecía silencioso y pensativo. Era alto y bien formado; la expresión de su rostro noble, casi altanera, y su actitud revelaba un hombre nacido para el Poder (1).

Saliendo, al fin, de su abstraccón, exclamó de pronto:

—No lo dudéis; yo seré un día el dueño de este país.

Sus amigos se echaron a reír al escuchar esta exclamación; pero el joven prosiguió sin desconcertarse:

—Decidme cada uno de vosotros el cargo que desea, que yo se lo daré cuando reine.

—Pues bien—replicó entonces uno de los estudiantes—; encuentro deliciosos estos buñuelos, y pues te es igual, desearía ser nombrado inspector del mercado, porque entonces tendría buñuelos a todo pasto y sin que me costasen nada.

—Yo—dijo otro—soy muy aficionado a estos higos, procedentes de Málaga, mi país natal. Nómbrame cadí de esta provincia.

—La vista de estos hermosos jardines me agrada extraordinariamente—indicó el tercero—; por lo tanto, querría ser nombrado prefecto de la capital.

El cuarto comensal guardaba silencio, indignado de los pensamientos presuntuosos de su condiscípulo.

---

(1) Ben-Adari, t II, p. 274, l. XIII.

—A tu vez—dijo este último—, pide lo que quieras.

El aludido contestó, tirándole de la barba:

—Cuando gobiernes a España, miserable fanfarrón, ordena que después de frotarme con miel, para que las moscas y las abejas vengan a picarme, me monten sobre un asno mirando hacia la cola y me paseen así por las calles de Córdoba.

Lanzóle el otro una furiosa mirada; pero dominando su cólera:

—Está bien—concluyó—, cada uno de vosotros será tratado conforme a sus deseos. Algún día me acordaré de lo que me habéis dicho (1).

Terminada la comida, se separaron, y el estudiante de los singulares y raros pensamientos volvió a casa de uno de sus parientes por línea materna, donde se alojaba. Su huésped le condujo a su cuartito, situado en el último piso, y procuró entablar conversación con él; pero el joven, absorto en sus reflexiones, no le respondió más que con monosílabos. Viendo que no había medio de sacarle nada, el otro le dejó, deseándole una buena noche. A la mañana siguiente, viendo que no se presentaba a desayunarse y creyéndole todavía dormido, subió a su cuarto para despertarle; pero con gran sorpresa encontró el

(1) Ben-al-Jatib, man. G., fol. 117 v.; Abd-al-Uahid, páginas 18 y 19.

lecho intacto y al estudiante sentado en el diván, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Parece que no te has acostado esta noche—le dijo.

—Es verdad—le respondió el estudiante.

—Y ¿por qué has velado?

—Tenía un extraño pensamiento.

—¿En qué pensabas?

—En el hombre a quien he de nombrar cadí cuando yo gobierne, porque el actual ya se habrá muerto. He pasado revista con el pensamiento a toda España y no he encontrado más que un solo hombre que merezca ocupar este puesto.

—¿Es acaso Mohámed-ben-as-Salin (1) a quien tenías presente?

—Sí, ¡Dios mío! Ese es, ¿ves cómo coincidimos? (2).

Como se ve, aquel joven tenía una idea fija, con la cual soñaba de día y no le permitía dormir de noche. ¿Quién era aquel estudiante que, perdido entre la multitud que llena una capital, sentía fermentar en sí tan grandes esperanzas, y que sin tener ninguna relación en la corte, estaba obsesionado por la idea de que llegaría a ser primer ministro?

Se llamaba Abu-Amir Mohámed. Su familia, la de los Beni-abi-Amir, perteneciente a la tribu yemenita de Moafir, era noble, pero no ilustre.

---

(1) Mohamed-ben-Ishac ben-as-Salim.
(2) Abd-al-Uahid, p. 18.

Su séptimo abuelo, Abdalmelic, uno de los pocos árabes que figuraban en el ejército berberisco con que Taric desembarcó en España, se había distinguido mandando la división que tomó a Carteya, la primera ciudad española que cayó en poder de los musulmanes. En premio de estos servicios, recibió el castillo de Torrox, a orillas del Guadiaro, en la provincia de Algeciras, con las tierras que le pertenecían. Sin embargo, sus descendientes no lo habitaron más que a raros intervalos. Por lo común, pasaban su juventud en Córdoba, buscando un empleo en la magistratura o en la corte. Tal hicieron, por ejemplo, Abu-Amir Mohámed ben al-Ualid, bisnieto de Abdalmelic, y su hijo Amir. Este último, que desempeñó muchos empleos, era el favorito del emir Mohámed, hasta el punto que hizo grabar su nombre en las monedas y en los estandartes. Abdala, padre de nuestro estudiante, fué un teólogo-jurisconsulto distinguido y muy piadoso, que había hecho la peregrinación a la Meca (1). Además, esta familia pudo aspirar siempre a ilustres alianzas; el abuelo de Mohámed se había casado con la hija del renegado Yahya, hijo de Isaac, el cristiano, que, después de haber sido médico de Abderrahman III, fué nombrado visir y gobernador de Badajoz (2); su propia madre, Boraiha, era hija del magistrado Aben-Bartal, de la tribu de Te-

(1) Macarí—t. I, p. 904—le dedicó un corto artículo.
(2) Ben-abi-Osaibía.

mim (1). Pero, aunque antigua y respetable, la familia de los Beni-abi-Amir no pertenecía a la alta nobleza, sino, por decirlo así, a la nobleza de la toga; pero no a la nobleza de la espada. Ningún Amirita, excepto Abdelmelic, el compañero de Taric, había seguido la carrera de las armas, entonces la más noble (2); todos habían sido magistrados o empleados de la corte. También Mohámed había sido destinado a la judicatura, y un día se despidió de las carcomidas torres de su casa solariega para ir a estudiar en la capital, donde entonces seguía los cursos de Abu-Becr, de Aben-Moauia, el coraixita; de Abu-Ali Cali y de Ben-al-Cutia (3). En cuanto a su carácter, era un joven de corazón y de inteligencia, pero de natural exaltado, de imaginación ardiente, de temperamento fogoso, y dominado por una pasión única, pero de una violencia extraordinaria. Los libros que leía con preferencia eran las antiguas crónicas nacionales (4), y lo que más le cautivaba en sus polvorientas páginas eran las aventuras de los que, saliendo de una condición inferior a la suya, se habían en-

---

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 273 y 274; Abd-al-Ualid, pp. 17, 18 y 26; Ben-al-Abar, pp. 148 y 152.—He aquí la genealogía completa de Mohámed: Abu-Amir Mohámed, hijo de Abu-Hafs Abdala y de Boraiha, hijo de Mohamed y de la hija del visir Yahya, hijo de Abdala, hijo de Amir—el favorito del emir Mohámed—, hijo de Abu-Amir Mohámed, hijo de al-Ualid, hijo de Yezid, hijo de Abdalmelic.

(2) Compárese con el verso que cita Ben-Adari, t. II, página 273, última línea.

(3) Ben-Adari, t. II, p. 274.

(4) Ben-al-Abar, p. 152.

cumbrado sucesivamente a las primeras dignidades del Estado. Tomaba a éstos por modelo, y como no ocultaba sus pensamientos ambiciosos, sus camaradas le creían muchas veces una cabeza dislocada. Sin embargo, no lo era. Cierto que una idea única parecía absorber todas las facultades de su inteligencia; pero esto no era una forma de enajenación mental, sino la adivinación del genio. Dotado de gran talento; fecundo en recursos; firme y audaz cuando le convenía; flexible, prudente y diestro cuando lo exigían las circunstancias; poco escrupuloso, por otra parte, en los medios conducentes a un brillante fin, podía, sin presunción, atreverse a todo. Ninguno tenía tanta energía como él, ni la acción lenta y continua de una idea fija; una vez determinado el objetivo, su voluntad se erguía, se afirmaba y marchaba rectamente.

Sin embargo, sus comienzos no fueron brillantes. Terminados sus estudios, vióse obligado, para ganarse la vida, a abrir un bufete cerca de la puerta de palacio y escribir las exposiciones de los que solicitaban algo del califa (1). Más adelante obtuvo un empleo subalterno en el tribunal de Córdoba; pero no supo granjearse el favor de su jefe, el cadí. El que desempeñaba entonces este cargo era, no obstante, aquel Ben-as-Salim (2) a quien Mohámed estimaba tanto, y no

(1) Macari, t. I, p. 259.
(2) Había sido nombrado cadí de Córdoba en diciembre del 966, en sustitución de Mondir aben-Said Boluti, que acababa de morir. Joxani, p. 352.

sin razón, porque era un hombre muy sabio y muy honrado, uno de los mejores cadíes que había habido en Córdoba (1); pero tenía al mismo tiempo un espíritu frío y positivo, sentía una antipatía innata por todos aquellos cuyo carácter no se parecía al suyo. Las singulares ideas de su joven subalterno y sus habituales distracciones le disgustaban en alto grado; así que nada deseaba tanto como librarse de él, y por una singular coincidencia la aversión del cadí contra Mohámed proporcionó a este último lo que más anhelaba, o sea un empleo en la corte. El cadí se había quejado al visir, Mosafi, rogándole que le diera otro empleo. Mosafi se lo prometió, y poco después, como Alhaquen II buscara un intendente capaz de administrar los bienes de su primogénito Abderrahman, que a la sazón contaba cinco años (2), le recomendó a Mohámed Ben-abi-Amir. Sin embargo, la elección de este intendente no dependía sólo del califa, sino más aún de la sultana favorita, Aurora (3), vascongada de nacimiento, que ejercía gran influjo en el ánimo de su esposo. Le fueron presentadas muchas personas, pero Ben-abi-Amir la encantó por su buena presencia y por sus maneras corteses. Fué preferido a todos sus competidores, y el sábado 23 de febrero del 967 fué nombrado intendente de los

(1) Joxani, p. 352.
(2) Compárese con Ben-Adari, t. II, p. 251.
(3) En árabe se llamaba Soo; pero a causa de la eufonía, hemos creído que debíamos traducir este nombre.

bienes de Abderrahman, con un sueldo de quince monedas de oro mensuales. Contaba entonces veintiséis años.

No descuidó nada para insinuarse aún más en el favor de Aurora, y lo consiguió tan completamente, que también ella le nombró intendente de sus bienes propios, y a los siete meses de su entrada en la corte fué nombrado inspector de la moneda (1). Gracias a este último empleo tenía siempre a su disposición sumas considerables, que él aprovechaba para procurarse amigos entre los nobles. Cada vez que uno de éstos se hallaba falto de recursos—lo que con el tren que gastaban tenía que suceder muy frecuentemente—, se hallaba dispuesto a ayudarle. Cuéntase, por ejemplo, que Mohámed-ben-Afla, cliente del califa y empleado en la corte (2), el cual estaba lleno de deudas por los enormes gastos hechos con motivo del matrimonio de su hija, le llevó a la casa de la moneda una brida ornada de pedrería, rogándole le prestase algún dinero sobre aquel objeto que, según decía, era lo único de valor que le quedaba. Apenas acabó de hablar cuando Ben-abi-Amir mandó a uno de sus empleados que pesase la brida y diera a Ben-Afla su peso en monedas de plata. Estupefacto de tal generosidad—porque el hierro y el cuero de la brida eran muy pesados—, Ben-Afla apenas quería dar crédito a sus oídos

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 267 y 268. El nombre de Amir se encuentra en las monedas de esta época.

(2) Compárese con Macari, t. I, p. 252, l. II.

cuando oyó al inspector dar esta orden; pero tuvo que rendirse a la evidencia cuando pocos instantes después le dijeron que pusiera su albornoz, en el cual vertieron un verdadero torrente de monedas de plata, de modo que no sólo pudo pagar sus deudas, sino que aún le quedó una suma considerable. Así que desde entonces tenía costumbre de decir: "Yo quiero a Ben-abi-Amir con toda mi alma, y aunque me ordenara rebelarme contra mi soberano, no vacilaría en obedecerle" (1).

De esta manera Ben-abi-Amir se creó un partido ligado a sus intereses; pero lo que consideraba como su primera obligación era satisfacer los caprichos de la sultana y colmarla de presentes como jamás los había recibido. A menudo sus invenciones eran ingeniosas. Una vez, por ejemplo, mandó fabricar con gran dispendio un pequeño palacio de plata, y terminado este soberbio juguete, hizo que sus esclavos lo trasladasen al real palacio, con gran asombro de los habitantes de la capital, que nunca habían visto tan magnífico trabajo de orfebrería. Era un regalo para Aurora, la cual no dejó de admirarlo, y desde entonces no desperdició ocasión de elogiar el mérito de su protegido y de hacerle adelantar en su carrera (2). La intimidad que reinaba entre ambos llegó a ser tal, que dió que murmurar a los maldicientes. Las otras damas del harén también

(1) Macari, t. II, p. 61.
(2) Ben-Adari, t. II, p. 268; Macari, t. II, p. 61,

recibían regalos de Ben-abi-Amir. Todas se extasiaban con su generosidad, con la dulzura de su lenguaje y la suprema distinción de sus maneras. El viejo califa no comprendía nada. "No sé —dijo un día a uno de sus más íntimos amigos— qué medios emplea este joven para reinar en el corazón de las damas de mi harén. Yo les doy todo lo que pueden desear, pero nada les agrada si no procede de él. No sé si debo mirarle solamente como un servidor de rara inteligencia o como un gran mágico. Así que no dejo de inquietarme porque el dinero público esté entre sus manos" (1).

En efecto: el joven inspector corría grandes peligros en este sentido. Había sido muy generoso con sus amigos, pero lo había sido a expensas del tesoro, y como su rápida fortuna no había dejado de producir envidias, sus enemigos le acusaron un día de malversación ante el monarca. Obligado a ir sin dilación a palacio para presentar sus cuentas y el dinero que le había sido confiado, prometió hacerlo, pero se apresuró a buscar a su amigo el visir Ben-Hodair, y exponiéndole francamente la difícil y peligrosa situación en que se encontraba, le rogó le prestase el dinero necesario para cubrir el "déficit". Ben-Hodair le dió en el mismo instante la suma demandada. Entonces Ben-abi-Amir se presentó al califa, y mostrándole sus cuentas y el dinero que debía obrar en

(1) Ben-Adari, t. II, p. 268.

su poder, confundió a sus acusadores, los cuales, creyendo hacerle caer en desgracia, le habían proporcionado un brillante triunfo. El califa los trató de calumniadores y se deshizo en elogios sobre la capacidad y la probidad del inspector de la moneda (1), al cual colmó de nuevas dignidades. A principios de diciembre del 968 le confirió el cargo de curador de las sucesiones vacantes, y once meses después, el de cadí de Sevilla y Niebla.

Habiendo muerto el joven Abderrahman, le nombró intendente de los bienes de Hixem, que desde entonces era el presunto heredero del trono —julio del 970—. Pero esto no fué todo. En febrero del 972 Ben-abi-Amir fué nombrado comandante del segundo regimiento del cuerpo que llevaba el nombre de *Xorta*, encargado de la policía de la capital (2). A la edad de treinta y un años acumulaba, pues, cinco o seis destinos importantes y muy lucrativos (3), así que vivía con un lujo fastuoso y casi principesco. El palacio que había hecho construir en la Ruzafa era de incomparable magnificencia. Un ejército de secretarios y de otros empleados, elegidos en las clases más elevadas de la sociedad, difundían allí la vida y el movimiento. Había mesa franca. La puerta estaba de continuo atestada de pretendien-

(1) Ben-Adari, t. II, p. 269.
(2) Ben-Adari, t. II, pp. 267 y 268.
(3) Compárese con Ben-Adari, t. II, p. 260, l. IV; p. 270, libros XIV y XV.

tes. Por lo demás, Ben-abi-Amir aprovechaba todas las ocasiones para hacerse popular, y lo conseguía completamente. Todo el mundo alababa su agrado, su cortesía, su generosidad, la nobleza de su carácter; sobre esto no había más que una sola opinión (1).

El estudiante de Torrox había llegado ya a una elevada fortuna; pero aun quería subir más, y lo que creía, sobre todo, necesario para lograr su objeto era el ganarse amigos entre los generales. Los asuntos de Mauritania le proporcionaron los medios.

En este país, la guerra entre los partidarios de los Fatimitas y de los ommíadas no había cesado un solo instante, pero había tomado un carácter distinto. Abderrahman III había combatido a los Fatimitas para preservar a su patria de una invasión extranjera. En la época de que hablamos este riesgo había desaparecido. Los Fatimitas habían vuelto sus armas contra Egipto. En el año 969 habían conquistado este país, y, tres años después, el califa Moïz abandonó Mansuria, capital de su imperio, para fijar su residencia a orillas del Nilo, después de haber confiado el virreinato de Ifrikia y de Mauritania al príncipe cinhechita Abu-'l-Fotuh Yusof aben-Ziri. Desde entonces España no tuvo nada que temer de los supuestos descendientes de Alí, y como las posesiones africanas le costaban mucho más de lo

(1) Ben-Adari, t. II, p. 275.

que producían, acaso Alhaquen habría obrado prudentemente al abandonarlas. Pero al hacerlo habría creído deshonrarse, y, en vez de renunciar a estos dominios, trataba de dilatar sus fronteras. Sostenía, por lo tanto, una guerra contra los príncipes de la dinastía de Edris, adictos a los Fatimitas.

Hasan aben-Kenun, que reinaba en Tánger, en Arcilla y en otras plazas del litoral, era de este número. Se había declarado, ya por los ommíadas, ya por los Fatimitas, según que unos u otros fuesen más poderosos. Pero tenía más inclinación hacia estos últimos, que le parecían menos temibles que los ommíadas, cuyas posesiones lindaban con las suyas. Por eso fué el primero que se declaró a favor de Abu-'l-Fotuh cuando llegó este virrey y recorrió triunfante Mauritania. Alhaquen le guardaba rencor por su defección, y después de la partida de Abu-'l-Fotuh ordenó al general Aben-Tomlos (1) que fuese a castigar a Aben-Kenun y a reducirle a la obediencia. A principios del mes de agosto del 972 Aben-Tomlos se embarcó, por lo tanto, con un numeroso ejército, y, llevándose consigo gran parte de la guarnición de Ceuta, marchó contra Tánger. Aben-Kenun, que se hallaba en esta ciudad, salió a su encuentro; pero experimentó tan completa derrota, que no pudo ni pensar en volver a Tánger. Abandonada a sí misma, esta ciudad vióse obli-

(1) Mohamed aben-Casim aben-Tomlos.

gada bien pronto a capitular con el almirante ommíada que bloqueaba el puerto, y el ejército, por su parte, se apoderó de Delul y Arcilla.

Hasta entonces las huestes ommíadas habían salido victoriosas; pero la suerte les volvió la espalda. Aben-Kenun, llamando a sus filas nuevas levas, reanudó la ofensiva y marchó contra Tánger, venciendo a Aben-Tomlos, que había salido a su encuentro y que murió en el campo de batalla. Entonces los demás príncipes Edrisitas alzaron bandera de rebelión, y los oficiales de Alhaquen, que se habían retirado a Tánger, le escribieron que, si no recibían inmediatamente refuerzos, había acabado la dominación ommíada en Mauritania.

Comprendiendo la gravedad del peligro, el califa decidió enviar al Africa sus mejores tropas y su mejor general, el valiente Galib. Haciéndole venir a Córdoba: "Parte, Galib—le dijo—; procura no volver sino vencedor, y piensa que sólo podré perdonarte una derrota si mueres en el campo de batalla. No economices dinero; repártelo a manos llenas entre los partidarios de los rebeldes. Destrona a todos los edrisitas y envíalos a España."

Galib atravesó el estrecho con lo más elegido de las tropas españolas. Desembarcó en Casr-Masmuda, entre Tánger y Ceuta, y en seguida marchó hacia adelante. Aben-Kenun intentó detenerle; sin embargo, no hubo batalla propiamente dicha, sino solamente escaramuzas que duraron mu-

chos días, durante los cuales Galib procuró sobornar a los jefes del ejército enemigo, y lo consiguió. Seducidos por el oro que les ofrecía, así como por los soberbios vestidos y las espadas ornadas de piedras preciosas que hacía brillar ante sus ojos, los oficiales de Aben-Kenun se pasaron casi todos a la bandera ommíada. El Edrisita tuvo que refugiarse en una fortaleza situada en la cresta de una montaña y denominada con gran propiedad *Roca de las águilas* (1).

El califa recibió con mucha alegría la nueva de este primer triunfo; pero cuando supo cuánto dinero había gastado Galib para comprar a los jefes berberiscos, pensó que este general había tomado muy al pie de la letra sus recomendaciones. En efecto: sea que se derrochasen en Mauritania los tesoros del Estado, sea que lo robasen, los gastos cuya cuenta se presentó al califa pasaban de la raya. Queriendo poner término a estas prodigalidades o latrocinios, Alhaquen resolvió enviar a Mauritania, en calidad de interventor general de Hacienda, a un hombre de reconocida probidad. La elección recayó sobre Ben-abi-Amir. Le nombró cadí supremo (2) de Mauritania, con orden de vigilar todos los actos de los generales, y especialmente sus operaciones financieras. Al mismo tiempo ordenó a los empleados civiles y militares que no hiciesen nada sin consultarlo antes con Ben-abi-Amir y obtener su aprobación.

(1) *Hachar an-nasr*, en árabe.
(2) *Cadi al-codat.*

Por primera vez en su vida, Ben-abi-Amir se halló en contacto con el ejército y con sus jefes. Era precisamente lo que deseaba; mas, sin duda, habría preferido que hubiera tenido lugar en otras circunstancias y condiciones. Su tarea era extremadamente difícil y delicada. Su propio interés le inducía a atraerse a los generales, y, sin embargo, había sido enviado al campamento para ejercer sobre ellos una vigilancia, siempre odiosa. Gracias a la singular destreza, cuyo secreto él sólo poseía, supo salir del apuro y conciliar su interés con su deber. Cumplió su cometido a entera satisfacción del califa; pero lo hizo con tantos miramientos hacia los oficiales, que éstos, en vez de tomarle odio, como era de temer, no regateaban sus alabanzas. Granjeóse, al mismo tiempo, la amistad de los príncipes africanos y de los jefes de las tribus berberiscas, amistad que en lo sucesivo le fué muy útil. Acostumbróse también a la vida de campamento, y se captó el afecto de los soldados, a los cuales quizá un secreto instinto les decía que aquel cadí tenía madera de guerrero.

En tanto Galib, después de haber sometido a todos los demás edrisitas, había ido a sitiar a Aben-Kenun en su *Roca de las águilas*, y como este castillo era, si no inexpugnable, al menos muy difícil de tomar, el califa envió a Mauritania nuevas tropas, sacadas de las guarniciones que defendían las fronteras septentrionales de su imperio y mandadas por el visir Yahya aben-Mo-

hámed Tochibi, virrey de la Frontera superior. Habiendo llegado este refuerzo en octubre del 973, se estrechó el sitio con tal vigor que Aben-Kenun se vió obligado a capitular hacia fines de febrero del 974. Pidió y obtuvo para él, su familia y sus soldados libertad de vidas y haciendas; pero se comprometió a entregar la fortaleza y a trasladarse a Córdoba.

Una vez pacificada Mauritania, Galib repasó el estrecho, acompañado de todos los príncipes edrisitas. El califa y las personas notables de Córdoba salieron al encuentro del vencedor, y la entrada triunfal de Galib fué una de las más brillantes que presenció la capital de los ommíadas—21 de septiembre del 974—. Por lo demás, el califa se mostró generosísimo con los vencidos, y sobre todo con Aben-Kenun, a quien prodigó presentes de todas clases, y como sus soldados—que ascendían a setecientos—eran famosos por su valor, los tomó a su servicio, mandando inscribir sus nombres en el registro del ejército (1).

La entrada de Galib en la capital fué el último día bueno de la vida del califa. Poco tiempo después, hacia el mes de diciembre, tuvo un grave ataque de apoplejía (2). Comprendiendo él mismo que se aproximaba su fin, ya no se ocupó más que en buenas obras. Manumitió un centenar de es-

---

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 260-265, 268 y 269; *Cartás*, páginas 56-58; Aben-Jaldun, *Historia de los bereberes*, t. II, páginas 149-151; t. III, pp. 215 y 216 de la traducción.

(2) Ben-Adari, t. II, pp. 265 y 276, l. III.

clavos, rebajó en una sexta parte las contribuciones reales en las provincias españolas del imperio y mandó que el arrendamiento de las tiendas de los guarnicioneros de Córdoba fuera entregado periódicamente y a perpetuidad a los maestros encargados de la instrucción de los niños pobres (1). En cuanto a los negocios del Estado, a los cuales no podía atender sino a raros intervalos, abandonó su dirección al visir Mosafi (2), y pronto pudo conocerse que otra mano dirigía el timón. Más económico que su dueño, Mosafi observó que la administración de las provincias africanas y el sostenimiento de los príncipes edrisitas costaba mucho al Estado. Por consiguiente después de haber hecho que éstos se comprometieran a no volver a Mauritania, les hizo marchar a Túnez, desde donde pasaron a Alejandría (3); y habiendo llamado a España al visir Yahya aben-Mohámed el Tochibita, que desde la partida de Galib era virrey de las posesiones africanas, confió el gobierno de éstas a dos príncipes indígenas, Chafar y Yahya, hijos de Ali ben-Hamdun (4). Esta última medida fué dictada, no sólo por una prudente economía, sino por el temor que le inspiraban los cristianos del Norte, que, enardecidos con la enfermedad del califa y con la ausencia de

(1) Ben-Adari, t. II, p. 265.

(2) Ben-Adari, t. II, pp. 269 y 276.

(3) *Cartás*, p. 58; Aben-Jaldun, *Historia de los bereberes*, tomo II, p. 152, en la traducción.

(4) Ben-Adari, t. II, p. 265; Aben-Jaldun, *Historia de los bereberes*, t. II, pp. 151 y 152, y sobre todo, t. III, p. 216.

sus mejores tropas, reanudaron las hostilidades en la primavera del año 975, y, ayudados por Abu-'l-Ahuas Man, de la familia de los Tochibitas de Zaragoza, habían puesto sitio a muchas fortalezas musulmanas (1). Mosafi juzgó, con razón, que en aquellas circunstancias debía procurar ante todo la defensa del país, y, cuando el valiente Yahya aben-Mohámed estuvo de regreso, se apresuró a nombrarle nuevamente virrey de la frontera superior (2).

En cuanto al califa, un solo pensamiento le preocupaba en los últimos meses de su vida: el de asegurar el trono a su hijo, niño aún. Antes de su advenimiento al trono no había visto realizado su mayor deseo: el de ser padre; y como era ya de edad bastante avanzada, casi desesperaba de llegar a serlo, cuando, en el año 962. Aurora le dió un hijo, que recibió el nombre de Abderrahman. A los tres años le dió otro. Hixem. La alegría que el nacimiento de estos dos hijos produjo al califa fué inmensa, y de entonces databa la influencia casi ilimitada que ejercía Aurora en el ánimo de su esposo (3). Pero su alegría fué turbada bien pronto. Su primogénito, esperanza de su vejez, murió muy niño. No le quedaba más que Hixem, y se preguntaba con ansiedad si sus súbditos, en vez de reconocer a este niño como sobe-

(1) Ben Adari, t. II, p. 265. Compárese con Aben-Jaldun, *Historia de los bereberes*, t. III, p. 216.

(2) Ben-Adari, t. II, p. 266.

(3) Ben-Adari, t. II, pp. 251, 252 y 253.

rano, no preferirían dar la corona a uno de sus tíos. Esta inquietud era muy natural. Nunca, hasta entonces, se había sentado un menor en el trono de Córdoba; la idea de una regencia repugnaba extraordinariamente a los árabes. Y, sin embargo, Alhaquen no quería por nada del mundo que le sucediera nadie más que su hijo, y además había una antigua profecía que afirmaba que la dinastía omeya había de caer en cuanto saliese la sucesión de la línea directa (1).

Para asegurar el trono a su hijo, el califa no veía otro medio que hacerle jurar lo antes posible. Por consiguiente, convocó a los grandes del reino a una solemne sesión, que debía celebrarse el 5 de febrero del 976. En el día prefijado anunció su intención a la asamblea, invitando a todos los que la componían a firmar un acta en que Hixem era declarado heredero del trono. Nadie se atrevió a negarse a firmar, y entonces el califa encargó a Ben-abi-Amir y al secretario de Estado, Maisur, liberto de Aurora (2), que tratasen de sacar muchas copias del acta y las remitiesen a las provincias españolas y africanas, invitando a firmarlas no sólo a las personas notables, sino

(1) Macari, t. II, p. 59.

(2) Ben-Adari le llama al-Chafari. Chafar era el nombre de guerra que Alhaquen había puesto a Aurora—véase Ben-Adari, t. II, p. 269, última línea—, y por esta razón sus libertos llevaban el nombre de Chafari o de Choaifiri —Choaifiri es el diminutivo de Chafar—. Sabido es que los califas, tanto en Bagdad como fuera, se complacían en dar nombres de hombre a las mujeres de sus harenes.

hasta a los hombres del pueblo (1). Esta orden fué ejecutada en el acto, y, como se temía demasiado al califa para atreverse a desobedecerle, no faltaron las firmas en ninguna parte. Además, el nombre de Hixem fué pronunciado desde entonces en las plegarias públicas, y cuando Alhaquen murió—1.° de octubre del 976—(2) se llevó a la tumba la firme convicción de que su hijo había de sucederle, y de que, en caso de necesidad, Mosafi y Ben-abi-Amir, que acababa de ser nombrado mayordomo (3), sabrían hacer respetar a los andaluces el juramento que habían prestado.

VII

Alhaquen había expirado en brazos de sus dos principales eunucos, Fayic y Chandar. Excepto ellos, todo el mundo ignoraba aún que el califa había dejado de existir. Resolvieron guardar secreto sobre su muerte y se consultaron sobre el partido que debían adoptar.

Aunque esclavos, estos dos eunucos—uno de los cuales tenía el título de maestro guardarropa y el otro el de gran halconero—eran grandes señores, hombres poderosos. Tenían a sus órdenes multitud de servidores armados, pagados por ellos, y

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 265 y 266.

(2) Ben-Adari, t. II, p. 249. En la página 269 se lee Ramadán en vez de Safar. Es un error.

(3) Ben-Adari, t. II, p. 268.

que no eran esclavos ni eunucos. Además, tenían a su servicio un cuerpo de mil eunucos eslavos, esclavos todos del califa, pero al mismo tiempo muy ricos, pues poseían extensos terrenos y palacios. Este cuerpo, que pasaba por ser el mejor ornato de la corte, gozaba de enormes privilegios. Sus individuos oprimían y maltrataban a los cordobeses de todas maneras, y el califa, a pesar de su amor a la justicia, había siempre cerrado los ojos sobre sus delitos y hasta sobre sus crímenes. A los que llamaban su atención sobre las violencias que cometían, contestaba invariablemente: "Estos hombres son los guardas de mi harén, tienen toda mi confianza y no puedo estarles reprendiendo continuamente; pero estoy convencido de que si mis súbditos los trataran con amabilidad y respeto, como era su deber, no tendrían por qué quejarse de ellos." Tal exceso de bondad había hecho a los eslavos vanos y orgullosos. Se consideraban como el cuerpo más poderoso del Estado, y sus jefes, Fayic y Chaudar, se imaginaban que sólo dependía de ellos la elección del nuevo califa.

Pero ni uno ni otro eran partidarios de Hixem. Si este niño subía al trono, el ministro Mosafi, a quien ellos no querían, reinaría de hecho y su influencia sería casi nula. Cierto que la nación ya había prestado juramento a Hixem; pero los dos eunucos apreciaban un juramento político en su justo valor, y sabían que la mayor parte de los que habían jurado lo habían hecho de mala gana.

Tampoco ignoraban que la opinión pública rechazaba la idea de una regencia, y que pocos deseaban ver subir al trono a un jefe temporal y espiritual que aun no tenía doce años. Por otra parte, esperaban recuperar fácilmente la popularidad—que tenían muy comprometida—si, respondiendo al voto general, daban la corona a un príncipe de edad más madura. Unase a esto que el príncipe que les debiera su elevación estaría ligado a ellos por los lazos de la gratitud, y podrían lisonjearse con la esperanza de gobernar en su nombre el Estado.

Resolvieron, en seguida, dejar a Hixem a un lado, y también se pusieron de acuerdo en dar la corona a su tío Mogira, que contaba entonces veintisiete años, a condición de que éste había de nombrar sucesor a su sobrino, pues no querían que pareciera que olvidaban por completo la última voluntad de su antiguo señor.

Convenidos estos puntos, dijo Chaudar: "Ahora es preciso hacer venir a Mosafi; le cortaremos la cabeza, después de lo cual podremos ejecutar nuestros planes." Pero la idea de este crimen hizo temblar a Fayic que, aunque menos previsor que su colega, era, en cambio, más humano. "¡Gran Dios!, hermano mío (1) — exclamó —, ¿quieres matar al secretario de nuestro dueño

(1) Nada nos autoriza a creer que Fayic y Chaudar fuesen realmente hermanos; pero los eunucos se daban ordinariamente este nombre. Véase el pasaje de Ben-al-Jatib citado en mis *Investigaciones*, t. I de la primera edición, p. 37, en la nota.

sin que haya hecho nada para merecer la muerte? Guardémonos de comenzar derramando sangre inocente. A mi parecer, Mosafi no es peligroso, y creo que no dificultará nuestros proyectos." Chaudar no compartía esta opinión; pero como Fayic era superior suyo, se vió obligado a ceder. Resolvióse, pues, ganar a Mosafi por las buenas y se le mandó venir a palacio.

Cuando llegó, le informaron los dos eunucos de la muerte del califa, y comunicándole el proyecto que habían concebido, pidieron su concurso.

El plan de los eunucos repugnaba extraordinariamente al ministro; pero como los conocía y sabía de todo lo que eran capaces, fingió aprobarlo. "Vuestro proyecto—les dijo—es, sin duda, el mejor que puede trazarse. Ejecutadlo; mis amigos y yo os ayudaremos con todo nuestro poder. Sin embargo, haríais bien en asegurar el consentimiento de los grandes del reino, pues sería el mejor medio de evitar una revuelta. Respecto a mí, mi conducta está trazada: guardaré la puerta de palacio y esperaré vuestras órdenes."

Habiendo conseguido de este modo inspirar a los eunucos una falsa seguridad, Mosafi convocó a sus amigos, es decir, a su sobrino Hixem, a Benabi-Amir, a Ziyad ben-Afla—cliente de Alhaquen II—, a Casim aben-Mohámed—hijo del general Aben-Tomlos, muerto en Africa combatiendo contra Aben-Kenun—y a otros hombres influyentes. Hizo venir también a los capitanes de las tropas españolas y a los jefes del regimiento afri-

cano de los Beni-Birzel, que era con el que más contaba. Habiendo reunido a todos sus partidarios, los informó de la muerte del califa y del proyecto de los eunucos, y continuó en estos términos: "Si Hixem sube al trono, no tendremos nada que temer y podremos hacer lo que queramos; pero si triunfa Mogira, perderemos nuestros puestos y tal vez hasta la vida, porque este príncipe nos aborrece."

Todos los presentes opinaron lo mismo y le aconsejaron que hiciese abortar el proyecto de los eunucos mandando matar a Mogira antes de que éste se enterase de la muerte de su hermano. Mosafi aprobó este proyecto; pero cuando preguntó quién se encargaba de ejecutarlo, no recibió respuesta, porque ninguno quería mancharse con semejante asesinato.

Ben-abi-Amir tomó entonces la palabra. "Temo —dijo— que nuestro negocio termine mal. Somos amigos del jefe que está presente; por lo tanto, es preciso hacer lo que mande; y pues ninguno de vosotros quiere encargarse de esta empresa, me encargaré yo, siempre que nuestro jefe consienta en ello. No temáis nada y confiad en mí." Estas palabras produjeron general sorpresa. No se esperaba que un funcionario civil se prestase a cometer un crimen que aun los guerreros, acostumbrados a la sangre y a la carnicería, no se atrevían a perpetrar. Sin embargo, aceptaron inmediatamente su oferta, y le dijeron: "Después de todo, tienes razón en encargarte de ejecutar

el proyecto. Como tenías el honor de ser admitido en la intimidad del califa Hixem y gozas de la estimación de otros muchos miembros de la real familia, nadie podría cumplir mejor una misión tan delicada."

Ben-abi-Amir montó a caballo y, acompañado por el general Bedr—cliente de Abderrahman III—, por cien guardias de Corps y por algunos escuadrones españoles, se trasladó al palacio de Mogira. Cuando hubo llegado allí, apostó los guardias de Corps a la entrada, hizo que el resto de las tropas cercase el palacio, y, entrando solo en la sala en que se hallaba el príncipe, le dijo que el califa había muerto y que Hixem le había sucedido. "Sin embargo—añadió—, los visires temen que no te satisfagan estas decisiones y me han enviado para saber lo que piensas."

Al oír estas palabras, el príncipe palideció; harto comprendía lo que significaban, y viendo ya la espada suspendida sobre su cabeza, respondió con voz temblorosa: "La muerte de mi hermano me aflige lo indecible; pero veo con satisfacción que le ha sucedido mi sobrino. ¡Ojalá su reinado sea largo y feliz! Contesta a los que te han enviado que le obedeceré en todo y que cumpliré el juramento que tengo prestado a Hixem. Exígeme todas las garantías que quieras; pero, si has venido para otra cosa, te ruego que te apiades de mí. ¡Ah, te pido por el Eterno que me perdones la vida y que reflexiones serenamente lo que vas a hacer!"

Ben-abi-Amir tuvo lástima de la juventud del príncipe, y, dejándose ganar por su aire cándido, creyó en la sinceridad de sus protestas. No había retrocedido ante la idea de un crimen que juzgaba provechoso al bien del Estado y a sus propios intereses; pero no quería manchar sus manos con la sangre de un hombre que no le parecía temible. Escribió, pues, a Mosafi diciéndole que había encontrado al príncipe en las mejores disposiciones, que no había nada que temer por su parte, y que, por consiguiente, le pedía su autorización para perdonarle la vida. Encargó a un soldado que llevase esta carta al ministro, y pronto volvió con la respuesta de Mosafi, concebida en estos términos: "Lo estás echando a perder todo con tus escrúpulos, y comienzo a creer que me has engañado. Cumple con tu deber, o enviaremos a otro en tu lugar."

Ben-abi-Amir enseñó al príncipe esta carta que contenía su sentencia de muerte; después, no queriendo presenciar el acto horrible que iba a ejecutarse, salió de la sala y mandó entrar a los soldados. Estos, sabiendo ya lo que tenían que hacer, estrangularon al príncipe, y, colgando su cadáver en una habitación contigua, dijeron a sus sirvientes que el príncipe se había ahorcado cuando querían obligarle a ir a rendir homenaje a su sobrino. Poco después recibieron de Ben-abi-Amir la orden de enterrar el cadáver en la sala y de tapiar las puertas.

Cumplida su misión, Ben-abi-Amir fué en bus-

ca del ministro y le dijo que sus órdenes estaban cumplidas. Mosafi le dió las gracias con efusión. y, para mostrarle su reconocimiento, le hizo sentar a su lado.

Fayic y Chaudar no tardaron en saber que Mosafi les había engañado, desbaratando su proyecto. Uno y otro, sobre todo Chaudar, estaban furiosos. "Ahora ves—dijo a su colega—si tenía razón cuando sostenía que ante todo era preciso deshacernos de Mosafi; pero tú no me quisiste creer." Sin embargo, se vieron obligados a poner a mal tiempo buena cara, y yendo en busca de Mosafi, le presentaron sus excusas, diciendo que habían tenido una mala idea y que su plan era mucho mejor. El ministro, que los odiaba tanto como ellos le odiaban a él, pero que en aquel momento no podía pensar en castigarlos, fingió aceptar sus explicaciones, y, al menos en apariencia, quedó restablecida la paz entre unos y otros (1). A la mañana siguiente—lunes 2 de octubre—, los habitantes de Córdoba recibieron la orden de ir a palacio. Al llegar, encontraron al joven califa en la sala del trono, y cerca de él a Mosafi, que tenía a Fayic a su derecha y a Chaudar a su izquierda, ocupando también los demás dignatarios sus respectivos puestos. El cadí Ben-as-Salim hizo que prestaran juramento al monarca, primero sus tíos y sus primos, después los visires, los servidores de la corte, los principales coraixitas y las personas

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 276-279; Macari, t. II, pp. 59 y 60.

notables de la capital. Hecho esto, Ben-abi-Amir quedó encargado de hacérselo prestar al resto de la asamblea. Esto no era fácil, porque había refractarios; pero, gracias a su elocuencia y a su talento de persuasión, Ben-abi-Amir consiguió llevarlo a buen término, y sólo hubo dos o tres personas que persistieron en su negativa. Todo el mundo convino en elogiar el tacto y la habilidad de que el inspector de la moneda había dado pruebas en aquella ocasión (1).

Hasta entonces todo había salido bien a Mosafi y a sus partidarios y el porvenir parecía sin nubes. El pueblo, a juzgar por su actitud tranquila y resignada, se había acostumbrado a la idea de una regencia que antes le inspiraba tanta aversión y espanto. Pero aquellas apariencias eran engañosas: el fuego se ocultaba bajo las cenizas. Maldecíase en secreto a los grandes señores ávidos y ambiciosos que habían asumido el poder, inaugurando su reinado con el asesinato del infortunado Mogira. Los eunucos eslavos tuvieron buen cuidado de fomentar el descontento de los habitantes de la capital, y en poco tiempo llegó a ser tan grande, que de un momento a otro podía convertirse en rebelión. Ben-abi-Amir, que no se forjaba ilusiones sobre el estado de los ánimos, aconsejó entonces a Mosafi intimidar al pueblo por medio de un paseo militar, despertar el gran amor que siempre había profesado a sus monarcas, mos-

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 270 y 280; Ben-al-Abar, p. 141.

trándole al joven califa, y contentarle con la abolición de algún impuesto. Aprobadas por el ministro estas proposiciones, resolvióse que el califa se presentaría al pueblo el sábado 7 de octubre. En la mañana de este día, Mosafi, que hasta entonces no había llevado más que el título de visir, fué nombrado, o, más bien, se nombró a sí mismo, *hachib*, o primer ministro, mientras Ben-abi-Amir, por expresa voluntad de Aurora (1), fué elevado a la dignidad de visir, con encargo de gobernar el Estado en unión de Mosafi. En seguida Hixem II recorrió a caballo las calles de la capital, rodeado de un inmenso número de soldados y acompañado por Ben-abi-Amir. Publicóse al mismo tiempo un decreto aboliendo el impuesto sobre el aceite, uno de los más odiosos, y que pesaba principalmente sobre las clases inferiores. Estas medidas, sobre todo la última, produjeron el efecto apetecido, y como Ben-abi-Amir tuvo buen cuidado de que se supiera, por sus amigos, que era él quien había aconsejado la abolición del impuesto sobre el aceite, el pueblo de las calles, el que se amotina, le proclamó verdadero amigo de los pobres (2).

Todavía los eunucos continuaron urdiendo complot, y Mosafi, informado por sus espías de que personas muy sospechosas y que parecían servir de intermediarias entre los eunucos y sus amigos de fuera entraban y salían sin cesar por

(1) Macari, t. II, p. 60.
(2) Ben-Adari, t. II, pp. 270 y 276.

la puerta de Hierro para facilitar la vigilancia, hizo tapiar esta puerta de modo que no se podía entrar en palacio más que por la de La Soda. Además rogó a Ben-abi-Amir que hiciese todos los esfuerzos posibles para quitar a Fayic y a Chaudar sus servidores armados, que no eran ni esclavos ni eunucos. Ben-abi-Amir se lo prometió, y a fuerza de dinero y de ofertas consiguió que quinientos hombres abandonaran el servicio de los dos eunucos para servirle a él. Como además podía contar con el apoyo del regimiento africano de los Beni-Birzel, su poder era mucho mayor que el de sus adversarios. Chaudar lo comprendió, y, muy disgustado de lo que ocurría, presentó su dimisión del cargo de gran halconero, pidiendo permiso para abandonar el palacio del califa. Esto no era más que un ardid. Creyendo que no podrían pasarse sin sus servicios, estaba seguro de que su dimisión no sería aceptada y de que entonces tendría ocasión de dictar a sus adversarios condiciones, a cambio de las cuales accedería a continuar en su puesto. Pero su esperanza resultó fallida y, contra lo que esperaba, aceptaron su dimisión. Sus partidarios se exasperaron extraordinariamente, deshaciéndose en invectivas y amenazas contra Mosafi y contra Ben-abi-Amir. Dorri, mayordomo segundo, uno de sus jefes, se singularizó sobre todo por la violencia de sus discursos. Entonces Mosafi encargó a Ben-abi-Amir que buscase cualquier medio para librarle de aquel hombre. Este medio no era difícil

de encontrar. Dorri era señor de Baeza, y los habitantes de este distrito sufrían mucho con la tiranía y la rapacidad de los intendentes de su señor. Ben-abi-Amir aprovechó estas circunstancias. Mandó decir secretamente a los moradores de Baeza que si querían presentar querella contra su señor y sus empleados podían estar seguros de que el Gobierno les daría la razón. No dejaron de hacerlo, y Dorri fué intimado, por orden del califa, a presentarse en el visirato para sufrir un careo con sus súbditos. Obedeció; pero cuando llegó, viendo que se había desplegado gran aparato militar, temió por su vida y quiso retroceder. Ben-abi-Amir lo impidió asiéndole por el cuello. Siguióse una lucha, en la cual Dorri cogió a su adversario por la barba. Entonces Ben-abi-Amir llamó a los soldados en su auxilio. Las tropas españolas no se movieron, porque respetaban demasiado a Dorri para atreverse a poner la mano sobre él; pero los beni-birzel, que no tenían estos escrúpulos, acudieron en seguida, prendieron a Dorri y comenzaron a maltratarle. Un sablazo de plano le dejó sin sentido, y así le trasladaron a su casa, donde le remataron durante la noche.

Conociendo que con este crimen se habían enemistado irremisiblemente con los eslavos, ambos ministros adoptaron al punto una medida decisiva. Fayic y sus amigos recibieron orden de parte del califa de salir inmediatamente de palacio; después fueron procesados por malversación y condenados a multas muy considerables, que, em-

pobreciéndolos, les impidieron perjudicar a los ministros. Respecto a Fayic, considerado como el más peligroso de todos, procedióse todavía con más rigor y fué desterrado a una de las islas Baleares, donde murió al poco tiempo. En cuanto a los eunucos, menos comprometidos, los dejaron en sus cargos, y Socr, uno de ellos, fué nombrado jefe de palacio y de los guardias de Corps.

Estas medidas, aunque tomadas por los duunviros en su propio interés, les hacían populares. El odio que los cordobeses tenían a los eslavos, que tanto les habían hecho sufrir, era inmenso; así que se regocijaron mucho de su ruina (1).

Por otra parte, se murmuraba mucho del Gobierno por su inacción con los cristianos del Norte que, como ya hemos dicho, habían reanudado las hostilidades cuando Alhaquen II cayó enfermo, y se hacían cada día más audaces, llegando en sus atrevidas expediciones hasta las mismas puertas de Córdoba. Mosafi no carecía, para rechazarlos, ni de dinero ni de tropas; pero como no entendía de guerra, no hacía casi nada para defender el país. La sultana Aurora se alarmaba, con razón, de los progresos de los cristianos y del consiguiente descontento de los andaluces. Comunicó sus temores a Ben-abi-Amir, que, por su parte, se indignaba hacía tiempo de la incapacidad y debilidad de su colega, pero que tranquilizó a la sultana diciéndole que si conseguía obtener dinero y el

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 280 y 281.

mando del ejército, estaba seguro de vencer al enemigo (1). Después de esta conversación, indicó claramente a su colega que si persistía en su inacción, pronto se le escaparía el poder, y que no sólo por deber sino por interés propio, debía tomar sin demora enérgicas medidas. Mosafi, convencido de que tenía razón, reunió a los visires y les propuso enviar un ejército contra los cristianos. Aunque combatida por algunas esta proposición, fué aprobada por la mayoría. Faltaba solamente saber quién mandaría el ejército, y la responsabilidad, en aquellas circunstancias, parecía tan grande a los visires que ninguno se atrevió a contraerla. "Yo me encargo de mandar las tropas—dijo entonces Ben-abi-Amir—, pero a condición de que he de tener libertad de elegirlas por mí mismo y de recibir un subsidio de cien mil monedas de oro." Esta suma pareció exorbitante a un visir, y lo dijo. "Pues bien—exclamó entonces Ben-abi-Amir—, toma doscientas mil y ponte al frente del ejército si te atreves." Y como el aludido no se atreviera, resolvióse confiar el mando a Ben-abi-Amir y darle el dinero pedido.

Habiendo elegido para acompañarle las mejores tropas del imperio, el visir salió a campaña a fines de febrero del 977. Pasó la frontera y puso sitio a la fortaleza de Los Baños, una de las que Ramiro II había hecho reconstruir después de la

---

(1) Ben-al-Abar, p. 148.

gloriosa victoria de Simancas (1). Habiéndose apoderado del arrabal, recogió un cuantioso botín, y a mediados de abril regresó a Córdoba con gran número de prisioneros.

El resultado de esta campaña, aunque en el fondo poco importante, produjo gran alegría en la capital, como era lógico en aquellas circunstancias. Por primera vez desde el comienzo de la guerra, el ejército musulmán había tomado la ofensiva y dado al enemigo una lección, de la cual se acordó tanto, que, en adelante, no se atrevió a venir a turbar el sueño de los cordobeses, lo cual era mucho a los ojos de estos últimos, y por el pronto no exigían más; pero si exageraban tal vez los éxitos obtenidos, es imposible desconocer la gran importancia que esta campaña tuvo para Ben-abi-Amir. Queriendo ganarse el afecto del ejército, que quizá tenía aún cierta desconfianza por aquel ex cadí transformado en general, prodigó el oro recibido a título de subsidio, y durante toda la campaña tuvo mesa franca. Realizó plenamente su proyecto. Oficiales y soldados se extasiaban con la afabilidad y la generosidad del visir y hasta con las habilidades de sus cocineros. En adelante podía contar con su adhesión; mientras continuara recompensando con largueza sus servicios, eran suyos en cuerpo y alma (2).

---

(1) Los historiadores árabes dan a esta fortaleza el nombre de Alhama. Es la traducción literal de *Balneos,* como escribe Sampiro—c. 23—, hoy Los Baños.

(2) Ben-Adari, t. II, pp. 281 y 282; Macari. t. II, páginas 60 y 61.

VIII

A medida que aumentaba el poder de Ben-abi-Amir, el de Mosafi disminuía. Era hombre de escaso mérito y de humilde cuna; pero como su padre, berberisco valenciano, había sido el preceptor de Alhaquen, este príncipe trasladó en seguida al hijo el afecto y la estimación que había profesado al padre. Por otra parte, Mosafi tenía las aptitudes que Alhaquen apreciaba más: era literato y poeta. Su fortuna había sido maravillosa, pues de secretario íntimo de Alhaquen había llegado a ser, sucesivamente, coronel del segundo regimiento de la *xorta*, gobernador de Mallorca y primer secretario de Estado (1). Pero no había sabido captarse amigos. Tenía toda la afectación del advenedizo; su insoportable orgullo mortificaba a los nobles, que le menospreciaban a causa de su baja extracción. Al llegar a primer ministro parece que quiso corregirse de este defecto; pero pronto había recuperado sus modales altaneros (2). Su probidad era más que sospechosa. Cierto que pocos funcionarios estaban entonces libres de tal censura; así es que acaso se le habrían perdonado sus manifiestas concusiones si hubiera consentido en compartirlas con otros; pero lo guardaba todo para sí, y esto era lo que no le perdo-

(1) Ben-al-Abar, pp. 141 y 142; Ben-Adari, t. II, página 271.

(2) Macari, t. II, p. 60.

naban (1). Se le acusaba, además, de nepotismo; casi todos los cargos importantes estaban desempeñados por sus hijos y sus sobrinos (2). En cuanto a los talentos requeridos en un hombre de Estado, Mosafi no poseía ninguno. En cualquier circunstancia que salía de lo ordinario, nunca sabía qué resolver ni qué hacer; otras personas tenían que pensar y actuar por él; generalmente se dirigía a Ben-abi-Amir. Este, ¿se contentaría mucho tiempo con el papel de confidente y consejero que le hacía desempeñar Mosafi? Los espíritus previsores lo dudaban; creían que no estaba lejano el momento en que Ben-abi-Amir querría ser primer ministro de nombre como lo era de hecho.

Y no se engañaban. Ben-abi-Amir había resuelto hacer caer a Mosafi, y trabajaba en ello activa aunque sordamente. No cambió en nada de conducta hacia su colega; continuó tratándole con igual respeto que antes; pero secretamente le contrariaba en todo, y no perdía ocasión para llamar la atención de Aurora sobre su incapacidad y sobre las faltas que cometía (3). Mosafi, de nada se daba cuenta; no era Ben-abi-Amir quien le inspiraba temores; por el contrario, le creía su mejor amigo; era Galib, gobernador de la Frontera inferior, que ejercía sobre las tropas un influencia ilimitada (4). En efecto: Galib odiaba y despre-

(1) Macari, t. II, p. 60.
(2) Ben-al-Abar, p. 142.
(3) Macari, t. II, p. 60.
(4) Macari, t. II, p. 61.

ciaba a Mosafi, y no trataba de ocultarlo. Justamente orgulloso con los laureles que había recogido en no sé cuántos campos de batalla, se indignaba de que aquel hombre, salido de la nada y que nunca había desenvainado el alfanje, fuera primer ministro. Decía a voces que este puesto le pertenecía a él. En apariencia obedecía aún a Mosafi; pero su conducta, por lo menos ambigua, mostraba suficientemente que el Gobierno no podía contar con él. Desde la muerte de Alhaquen sostenía la guerra contra los cristianos con flojedad, que contrastaba singularmente con la reconocida energía de su carácter. No era traidor aún; no estaba todavía en abierta rebelión; aun no había llamado a los cristianos en su ayuda; pero su conducta daba a entender que pronto haría todo esto, y si lo hacía, la caída del primer ministro era inevitable. ¿Cómo iba éste a resistir al mejor general y a los mejores soldados del imperio, secundados por los leoneses y castellanos? Por otra parte, al menor descalabro que experimentara sus enemigos cogerían la ocasión por los cabellos para hacerle perder su puesto, sus riquezas y su cabeza tal vez.

Mosafi tenía bastante perspicacia para no ignorar el peligro que le amenazaba, y en su angustia pidió consejo a los visires, y sobre todo a Ben-abi-Amir. Respondiéronle que debía granjearse la amistad de Galib a toda costa. Consintió en ello, y entonces Ben-abi-Amir se ofreció como mediador. La campaña que iba a empren-

derse—decía—le ofrecería ocasión de abocarse con el gobernador de la Frontera inferior, y, llegado este caso, se prometía lograr la reconciliación que deseaba Mosafi.

Tales eran sus palabras; pero meditaba un plan completamente distinto. Esperando llegar a un brillante resultado, no repugnaban a su ambición las vías tortuosas, y en vez de procurar reconciliar a ambos rivales, pensaba en el medio de enemistarlos más. Así lo hizo. Asegurando siempre a Mosafi que era completamente adicto a sus intereses, elogiaba a Aurora los grandes talentos de Galib; le repetía a cada momento que no podía pasarse sin los servicios de este general y que era preciso atraérselo, confiriéndole un título más elevado del que tenía. Sus manejos dieron fruto. Gracias a la influencia de Aurora, Galib fué elevado a la dignidad de *Dhu-'l-vizaratain*—jefe de la administración civil y militar—y a la de generalísimo de todo el ejército de la Frontera; pero Mosafi no se había opuesto a esta medida; al contrario, había accedido a ella, porque Ben-abi-Amir le había dicho que sería el primer paso hacia la reconciliación.

El 23 de mayo, sólo un mes después de su regreso a Córdoba, Ben-abi-Amir, que acababa de ser nombrado generalísimo del ejército de la capital, emprendió su segunda expedición. En Madrid celebró una entrevista con Galib. Mostróse hacia él lleno de consideraciones y de deferencias, y se captó su afecto diciéndole que consideraba a Mo-

safi completamente indigno del elevado puesto que ocupaba. Pronto se estableció una estrecha alianza entre ambos generales, que resolvieron trabajar de común acuerdo en la caída de Mosafi. Después, cruzando la frontera, tomaron la fortaleza de Mola (1), donde cogieron mucho botín y prisioneros. Terminada la campaña, despidiéronse uno de otro; pero en el momento de separarse, dijo Galib a su nuevo amigo: "Esta expedición ha sido coronada por un éxito completo, por lo que te proporcionará gran fama y la corte se regocijará tanto que no pensará en investigar tus intenciones ulteriores. Aprovecha esta circunstancia y no salgas de palacio sin haber sido nombrado prefecto de la capital, en vez del hijo de Mosafi." Ben-abi-Amir, prometiendo no olvidar este consejo, tomó de nuevo el camino de Córdoba, mientras Galib se volvía a su gobierno.

A decir verdad, el honor de esta campaña correspondía a Galib. El era el que lo había dirigido y ordenado todo, y Ben-abi-Amir, que hacía aún su aprendizaje en expediciones militares, se había guardado muy bien de contradecir en nada a aquel general experto y envejecido en el ejercicio de las armas. Pero el mismo Galib, queriendo elevar a su joven aliado, presentó las cosas desde otro punto de vista. Se apresuró a escribir al califa que Ben-abi-Amir había hecho maravillas, que sólo a él se debía el éxito obtenido y que tenía

(1) Parece que este lugar ya no existe.

derecho a una brillante recompensa. Esta carta, recibida en la corte antes del regreso de Ben-abi-Amir, la predispuso en su favor; así que consiguió sin ningún trabajo ser nombrado prefecto de la capital en sustitución del hijo de Mosafi. ¿Cómo rehusar nada a un general que volvía triunfante por segunda vez, y del cual elogiaba el talento y el valor el mejor guerrero de la época? Y luego se daba de barato al hijo de Mosafi, que no debía su elevación más que a la influencia de su padre, y que, lejos de justificarla, con su conducta se había hecho completamente indigno de ella (1). En efecto: su avidez era tal, que, por poco dinero que le diesen, cerraba de buen grado los ojos a todo, aun a los crímenes más abominables. Decíase, con razón, que ya no había policía en Córdoba, que los ladrones de alta y de baja estofa podían atreverse a todo y que era preciso velar toda la noche para no ser robado o asesinado en su misma casa; en una palabra: que los moradores de una ciudad fronteriza corrían menos peligros que los que vivían en la residencia del califa.

Provisto de su diploma de prefecto, y vestido con la pelliza de honor con que había sido agraciado, Ben-abi-Amir presentóse al punto en el palacio de la prefectura. Mohámed Mosafi estaba sentado con toda la pompa propia de su alta je-

(1) Compárese con Ben-al-Abar, pp. 142, l. VI, y con Ben-Adari, t. II, p. 284.

rarquía. Su sucesor mostróle la orden del califa y le dijo que podía retirarse. El obedeció suspirando.

Apenas instalado en su nuevo empleo, Ben-abi-Amir adoptó las medidas más enérgicas para restablecer la seguridad en la capital. Anunció a los agentes de policía que tenía la firme intención de castigar severamente a todos los malhechores, sin excepción de personas, amenazándolos con las penas más severas si se dejaban sobornar. Intimidados por su firmeza, y sabiendo, además, que ejercía sobre ellos la vigilancia más activa, los agentes cumplieron desde entonces con su deber. Pronto se notó en la capital; los robos y los asesinatos eran más raros cada día; el orden y la seguridad renacían; las gentes honradas podían dormir tranquilamente: la policía estaba allí y velaba. Por otra parte, el prefecto mostró, con un ejemplo fehaciente, que no había que perdonar a nadie. Habiendo cometido un crimen su propio hijo, y habiendo caído en manos de la policía, le hizo dar tantos correazos, que el joven expiró poco después de haber sufrido el castigo.

Mosa había abierto, al fin, los ojos. La destitución de su hijo, resuelta durante su ausencia y a escondidas suyas, no le permitía dudar de la doblez de Ben-abi-Amir. Mas ¿qué podía contra él si su rival era ya mucho más poderoso? Se apoyaba en la sultana—suponíase que era amante suyo—y en las principales familias que, ligadas a los ommíadas por el vínculo de la clientela, se

transmitían de padres a hijos los empleos de la corte, y que preferían ver al frente de los negocios a un hombre de buena familia, como Ben-abi-Amir, que a un advenedizo que los había mortificado con su orgullo ridículo e injustificado (1). Por otra parte, podía contar con el ejército, que le era más adicto cada día, y con la población de la capital, profundamente reconocida por la seguridad que le había devuelto. ¿Qué podía oponer Mosafi contra todo esto? Nada, si no es el apoyo de algunos individuos aislados que le debían su fortuna, pero con cuya gratitud no había mucho que contar. En esta lucha de la medianía contra el genio, las fuerzas eran muy desiguales. Mosafi lo comprendió; conoció que no le quedaba más que un medio de salvación, y resolvió atraerse a Galib a todo trance.

Escribióle haciéndole las promesas más brillantes y propias para seducirle, y para sellar la alianza le pedía la mano de su hija Asma para su hijo Otman. El general se dejó alucinar y, olvidando su odio, respondió al ministro que aceptaba sus ofertas y que consentía en el matrimonio propuesto. Mosafi se apresuró a cogerle la palabra, y ya estaba el contrato matrimonial redactado y firmado, cuando Ben-abi-Amir se enteró de estos manejos, que contrariaban todos sus planes. Sin pérdida de momento puso en juego, para desbaratar los proyectos de su colega, todos los

(1) Ben-Adari, t. II, p. 290.

resortes de que podía disponer. A petición suya, los personajes más influyentes de la corte escribieron a Galib, y le escribió él mismo, para decirle que Mosafi le tendía un lazo, para recordarle todas las quejas que tenía contra el ministro y para inducirle a que permaneciese fiel a las promesas que le había hecho durante la última campaña. En cuanto al proyectado matrimonio, le decía que si Galib deseaba para su hija una alianza ilustre, no debía entregársela a un advenedizo, sino a él, a Ben-abi-Amir.

Galib se dejó persuadir de que se había equivocado, e hizo saber a Mosafi que el proyectado matrimonio no podía verificarse, redactándose y firmándose en el mes de agosto o septiembre un nuevo contrato, en virtud del cual Asma debía ser esposa de Ben-abi-Amir. Poco después, el 18 de septiembre, este último salió de nuevo a campaña. Tomó el camino de Toledo y, uniendo sus huestes con las de su futuro suegro, quitó a los cristianos dos castillos, apoderándose también de los arrabales de Salamanca. A su regreso recibió el título de *Dhu-'l-vizaratain*, con un sueldo de ochenta monedas de oro al mes. El mismo *hachib* no cobraba más.

Aproximábase el tiempo fijado para la boda, y el califa o, más bien, su madre—que si realmente era querida de Ben-abi-Amir, al menos no era celosa—, invitó a Galib a venir a Córdoba con su hija. Cuando llegó fué colmado de honores: se le confirió el título de *hachib*, y como ya era *Dhu-'l-*

vizaratain y Mosafi no lo era, fué desde entonces el primer dignatario del imperio, y ocupaba, por tanto, el primer lugar en las sesiones solemnes, teniendo entonces a Mosafi a la derecha y a Ben-abi-Amir a la izquierda (1).

El matrimonio de este último con Asma verificóse el día primero de año, fiesta cristiana, pero que también celebraban los musulmanes. Corriendo todos los gastos a cuenta del califa, los festines fueron de incomparable magnificencia, y los cordobeses no recordaban haber visto jamás una comitiva tan soberbia como la que rodeaba a Asma cuando salió del palacio regio para ir al de su prometido.

Consignemos que este matrimonio, aunque contraído por interés, fué dichoso. Asma unía a un espíritu muy cultivado una belleza atractiva, y supo cautivar el corazón de su esposo, que siempre le concedió la preferencia sobre las demás mujeres.

Respecto a Mosafi, desde que Galib rechazó su alianza, se consideró perdido. Sus protegidos le abandonaban para incensar a su rival; el vacío se hacía en torno suyo. Antes, cuando iba a palacio, se disputaban el honor de acompañarle; ahora iba solo. Su poder era nulo; las medidas más importantes se tomaban a espaldas suyas. El infortunado viejo veía aproximarse la tormenta y la esperaba con sombría resignación. La horrible

(1) Ben-al-Abar, p. 142.

catástrofe llegó más pronto de lo que se esperaba. El lunes 26 de marzo del año 978 (1), él, sus hijos y sus sobrinos fueron destituídos de todos sus cargos y dignidades, y se dió la orden de prenderlos y secuestrar sus bienes, hasta que fueran declarados inocentes del delito de malversación de que se los acusaba (2).

Aunque tal acontecimiento no pudiera sorprenderle, Mosafi quedó profundamente conmovido, porque su conciencia no estaba tranquila. Alguna injusticia que había cometido durante su larga carrera acudía a su memoria y le acongojaba. Cuando se despidió de su familia, exclamó: "Ya no volveréis a verme vivo; la terrible oración ha sido escuchada; hace cuarenta años que espero este momento." Interrogado acerca del sentido de estas palabras enigmáticas, añadió: "Cuando aun reinaba Abderrahman, fuí encargado de informar contra un acusado y de juzgarle. Yo le encontraba inocente; pero tenía mis razones para afirmar que no lo era; así que tuvo que sufrir una pena infamante, perdió sus bienes y permaneció largo tiempo en prisión. Una noche, mientras yo dormía, oí una voz que me gritaba: "¡Devuelve la "libertad a ese hombre! Su oración ha sido es- "cuchada y llegará un día en que corras la mis- "ma suerte que él." Me desperté sobresaltado y

(1) Esta fecha ha sido consignada no sólo por Ben-Adari, sino por Nouairi—p. 470—.

(2) Ben-Adari, t. II, pp. 282-285; Macari, t. II, páginas 61 y 62.

lleno de terror. Hice venir a aquel hombre y le rogué que me perdonase. Se negó a hacerlo. Entonces le pedí que, al menos, me dijera si había dirigido al Eterno una plegaria que me concernía. "Sí—me respondió—; he rogado a Dios que "te haga morir en un calabozo tan estrecho como "en el que me has hecho gemir durante tanto "tiempo." Entonces me arrepentí de mi injusticia y devolví la libertad al que había sido víctima de ella. Pero el remordimiento llegaba demasiado tarde (1)."

Los acusados fueron conducidos a Zahra, donde se hallaba la prisión de Estado. El general Hixem-Mosafi, sobrino del ministro, que había ofendido a Ben-abi-Amir, atribuyéndose el honor de los triunfos alcanzados en la última campaña, fué la primera víctima del resentimiento de aquel hombre poderoso, y, apenas llegó a la prisión, le dieron muerte (2).

El Consejo de Estado encargóse de incoar la causa de Mosafi. Duró mucho tiempo. No faltaban pruebas para declarar que, durante su ministerio, Mosafi se había hecho culpable de malversación, y, por consiguiente, sus bienes fueron en parte confiscados y su magnífico palacio, en el barrio de Ruzafa, vendido al mejor postor. Pero nuevas acusaciones surgían sin cesar contra él, y los visires, deseosos de complacer a Ben-abi-Amir, se apresuraban a acogerlas. Condenado así

(1) Ben-Adari, t. II, p. 288; Macari, t. I, p. 395.
(2) Ben-Adari, t. II, p. 285; Macari, t. II, p. 62.

en diferentes ocasiones y por distintos delitos, Mosafi fué despojado poco a poco de todo lo que poseía, y, sin embargo, los visires, creyendo que aún le quedaba algo que le pudieran arrebatar, continuaban vejándole y ultrajándole (1). La última vez que fué citado a comparecer delante de sus jueces, estaba tan debilitado por la edad, la reclusión y la pena, que le costaba trabajo recorrer el largo trayecto desde Zahra al palacio del visirato, y, sin embargo, su implacable guardián no cesaba de repetirle con tono áspero que era preciso andar más de prisa y no hacer esperar al consejo. "Poco a poco, hijo mío—dijo entonces el anciano—; deseas que muera, y lo conseguirás. ¡Ay! ¡Si pudiera comprar la muerte! ¡Pero Dios le ha puesto un precio tan grande!" Después improvisó estos versos:

"No te fíes jamás de la fortuna, porque es mudable. Antes, hasta los leones me temían, y ahora tiemblo a la vista de un zorro. ¡Ah, qué vergüenza para un hombre de corazón verse obligado a implorar la clemencia de un malvado!"

Cuando llegó a presencia de sus jueces, se sentó en un rincón de la sala sin saludar a nadie, y viendo esto el visir Aben-Chabir, un adulador de Ben abi-Amir, le gritó: "¿Has recibido tan mala educación que ignoras hasta las leyes más elementales de urbanidad?" Mosafi guardó silencio; pero

(1) Ben-Adari, t. II, p. 285; Macari, t. II, p. 62.

como Aben-Ghabir continuara dirigiéndole injurias, le dijo al fin: "Tú sí que faltas a las consideraciones que me debes; pagas mis beneficios con ingratitudes, y ¿aun te atreves a decirme que desconozco las leyes de la cortesía?" Un poco desconcertado por estas palabras, pero recobrando su audacia al momento, exclamó Aben-Chabir: "¡Mientes! ¿Yo te debo beneficios? Muy al contrario." Y empezó a enumerar las quejas que tenía contra él. Cuando terminó, le replicó Mosafi: "No es por eso por lo que te exijo reconocimiento; pero no es menos cierto que, cuando te apropiaste las sumas que te habían confiado, y cuando el difunto califa—Dios tenga su alma—quería hacerte cortar la mano derecha, pedí y obtuve tu perdón." Aben-Chabir negó el hecho, jurando que era una calumnia infame. "Yo ruego a todos los que saben algo de esto—exclamó entonces el anciano, indignado—que declaren si he dicho la verdad o no." "Sí, hay algo de verdad en lo que díces—le replicó el visir Ben-Iyax; sin embargo, en las circunstancias en que estás, habrías hecho mejor no aludiendo a esa antigua historia." "Tal vez tienes razón—repuso Mosafi—; pero ese hombre me ha hecho perder la paciencia y he tenido que decir lo que embargaba mi alma."

Otro visir, Aben-Chamar, había escuchado esta discusión con repugnancia creciente. Aunque no quería a Mosafi y había contribuído a su caída, sabía que se deben consideraciones hasta a los enemigos, y sobre todo a los enemigos vencidos.

Tomando entonces la palabra, dijo a Aben-Chabir. con un tono de autoridad que justificaban sus largos servicios y un apellido tan antiguo y casi tan ilustre como el de la misma dinastía: "¿No sabes, Aben-Chabir, que el que ha tenido la desdicha de incurrir en la desgracia del monarca no debe saludar a los grandes dignatarios del Estado? La razón es evidente, porque si estos dignatarios le devuelven el saludo, faltan a su deber con el califa; si no se lo devuelven, faltan a su deber hacia el Eterno. Un hombre que ha caído en desgracia no debe saludar, y Mosafi lo sabe."

Avergonzado de la lección que acababa de recibir, Aben-Chobir guardó silencio, mientras un débil rayo de alegría brillaba en los ojos, casi apagados, del infortunado viejo.

Procedióse en seguida al interrogatorio. Como se alegaban contra Mosafi nuevos cargos para sacarle dinero una vez más: "Juro por lo más sagrado—exclamó—que no poseo nada. Aunque me despedacen no podría daros un solo *dirhem*." Le creyeron, y ordenaron conducirle nuevamente a la prisión (1).

Desde esta época vivió unas veces libre y otras prisionero, pero siempre desgraciado. Ben-abi-Amir parecía encontrar un bárbaro placer en atormentarle, y difícilmente se explica el implacable odio que profesaba a esta medianía, que ya no le podía perjudicar.

---

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 286, 287 y 291; Aben-Jacan, *apud* Macari, t. I, pp. 275 y 276.

Todo lo que puede conjeturarse sobre esto es que no le perdonaba el crimen inútil que le había obligado a cometer cuando le hizo matar a Mogira. Sea lo que sea, él lo llevaba tras de sí a todas partes, sin proporcionarle siquiera con qué subvenir a sus necesidades. Un secretario del ministro refería que, durante una campaña, vió una noche a Mosafi al lado de la tienda de su señor, mientras su hijo Otman le daba de beber, a falta de cosa mejor, una mala mezcla de agua y harina (1). Minado y consumido por la pena y la desesperación, exhalaba su dolor en poemas tan armoniosos como conmovedores. Pero aunque un día había dicho a su guardián que deseaba la muerte, se asía a la vida con extraña tenacidad; lo mismo que le faltaron perspicacia y energía cuando estaba en el poder, careció de dignidad en la desgracia. Para ablandar al *zorro* descendía a las peticiones más humillantes. Una vez le suplicó que le confiase la educación de sus hijos. Ben-abi-Amir, que no concebía que se pudiera perder hasta ese punto el respeto de sí mismo, no vió más que una astucia en esta demanda. "Quiere desacreditarme y hacerme pasar por un *quidam*—dijo—. Muchos me han visto en otro tiempo a la puerta de su palacio, y, para recordárselo, quiere que se le vea ahora en el patio del mío." (2).

Durante cinco años, Mosafi arrastró esta triste y penosa existencia, y como parecía obstinado en

(1) Ben-Adari, t. II, p. 289.
(2) Ben-Adari, t. II, p. 286; Macari, t. I, p. 396.

no morirse, a despecho de su avanzada edad y de los innumerables disgustos con que le abrumaban, quitáronle al fin la vida, sea estrangulándole, sea envenenándole, porque los autores árabes no están de acuerdo en este punto (1). Cuando supo que su antiguo adversario había muerto, Ben-abi-Amir encargó a dos de sus servidores que cuidaran de su inhumación. Uno de ellos, el secretario Mohámed ben-Ismael, refiere así la escena de que había sido testigo: "Encontré que el cadáver no presentaba ninguna señal de violencia. Estaba cubierto solamente con un alquicel viejo, que pertenecía a un llavero. Un amortajador, que mi colega Mohámed aben-Maslama había hecho venir, lavó el cuerpo —no exagero nada—sobre la hoja de una puerta vieja, arrancada de sus goznes. En seguida llevamos las parihuelas a la tumba, acompañados solmente del imán de la mezquita, a quien habíamos encargado que recitase las oraciones de los muertos. Ninguno de los que pasaban se atrevió a fijar los ojos en el cadáver. Fué para mí una elocuente lección. Recordaba que en la época en que Mosafi era todavía omnipotente, tenía que entregarle una demanda destinada a él solo. Me había colocado a su paso; pero su séquito era tan numeroso y las calles estaban tan llenas de gente que deseaba verle y saludarle, que me fué imposible, por más esfuerzos que hice, aproximar-

(1) Ben-Adari, t. II, p. 268; Ben-al-Abar, p. 142; Nouairi, página 470.

me a él, y me vi obligado a confiar mi merorial a uno de los secretarios que cabalgaban al lado de la escolta, y que eran los encargados de recibir este género de escritos. Comparaba aquella escena con la que acababa de ver, y, reflexionando sobre la inconstancia de la fortuna, sentía algo que me oprimía y que me impedía respirar" (1).

IX

El mismo día en que Mosafi había sido destituído y encarcelado, Ben-abi-Amir fué elevado a la dignidad de *hachib* (2). En adelante compartía con su suegro la autoridad suprema, y su poder era tan grande que parecía temerario resistirle. Sin embargo, se atrevieron. El partido que había pensado dar la corona a otro príncipe y no al tierno hijo de Alhaquen II, y cuya alma era el eunuco Chaudar, existía aún; demasiado lo atestiguan los versos satíricos que se cantaban en las calles de Córdoba, a despecho de la policía. Ben-abi-Amir no toleraba la menor alusión a las relaciones, quizá demasiado estrechas, que mediaban entre él y la sultana, llegando a condenar a muerte a una cantadora a quien su dueño—que quería venderla al ministro—había enseñado un

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 288 y 289.
(2) Nouairi, p. 470.

canto de amor sobre Aurora (1); y, sin embargo, se cantaban por las calles versos como éstos:

"El mundo toca a su fin, porque pasan las cosas más detestables. El califa está en la escuela, y su madre encinta de sus dos amantes..." (2).

Mientras se limitaron a hacer coplas a la corte, no fué muy grande el peligro; pero Chaudar se atrevió a más. De acuerdo con el presidente del tribunal de alzada, llamado Abdalmelic aben-Mondir, urdió un complot, cuyo objeto era asesinar al joven califa y colocar en el trono a otro nieto de Abderrahman III, es decir, a Abderrahman ben-Obaidala. Multitud de cadíes, faquíes y literatos, entre los cuales figuraba el ingenioso poeta Ramadi, estaban complicados en esta conspiración. Ramadi profesaba a Ben-abi-Amir un odio mortal. Había sido amigo de Mosafi, y era de los pocos que le habían permanecido fieles, aun cuando la fortuna le volvió la espalda. Ahora ardía en deseos de vengarse, y había compuesto contra Ben-abi-Amir sátiras violentas (3).

Los conjurados contaban con el éxito de esta

---

(1) Ben-Hazm, *Tratado del amor*, fol. 32 r.

(2) Existen dos redacciones de este último hemistiquio: la que consigna Ben-Adari—t. II, p. 300—me parece preferible a la otra, que se halla en Macari—t. I, p. 396—. Según la opinión pública, Ben-abi-Amir compartía los favores de la sultana con el cadí Ben-as-Salim.

(3) Compárese Abd-al-Uahid, p. 17, con los versos de Ramadi, cuya traducción daré en la nota siguiente.

empresa, sobre todo porque el visir Ziyad ben-Afla, que desempeñaba entonces el cargo de prefecto de la capital, estaba en connivencia con ellos. Habían convenido con él el día y la hora en que debían ejecutar su designio. Chaudar, que ya no estaba en la corte, pero que, gracias al empleo que había tenido, aun podía aproximarse fácilmente al califa, era el encargado de asesinarle, e inmediatamente proclamarían sus cómplices a Abderrahman IV.

En el día prefijado, cuando el prefecto abandonó el palacio real para volver a su casa, situada al otro extremo de la población, llevándose consigo todos sus agentes, Chaudar pidió y obtuvo una audiencia. Una vez ante el califa, intentó darle de puñaladas; pero un tal Ben-Arus, que se hallaba en el salón, se arrojó sobre él antes de que pudiera realizar su proyecto. Entablóse una lucha, en que quedaron desgarrados los vestidos de Chaudar; pero habiendo llamado Ben-Arus a la guardia en su auxilio, detuvieron al eunuco. Poco después, Ziyad ben-Afla, que había oído decir que había fracasado el complot, llegó a palacio apresuradamente. Ben-Arus le reprochó su negligencia, dándole claramente a entender que le creía cómplice del crimen que Chaudar había intentado cometer; pero el prefecto se excusó lo mejor que pudo, protestó de su fidelidad al monarca, y queriendo desmentir con su celo las sospechas que pesaban sobre él, hizo detener en el acto a las personas sospechosas, mandando con-

ducirlas, lo mismo que a Chaudar, a la prisión de Zahra (1).

Instruyóse en seguida proceso a los conspiradores, y no se hizo esperar la sentencia. El presidente del tribunal de alzada fué juzgado culpable del crimen de alta traición; pero sus jueces no indicaron con precisión la pena que debía sufrir, declarándoles solamente incursos en los términos de este versículo del Corán: "He aquí cuál será la recompensa de los que combatan a Dios y a su Profeta y de los que empleen todas sus fuerzas en promover desórdenes en la tierra: los condenaréis a muerte o les haréis sufrir el suplicio de cruz; les cortaréis las manos y los pies alternados; serán arrojados de su país." En este versículo, como se ve, la enunciación de las penas era muy vaga; así que el tribunal dejó al califa la elección de la que debía aplicarse. En aquellas circunstancias debía decidir, por lo tanto, el Consejo de Estado, y en esta asamblea, Ziyad Ben-Afla—que hacía todos los esfuerzos imaginables para recuperar el favor de Ben-abin-Amir—fué el primero que opinó que se aplicara la pena más grave. Prevaleció su opinión, y Abdamelic aben-Mondir fué crucificado. El pretendiente Abderrahman fué también condenado a muerte (2). Res-

(1) Segurísimos de que ya eran los amos—dice Ramadi en una de sus elegías—*apud* Macari, t. II. p. 442—, nos hicieron marchar a Zahra, como reos de alta traición. Yo iba en medio de una multitud de literatos y Chaudar llevaba los vestidos desgarrados.

(2) Ben-al-Abar, pp. 154 y 155; Ben-Hazm, *Tratado del amor*, fol. 38 v., cf. Macari, t. I, p. 286, l. VIII.

pecto a Chaudar, ignoramos lo que se decidió; pero todo induce a creer que fué crucificado. La suerte de Ramadi, aunque poco envidiable, fué menos dura. Ben-abi-Amir, aunque quería desterrarle, se dejó ablandar por las súplicas de los amigos del poeta; pero, aun permitiéndole permanecer en Córdoba, puso a esta gracia una restricción cruel: hizo proclamar a los heraldos que sería castigado severamente cualquiera que le dirigiese la palabra. Condenado así a un mutismo perpetuo, el pobre poeta vagaba en adelante *como un muerto*—según la expresión de un autor árabe—en medio de la turba que llenaba las calles de la capital (1).

Esta conspiración había demostrado al ministro que sus enemigos más encarnizados se hallaban precisamente entre los que habían estudiado con él literatura, teología y derecho. ¿Era envidia? En parte, sí; Ben-abi-Amir, su igual y su condiscípulo en otro tiempo, se había elevado demasiado para que los faquíes y los legistas no le envidiasen. Pero no era éste el único ni el principal motivo de la aversión que les inspiraba: le odiaban, sobre todo, a causa de los principios religiosos que le atribuían. Excepto algunos atrevidos pensadores y algunos poetas descreídos, los hombres educados en la escuela de los profesores

(1) Abd-al-Uahid, p. 17. Parece, sin embargo, que más tarde Ramadi fué perdonado completamente, pues se le cita entre los poetas asalariados que acompañaron a Ben-abi-Amir durante su expedición contra Barcelona, en el año 986. Véase Ben-al-Jatib, man. G., fol. 181 r.

de Córdoba eran muy adictos al islamismo. Ahora bien: Ben-abi-Amir pasaba, con razón o sin ella, por un musulmán muy tibio. No se le podía censurar que pregonara ideas liberales en materia de fe: era demasiado prudente para hacerlo; pero se decía que era aficionado a la filosofía, y que, en secreto, cultivaba mucho esta ciencia. Esto era en aquel tiempo una acusación terrible. Ben-abi-Amir lo comprendía. *Filósofo o no,* era, ante todo, un hombre de Estado, y queriendo quitar a sus enemigos el arma terrible de que se servían contra él, decidió mostrar con un *acto* ruidoso de ortodoxia que era buen musulmán. Habiendo hecho venir a los ulemas más considerados, como Acili, Aben-Dacuan y Zobaidi, los condujo a la gran biblioteca de Alhaquen II y les dijo que, teniendo el propósito de acabar con los libros que trataban de filosofía, de astronomía o de otras ciencias, prohibidas por la religión, les rogaba que hiciesen ellos mismos el apartado. Pusieron inmediatamente manos a la obra, y cuando terminaron su tarea, el ministro hizo arrojar los libros condenados a una gran hoguera, y a fin de mostrar su celo por la fe, quemó algunos con sus propias manos (1).

Era, indudablemente, un *acto* de vandalismo. Ben-abi-Amir era demasiado ilustrado para no juzgarlo también así; pero no por eso produjo menos buen efecto entre los ulemas y el bajo pue-

(1) Saíd de Toledo, *Tabacat-al-oman,* fols. 246 r. y v.; Ben-Adarí, t. II, p. 315; Macarí, t. I, p. 136.

blo, tanto más cuanto que el ministro fué desde entonces enemigo de los filósofos (1) y sostén de la religión. Rodeaba de consideraciones y homenajes a los ulemas, los colmaba de favores (2), escuchaba sus exhortaciones piadosas, aunque a veces fuesen muy largas, con una atención y una paciencia completamente edificantes (3). Aun hizo más: empezó a copiar el Corán con sus propias manos, y desde entonces, cuando se ponía en viaje, llevaba siempre consigo esta copia (4).

Habiéndose creado así una reputación de ortodoxia, reputación que bien pronto nadie se atrevió a discutir—tan sólidamente establecida estaba—, fijó su atención en el califa, que, a medida que avanzaba en edad, iba siendo más temible para él.

Según el testimonio de su preceptor, Zobaidi, Hixem II anunciaba en su infancia las más felices disposiciones; aprendía cuanto le enseñaban, con facilidad asombrosa, y tenía el juicio más sólido que la mayoría de los niños de su edad (5). Pero cuando, muy joven aún, subió al trono, Ben-abi-Amir y Aurora se dedicaron a deprimir sistemáticamente sus facultades. No nos atreveríamos a afirmar que ellos le hicieran gustar prematuramente los goces del harén; porque si bien la circunstancia de que Hixem no tuvo nunca hijos, da

(1) Ben-Adari, t. II, p. 315, l. I-III.
(2) Véase, por ejemplo, Ben-al-Abar, pp. 151 y 152.
(3) Macari, t. I, p. 266.
(4) Ben-Adari, t. II, pp. 309 y 310; Macari, t. I, página 266.
(5) Macari, t. II, p. 51.

cierto grado de verosimilitud a esta suposición, no se apoya en ningún testimonio; pero lo cierto es que se esforzaron en obscurecer su inteligencia, recargándola de ejercicios de devoción, y que procuraron persuadirle de que si reinaba por sí mismo los asuntos le distraerían de la contemplación de las cosas divinas y le impedirían trabajar en su salvación. Hasta cierto punto habían conseguido su objeto: Hixem hacía buenas obras, leía asiduamente el Corán, rezaba y ayunaba (1); sin embargo, su inteligencia no estaba suficientemente refrenada para que Ben-abi-Amir estuviese completamente tranquilo respecto a él, temiendo sobre todo que más pronto o más tarde otra persona se apoderase del ánimo del joven monarca y le abriese los ojos sobre su verdadera situación. Mientras los negocios de Estado se tratasen en el palacio del califa, semejante peligro era de temer; en las idas y venidas de tantos generales y empleados, un simple azar podía poner al monarca en relación con uno de ellos, y, por poco diestro y ambicioso que fuera, podía hacer caer al ministro en un abrir y cerrar de ojos. Era preciso ahuyentar este peligro. Ben-abi-Amir resolvió, pues, que los asuntos de Estado se trataran en otra parte, y al efecto hizo edificar al este de Córdoba (2), y a orillas del Guadalquivir, una nueva ciudad con un gran palacio para él y otros para los altos dignatarios. Esta ciudad, que recibió el nombre

(1) Ben-Adari, t. II, p. 270.
(2) Ben-Hazm, *Tratado del amor*, fol. 101 r.

de Zahira, fué terminada en dos años, y entonces el ministro trasladó allí las oficinas del Gobierno. Zahira albergó bien pronto una numerosa población. Las clases elevadas de la sociedad abandonaron Córdoba y Zahra para aproximarse al manantial de donde manaban todos los favores; los comerciantes afluyeron también, y al poco tiempo la extensión de Zahira fué tal que sus arrabales lindaban con los de Córdoba.

De allí en adelante fué fácil vigilar al califa y excluirle de toda participación en los negocios; sin embargo, el ministro no descuidó nada para hacer su aislamiento lo más completo posible. No contento con rodearle de guardias y de espías, mandó circundar el palacio real por una muralla y un foso, castigando con la mayor severidad a cualquiera que se atrevía a aproximarse. Hixem estaba realmente prisionero; no se le permitía salir de palacio, no podía pronunciar una palabra ni hacer un movimiento sin que el ministro lo supiera en seguida, no conociendo de los negocios de Estado más que lo que él quería decirle. Mientras tuvo aún algunos miramientos que guardar, Ben-abi-Amir pretextó que el joven monarca le había abandonado la dirección de los negocios a fin de poder entregarse por completo a sus ejercicios espirituales; pero después, cuando ya se creyó seguro, no volvió a cuidarse más de él y prohibió hasta pronunciar su nombre (1).

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 296-298.

A todas estas medidas Ben-abi-Amir quiso agregar otra no menos importante: decidió reorganizar el ejército.

Dos motivos le impulsaron a hacerlo: uno, patriótico; otro, completamente personal; quería convertir a España en una de las principales potencias de Europa y librarse de su colega Galib. El ejército, tal como estaba, es decir, constituído en su mayoría de árabes españoles, no parecía apropiado para ninguno de estos dos proyectos.

La organización militar (1) era, sin duda, defectuosa. Dejaba demasiado poder a los jefes de los *chond* y ponía pocos soldados a la disposición del soberano. Cierto que éste podía disponer no sólo de las tropas sacadas de los *chond*, sino también de las de las fronteras, que parece habían sido las mejores; sin embargo, la costumbre hacía que éstas no fuesen llamadas a las armas sino en caso de necesidad, y no formaban parte del ejército permanente (2). Este último era poco numeroso. No se componía más que de cinco mil jinetes, aunque la caballería fuese entonces el arma más importante y de la cual dependía la suerte de las batallas. Por otra parte, estas tropas dejaban mucho que desear. El viajero Ben-Haucal atestigua, al menos, que los jinetes andaluces tenían muy poca gracia, pues no atreviéndose o no pudiendo servirse de los estribos, dejaban caer y

---

(1) Compárese con mis *Investigaciones*, t. I, pp. 87-89.
(2) Ben-Haucal, p. 40.

flotar las piernas; y añade que, en general, el ejército español debía la mayoría de sus victorias no al valor, sino a la astucia. Verdad es que el testimonio de este viajero resulta algo sospechoso. Como deseaba que su soberano, el califa Fatimita, emprendiese la conquista de la Península, tal vez denigró demasiado a las tropas del país; sin embargo, hay sin duda algo de cierto en sus aserciones, y es indiscutible que los árabes, afeminados por el lujo y la suavidad del clima, habían perdido poco a poco su espíritu guerrero. Por lo tanto, Ben-abi-Amir no podía esperar hacer con semejante ejército brillantes conquistas. Por otra parte, no tenía confianza en él para el caso en que necesitase luchar contra Galib, y, sin embargo, preveía que la lucha entre su colega y él era inevitable. Cierto que éste le había valido de mucho para hacer caer a Mosafi; pero entonces ya no podía servirle de nada, y, lo que es peor, le estorbaba. Galib no aprobaba siempre sus medidas y le contrariaba sobre todo en lo referente a la reclusión del califa. Cliente de Abderrahman III y ardiente realista, se afligía y se indignaba viendo al nieto de su patrono guardado y encerrado como un cautivo o como un criminal. Ben-abi-Amir, que no gustaba de contradicciones, estaba muy decidido a deshacerse de su suegro; pero ¿cómo lograrlo? Galib no era un hombre como Mosafi, un hombre que pudiera derribarse por una intriga de corte; era un general ilustre, y si declaraba que quería sustraer al soberano de la ti-

ranía de su ministro, tendría de su parte a casi todo el ejército, del cual era el ídolo. Ben-abi-Amir no se forjaba ilusiones en este punto; comprendía que para lograr su objeto necesitaba otras tropas que sólo a él le fuesen adictas. En otros términos: necesitaba soldados extranjeros; Mauritania y la España cristiana se los proporcionaron.

Hasta entonces se había ocupado poco de Mauritania. Durante su permanencia allí en calidad de cadí supremo se había convencido de que la posesión de aquellas regiones lejanas y pobres era para España más onerosa que útil, y conformándose en esto con la política seguida por Mosafi, se había limitado a mantener completa la guarnición de Ceuta. En cuanto al resto del país, lo había confiado a la administración de los príncipes indígenas, cuidando, no obstante, de atraérselos con liberalidades de todo género (1). Desde el punto de vista español, esta política era, sin duda, buena y sensata; mas para Mauritania tuvo funestas consecuencias.

Viendo este país abandonado a sus propias fuerzas, Bologuin, el virrey de Ifrikia, lo invadió el año 979 (2). Alcanzó victoria tras victoria, y arrojando a los príncipes que reconocían como soberano al califa Ommíada, los obligó a ir a refu-

---

(1) Aben-Jaldun, *Historia de los bereberes*, t. II, p. 556; tomo III, p. 237.

(2) Véase la fecha exacta en Ben-Adari, t. I, p. 240, libros III y IV.

giarse tras las murallas de Ceuta. Pero los triunfos de Bologuin, lejos de ser un obstáculo a los designios de Ben-abi-Amir, los favorecían. Los bereberes, aglomerados en Ceuta, se encontraban en gran estrechez, y como el vencedor les había quitado casi todo lo que poseían, no sabían de qué vivir. Era, pues, para el ministro español una ocasión excelente para procurarse de una sola vez gran número de avezados jinetes; así que no se la dejó escapar. Escribió a los berberiscos para decirles que si querían servir en España podían estar seguros de no carecer de nada y de recibir un sueldo elevado. Respondieron en masa a su llamamiento. Chafar (1), príncipe del Zab, cuyas aventuras hacía tiempo que le habían hecho famoso, dejóse ganar también por las brillantes promesas del ministro, y vino a España con un cuerpo de seiscientos jinetes. Los berberiscos no tuvieron por qué arrepentirse de su resolución. Nada igualaba a la generosidad de Ben-abi-Amir respecto a ellos. "En el momento en que llegaron a España estos africanos —dice un historiador—, sus vestidos se caían a jirones, y ninguno poseía más que un mal jamelgo; poco después se los vió caracolear por las calles, vestidos con las más ricas telas y montados en los más hermosos corceles, habitando palacios que no habían imaginado

(1) Véanse, acerca de él y de su familia, Aben-Jaldun, tomo I, pp. 553 y sigs. de la traducción, y Ben-Adari, t. II, páginas 258 y sigs.

nunca ni aun en sueños (1). Eran muy codiciosos; pero si ellos no dejaban de pedir, Ben-abi-Amir tampoco se cansaba de dar, y era muy ostensible el reconocimiento que le demostraban. Los protegía con todo y contra todos, y no permitía que se los ofendiese ni aun que se burlasen de la jerga que hablaban algunas veces cuando intentaban expresarse en árabe, porque de ordinario empleaban su lengua materna, de la cual no entendían una palabra los árabes (2). Un día en que pasaba revista a sus soldados se le aproximó un oficial berberisco llamado Uanzemar, y estropeando el árabe de un modo horrible, le dijo: "¡Ah, señor! Dame un albergue, porque tengo que acostarme al raso." "¡Cómo, Uanzemar!—le respondió el ministro—, ¿ya no tienes la casa grande que te di?" "Me has echado de ella, señor; me has echado de ella por las bondades de que me has colmado. Me has regalado tantas tierras, que todas mis habitaciones están colmadas de grano y no queda sitio para mí. Tal vez me dirás que si me estorba el trigo, puedo arrojarlo por la ventana; pero dígnate recordar, señor, que soy un berberisco, es decir, un hombre que antes se ha visto obligado a sufrir la miseria y que a veces ha estado a punto de morir de hambre. Ya comprenderás que tal hombre lo pensará dos veces antes de tirar el trigo por la ventana." "No diré que

---

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 293, 299 y 316.
(2) Macari, t. I, p. 273, l. I.

seas un brillante orador—le replicó el ministro sonriendo—, pero tu lenguaje me parece más convincente y conmovedor que los discursos más elocuentes de mis sabios académicos." Después, dirigiéndose a los andaluces que le rodeaban y que se ahogaban de risa mientras hablaba el berberisco: "He aquí—exclamó—el verdadero modo de mostrar reconocimiento y de obtener nuevos favores. Este hombre de quien os reís vale más que vosotros, mis hueros parlanchines; no olvida los beneficios que ha recibido y no pretende que se le ha dado poco, como hacéis vosotros todos los días." Y mandó inmediatamente dar a Uanzemar un soberbio palacio (1).

La España cristiana también le suministró excelentes soldados. Pobres, ávidos y malos patriotas, los leoneses, los castellanos y los navarros, se dejaban fácilmente seducir por la elevada paga que el árabe les ofrecía, y una vez alistados bajo sus banderas, su bondad, su generosidad y el espíritu de justicia que presidía sus decisiones se lo hacían tanto más querido cuanto que en su patria no estaban habituados a tanta equidad. Ben-abi-Amir tenía con ellos infinitas consideraciones. En su ejército, el domingo era día de descanso para todos sus soldados, cualquiera que fuese su religión, y si surgía alguna disputa entre un musulmán y un cristiano, siempre favorecía a este últi-

(1) Macari, t. I, p. 272.

mo (1). No es, pues, de extrañar que los cristianos le fueran tan adictos como los bereberes. Unos y otros eran, por decirlo así, propiedad suya. Habían olvidado y renegado de su patria, y Andalucía no había llegado a ser para ellos una patria nueva; apenas comprendían su idioma. Su patria era el campamento y, aunque pagados por el erario público, no estaban al servicio del Estado, sino al de Ben-abi-Amir. A él era a quien debían su fortuna, de él dependían y por él se dejaban manejar contra cualquiera.

Al mismo tiempo que concedía, de este modo, preponderancia en el ejército a los extranjeros, el hábil ministro cambiaba la organización de las tropas españolas, que en otro tiempo habían constituído su fuerza contra el Gobierno. Desde tiempo inmemorial, las tribus, con sus divisiones y subdivisiones, formaban otros tantos regimientos, compañías y escuadras. Ben-abi-Amir abolió este uso, incorporando los árabes a los diferentes regimientos, sin tener en cuenta la tribu a que pertenecían (2). Un siglo antes, cuando los árabes estaban animados aún de espíritu corporativo, semejante medida—que implicaba un cambio radical en la ley de reclutamiento y que quitaba a la nobleza los últimos restos de su poder—acaso habría provocado violentas murmuraciones y producido una sublevación general; en-

(1) Mon. Sil., c. LXX; Macari, t. I, p. 272, l. XVII.
(2) Macari, t. I, p. 186

tonces se ejecutó sin obstáculo: tanto habían cambiado los tiempos. La antigua división en tribus no existía más que como un recuerdo. Multitud de árabes ignoraban a qué tribu pertenecían, reinando en este punto una confusión que desesperaba a los genealogistas. Alhaquen II, admirador y amante del pasado, que conocía tan bien, había intentado reavivar esta reminiscencia de otra edad; había hecho que los sabios examinasen las genealogías, deseando que cada árabe recuperase el puesto en su tribu (1); pero sus esfuerzos, contrarios a la sana política, se habían estrellado contra el espíritu del siglo, que tendía en todas partes, salvo raras excepciones, a la unidad y a la fusión de razas. Asestando el último golpe a la antigua división en tribus, Ben-abi-Amir no hizo más que ultimar el trabajo de asimilación que Abderrahman III había emprendido y que el sentimiento nacional aprobaba.

Mientras se preparaba así para la guerra, Ben-abi-Amir parecía vivir aún en buena inteligencia con su suegro; pero éste tenía sobrada penetración para equivocarse sobre el objeto de los radicales cambios que su yerno introducía en el ejército, y estaba decidido a romper con él. Un día que se encontraban juntos en lo alto de la torre de un castillo fronterizo, empezó a abrumarle a recriminaciones. Ben-abi-Amir le respondió con igual vivacidad, y su altercado tomó tal carácter

(1) Ben-al-Abar, p. 103.

de violencia, que Galib, furioso, le gritó: "¡Perro! Arrogándote la autoridad suprema, preparas la caída de la dinastía." Y desenvainando la espada, se precipitó sobre él, echando espumarajos de cólera. Algunos oficiales intentaron detenerle, pero no lo consiguieron más que a medias; Galib hirió a Ben-abi-Amir, y éste, aterrado, se arrojó desde lo alto de la torre. Afortunadamente para él, durante la caída se quedó enganchado en algún saliente, y esto le salvó.

Después de semejante escena, la guerra era inevitable; así que no tardó en estallar. Galib se declaró campeón de los derechos del califa; parte de las tropas se agrupó bajo sus banderas y logró, además, el auxilio de los leoneses. Sostuviéronse muchos combates, en los cuales sucumbieron algunos de los personajes más eminentes de la corte. La última vez que vinieron a las manos ya estaba a punto de ser derrotado el ejército de Ben-abi-Amir, cuando Galib, que daba una carga al frente de la caballería, tuvo la desgracia de pegar con la cabeza contra el arzón de la silla. Gravemente herido, cayó inmediatamente del caballo, y, no viéndole, sus soldados y sus aliados cristianos emprendieron la fuga, de suerte que Ben-abi-Amir alcanzó una ruidosa victoria. Entre los cadáveres se encontró el de Galib —981— (1).

---

(1) Macari, t. II, p. 64; Ben-Adari, t. II, p. 299; Ben-Hazm, *Tratado del amor*, fol. 59 r. Compárese con Ben-al-Abar, en mis *Investigaciones*, t. I, apéndice, p. XXXIV. Respecto a la fecha, véase ibídem, t. I, pp. 192 y 193.

Pero Ben-abi-Amir no se contentó con este triunfo, por grande que fuera. Quería a la vez castigar a los leoneses por el apoyo que habían prestado a su rival y demostrar a sus compatriotas que, si había creado un soberbio ejército, no lo había hecho tan sólo en su propio interés, sino también en el del país. Invadió, pues, el reino de León y le infligió un castigo terrible. Su vanguardia, mandada por un príncipe de la sangre llamado Abdala, pero más conocido con el sobrenombre de *Piedra Seca* (1), tomó y saqueó a Zamora—julio del 981—. Cierto que los musulmanes no pudieron conseguir que se rindiese la ciudadela; pero se vengaron arrasando a sangre y fuego toda la región. Pasaron a cuchillo a cuatro mil cristianos, hicieron igual número de prisioneros y en un solo distrito destruyeron un millar de caseríos o aldeas, casi todos bien poblados y llenos de iglesias y conventos. Ramiro III, que apenas contaba en esta época veinte años, firmó una alianza con García Fernández, conde de Castilla, y con el rey de Navarra. Los tres príncipes marcharon juntos contra Ben-abi-Amir y le presentaron batalla en Rueda, al suroeste de Simancas; pero fueron derrotados, y la importante fortaleza de Simancas cayó en poder de los musulmanes. Hicieron pocos prisioneros; la mayor parte de los soldados y de los habitantes fueron degollados (2).

(1) Parece que debía este apodo a la avaricia.
(2) Véanse mis *Investigaciones*, t. I, pp. 190 y sigs.

Después, aunque la estación estaba muy adelantada, Ben-abi-Amir marchó contra la ciudad de León. Ramiro salió a su encuentro y trató de detenerle. La fortuna pareció favorecer su audacia; rechazó a los enemigos y los obligó a retirarse a su campamento; pero allí estaba Ben-abi-Amir, sentado sobre una especie de trono bastante elevado, observando la batalla y dando órdenes. La fuga de sus soldados le hizo estremecer de indignación y de ira, y, saltando de su asiento, se quitó su casco de oro y se sentó en tierra. Sus soldados ya sabían lo que esto significaba. Su general sólo procedía así cuando quería demostrarles su descontento porque peleaban mal. Así que la vista de su cabeza descubierta produjo en ellos un efecto extraordinario. Avergonzados de su descalabro, pensaron que era preciso repararle a toda costa, y, lanzando gritos salvajes, se arrojaron con tal ímpetu sobre el enemigo que le hicieron volver la espalda, persiguiéndole tan de cerca que entraron con él por las puertas de León, y se habrían apoderado de la ciudad si una borrasca de nieve y granizo, que descargó de repente, no les hubiera obligado a suspender el combate (1).

Cuando Ben-abi-Amir volvió a Córdoba—porque la entrada del invierno le obligó a retirarse—, adoptó uno de esos sobrenombres que hasta entonces no habían llevado más que los califas: el

(1) Mon. Sil., c. LXXI; compárese con mis *Investigaciones*, t. I, p. 198.

de *Almanzor* (1), por el cual debemos designarle en adelante. Quiso también que se le tributaran honores inherentes a la realeza. Exigió, por ejemplo, que todo el que llegara a su presencia, excepto los visires y los príncipes de la sangre, le besasen la mano, como hacían con el monarca; se le obedeció, y el deseo de complacerle era tan grande que besaron también la mano a sus hijos, aun a los que apenas habían salido de la cuna (2).

Parecía omnipotente, y nadie hubiera dicho que tenía rival. Sin embargo, él no pensaba así. A su parecer, aún había un hombre que, si no era entonces peligroso, podía llegar a serlo; éste era el general Chafar, príncipe de Zab. Chafar le había prestado grandes servicios en la guerra contra Galib; pero el doble brillo de su nacimiento y de su fama había excitado los celos del ministro y de la nobleza de la corte (3). Almanzor tomó, respecto de él, una resolución que arroja sobre su gloria una mancha indeleble. Dió órdenes secretas a los dos tochibitas, Abu-'l-Ahuaz Man y Abderrahman aben-Motarrif, e invitó a un convite a Chafar, el cual aceptó. La fiesta fué magnífica, y, gracias a los vinos generosos, estaban ya todos alegres, cuando el escanciador presentó una copa al ministro. "Llévasela—dijo éste—al que más estimo." El copero permaneció indeciso, no sabiendo a cuál de

(1) Almanzor *billá*, es decir, *ayudado por Dios, victorioso con la ayuda de Dios*.
(2) Ben-Adari, t. II, pp. 299-300.
(3) Macari, t. I, p. 258.

aquellos nobles invitados quería su señor designar. "¡Maldito copero—exclamó Almanzor—; llevásela al visir Chafar!" Halagado por semejante testimonio de estimación, Chafar se levantó en seguida, cogió la copa, la apuró de un sorbo y, olvidando toda etiqueta, se puso a bailar. Los demás invitados, contagiados de su loca alegría, siguieron su ejemplo. La fiesta se prolongó hasta bien entrada la noche, y cuando se separaron, Chafar estaba completamente ebrio. Volvía a su morada acompañado tan sólo de algunos pajes, cuando de pronto se vió asaltado por los soldados de los dos tochibitas, y, antes de que tuviera tiempo de defenderse, había dejado de existir—22 de enero del 983—.

Su cabeza y su mano derecha fueron enviadas secretamente a Almanzor, que fingió no conocer a los autores de este asesinato y demostró una profunda tristeza (1).

X

Si el pueblo conocía o sospechaba el asesinato de Chafar, lo olvidó bien pronto, para no ocuparse más que en las nuevas victorias del ministro, para el cual habían tomado los asuntos del reino de León un giro sumamente favorable. Los desastres sufridos por Ramiro III en la campaña del 981

---

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 300 y 301; cf. Macari, t. I, página 260.

le fueron fatales. Los grandes del reino no querían un príncipe a quien la desgracia parecía perseguir (1) y que además los había herido en su orgullo con sus pretensiones a la monarquía absoluta. Estalló una rebelión en Galicia. Los nobles de esta comarca resolvieron elevar al trono a Bermudo, primo hermano de Ramiro, y el 15 de octubre del 982 le consagraron en la iglesia de Santiago de Compostela. Ramiro marchó al punto contra él, y se dió la batalla de Portilla de Arenas, en la frontera de Galicia y León; pero, aunque encarnizada, la suerte quedó indecisa (2). En adelante la fortuna favoreció cada vez más las armas de Bermudo II, y hacia el mes de marzo del 984 arrebató la ciudad de León a su competidor (3). Para no sucumbir por completo, este último, que se había refugiado en las inmediaciones de Astorga, vióse obligado a implorar la ayuda de Almanzor, reconociéndole como soberano (4). Murió poco después—26 de junio del 984—(5). Su madre pretendió reinar en su lugar, apoyándose en los musulmanes (6); pero bien pronto se vió privada de sus auxilios. Bermudo había comprendido que si no se humillaba a dar el mismo paso que Ramiro, no conseguiría dominar a los grandes, que se negaban a reconocerle. Dirigióse, por lo tanto,

(1) Aben-Jaldun, en mis *Investigaciones*, t. I, p. 106.
(2) Sampiro, c. 29; *Chron. Iriense*, c. 12.
(3) Véase mis *Investigaciones*, t. I, p. 196.
(4) Aben-Jaldun, en mis *Investigaciones*, t. I, p. 107.
(5) Véase mis *Investigaciones*, t. I, pp. 195-197.
(6) Aben-Jaldun, en mis *Investigaciones*, t. I, p. 107.

a Almanzor, y las promesas que le hizo debieron ser más brillantes que las de su adversario, cuando Almanzor se decidió por él y puso a su disposición un gran ejército musulmán. Gracias a este socorro, Bermudo consiguió someter a su autoridad todo el reino; pero también desde entonces un lugarteniente de Almanzor y gran parte de las tropas musulmanas permanecieron en el país, tanto para vigilar como para ayudarle (1).

Habiendo convertido así al reino de León en una provincia tributaria, resolvió Almanzor volver sus armas contra Cataluña. Como este país era un feudo del rey de Francia, los califas le habían respetado hasta estonces por temor de que si le atacaban tendrían que combatir también con los franceses. Pero Almanzor no participaba de estos temores; sabía que Francia era presa de la anarquía feudal y que los condes catalanes no tenían que esperar ningún socorro por esta parte (2). Por lo tanto, reuniendo gran número de tropas, partió de Córdoba el 5 de mayo del 985 (3), llevando consigo unos cuarenta poetas asalariados, que debían cantar sus victorias (4). Pasando por Elvira, Baza y Lorca, llegó

(1) *Chron. Iriense,* c. 12; Aben-Jaldun, en mis *Investigaciones,* t. I, p. 107.

(2) Véase Aben-Jaldun, en mis *Investigaciones,* t. I, página 124.

(3) "El martes, doce días pasados de Du-'l-hicha, en el año 374, que corresponde al 5 de mayo." Ben-abi-'l-Fayad, *apud* Ben-al-Abar, p. 252. En el año 985, el 5 de mayo caía, efectivamente, en martes.

(4) Ben-al-Jatib, en su artículo sobre Almanzor—man. G., folio 181 r.—, consigna la lista de estos poetas.

a Murcia, donde se alojó en casa de Aben-Jatab. Era éste un simple particular, que no desempeñaba ningún cargo público; pero sus propiedades eran inmensas, y sus rentas, enormes. Cliente de los ommíadas, era, probablemente, de origen visigodo, y quizá descendía de Teodomiro, que en tiempo de la conquista había concertado con los musulmanes una capitulación tan ventajosa que él y su hijo Atanagildo reinaron como príncipes casi independientes en la provincia de Murcia (1). Sea lo que fuere, Aben-Jatab era tan generoso como rico. Durante trece días consecutivos (2), sufragó los gastos no sólo de Almanzor y de su comitiva, sino de todo el ejército, desde los visires hasta el último soldado. Cuidó de que la mesa del ministro estuviera siempre suntuosamente servida; jamás le presentó por segunda vez manjares que ya hubiese comido ni vajilla que ya hubiera usado, llevando su prodigalidad hasta ofrecerle un baño preparado con agua de rosas. Por acostumbrado que estuviese al lujo, Almanzor quedó estupefacto del que desplegaba su huésped. Así que no escatimaba los elogios, y queriendo darle una prueba de su reconocimiento, le eximió de una parte de la contribución territorial, ordenando, además, a los

(1) En tiempo de Ben-al-Abar, o sea en el siglo XIII, los Beni-Jatab se suponían árabes; pero sus antepasados del siglo X no pensaban siquiera en atribuirse semejante origen.

(2) Ben-abi-'l-Fayad dice: "Durante veintitrés días." Yo me he atenido a la opinión de Ben-Hayan.

magistrados encargados de la administración de la provincia que le guardaran las mayores consideraciones y se conformasen en todo lo posible con sus deseos (1).

Después de abandonar Murcia, Almanzor continuó su marcha hacia Cataluña, y, habiendo vencido al conde Borrell (2), llegó el miércoles 1 de julio ante la ciudad de Barcelona, y al lunes siguiente la tomó por asalto (3). La mayoría de los soldados y de los habitantes fueron pasados a cuchillo; los demás, reducidos a la esclavitud, y la ciudad, incendiada y saqueada (4).

Apenas volvió de esta campaña, la vigésimatercia que había emprendido (5), Almanzor, siempre infatigable, siempre ávido de nuevas conquistas, fijó su atención en Mauritania.

Durante muchos años este país había estado en poder de Bologuin, virrey de Ifrikia; pero en los

---

(1) Ben-al-Abar, pp. 251-253.

(2) Ben-al-Jatib, man. G., fol. 180 v.

(3) Según Ben-al-Jatib, Barcelona fué tomada "el lunes, en mitad de Safar del año 375". Este día corresponde al 6 de julio del 985. Los documentos árabes no dejan duda alguna respecto al año de la toma de Barcelona, y están completamente de acuerdo con los documentos latinos citados por M. Bofarull. Este sabio, que pretende que la toma de Barcelona se verificó un año después, no se ha dado cuenta de que su opinión está rebatida por los mismos documentos en que trata de apoyarla. La fecha *Kalendarum Julii feria quarta*, en que dos documentos fijan el comienzo del sitio, es enteramente exacta en el año 985, pero no lo es en el año siguiente.

(4) Bofarull, *Condes de Barcelona*, t. I, pp. 163 y 164.

(5) Ben-al-Abar, p. 251. Almanzor había emprendido muchas campañas contra el conde de Castilla y el rey de Navarra, de las cuales no poseemos detalles.

últimos tiempos del reinado de este príncipe, y sobre todo después de su muerte, ocurrida en mayo del 984 (1), el partido ommíada había comenzado a levantar la cabeza. Así, muchas ciudades, como Fez y Sichilmesa, habían ya sacudido el yugo fatimita cuando reapareció en escena un príncipe africano, ya casi olvidado. Era el edrisita Aben-Kenun. En tiempo de Alhaquen II, este príncipe, como ya hemos referido, tuvo que rendirse a Galib, y, llevado a Córdoba, permaneció en esta ciudad hasta que Mosafi le envió a Túnez, después de haberle hecho comprometerse a no volver a Mauritania. Pero Aben-Kenun no tenía intención de cumplir su promesa. Habiéndose presentado en la corte del califa fatimita, asedió a este príncipe durante diez años, suplicándole que le restableciera. Habiendo obtenido al fin tropa y dinero, había vuelto a su país natal, y como había comprado el apoyo de muchos jefes berberiscos, estaba ahora en camino de enseñorearse de él. Esto es lo que Almanzor quería impedir, para lo cual tomó las medidas necesarias. Envió a Mauritania numerosas tropas, al mando de su primo hermano Askelecha (2). La guerra no fué de larga duración: demasiado débil para resistir a sus enemigos, rindióse Aben-Kenun después de haber

(1) Ben-Adari, t. I, p. 248.

(2) Los autores que afirman que Almanzor aun envió al Africa otro cuerpo de ejército mandado por su hijo Abdalmelic—Modafar—, han confundido esta expedición con otra—la dirigida contra Ziri—, de que hablaremos más adelante. En la época de que se trata, Abdalmelic no contaba aún más que doce años—cf. Nouairi, p. 473—.

obtenido de Askelecha la promesa de que sería respetada su vida y de que podría habitar en Córdoba, como antes.

Tal promesa, hecha a un hombre tan ambicioso y tan pérfido, era seguramente una imprudencia, y cabe preguntar si Askelecha estaba autorizado para hacerla. Los cronistas árabes nos dejan en dudas sobre este particular; pero la conducta de Almanzor nos induce a creer que Askelecha se había extralimitado en sus poderes. El ministro declaró que era nulo el tratado, y haciendo traer a Aben-Kenun a España, le mandó decapitar de noche, en el camino de Algeciras a Córdoba—septiembre u octubre del 985—.

Aunque Aben-Kenun había sido un cruel tirano, que sentía feroz placer al precipitar a sus prisioneros desde lo alto de la Roca de las Aguilas, sin embargo, el modo de darle muerte excitó en favor suyo una simpatía que parece haber sido bastante general. Unase a esto que era un jerife, un descendiente del yerno del profeta. Atentar contra la vida de tal hombre era un sacrilegio a los ojos de las masas ignorantes y supersticiosas. Aun los rudos soldados que, obedeciendo a las órdenes recibidas, le habían dado muerte, pensaban así, y una tormenta que estalló de pronto, derribándolos en tierra, les pareció un milagro, un castigo del cielo. Unos decían que Almanzor había cometido una acción impía; otros, una perfidia, porque debía haber respetado como suya la palabra dada por su lugarteniente. Esto se repetía

en voz alta, a pesar del temor que inspiraba el ministro, y el descontento se exteriorizó de una manera tan evidente que Almanzor no podía engañarse sobre la disposición de los ánimos, y comenzó a alarmarse seriamente. Júzguese cuál sería su cólera cuando supo que Askelecha era el más indignado, y que hasta delante de sus tropas se había atrevido a llamar pérfido a su primo. Semejante audacia exigía un castigo ejemplar. Así que Almanzor se apresuró a enviar a su primo la orden de venir inmediatamente a España, le encausó y, habiendo hecho condenarle como reo de malversación y de alta traición, le mandó matar—octubre o noviembre del 985— (1).

Entonces se redoblaron los clamores, compadeciéndose no sólo de la suerte del desdichado jerife, sino de la de Askelecha, y se preguntaban si no había dado nuevamente Almanzor una prueba de su atroz política y de su menosprecio por todos los vínculos, incluso los de la sangre, haciendo decapitar a su primo. Los parientes de Aben-Kenun, defraudados en las esperanzas de que este príncipe parecía estar a punto de conquistar toda Mauritania, fomentaban el descontento cuanto podían. Enterado de sus manejos, Almanzor los desterró a todos. Entonces abandonaron España y Mauritania; pero, antes de partir, uno de ellos, Ibrahim-ben-Edris, lanzó todavía un dardo contra

---

(1) *Cartás*, pp. 58 y 59; Aben-Jaldun, *Historia de los bereberes*, t. III, pp. 219 y 237; Ben-Adari, t. II, p. 301; Ben-al-Abar, p. 154.

el ministro, componiendo un largo poema, que estuvo muy en boga, y en el que figuran estos versos:

"¡El destierro, he aquí mi triste suerte! La desgracia me persigue sin cesar; es mi acreedor; el mismo día que expira el plazo, se me presenta...

"Lo que veo llegar me llena de estupor; nuestro infortunio es inmenso y casi imposible de remediar. Apenas puedo dar crédito a mis ojos, y casi estoy tentado a decir que me engaño. ¡Qué! Existe todavía la familia Omeya y, sin embargo, un jorobado (1) gobierna este vasto imperio. He ahí soldados que marchan en torno de un palanquín, donde va un mono rojo. ¡Hijos de los ommíadas!, vosotros que brillabais antes cual estrellas en medio de la noche, ¿cómo es que ahora ya no se os ve? Antes erais leones; pero habéis dejado de serlo, y así este zorro se ha hecho dueño del poder" (2).

Zorro o no—como se ve—, el apodo que antes encontramos en una poesía de Mosafi se había generalizado. Almanzor estaba persuadido de la necesidad de hacer algo que le rehabilitase ante la opinión. Resolvió, por consiguiente, ampliar la mezquita, demasiado pequeña para contener a los habitantes de la capital y a los innumerables soldados, venidos de Africa. Debía comenzarse por

---

(1) Esto era una calumnia, según los testimonios más imparciales, pues Almanzor era un hombre muy hermoso.

(2) Ben-Adari, t. II, pp. 301 y 302; Ben-al-Abar, p. 119; Macari, t. I, p. 389.

expropiar las casas que ocupaban el terreno sobre el cual se iba a construir, y era una medida que, para que no resultase odiosa, requería mucho tacto y delicadeza; pero Almanzor tenía para estas cosas una habilidad admirable. Mandó llamar a su presencia a cada propietario, lo que era un gran honor, y le dijo: "Amigo mío, tengo el propósito de ensanchar la mezquita, santo lugar en que dirigimos las oraciones al cielo, y quisiera comprar tu casa en bien de la comunidad musulmana y a expensas del tesoro, que está bien provisto gracias a las riquezas que he arrebatado a los infieles; dime lo que exiges por ella; no te quedes corto; dime francamente lo que quieres." Y cuando su interlocutor indicaba una suma, que creía exorbitante, exclamaba el ministro: "¡Eso es muy poco! Verdaderamente tienes una prudencia exagerada. Toma, yo te doy ahora tanto." No sólo le ponía el dinero en la mano, sino que mandaba que le comprasen otra morada. Tropezó, sin embargo, con una señora que rehusó largo tiempo cederle la suya. Tenía en su jardín una hermosa palmera, con la cual estaba encaprichada, y cuando al fin consintió en deshacerse de su inmueble, impuso la condición de que le compraran otra casa que tuviese también una palmera en el jardín. Esto era difícil de encontrar; pero cuando el ministro se informó de la petición de la dama, exclamó: "Pues bien: compraremos lo que desea, aunque tuviésemos que vaciar para ello las arcas del Estado." Después de inútiles pesquisas, encontróse al fin la

casa apetecida, y fué comprada en un precio excesivo.

Tanta generosidad produjo sus frutos. Por quejas que se tuvieran contra el ministro, no se podía negar que hacía las cosas grande y noblemente, y, por otra parte, los devotos se vieron obligados a confesar que la ampliación de la mezquita era una obra meritoria en alto grado. Y todavía subió de punto cuando, al comenzar los trabajos, se vió sacar los escombros a una turba de cristianos prisioneros, con grillos en los pies. Díjose entonces que jamás había brillado tanto el islamismo y que nunca los infieles se habían visto humillados hasta tal extremo. Y luego se vió al propio Almanzor, al señor omnipotente, al primer general del siglo, manejar, en servicio de Dios, el azadón, la llana y la sierra, como si hubiera sido un simple obrero. Ante semejante espectáculo, enmudecieron todos los odios (1). Aun se trabajaba en la mezquita cuando se reanudó la guerra contra León. Las tropas musulmanas que habían permanecido en este reino le trataban como país conquistado, y cuando Bermudo II se quejaba a Almanzor, sólo recibía respuestas altaneras y desdeñosas. Perdió al fin la paciencia, y tomando una resolución atrevida, echó a los musulmanes (2). Almanzor se vió, pues, obligado a demostrarle de nuevo la superioridad de sus ar-

---

(1) Macari, t. I, pp. 359 y 360, l. III, XX y sigs.; Ben-Adari, t. II, pp. 307 y sigs.

(2) Aben-Jaldun, en mis *Investigaciones*, t. I, p. 107.

mas, y en el fondo no le disgustó esta nueva guerra, porque los habitantes de la capital, en vez de hablar de cosas que a su parecer no les concernían, podrían ocuparse de nuevo en sus batallas, sus victorias y sus conquistas. Y tuvo buen cuidado de proporcionarles materia para su conversación. Apoderándose de Coimbra en junio del 987, arrasó la ciudad, hasta tal punto que, durante siete años, permaneció desierta (1). Al año siguiente pasó el Duero, y el ejército musulmán irrumpió como un torrente en el reino de León, exterminando y destruyendo cuanto encontraba al paso. Ciudades, castillos, conventos, iglesias, aldeas, caseríos, nada fué perdonado (2). Bermudo se encerró en Zamora (3), probablemente porque creía que esta ciudad sería atacada la primera; pero Almanzor la dejó a un lado y marchó directamente contra León. Ya había estado una vez a punto de apoderarse de esta ciudad; pero, gracias a su ciudadela, a sus fuertes torres, a sus cuatro puertas de mármol y a sus murallas romanas, de más de veinte pies de espesor, estaba muy bien fortificada y resistió durante largo tiempo los ataques de los enemigos. Estos lograron al fin abrir una brecha cerca de la puerta occidental, cuando el gobernador de la plaza, el conde

---

(1) *Chron. Conimbricense,* I y IV.

(2) Véase la carta de la abadesa Flora, *Esp. Sagr.,* tomo XXXVI, núm. 14, y la que cita Risco, *Historia de León,* tomo I, p. 228.

(3) Aben-Jaldun, en mis *Investigaciones,* t. I, p. 107.

gallego Gonzalvo González, se hallaba postrado en el lecho a consecuencia de una grave enfermedad. El peligro era extremo; así que el conde, aun tan enfermo como estaba, se hizo ceñir su armadura y transportar en litera a la brecha. Con su presencia y sus palabras reanimó el abatido valor de sus soldados, que durante tres días consiguieron rechazar aún al enemigo; pero al cuarto, los musulmanes penetraron en la población por la puerta meridional. Entonces comenzó una horrible carnicería. El mismo conde, cuyo heroísmo debía inspirar respeto, fué muerto en su litera. Después de matar, destruyeron. No dejaron piedra sobre piedra; las puertas, las torres, las murallas, la ciudadela, las casas, todo fué demolido hasta los cimientos. No quedó en pie más que una sola torre, próxima a la puerta septentrional y casi de la misma altura que las otras. Almanzor había ordenado respetarla; quería mostrar a las futuras generaciones cuán fuerte había sido aquella ciudad que él había hecho desaparecer de la faz de la tierra (1).

Los musulmanes retrocedieron en seguida hacia Zamora, y después de incendiar los soberbios monasterios de San Pedro de Eslonza y de Sahagún, que se hallaban en el camino (2), fueron a poner

---

(1) Lucas de Túy, p. 87. Compárese, en lo relativo a la fecha y al nombre del gobernador, con mis *Investigaciones*, tomo I, pp. 198-201.

(2) Carta latina, citada por Risco, *Historia de León*, tomo I, p. 228; *Esp. Sagr.*, t. XXXIV, p. 308.

sitio a aquella ciudad. Bermudo se mostró menos animoso que su lugarteniente de León. Huyó furtivamente, y cuando hubo partido, los habitantes rindieron la plaza a Almanzor, que la entregó al saqueo. Casi todos los condes le reconocieron entonces por soberano, y Bermudo no conservó más que los distritos del litoral (1).

De vuelta a Zahira, después de tan gloriosa campaña, Almanzor tuvo que ocuparse en cosas muy desagradables: descubrió que los nobles conspiraban contra él, y que su propio hijo Abdala, joven de veintidós años, figuraba entre los conjurados.

Valiente y distinguido caballero, Abdala no era, sin embargo, amado de su padre. Este tenía razones para suponer que no era hijo suyo; pero el joven lo ignoraba, y como veía siempre preferido su hermano Abdalmelic, que contaba seis años menos que él, y al cual se creía muy superior en valor y en talento, estaba ya profundamente disgustado con su padre, cuando llegó a Zaragoza, residencia del virrey de la Frontera superior, Abderrahman Aben-Motarrif el Tochibita. El ambiente de esta corte le fué fatal. Su huésped era el jefe de una ilustre familia, en la cual había sido hereditario el virreinato durante un siglo, y como Almanzor había derribado sucesivamente a los hombres más poderosos del imperio, temía, con

(1) Aben-Jaldun, en mis *Investigaciones*, t. I, p. 108.

razón, que, siendo el último de los nobles que quedaba en pie, caería también, víctima de la ambición del ministro. Tenía, pues, intención de adelantarse, y sólo esperaba para sublevarse una ocasión propicia. Entonces creyó haberla hallado; el joven Abdala le pareció un instrumento muy a propósito para realizar sus designios. Fomentó su descontento y le inspiró poco a poco la idea de rebelarse contra su padre. Resolvieron, pues, alzarse en armas en cuanto las circunstancias se lo permitieran, conviniendo en que, si salían vencedores en la lucha, se repartirían España, de suerte que Abdala reinaría en el Sur y Abderrahman en el Norte. Muchos altos funcionarios, tanto civiles como militares, entraron en la conjuración, entre otros, el príncipe de la sangre Abdala, *Piedra Seca*, a la sazón gobernador de Toledo. Era un complot formidable, pero cuyas ramificaciones se extendían demasiado para que pudiera permanecer oculto mucho tiempo a la vigilancia del primer ministro. Rumores, vagos al principio, pero que tomaron consistencia poco a poco, llegaron a sus oídos, y en seguida tomó medidas eficaces para desbaratar los proyectos de sus adversarios. Hizo venir a su hijo, le inspiró una fingida confianza, colmándole de consideraciones y de pruebas de afecto; llamó también a Abdala *Piedra Seca* y le quitó el gobierno de Toledo; pero lo hizo con un pretexto muy plausible y de una manera cortés, de modo que al principio el príncipe no sospechó nada. Sin embargo, poco después Almanzor le des-

pojó de su título de visir y le prohibió abandonar su palacio.

Habiendo reducido así a la impotencia a dos de los principales conspiradores, el ministro salió a campaña para combatir a los castellanos, enviando a los generales de la Frontera la orden de reunirse con él. Abderrahman obedeció lo mismo que los demás. Entonces Almanzor excitó bajo cuerda a los soldados de Zaragoza para que formulasen quejas contra su general. Así lo hicieron, y habiéndole acusado de haber retenido sus soldadas, para apropiárselas, Almanzor le destituyó—8 de junio del 989—. Sin embargo, como no quería enemistarse con toda la familia de los Beni-Haxim, nombró para el gobierno de la Frontera superior a Yahya-Simecha, hijo de Abderrahman. Pocos días después hizo detener a este último, pero sin darle a entender que conocía el complot, pues mandó solamente que se procediera a una información sobre el uso que Abderrahman había hecho de las sumas que se le habían entregado para pagar las tropas.

Algún tiempo después, Abdala se reunió al ejército, cumpliendo la orden que había recibido. Almanzor intentó recuperar su cariño a fuerza de bondades; pero todos sus esfuerzos fracasaron. Abdala había resuelto romper definitivamente con su padre, y durante el sitio de San Esteban de Gormaz abandonó secretamente el campamento, acompañado tan sólo por seis de sus pajes, para buscar asilo cerca de Garci-Fernández, conde de

Castilla, que le prometió su protección y, a pesar de las amenazas de Almanzor, cumplió su palabra durante más de un año. Pero en este intervalo sufrió derrota sobre derrota; fué batido a campo raso; en agosto del 989 perdió a Osma, donde Almanzor puso una guarnición musulmana; en octubre fué conquistada Alcoba (1), y al fin se vió obligado a implorar la paz y a entregar a Abdala.

Una escolta castellana condujo el rebelde al campamento de su padre. Iba montado en una mula magníficamente enjaezada, que le había regalado el conde, y convencido de que su padre le había de perdonar, estaba tranquilo sobre su suerte. En el camino encontró un destacamento musulmán mandado por Sad, quien, después de besarle la mano, le dijo que no tenía nada que temer, pues su padre consideraba lo que había dicho como una ligereza que había que perdonar en un joven. Habló así mientras los castellanos estuvieron presentes; pero en cuanto se alejaron y llegó la cabalgata a orillas del Duero, Sad se quedó detrás y los soldados dijeron a Abdala que echase pie a tierra y se dispusiera a morir. Por inesperadas que fuesen estas palabras, no conmovieron al valiente Amirita. Saltó prontamente de su mula, y con rostro sereno, sin pestañear, presentó la cabeza al golpe mortal—9 de septiembre del 990—.

---

(1) Compárese con los *Anales complutenses*, p. 311. En los *Anales toledanos*, p. 383, está equivocada la fecha.

Antes que él, había dejado de existir su cómplice Abderrahman, que, condenado por malversación, fué decapitado en Zahira. Abdala *Piedra Seca* consiguió evadirse y se puso bajo la protección de Bermudo (1).

Sin embargo, Almanzor no se contentó con haber deshecho esta trama. No había perdonado al conde de Castilla el apoyo que había prestado a Abdala y, en represalias, indujo a Sancho, hijo del conde, a rebelarse a su vez contra su padre. Apoyado por la mayoría de los nobles, Sancho tomó las armas en el año 994 (2), y entonces Almanzor, que también se había declarado por él, se apoderó de las fortalezas de San Esteban y de Clunia. Pero le urgía acabar esta guerra. Su comitiva, acostumbrada a pensar como él, o, al menos, a aparentarlo, participaba de su impaciencia, y el mejor modo de agradarle era decirle que, según todas las probabilidades, García sucumbiría muy pronto. El poeta Said le presentó un día un ciervo atado con una cuerda, y le recitó un poema, bastante mediocre, en que figuran estos versos:

"El esclavo que has arrancado de la miseria y colmado de beneficios, te trae este ciervo. Le he puesto el nombre de García, y te le traigo con una

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 303-306; Ben-al-Abar, en mis *Investigaciones*, t. I, p. 279, de la primera edición; Aben-Jaldún, en la misma obra, t. I, p. 108, de la segunda edición.
(2) Véanse mis *Investigaciones*, t. I, pp. 24-27, de la primera edición.

cuerda al cuello, esperando que mi pronóstico resultará verdadero."

Por una singular casualidad, así fué: herido de un bote de lanza, García había caído prisionero a orillas del Duero, entre Langa y Alcocer, el mismo día en que el poeta había presentado el ciervo a su señor—lunes 25 de mayo de 995—. Cinco días después, expiraba el conde a consecuencia de la herida, y, desde entonces, la autoridad de Sancho no fué desacatada; pero se vió obligado a pagar a los musulmanes un tributo anual (1).

En el otoño del mismo año, Almanzor marchó contra Bermudo para castigarle por haber dado asilo a otro conspirador. Este rey se hallaba en una situación deplorable, pues había perdido hasta la sombra de autoridad. Los señores se apropiaban sus tierras, sus siervos, sus ganados; los sorteaban, y cuando se los reclamaba, se burlaban de él. Simples hidalgos a quienes había confiado la defensa de un castillo, se rebelaban (2). A veces, le hacían pasar por muerto (3), y, en verdad, importaba poco que lo estuviese o no. Gran auda-

---

(1) Abd-al-uahid, pp. 24 y 25; Abulfeda, t. II, p. 534; Macari, t. II, p. 57; Aben-Jaldun, en mis *Investigaciones*, tomo I, p. 108; *Chron. Burg.*, p. 309; *Ann. Complut.*, p. 313; *Ann. Compost.*, p. 320; *Ann. Toled.*, I, p. 384. En las crónicas que dicen: *VIII Kal. Ianuarii.*, hay que leer *Iunii* en vez de *Ianuarii*.

(2) Carta del año 993, *Esp. Sagr.*, t. XIX, pp. 382 y siguientes, y del año 1000, *ibid*, t. XXXVI, núm. IV.

(3) Carta del año 990, analizada en la *Esp. Sagr.*, t. XIX, páginas 382 y sigs.

cia había sido la suya cuando se atrevió a desafiar a Almanzor. ¿Qué podía contra tan formidable caudillo? Nada absolutamente; así que se arrepintió bien pronto de su imprudencia. Habiendo perdido a Astorga (1), donde había establecido su capital después de la destrucción de León, aunque la abandonó prudentemente al aproximarse el enemigo, adoptó el partido más sensato: demandó la paz, y la obtuvo, a condición de entregar a Abdala *Piedra Seca* y de pagar un tributo anual (2).

Después de haber arrebatado la capital de su territorio a los Gómez, condes de Carrión (3), que, según parece, habían desacatado su autoridad, retiróse Almanzor, llevando consigo al desventurado Abdala, que le había sido entregado en el mes de noviembre (4). Como era de esperar, castigó cruelmente a este príncipe. Cargado de cadenas le hizo montar sobre un camello, y ordenó que le pasearan ignominiosamente por las calles de la capital, mientras un heraldo que marchaba delante gritaba: "¡He aquí a Abdala, hijo de Abdalaziz, que ha abandonado a los musulmanes para hacer causa común con los enemigos de la religión!" Cuando escuchó estas palabras por primera vez, el príncipe se indignó tanto que exclamó: "¡Mientes! Di más bien: He aquí un hom-

(1) Véanse mis *Investigaciones*, t. I, pp. 108 y 109.
(2) Aben-Jaldun, en mis *Investigaciones*, t. I, p. 108.
(3) Aben-Jaldun, *ibid*, p. 110.
(4) Ben-al-Abar, p. 113.

bre que ha huído impulsado por el temor; ha ambicionado el imperio, pero no es ni un politeísta ni un apóstata" (1). Pero no tenía fuerza moral, ni había comprendido que antes de conspirar es preciso armarse de valor. Reducido a prisión y temiendo ser conducido pronto al cadalso, *mostró* una cobardía indigna de su alto nacimiento, y que contrastaba singularmente con la firmeza de que había dado pruebas su cómplice, el hijo de Almanzor. En los versos que enviaba de continuo al ministro, confesaba que había hecho mal al huir, intentaba apaciguar su cólera a fuerza de adulaciones y le llamaba el más generoso de los hombres. "Nunca—decía—un desgraciado imploró en vano tu piedad; tus bondades y tus beneficios son innumerables, como las gotas de lluvia." Esta bajeza no le sirvió de nada. Almanzor le perdonó la vida porque le despreciaba demasiado para darle muerte; pero le dejó en la cárcel, y Abdala no recobró su libertad sino después de la muerte del ministro (2).

XI

Reinando de hecho hacía veinte años, Almanzor quería también reinar de derecho. Preciso era estar ciego para no conocerlo, pues se le veía mar-

---

(1) Ben-al-Abar, en mis *Investigaciones*, t. I, p. 280, de la primera edición.

(2) Ben-al-Abar, pp. 113 y 114, y en mis *Investigaciones*, tomo I, p. 279, de la primera edición.

char hacia su fin lenta, prudentemente, con paso mesurado, pero con una tenacidad que saltaba a la vista. En abril del 991 presentó la dimisión de su título de *hachib,* o primer ministro, a favor de su hijo Abdalmelic, que apenas contaba diez y ocho años, y se hizo llamar desde entonces Almanzor a secas (1). Al año siguiente ordenó que se pusiera en los documentos de la cancillería su propio sello, en vez del de el califa, y adoptó el sobrenombre de Monayad, que llevaba también el califa (2). En el año 996 declaró que el título de *Seyid*—señor—sólo debía dársele a él, y tomó al mismo tiempo el título de *Melic carim*—noble rey— (3).

Por lo tanto, ya era rey, pero no era todavía califa. ¿Qué le impedía serlo? No era, ciertamente, Hixem II a quien temía. Aunque este príncipe estaba entonces en la flor de la edad, no había mostrado nunca la menor energía ni la menor intención de substraerse al yugo que le habían impuesto. Los príncipes de la sangre no eran más de temer. Almanzor había dado muerte a los más peligrosos, había desterrado a los que no lo eran tanto y reducido a los demás casi a la miseria (4). ¿Creía que el ejército se iba a oponer a sus designios? De ningún modo; compuesto en su mayoría de beneberes, de cristianos del Norte,

(1) Ben-Adari, t. II, p. 315.
(2) *Cartás,* p. 73.
(3) Ben-Adari, t. II, p. 316.
(4) Macari, t. I, p. 389.

de eslavos y de soldados que habían sido prisioneros en su infancia (1), en una palabra, de aventureros de todas clases, el ejército era suyo; hiciera lo que hiciera, le obedecería ciegamente. ¿Qué temía, pues?

Temía a la nación, que apenas conocía a Hixem II; en la misma capital, pocas personas habían llegado a verle, porque cuando salía de su dorada prisión para ir a alguna de sus casas de campo—lo que sucedía raras veces—, iba rodeado de las mujeres de su harén y, como ellas, enteramente cubierto con un gran albornoz, de modo que no podía distinguírsele de las damas; y las calles por donde debía pasar estaban guardadas por una hilera de soldados, según orden expresa del ministro (2). Y, sin embargo, le amaban. ¿No era hijo del bueno y virtuoso Alhaken II, nieto del glorioso Abderrahman III y, sobre todo, no era el monarca legítimo? La idea de la legitimidad había arraigado en todos los corazones, y era aún más vivaz entre el pueblo que entre los magnates. Estos, en su mayor parte de origen árabe, tal vez se habrían dejado convencer de que era útil y necesario un cambio de dinastía; pero el pueblo, que era de origen español, pensaba de otro modo. Como el sentimiento religioso, el amor a la dinastía formaba parte de su ser. Aunque Almanzor hubiese proporcionado al país una gloria y

(1) Macari, t. I, p. 393.
(2) Nouairi, p. 471.

una prosperidad hasta entonces desconocidas, el pueblo no le perdonaba haber convertido al califa en una especie de prisionero de Estado; se hallaba dispuesto a sublevarse en masa si el ministro intentaba sentarse en el trono. No lo ignoraba Almanzor; de aquí su vacilación y su prudencia; pero creía que la opinión pública se iría modificando poco a poco; se lisonjeaba con la esperanza de que acabaría por olvidarse completamente al califa para no pensar más que en él, y entonces el cambio de dinastía podía realizarse sin sacudimientos.

Bien hizo en haber aplazado su gran proyecto. Pronto pudo persuadirse de que su alta posición no pendía más que de un hilo. A despecho de todas sus conquistas y de toda su gloria, una mujer logró casi derribarle.

Esta mujer era Aurora. Le había amado; pero la edad de los tiernos sentimientos había pasado para ambos; se habían enemistado y, como a menudo sucede, el amor había cedido el puesto en sus corazones, no a la indiferencia, sino al odio. Y Aurora no hacía nada a medias: abnegada en su amor, era implacable en sus resentimientos. Decidió hacer caer a Almanzor, y, para conseguirlo, puso en conmoción todo el harén, hombres y mujeres. Habló al califa, le dijo que el honor le ordenaba mostrarse hombre y romper al fin el yugo que un ministro tiránico se había atrevido a imponerle. Realizó un verdadero milagro: inspiró al más débil de los hombres una apariencia de vo-

luntad y energía. Almanzor lo experimentó bien pronto. El califa le trató primero con frialdad; después se enardeció hasta el punto de dirigirle censuras. Queriendo conjurar la tempestad, el ministro alejó del serrallo a muchas personas peligrosas; pero como no podía hacer salir a la que era el alma del complot, esta medida no sirvió sino para irritar aún más a su enemiga. Y la navarra era infatigable; demostró que tenía, como su antiguo amante, una voluntad de hierro. Sus emisarios propalaron por todas partes que el califa quería, por fin, ser libre reinando por sí mismo, y que, para librarse de su carcelero, contaba con la lealtad de sus fieles súbditos. Los emisarios de la sultana hasta pasaron el Estrecho, y en el mismo momento en que se formaban en Córdoba juntas sediciosas, el virrey de Mauritania, Ziri-ben-Atia, alzó estandarte de rebelión, declarando que no se podía consentir por más tiempo que el legítimo soberano estuviese cautivo de un ministro omnipotente.

Ziri era el único hombre a quien temía Almanzor, o, más bien, el único a quien temió en su vida: porque de ordinario despreciaba demasiado a sus enemigos para temerlos. Este jefe semibárbaro había conservado en los desiertos africanos el vigor, la espontaneidad y el orgullo de raza característicos de otra época, y Almanzor, a pesar suyo, había sufrido el ascendiente de aquel espíritu, a la vez impetuoso, penetrante y cáustico. Algunos años antes había recibido una visita suya

y le había prodigado pruebas de su estimación: le había conferido el título de visir con el sueldo inherente a esta dignidad, había hecho inscribir a todos los de su séquito en la nómina de las oficinas militares y, en fin, no le dejó marchar sino después de haberle indemnizado espléndidamente de sus regalos y de los gastos de viaje. Pero nada de esto había conmovido a Ziri. De regreso en la costa africana, se había puesto la mano en la cabeza, diciendo: "Sólo ahora sé que tú me perteneces todavía." Y habiéndole llamado uno de los suyos *señor visir*, exclamó: "¿Señor visir? Vete al diablo con tu señor visir. *Emir, hijo de emir*, éste es mi título. ¡Ah, bien avaro ha sido conmigo Ben-abi-Amir! En lugar de darme buenas monedas contantes y sonantes, me ha cargado con un título que me degrada. ¡Vive Dios, que no estaría ahora donde está si en España hubiera algo más que cobardes e imbéciles! Gracias al cielo, ya estoy de vuelta, y el proverbio que dice: "Vale más oír hablar del diablo, que verle", no miente (1)." Habiendo llegado estas palabras, que a otro le habrían costado la cabeza, a oídos de Almanzor, éste fingió no darles importancia, y, más adelante, hasta nombró a Ziri virrey de Mauritania. Le temía, quizá le odiaba; pero le creía sincero y leal. Los acontecimientos demostraron que se había engañado. Bajo una franca y ruda corteza, Ziri ocultaba mucha astucia y ambición.

---

(1) Aben-Jaldun, *Historia de los bereberes*, t. II, p. 41 del texto; *Cartás*, p. 65.

Dejóse tentar fácilmente por el dinero que le prometía Aurora y por el papel caballeresco que le asignaba. Iba a libertar a su soberano del yugo de Almanzor, a reserva tal vez de imponerle el suyo.

Aurora no ignoraba que era preciso empezar por pagarle, y gracias a su astucia de mujer supo proporcionarse dinero y hacerlo llegar a su aliado. El tesoro encerraba cerca de seis millones en oro y estaba en el palacio real. Ella tomó de allí ochenta mil monedas de oro y las metió en un centenar de cántaros. Encima vertió miel, ajenjo y otros licores usuales, y poniendo un rótulo a cada cántaro, encargó a algunos eslavos que los llevasen fuera de la ciudad a un sitio que ella determinó. La astucia tuvo éxito. El prefecto no concibió sospechas y dejó pasar a los eslavos con su carga; así que cuando Almanzor llegó a informarse de un modo o de otro de lo ocurrido, el dinero estaba ya camino de Mauritania. Almanzor se alarmó mucho. Tal vez se habría preocupado menos si hubiera tenido la seguridad de que Aurora había sustraído el dinero de su señor; pero todo le inducía a creer que había sido autorizada por el califa, y de ser así, era dificilísima la situación. Sin embargo, era forzoso adoptar un partido. Almanzor tomó el de reunir a los visires, a los magistrados, a los ulemas y a otros personajes notables de la corte y de la ciudad. Después de informar a la asamblea de que las damas del serrallo se permitían apo-

derarse de los fondos del erario público sin que lo impidiese el califa, completamente entregado a los ejercicios de devoción, les pidió autorización para trasladar el tesoro a un lugar más seguro. La obtuvo; pero no adelantó nada con esto, porque cuando sus empleados se presentaron en palacio para llevarse la caja, Aurora se opuso declarando que el califa había prohibido tocarla.

¿Qué hacer entonces? ¿Emplear la violencia? Pero habría que emplearla contra el mismo monarca, y si Almanzor se atrevía a esto, la capital se levantaría en un abrir y cerrar de ojos; estaba preparada, no esperaba más que una señal. La situación era, pues, muy peligrosa, pero no desesperada; para que lo fuera habría sido preciso primero que Ziri estuviese ya en España con su ejército, y después, que el califa fuese un hombre capaz de persistir en una resolución atrevida. Pero Ziri estaba todavía en Africa, y el califa tenía un espíritu voluble. Almanzor no se desanimó, por lo tanto. Arriesgando el todo por el todo, se procuró a espaldas de Aurora una entrevista con el monarca. Le habló, y gracias a ese ascendiente que los espíritus superiores ejercen sobre los almas débiles, volvió a sentirse rey a los pocos minutos de conversación. El califa le confesó que no era capaz de gobernar por sí mismo, y le autorizó a trasladar el tesoro. Pero el ministro quería todavía más. Dijo que, para quitar todo pretexto a los malintencionados, necesitaba una declaración escrita, una de-

claración solemne. El califa le prometió firmar cuanto quisiera, y entonces Almanzor hizo redactar inmediatamente un acta, en virtud de la cual Hixem le abandonaba, como antes, la dirección de los negocios. El califa la firmó en presencia de muchos nobles, que la firmaron también en calidad de testigos — febrero o marzo del 997—, y Almanzor tuvo buen cuidado de dar a tan importante documento la mayor publicidad posible.

Desde entonces ya no era de temer una rebelión en la capital. ¿Cómo iban a pretender librar a un cautivo que no quería la libertad? Sin embargo, el ministro comprendió que era preciso hacer algo para contentar al pueblo. Como gritaban de continuo que querían ver al monarca, resolvió enseñárselo. Hízole montar a caballo, e Hixem recorrió las calles con el cetro en la mano y tocado con el alto gorro que sólo los califas tenían derecho a llevar. Almanzor le acompañaba con toda la corte. Innumerable y compacta multitud se agolpó a su paso; mas ni por un momento se turbó el orden ni se oyó un grito sedicioso (1).

Aurora se declaró vencida. Humillada, agotada, destrozada, fué a buscar en la religión el

---

(1) Macari, t. II, p. 64; Ben-Adari, t. I, p. 262; Aben-Jaldun, *Historia de los bereberes*, t. III, pp. 243 y 244; *Cartás*, pp. 65 y 66; Ben-al-Abar, en mis *Investigaciones*, t. I, página 285, de la primera edición.

olvido del pasado y una compensación a la pérdida de sus esperanzas (1).

Quedaba Ziri, el cual se había hecho menos temible desde que no podía contar con el apoyo del califa ni con los recursos de Aurora; así que Almanzor no guardó ningún miramiento con él. Le declaró fuera de la ley y encargó a su liberto Uadi que fuese a combatirle al frente de un excelente ejército que puso a sus órdenes (2).

Habría podido creerse qre Almanzor no comenzaría ninguna otra guerra hasta que tuviese concluída la de Mauritania; pero no fué así. El ministro había concertado ya con los condes leoneses, que eran vasallos suyos, una gran expedición contra Bermudo, el cual, contando demasiado con lo que podía favorecerle la rebelión de Ziri, se había atrevido a negar el tributo, y aunque habían cambiado las circunstancias, no renunció a este proyecto. Tal vez quería mostrar a Ziri, a Bermudo, y a todos sus enemigos declarados o encubiertos, que era bastante poderoso para emprender dos guerras a la vez. Si tal era su intención, no había presumido demasiado de sus fuerzas, porque quiso el Destino que la campaña que iba a emprender—la de Santiago de Compostela—llegara a ser la más célebre de

(1) Véanse los últimos versos de la elegía de Aben-Darrach-Castali sobre la muerte de Aurora, *apud* Taalibi, Yetima, man. de Oxford. Seld. A. 19 y Marsh 99.

(2) Aben-Jaldun y *Cartás, ubi supra.*

todas las que sostuvo durante su larga carrera de conquistador.

A excepción de la Ciudad Eterna, no había en toda Europa un lugar tan renombrado por su santidad como Santiago de Galicia. Y, sin embargo, su fama no era antigua, pues sólo databa de tiempo de Carlomagno. En esta época se dice que muchas personas piadosas informaron a Teodomiro, obispo de Iria—hoy Padrón—de que habían visto durante la noche luces extrañas en un bosquecillo y escuchado una música deliciosa que no tenía nada de humana. Creyendo en seguida en la posibilidad de un milagro, el obispo se preparó a comprobarlo ayunando y orando durante tres días; después, habiéndose trasladado al bosquecillo, descubrió allí una tumba de mármol. Inspirado por la sabiduría divina, declaró que era la del apóstol Santiago, hijo del Zebedeo, el cual, según la tradición, había predicado el evangelio en España, y añadió que cuando este apóstol fué decapitado en Jerusalén por orden de Herodes, sus discípulos trajeron su cuerpo a Galicia, donde le sepultaron. En otro tiempo, tales asertos habrían podido ser discutidos; pero en aquella época de fe sencilla nadie tenía el atrevimiento de suscitar dudas irrespetuosas cuando hablaba el clero, y aun suponiendo que hubiera habido incrédulos, la autoridad del Papa León III, que declaró solemnemente que la tumba en cuestión era la de Santiago, habría cortado de raíz todas las objeciones. La opinión de Teodomiro fué, por

lo tanto, acatada, y todo el mundo en Galicia se regocijó de que su país poseyese los restos de un apóstol. Alfonso II quiso que el obispo de Iria residiese de allí en adelante en el paraje donde se había descubierto la tumba, y sobre este sepulcro hizo construir una iglesia. Más tarde, Alfonso III mandó edificar otra mayor y más hermosa, que bien pronto adquirió gran renombre, por los numerosos milagros que allí se operaban; de suerte que, a fines del siglo X, Santiago de Compostela era un lugar de peregrinación famosísimo, adonde acudían de todas partes, de Francia, de Italia, de Alemania y aun de los países más apartados de Oriente (1). También en Andalucía tenía todo el mundo noticia de Santiago y de su soberbia iglesia, que, para emplear la expresión de un autor árabe, era para los cristianos lo que la Caaba de la Meca para los musulmanes; pero no se conocía tan santo lugar más que por la fama; para haberlo visto era necesario haber estado cautivo en Galicia, porque ningún príncipe árabe había tenido intención de penetrar con un ejército en un país tan lejano y de tan difícil acceso. Lo que no había intentado nadie, Almanzor había resuelto realizarlo; quería demostrar que lo que era imposible para otros no lo era para él, y tenía la pretensión de destruir el santuario más venerado por los enemi-

(1) Véase Flórez, *Esp. Sagr.*, t. III y XIX, y compárese con Ben-Adarí, t. II, pp. 316, 317 y 318.

gos del islamismo, el santuario del apóstol, que, según los leoneses, había combatido muchas veces en sus filas.

El sábado 3 de julio del 997 partió de Córdoba al frente de la caballería. Dirigióse primero a Coria, después a Viseo (1), donde se le reunió gran número de condes sometidos a su autoridad; después a Oporto, donde le esperaba una flota que había salido de Casr-abi-Danis—hoy Alcacer de la Sal, en Portugal—. En esta flota iba la infantería, a la que el ministro había querido ahorrar tan larga marcha, y los barcos venían cargados, además, de armas y provisiones. Los bajeles, colocados en fila, sirvieron también de puente para que el ejército pasase el Duero.

Como el país comprendido entre este río y el Miño pertenecía a los condes aliados (2), los musulmanes pudieron atravesarle sin tener que vencer más obstáculos que los que el terreno les oponía. Entre éstos figuraba una montaña elevadísima y de difícil acceso; pero Almanzor hizo que abriesen un camino sus minadores (3).

Después de pasar el Miño se halló en país ene-

---

(1) El texto que seguimos pone aquí: *medina Galicia;* es decir, la *capital de Galicia.* La palabra *Galicia* tiene aquí un sentido muy restringido, pues designa la provincia portuguesa que lleva hoy el nombre de Beira. Esta provincia había constituído a menudo un reino aparte, cuya capital era Viseo. Véanse mis *Investigaciones,* t. I, pp. 163 y 164.

(2) Ben-Adari cita en esta provincia un distrito que llama Valadares. Este distrito figura también en una carta de 1158, publicada en la *Esp. Sagr.,* t. XXII, p. 275.

(3) Ben-Adari, t. II, pp. 316-318.

migo. Desde entonces era preciso estar siempre alerta, tanto más cuanto que los leoneses que formaban parte de las tropas no parecían muy bien dispuestos. Su conciencia, tanto tiempo aletargada, se despertó de pronto ante la idea de que iban a cometer un horrible sacrilegio, y tal vez habrían conseguido hacer fracasar la campaña si Almanzor, que sospechó sus proyectos, no los hubiera desbaratado cuando era tiempo todavía. He aquí lo que se refiere sobre este punto:

Era una noche fría y lluviosa, cuando Almanzor llamó a un jinete musulmán de toda su confianza. "Es preciso—le dijo—que vayas inmediatamente al desfiladero de Taliares (1); ponte allí de centinela y tráeme al primer individuo que veas." El jinete se puso inmediatamente en marcha, y una vez en el desfiladero, esperó toda la noche, maldiciendo el temporal, sin que viese aparecer alma viviente, y ya despuntaba la aurora cuando al fin vió llegar del lado del campamento a un viejo montado en un asno. Parecía un leñador, porque llevaba las herramientas propias de este oficio. El jinete le preguntó adónde iba. "Voy a cortar leña en el bosque", respondió el aludido.

El soldado no sabía qué hacer. ¿Sería aquel el hombre que tenía que llevar al general? Parecía poco probable; porque, ¿para qué podía querer a aquel pobre viejo que tenía que ganarse tan

(1) De una carta de Bermudo II publicada en la *España Sagrada*—t. XIX, p. 381—se deduce que este desfiladero se hallaba a orillas del Miño.

penosamente la vida? Así que el jinete le dejó seguir su camino; pero un instante después cambió de opinión. Almanzor le había dado órdenes terminantes, y era peligroso desobedecerle. El soldado picó espuelas a su caballo, alcanzó al viejo y le dijo: "Es forzoso que te conduzca ante mi señor, Almanzor." "¿Qué tendrá que decirle Almanzor a un hombre como yo—replicó el otro—. Déjame ganar el pan, te lo suplico." "No—repuso el jinete—, has de acompañarme, quieras o no." El leñador se vió obligado a obedecer, y juntos emprendieron el camino del campamento.

El ministro, que no se había acostado, no demostró la menor sorpresa a la vista del viejo, y dirigiéndose a sus servidores eslavos, "¡Registrad a ese hombre!"—dijo—. Los eslavos ejecutaron la orden, pero sin encontrar nada que pareciera sospechoso. "¡Registrad entonces el aparejo del burro"—continuó Almanzor—. Esta vez las sospechas no resultaron infundadas, porque hallaron en el aparejo una carta que los leoneses del ejército musulmán escribían a sus compatriotas dándoles aviso de que cierto lado del campamento estaba mal defendido, por lo que podrían atacarle con éxito. Descubiertos por este mensaje los nombres de los traidores, Almanzor les hizo cortar en el acto la cabeza, lo mismo que al supuesto leñador que les había servido de intermediario (1).

---

(1) Aben-Hayan, *apud* Ben-Adari, t. II, p. 312. Las palabras *ila babi'z-Zahira* parecen haber sido añadidas por Ben-Adari.

Tan enérgica medida produjo resultado. Intimidados por la severidad del general, los demás leoneses no se atrevieron a mantener inteligencias con el enemigo.

Reanudada la marcha, el ejército se precipitó como un torrente sobre la llanura. El monasterio de San Cosme (1) y San Damián fué saqueado, y tomada por asalto la fortaleza de San Payo. Como gran número de habitantes del país se habían refugiado en la mayor de las dos islas o, más bien, de las dos rocas, poco elevadas, que hay en la bahía de Vigo, los musulmanes, que habían descubierto un vado, pasaron a esta isla y despojaron a todos de cuanto habían llevado consigo. Cruzaron en seguida el Ulloa, saquearon y destruyeron a Iria—Padrón—, famoso lugar de peregrinaciones, lo mismo que Santiago de Compostela, y el 11 de agosto llegaron por fin a esta última ciudad. La encontraron despoblada, porque sus habitantes habían huído a la aproximación del enemigo. Tan sólo un monje anciano había permanecido junto al sepulcro del apóstol. "¿Qué haces ahí?"—le preguntó Almanzor—. "Rezar a Santiago"—respondió el viejo—. "Reza todo lo que quieras"—dijo entonces el ministro—, y prohibió que le hiciesen daño.

Almanzor puso guardia en la tumba, de modo que quedó al abrigo del furor de los soldados; pero

---

(1) Este convento, que se alzaba en la sierra, entre Bayona y Túy, recibió más tarde el nombre de San Colmado. Véase Sandoval, *Antigüedades de Túy*, p. 120.

toda la ciudad fué destruída, lo mismo las murallas y las casas que la iglesia, la cual—dice un autor árabe—"quedó arrasada hasta tal punto que nadie habría sospechado que existía la víspera". Los alrededores fueron devastados por las tropas ligeras, que llegaron hasta San Cosme de Mayanca, cerca de La Coruña.

Después de pasar una semana en Santiago, Almanzor ordenó la retirada y se dirigió a Lamego (1). Llegaron a esta ciudad y despidióse de los condes, aliados suyos, dándoles magníficos presentes, que consistían, sobre todo, en telas preciosas. También fué desde Lamego desde donde dirigió a la corte una detallada relación de su campaña, relación cuya substancia nos han conservado los autores árabes, tal vez con sus propias palabras (2). Hizo en seguida su entrada en Córdoba, acompañado de una turba de prisioneros cristianos que transportaban sobre sus espaldas las puertas de la ciudad de Santiago y las campanas de su iglesia. Las puertas fueron colocadas en el techo de la mezquita, que aun no estaba concluído (3), y las campanas, colgadas en el mismo edificio para que sirviesen de lámpa-

(1) *Malego*, en Ben-Adari. Los árabes trastrocaron así las letras de este nombre propio.

(2) Ben-Adari, t. II, pp. 318 y 319. Lo que se lee respecto a esta expedición en la *Historia Compostelana*—L. I, c. 2, párrafo 8—, es inexacto. Rodrigo Velázquez, que, según esta crónica, era uno de los aliados de Almanzor, había muerto diez y nueve años antes. Véase *Esp. Sagr.*, t. XIX, pp. 168 y 169. Sobre las relaciones de las crónicas latinas en general, pueden verse mis *Investigaciones*, t. I, pp. 217 y sigs.

(3) Aben-Jaldun, en mis *Investigaciones*, t. I, p. 109.

ras (1). ¿Quién habría dicho entonces que llegaría un día en que un rey cristiano las haría devolver a Galicia a hombros de cautivos musulmanes?

Las armas de Almanzor habían sido menos afortunadas en Mauritania. Cierto que Uadi había alcanzado algunas ventajas, apoderándose de Arcilla y Necur y sorprendiendo por la noche el campamento de Ziri, matándole mucha gente; pero pronto la fortuna le volvió la espalda, y vencido a su vez, se vió obligado a refugiarse en Tánger, desde donde escribió al ministro pidiéndole socorros. No tardó en recibirlos. En cuanto leyó la carta de su lugarteniente, ordenó Almanzor a gran número de cuerpos de ejército que se dirigiesen a Algeciras, y a fin de apresurar el embarque, él mismo fué a este puerto. Después, su hijo Abdalmelic-Modafar, a quien había confiado el mando de la expedición, cruzó el estrecho con un excelente ejército. Desembarcó en Ceuta, y la noticia de su llegada produjo un gran efecto, porque la mayoría de los príncipes berberiscos, que hasta entonces habían apoyado a Ziri, se apresuraron a alistarse bajo sus banderas. Unido con Uadi, se puso en marcha, y pronto hallaron el ejército de Ziri, que salía a su encuentro. La batalla, que tuvo lugar en el mes de octubre del 998, duró desde el amanecer hasta el anochecer, y fué

---

(1) Macari, t. II, p. 146; Rodrigo de Toledo, l. V, c. 16; Lucas de Túy, *in fine*.

extraordinariamente encarnizada. Hubo un momento en que los soldados de Mudafar comenzaron a temer una derrota; pero en aquel mismo instante Ziri recibió tres heridas, de un negro a cuyo hermano había matado, y que corrió en seguida a rienda suelta para dar esta noticia a Mudafar. Como el estandarte de Ziri estaba todavía izado, el príncipe trató al principio al tránsfuga de embustero; pero cuando supo la verdad cargó sobre el enemigo y lo derrotó completamente.

Desde entonces quedó aniquilado el poder de Ziri. Todos sus estados volvieron al dominio de los andaluces, y poco después, en el año 1001, murió a consecuencias de las heridas que el negro le había inferido y que se le habían vuelto a abrir (1).

XII

La carrera de Almanzor tocaba a su fin. En la primavera del año 1002 emprendió su última expedición. Siempre había deseado morir en campaña, y estaba tan convencido de que sus votos serían escuchados, que llevaba constantemente consigo la mortaja. Había sido cosida por sus hijas, y para comprarla no había empleado más dinero que el procedente de las tierras de su antiguo castillo de Torrox, porque la quería limpia

---

(1) Aben-Jaldun, *Historia de los bereberes*, t. III, pp. 244-248; *Cartás*, pp. 66 y 67.

de toda mancha, y, según su propia opinión, el dinero que le producían sus numerosos empleos no lo era. Conforme envejecía se iba volviendo más devoto, y como el Corán dice que Dios preservará del fuego eterno a aquellos cuyos pies se hayan cubierto de polvo en el camino de Dios —en la guerra santa—, adquirió la costumbre de mandar sacudir cuidadosamente cada vez que llegaba al campamento el polvo de sus trajes y guardarlo en una caja hecha ex profeso; quería que cuando muriese se le cubriera en la tumba con este polvo, por estar persuadido de que las fatigas soportadas en la guerra santa serían ante el tribunal supremo su mejor justificación (1).

Su última expedición fué contra Castilla, y tan afortunada como las precedentes. Penetró hasta Canales (2), y destruyó el convento de San Millán, patrón de Castilla, como había destruído cinco años antes el templo del patrón de Galicia.

Al volver comprendió que se agravaba su dolencia. Desconfiando de los médicos, que no estaban de acuerdo sobre la naturaleza de la enfermedad ni sobre el tratamiento que debía seguir, rehusó tenazmente los auxilios de la ciencia, y estaba plenamente convencido de que no se podía curar. No pudiendo tenerse a caballo, se hacía conducir en una litera. Sufría horriblemente. "Veinte mil soldados—decía—están alistados bajo mis banderas;

(1) Ben-Adari, t. II, p. 310.
(2) En la Rioja, nueve leguas al sur de Nájera.

pero no hay entre ellos ninguno tan miserable como yo."

De este modo, llevado a hombros durante catorce días, llegó, al fin, a Medinaceli. Un solo pensamiento dominaba su espíritu. Habiendo sido siempre disputada y vacilante su autoridad, a despecho de sus numerosas victorias y de su gran renombre, temía que después de su muerte estallase una revolución que arrebatara el poder a su familia. Atormentado sin cesar por esta idea que envenenaba sus últimos días, mandó venir a su hijo mayor, Abdalmelic, junto a su lecho, y le dió sus últimas instrucciones, recomendándole que confiara el mando del ejército a su hermano Abderrahman, y que él volviese sin demora a la capital, donde debería hacerse dueño del poder y estar dispuesto a reprimir inmediatamente cualquier tentativa de insurrección. Abdalmelic le prometió seguir sus consejos; pero era tal la inquietud de Almanzor, que volvía a llamar a su hijo cada vez que éste, creyendo que su padre había concluído de hablar, quería retirarse; el moribundo siempre temía haber olvidado algo, y encontraba un nuevo consejo que añadir a los anteriores. El joven lloraba; el padre le reprochaba su dolor como un signo de debilidad. Cuando hubo partido Abdalmelic, Almanzor, sintiéndose un poco aliviado, mandó venir a sus oficiales, que apenas le reconocieron: se había quedado tan pálido y delgado, que parecía un espectro, y había perdido casi completamente el uso de la palabra. Parte por gestos, parte por frases

entrecortadas, se despidió de ellos, y poco después, en la noche del 10 de agosto, exhaló su último suspiro (1). Fué enterrado en Medinaceli, grabándose sobre su tumba estos dos versos:

"Las huellas que ha dejado sobre la tierra te enseñarán su historia como si le vieras con tus propios ojos.

"¡Por Alá, que jamás los tiempos traerán otro semejante a él ni que como él defienda nuestras fronteras!" (2).

El epitafio que un monje cristiano le puso en su crónica no es menos característico. "En el año 1002—dice—murió Almanzor; fué sepultado en el infierno." (3). Estas sencillas palabras, arrancadas por el odio a un enemigo aterrado, son más elocuentes que los más pomposos elogios.

En efecto: jamás los cristianos del norte de la Península habían tenido que combatir a un adversario semejante. Almanzor había hecho contra ellos más de cincuenta campañas—ordinariamente dos cada año: una en primavera y otra en otoño—, de las cuales siempre había salido con gloria. Sin contar multitud de ciudades, entre ellas las tres capitales, León, Pamplona (4) y Barcelona, había destruído el santuario del patrón de Galicia y el del patrón de Castilla. "En este tiempo—dice un

---

(1) Macari, t. II, p. 65; Ben-al-Abar, p. 151; Ben-al-Jatib, artículo sobre Almanzor, man. G., fol. 181 v.
(2) Macari, t. I, p. 259.
(3) *Chron. Burgense*, p. 309.
(4) Carta de 1027, Llorente, t. III, p. 355.

cronista cristiano—(1), el culto divino quedó anulado en España. La gloria de los servidores de Cristo, completamente humillada; los tesoros de la Iglesia, acumulados durante siglos, fueron saqueados." Por eso los cristianos temblaban a su nombre. El espanto que les inspiraba le sacó muchas veces de los peligros en que su audacia le había precipitado, y hasta cuando, por decirlo así, le tenían en su poder, no se atrevían a aprovecharse de sus ventajas. Una vez, por ejemplo, se había internado en país enemigo, después de atravesar un desfiladero encerrado entre dos altas montañas. Mientras sus tropas saqueaban y destruían a diestro y siniestro, los cristianos no se atrevieron a intentar nada contra ellos; pero, al retroceder, Almanzor encontró que los enemigos se habían apoderado del desfiladero. Como no había modo de forzarlo, la situación de los musulmanes era peligrosa; pero su general adoptó inmediatamente una resolución atrevida. Habiendo buscado y encontrado un lugar conveniente, hizo construir en él barracas y chozas, mandó cortar la cabeza a muchos cautivos y amontonar los cadáveres a guisa de murallas. Después, como su caballería recorriese el país sin encontrar víveres, reunió instrumentos de labranza e indujo a sus soldados a cultivar la tierra. Los enemigos se inquietaron mucho con estos preparativos, que parecían indicar que los musulmanes no abandonarían ya su país,

(1) Mon. Sil, c. 72.

y les ofrecieron la paz, a condición de que les entregaran el botín. Almanzor rechazó esta oferta. "Mis soldados—respondió—quieren quedarse donde están porque piensan que apenas tendrían tiempo de volver a sus hogares, puesto que la próxima campaña debe comenzar dentro de poco." Después de algunas negociaciones, los cristianos consintieron en que Almanzor se llevase el botín, comprometiéndose, además—tan grande era el miedo que les inspiraba—, a prestarle sus caballerías para transportarlo, a proporcionarle víveres hasta que llegase a la frontera musulmana y a quitar ellos mismos los cadáveres que obstruían el camino (1).

En otra campaña, un abanderado, en el momento de la retirada, olvidó el estandarte, que quedó clavado en tierra en la cima de una montaña próxima a una ciudad cristiana. El estandarte permaneció allí muchos días, sin que los cristianos se atreviesen a ir a ver si los musulmanes se habían retirado o no (2).

Refiérese que un mensajero de Almanzor, que había ido a la corte de García de Navarra, donde fué colmado de honores, encontró en un templo a una vieja musulmana, la cual le dijo que, habiendo sido hecha prisionera en su juventud, estaba desde entonces de esclava de esta iglesia, y que le suplicaba llamase sobre ella la atención de

(1) Macari, t. I, p. 392. Compárese con Rodrigo de Toledo, *Historia de los árabes*, c. 31.
(2) Macari, t. I, p. 392.

Almanzor. Prometióselo él, volvió cerca del ministro y le dió cuenta de su misión. Cuando hubo acabado de hablar, Almanzor le preguntó si no había visto en Navarra nada que le hubiese disgustado. El mensajero le habló entonces de la esclava sarracena. "¡Vive Dios!—exclamó Almanzor—. Por ahí debías haber comenzado." Y, saliendo en seguida a campaña, dirigióse a la frontera de Navarra. Sumamente asustado, García le escribió inmediatamente para preguntarle qué falta había cometido, pues su conciencia no le acusaba de haber hecho nada que pudiese provocar su cólera. "¡Qué!—dijo entonces el ministro a los mensajeros que le llevaron esta carta—, ¿no me había jurado que no quedaba en su país ningún prisionero musulmán, de uno ni de otro sexo? Pues bien, ha mentido; he adquirido la certidumbre de que hay todavía una musulmana en tal iglesia, y no abandonaré Navarra hasta que me la haya entregado." Al recibir esta respuesta, García se apresuró a enviar al ministro la mujer que reclamaba, así como otras dos que había descubierto a fuerza de pesquisas. Al mismo tiempo le juró que nunca había visto a estas mujeres, ni aun oído hablar de ellas, añadiendo que ya había mandado destruir la iglesia de que Almanzor le hubo hablado (1). Lo mismo que el terror de sus enemigos, era Almanzor el ídolo de sus soldados, pues para ellos era un padre que se preocupaba

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 320 y 321.

con constante solicitud de todas sus necesidades, aunque mostraba una serenidad excesiva en todo lo concerniente a la disciplina militar. Un día que pasaba revista a las tropas, vió brillar extemporáneamente una espada al extremo de una línea. Inmediatamente mandó comparecer al culpable. "¡Qué!—le dijo con los ojos centelleantes de cólera—, ¿te atreves a sacar la espada sin que se te haya mandado?" "Quería enseñársela a mi camarada—balbució el soldado—; no tenía intención de desenvainarla; se ha salido por casualidad..." "¡Vanas excusas!", dijo Almanzor; después, dirigiéndose a su escolta, prosiguió: "¡Que corten la cabeza a ese hombre con su propia espada y que la paseen a través de las filas a fin de que todos aprendan a respetar la disciplina!" Tales ejemplos difundían entre sus soldados un terror saludable; así que, durante las revistas, guardaban un silencio solemne. "Hasta los caballos—dice un autor árabe—parece que comprendían su deber: era muy raro que se les oyera relinchar" (1).

Gracias a este ejército, que había creado y habituado a la obediencia, Almanzor había dado a la España musulmana un poder que nunca había tenido, ni aun en tiempo de Abderrahman III. Pero éste no era su único mérito; su patria le debe otros beneficios, y la civilización, también. Amaba y alentaba la cultura, y aunque obligado por consideraciones políticas a no tolerar a los filósofos,

---

(1) Macari, t. I, p. 274.

se complacía en protegerlos cuanto podía, sin herir la susceptibilidad del clero. Ocurrió, por ejemplo, que cierto Aben-as-Sombosi fué detenido y encarcelado como sospechoso de incredulidad. Habiendo atestiguado muchas personas contra él, los faquíes declararon que merecía la última pena, sentencia que estaba a punto de ser ejecutada, cuando un faquí muy considerado, Aben-al-Macua, que se había negado largo tiempo a formar parte de la asamblea, llegó a toda prisa. A fuerza de sofismas muy extraños, pero que hacen honor, si no a su lógica, al menos a su buen corazón, consiguió que el tribunal revocase la sentencia que condenaba al acusado, a pesar de la vehemente oposición del cadí que presidía el tribunal. Desde entonces, la cólera del ministro se volvió contra este último. Satisfecho de hallar por fin ocasión de poner freno al feroz fanatismo de los mogigatos, dijo: "Debemos sostener la religión, y todos los verdaderos creyentes tienen derecho a que los protejamos. Aben-as-Sombosi pertenece a este número; así lo ha declarado el tribunal. Sin embargo, el cadí ha hecho esfuerzos inauditos para condenarle; es, por lo tanto, un hombre sanguinario, y no podemos dejar vivir a semejante hombre." Esto no era más que una amenaza; el cadí pagó con algunos días de cárcel; pero es de presumir que en lo sucesivo fué algo menos riguroso con los pobres pensadores que se atrevían a emanciparse de los dogmas admitidos (1).

---

(1) Véase mis *Investigaciones*, t. II, pp. 257-260.

Los literatos hallaban en Almanzor la acogida más honrosa. Tenía en su corte multitud de poetas pensionados, que a veces le acompañaban en sus campañas. Entre ellos, Said de Bagdad era, si no el más ilustre, al menos el más notable y divertido. No puede negarse—aunque los andaluces, siempre extremadamente celosos de los extranjeros, se complazcan en desmentirlo—, no puede negarse que fuera un poeta de talento, un buen novelista, un hábil improvisador; pero al mismo tiempo era el hombre menos respetuoso de la verdad, el impostor más atrevido que puede imaginarse. Una vez lanzado nada le detenía; inventaba tantas cosas, que era un prodigio. Cuando se le pedía que explicase el sentido de una palabra que no había existido nunca, siempre tenía alguna interpretación que dar y un verso de un antiguo poeta que repetir. A creerle, no había libro que no hubiese leído. Queriendo desenmascararle, los literatos le enseñaron un día, delante de Almanzor, un libro en blanco, en cuya primera hoja habían escrito: "Libro sobre los ingeniosos pensamientos, por Abu-'l-Gaut Sanani." Jamás habían existido tal obra ni tal autor; sin embargo, en cuanto echó una ojeada sobre el título, exclamó: "¡Ah! Yo he leído ese libro." Y besándolo con respeto, nombró la ciudad donde le había leído y el profesor que se lo había explicado. "En ese caso—le dijo el ministro, que se apresuró a quitarle el libro por miedo a que lo abriera—, debes saber lo que contiene." "Ciertamente que lo sé. Verdad que hace mucho tiempo

que leí esa obra, y que no sé nada de memoria; pero recuerdo muy bien que sólo contiene observaciones filológicas y que no trae ningún verso ni ninguna historia." Todos se echaron a reír a carcajadas.

Otra vez, Almanzor había recibido de un gobernador llamado Mabraman-aben-Yezid una carta en que se trataba de *calb* y de *tazbil*, es decir, de cultivos y de abonos. Dirigiéndose a Said: "¿Has visto—le preguntó—un libro escrito por Mabraman-aben-Yezid, que se titula *Al-caualib ua-'z-zaualib?*" "¡Ah! ¡Sí, por Dios!—respondió Said—. He visto ese libro en Bagdad, en una copia hecha por el célebre Aben-Doraid y en cuyas márgenes había rasgos como patas de hormiga." "¡Impostor! El nombre que he dicho no es el de un escritor, sino el de uno de mis gobernadores, que en una carta que me ha enviado me habla de agricultura y abonos." "Muy bien; pero no creas por eso que he inventado algo; yo nunca invento nada. El libro y el autor que has citado existen, palabra de honor; y si ese gobernador lleva el mismo nombre que el literato, no es más que una singular coincidencia."

Otra vez, Almanzor le mostró la "Antología", obra del célebre Cali. "Si quieres—le respondió Said—, yo dictaré a tus secretarios un libro mejor que ése, en el que relataré historias que no se hallan en el de Cali." "Hazlo", le respondió Almanzor, que no deseaba más que el que le dedicasen una obra aun más notable que la que Cali había

dedicado al difunto califa; pues si él había hecho venir a España a Said, era precisamente con la esperanza de que eclipsase la gloria de Cali, que había ilustrado los reinados de Abderrahman III y de Alhaquen II. Said puso en seguida manos a la obra y dictó en la mezquita de Zahira sus *Engarces de anillo*. Con gran sorpresa, pero con íntima satisfacción, al examinar el libro después de terminado, vieron los literatos que de cabo a rabo no contenía más que embustes. Explicaciones filológicas, anécdotas, versos, proverbios, todo era invención del autor. Ellos, por lo menos, así lo declararon, y Almanzor los creyó. Aquella vez se enfadó de veras con Said y mandó tirar su libro al río, aunque no le retiró su favor. Desde que Said le había pronosticado que el conde de Castilla, García, caería prisionero—predicción que, como hemos visto, se había cumplido—, le inspiraba un gran afecto, o más bien un respeto supersticioso. Además, el poeta le manifestaba su gratitud en mil formas, a lo que Almanzor era muy sensible. Una vez, por ejemplo, tuvo la idea de reunir todas las bolsas que Almanzor le había enviado llenas de dinero y hacer con ellas un traje para su esclavo negro Cafur; después fué a palacio, y habiendo conseguido poner al ministro de buen humor, "Señor—le dijo—, tengo que hacerte una súplica." "¿Qué deseas?" "Que entre mi esclavo Cafur." "¡Extraña petición!" "Concédemela." "Pues bien, que entre si te place." Cafur, un hombre tan alto como una palmera, se presentó cubierto con un traje de diversos colores,

que parecía el remendado vestido de un mendigo. "¡Pobre hombre—exclamó el ministro—, qué mal ataviado está! ¿Por qué le pones esos andrajos?" "Con este fin: Señor, me has dado ya tanto dinero, que las bolsas que lo contenían han bastado para vestir a un hombre de la estatura de Cafur." Una sonrisa de satisfacción brotó instantáneamente de los labios de Almanzor. "Tienes—le dijo—un tacto admirable para demostrarme tu gratitud; estoy contento de ti." Y en el mismo instante le hizo nuevos presentes, entre los que figuraba un hermoso traje para Cafur (1). En fin, fuerza es decirlo: si hombres como Said gozaban el favor del ministro, era porque respecto a la literatura Almanzor no tenía el delicado gusto de la mayoría de los ommíadas. Creía un deber el pensionar poetas, pero los consideraba más bien como objetos de un lujo al que estaba obligado por su alta posición, y no tenía la suficiente delicadeza espiritual para distinguir los diamantes verdaderos de los falsos.

En desquite, si no poseía aptitud literaria, era eminentemente práctico. Los intereses materiales del país hallaban en él un inteligente protector. La mejora de los medios de comunicación le preocupaba incesantemente. Hizo abrir multitud de caminos, construir en Ecija un puente sobre el Genil y otro sobre el Guadalquivir, en Córdoba, que costó ciento cuarenta mil monedas de oro (2).

(1) Véase sobre Said a Homaidi, fol. 100 v., 103 r. Abd-al-uhid, pp. 19-25; Aben-Jalican, t. I, p. 322, ed. de Slane, y, sobre todo, Macari, t. II, pp. 52 y sigs.

(2) Ben Adari, t. II, p. 309.

En todos los asuntos pequeños o grandes tenía el golpe de vista del genio. Cuando quería emprender un negocio importante, consultaba ordinariamente a los dignatarios; pero raras veces seguía sus consejos. Estos hombres no salían jamás del carril del hábito; esclavos de la rutina, sabían lo que Abderrahman III o Alhaquen II habían hecho en análogas circunstancias, y no comprendían que se pudiera hacer de otro modo. Así, cuando veían a Almanzor seguir su propia iniciativa, gritaban que todo estaba perdido, hasta que los hechos desmentían evidentemente sus predicciones (1).

Respecto a su carácter, aunque es cierto que para llegar y mantenerse en el poder había cometido actos que la moral condena, y hasta crímenes que no pretendemos atenuar, la justicia nos ordena agregar aquí que siempre que no estaba en juego su ambición, era leal, generoso y justo. La firmeza—como ya hemos tenido ocasión de decir—constituía el fondo de su carácter. Adoptado un partido, nada podía hacerle cambiar. Cuando quería, soportaba el dolor físico con la misma impasibilidad que el sufrimiento moral. Un día que tenía un pie malo, se lo hizo cauterizar durante una sesión del Consejo. Hablaba como si nada le ocurriese, y los consejeros no se habrían dado cuenta de la operación si el olor a carne

(1) Macari, t. I, p. 387.

quemada no se lo hubiera indicado (1). Todo en él revelaba una voluntad y una perseverancia extraordinarias; se aferraba lo mismo a sus amistades que a sus odios; jamás olvidaba un servicio, pero tampoco perdonaba nunca una ofensa. Así lo experimentaron aquellos condiscípulos suyos a quienes, joven aún, había dado a elegir los empleos que debían ocupar cuando fuera primer ministro. Los tres estudiantes, que en aquella ocasión habían fingido tomar su proposición en serio y determinado los cargos que ambicionaban, los obtuvieron, efectivamente, cuando fué ministro, mientras el cuarto, que había hablado de un modo inconveniente, expió su imprudencia con la pérdida de sus bienes (2). A veces, sin embargo, cuando se había equivocado y lo conocía, lograba vencer la terquedad de su carácter. Un día que se trataba de conceder una amnistía, leía la lista de los presos, cuando se fijaron sus miradas en el nombre de uno de sus servidores contra el que había concebido un odio violento, y que estaba hacía mucho en la cárcel sin que mereciera ser tratado de este modo. "Este —escribió al margen— permanecerá donde está hasta que el infierno venga a reclamarlo." Pero, llegada la noche, en vano buscó el descanso; le remordía la conciencia, y en ese estado intermedio que no es ni sueño ni vigilia, creyó ver a un

(1) Macari, t. I, p. 274.
(2) Aben-al-Jatib, man. G., fol. 118 r.

hombre de una fealdad repugnante y de una fuerza sobrehumana, que le decía: "¡Devuelve la libertad a ese hombre; si no, serás castigado por tu injusticia!". Procuró ahuyentar estas negras visiones, pero no lo consiguió; y haciéndose llevar al lecho lo necesario para escribir, ordenó que pusieran al prisionero en libertad, pero añadiendo estas palabras: "Este hombre debe su libertad a Dios; Almanzor no se la ha concedido sino a pesar suyo" (1).

En otra ocasión, bebía con el visir Abu-'l-Mogira aben-Hazm en uno de los soberbios jardines de Zahira; porque, a pesar del respeto que demostraba a la religión, bebió toda su vida, excepto los dos años que precedieron a su muerte (2). Era una de esas hermosas tardes que sólo se ven en los privilegiados países del Mediodía. Una bella cantadora, a quien Almanzor amaba, pero que había concebido una gran pasión por el huésped del ministro, entonó estos versos:

"Huye el día, y ya la luna muestra la mitad de su disco. El sol, que se oculta, semeja una mejilla, y las tinieblas, que avanzan, el vello que la cubre; el cristal de las copas, agua helada, y el vino, fuego líquido. Mis miradas me han hecho cometer pecados inexcusables. ¡Ay, gentes de mi familia! Amo a un hombre que no está al alcance de mi amor, aunque se halla cerca de mí. ¡Ah,

---

(1) Macari, t. I, p. 273.
(2) Ben-Adari, t. II, p. 310.

que no pudiera lanzarme hacia él y estrecharle contra mi corazón!"

Abu-'l-Mogira comprendió demasiado bien la intención de estos versos y cometió la imprudencia de responder en seguida con estos otros:

"¡El medio, el medio de aproximarse a esa belleza, rodeada de un vallado de espadas y de lanzas! ¡Ah, si tuviese la convicción de que tu amor es sincero, de buen grado arriesgaría mi vida con tal de poseerte! Un hombre generoso, cuando quiere alcanzar su fin, no teme ningún peligro."

Almanzor no aguantó más. Rugiendo de cólera, desenvainó la espada, y, dirigiéndose a la encantadora, exclamó con voz de trueno: "Dime la verdad: ¿es al visir a quien se dirige tu canto?" "Una mentira podría salvarme—respondió la valiente joven—; pero no mentiré. Sí; su mirada me ha traspasado el corazón; el amor me ha obligado a decirlo; me ha hecho decir lo que quería ocultar. Puedes castigarme, señor; pero eres tan bueno, te complaces en perdonar cuando se confiesan los yerros.." Y hablando así, se deshizo en lágrimas. Almanzor ya casi la había perdonado; pero entonces su cólera recayó sobre Abu-'l-Mogira y le abrumó con un torrente de reproches. El visir le escuchó sin decir palabra, y cuando acabó de hablar, exclamó: "Señor, convengo en que he cometido una gran falta; pero ¿qué podía hacer? Cada uno es esclavo de su destino; nadie

escoge el suyo, todos le sufren, y el mío ha querido que amara a la que no debo amar." Almanzor guardó algunos instantes de silencio. "¡Pues bien! —dijo al fin—, os perdono a los dos. ¡Abu-'l-Mogira, la que amas es tuya, y soy yo quien te la da!" (1).

Su amor a la justicia había llegado a ser proverbial. Quería que se ejerciera sin excepción de personas, y el favor que concedía a algunos individuos no los colocaba nunca por cima de las leyes. Un hombre del pueblo se presentó un día en la Audiencia. "Defensor de la justicia—le dijo—, tengo que quejarme del hombre que se encuentra detrás de ti." Y señaló con el dedo al eslavo que desempeñaba el cargo de portaescudo, y del cual Almanzor hacía mucho caso. "Le he citado delante del juez—prosiguió—, pero se ha negado a venir." "¿De veras?—dijo entonces el ministro—. ¿No ha querido ir y el juez no le ha obligado? Yo creía que Abderrahman aben-Fotais—tal era el nombre del juez—tenía más energía. Pues bien, amigo mío, dime de qué te quejas." El aludido refirió entonces que había hecho un contrato con el eslavo, y que éste había faltado a él. Cuando concluyó de hablar, dijo Almanzor: "¡Mucho nos dan que hacer estos servidores de nuestra casa!" Después, dirigiéndose al eslavo, que temblaba de miedo: "Entrega el escudo al que está a tu lado—le

---

(1) Macarí, t. I, pp. 406 y 407. En la página 407, línea cuarta, leo *an* en vez de *fi*.

dijo—, y ve humildemente a responder ante el tribunal, a fin de que se haga justicia... Tú—ordenó en seguida al prefecto de policía—, lleva a los dos ante el juez y dile que, si mi eslavo ha faltado al contrato, deseo que se le aplique la pena más grave, la de prisión o cualquier otra." Habiendo dado el juez la razón al hombre del pueblo, éste se presentó a Almanzor para darle las gracias. "Nada de gracias—contestó el ministro—; has ganado tu pleito; está bien y debes estar contento; pero yo no lo estoy aún; tengo que castigar también al bribón que no se ha avergonzado de cometer una bajeza estando a mi servicio." Y le despidió.

Otra vez, su mayordomo tenía un pleito con un mercader africano, y fué requerido por el juez para que prestase juramento; mas creyendo que el elevado cargo que desempeñaba le ponía al abrigo de esta diligencia, se negó a hacerlo. Pero un día que Almanzor fué a la mezquita acompañado de su mayordomo, se le acercó el mercader y le contó lo ocurrido. En el mismo instante, el ministro mandó arrestar al mayordomo, ordenando que le condujeran delante del juez, y cuando supo que había perdido el pleito, le destituyó (1).

En resumen: los medios que Almanzor empleó para alcanzar el poder deben ser condenados; pero también es preciso confesar que, una vez obtenido, lo ejerció noblemente. Si el Destino le hubiera hecho nacer en las gradas del trono, tal vez ha-

---

(1) Ben-Adarí, t. II, pp. 310 y 311.

bría habido poco que censurarle; tal vez habría sido uno de los más grandes príncipes que recuerda la Historia; pero habiendo nacido en un viejo castillo de provincia, se vió obligado, para alcanzar el objeto de su ambición, a abrirse camino a través de mil obstáculos, y debe lamentarse que, al tratar de vencerlos, se preocupara pocas veces de la legitimidad de los medios empleados. Era, en muchos sentidos, un grande hombre, y, sin embargo, por poco que se respeten los eternos principios de la moral, es imposible amarle, y hasta el admirarle resulta difícil.

XIII

Cuando Modafar estuvo de regreso en Córdoba, después de la muerte de su padre, estalló un motín. El pueblo exigió a gritos que se presentase el soberano y que gobernara por sí mismo. En vano Hixem II mandó a decir a las turbas que quería seguir llevando una vida libre de cuidados; la multitud persistió en su petición, y Modafar se vió obligado a dispersarla a mano armada (1). Sin embargo, desde entonces el orden no volvió a turbarse. Verdad que un nieto de Abderrahman III, llamado Hixem, conspiró contra Modafar; pero éste, advertido a tiempo, lo previno hacién-

(1) Nouairi, p. 472.

dole dar muerte—diciembre del 1006—(1). Modafar gobernó el Estado como su padre; alcanzó muchas victorias contra los cristianos, y durante su gobierno la prosperidad del país siguió creciendo siempre. Fué una edad de oro, se dijo más tarde (2).

Sin embargo, se había realizado un gran cambio. La antigua sociedad árabe, con sus virtudes y sus prejuicios, había desaparecido. Abderrahman III y Almanzor se habían propuesto conseguir la unidad nacional, y lo habían logrado. La antigua nobleza árabe, agotada en la lucha sostenida contra el poder real, vencida y destrozada, había quedado empobrecida, arruinada, y los antiguos nombres se extinguían de día en día. La nobleza cortesana, ligada a los ommíadas por los vínculos de la clientela, se había sostenido mejor. Los Abu-Abda, los Xohaid, los Chauar y los Fotais (3) representaban aún casas ricas y envidiadas. Pero los hombres más poderosos de entonces eran los generales bereberes y eslavos (4), que debían su fortuna a Almanzor. Como eran advenedizos y extranjeros, inspiraban poco

(1) Ben-al-Abar, p. 159. Aben-Hayan—*apud* Aben-Basam, tomo I, fol. 30 r., 31 v.—refiere detalladamente esta conspiración.

(2) Ben-al-Abar, p. 149. Falto de documentos, debo pasar rápidamente por el reinado de Modafar.

(3) Estas cuatro familias eran las principales de la nobleza cortesana. Véase Ben-Adari, t. II, p. 290.

(4) Bajo la denominación de eslavos se comprendía también a los cristianos del norte de España, alistados en el ejército musulmán. Véase Aben-al-Jatib, artículo sobre Hobasa, man. G, fol. 124 r.

respeto. Además, se los consideraba como bárbaros, y se quejaban de las vejaciones de que los creían culpables. Por otra parte, la clase media se había enriquecido mediante el comercio y la industria. Ya durante el reinado—aunque fué tan turbulento—del emir Abdala, se había visto negociantes e industriales acumular rápidamente grandes fortunas, sin otro capital que el que sus amigos les habían prestado (1), y a la sazón, como el país gozaba de perfecta tranquilidad, se hacían tan fácil y rápidamente estas fortunas, que nadie se admiraba. Sin embargo, esta sociedad tan floreciente en apariencia llevaba en sí misma el germen de su destrucción. Si la lucha de razas había cesado, iba a reaparecer bajo otra forma en la lucha de clases. El obrero aborrecía a su patrono, la clase media envidiaba a los nobles, y todo el mundo estaba de acuerdo para maldecir a los generales, sobre todo a los berberiscos. En el seno de una inexperiencia general latían vagas aspiraciones hacia algo nuevo. La religión estaba expuesta a rudos ataques. Las medidas que Almanzor había adoptado contra los filósofos no habían producido los frutos que el clero se había prometido. Multiplicábanse, por el contrario, "los espíritus fuertes", y el escepticismo, que constituía el fondo del carácter árabe, revestía cada día formas más científicas. Los discípulos de Aben-Masarra—los Masarria, como se los llamaba—for-

(1) Joxani, p. 327.

maban una secta numerosa (1). También otras sectas propagaban doctrinas muy atrevidas. Una de ellas parecía haber surgido del seno del mismo clero. Sus adeptos habían estudiado, por lo menos, las tradiciones relativas al Profeta; pero sus estudios, si hemos de creer a un teólogo ortodoxo, habían sido superficiales y versados con preferencia sobre libros apócrifos y escritos por materialistas, que tenían intención de minar los cimientos del islamismo. De ahí la extraña idea que se formaban del universo. La tierra, decían, descansa sobre un pescado; este pescado está sostenido por el cuerno de un toro; este toro está sobre una roca que un ángel lleva sobre su cuello; debajo de este ángel están las tinieblas, y bajo las tinieblas hay una extensión de agua sin fin. Bajo estas extrañas y obscuras fórmulas, que tal vez no eran más que símbolos, los teólogos encontraban una herejía gravísima; la secta creía que el universo era ilimitado; enseñaba, además, que se podía imponer una religión por medio del fraude o de la violencia, pero no probarla con argumentos racionales. No obstante, era al mismo tiempo hostil a las obras filosóficas de Grecia (2), sobre las cuales se apoyaba otra secta, formada por los naturalistas. El estudio de las matemáticas les había llevado al de la astronomía. Para creer en la religión exigían pruebas

---

(1) Aben-Hazm, *Tratado sobre las religiones*, t. III, folio 80 v., 146 r. y v.
(2) Aben-Hazm, t. I, fol. 128 r. y v.

matemáticas, y como no las encontraban, la declaraban absurda. Despreciaban todos los mandamientos: la oración, el ayuno, las limosnas, la peregrinación; todo esto no era a sus ojos más que una locura. Los faquíes no dejaban de dirigirles la censura que los teólogos de todos los tiempos han solido dirigir a los que se han separado de las doctrinas admitidas; los acusaban de no proponerse otro fin en la vida más que enriquecerse, para poder entregarse a placeres de toda especie, sin respeto a las leyes de la moral (1).

Sin embargo, las sectas que atacaban abiertamente al islamismo no eran las más peligrosas; otras, que pretendían vivir en paz con él y que contaban, no solamente con musulmanes, sino también cristianos y judíos, lo eran mucho más, porque, bajo el nombre de religión universal (2), predicaban el indiferentismo, y los teólogos musulmanes no ignoraban que si las religiones perecen no es nunca por los ataques directos, sino por la indiferencia. Los que habían adoptado estas doctrinas diferían en algunos puntos, y unos iban más lejos que otros, pero todos sentían un supremo desdén por la dialéctica. "El mundo—decían—está lleno de religiones, de sectas, de escuelas filosóficas, que se execran y se aborrecen. ¡Ved a los cristianos! El melquita no puede sufrir al nestoriano; el nestoriano detesta al jacobita y se con-

---

(1) Aben-Hazm, t. I, fol. 127 r., 128 r.
(2) En árabe, *al-mila al-catiya*.

denan mutuamente. Entre los musulmanes, el motacelita declara que todos los que no piensan como él son incrédulos; el no-conformista considera como un deber matar a los que pertenecen a otra secta, y el sunnita no quiere tener nada de común ni con el uno ni con el otro. Entre los judíos ocurre lo mismo. Los filósofos se condenan un poco menos, pero no están más de acuerdo. Y cuando se pregunta cuál de estos infinitos sistemas filosóficos y teológicos encierra la verdad, fuerza es decir que tanto vale el uno como el otro. Los argumentos de cada campeón tienen la misma fuerza, o, si se quiere, la misma debilidad, sólo que uno sabe manejar mejor que otro las armas de la dialéctica. ¿Queréis la prueba de ello? Id a esas reuniones donde disputan hombres de opiniones distintas. ¿Qué veréis allí? Que el vencedor de ayer es el vencido de mañana, y que en estas doctas asambleas, la fortuna es tan variable como en los verdaderos campos de batalla. El hecho es que cada uno habla de cosas de que nada sabe y de que nada puede saber."

Algunos de estos escépticos aceptaban, sin embargo, un corto número de pruebas. Había quienes creían en la existencia de Dios, creador de todas las cosas, y en la misión de Mahoma; lo demás —decían— puede ser verdadero o no; ni lo negamos ni lo afirmamos: lo ignoramos; he aquí todo; pero nuestra conciencia no nos permite aceptar doctrinas cuya verdad no nos ha sido demostrada. Estos eran los moderados. Otros aceptaban sola-

mente la existencia de un creador, y los más avanzados no profesaban creencia alguna. Decían que la existencia de Dios, la creación del mundo, etc., no había sido probada; pero que tampoco lo había sido que Dios no existiese o que el mundo hubiera existido desde la eternidad. Algunos enseñaban que era preciso conservar, en apariencia al menos, la religión en que se ha nacido; otros sostenían que la religión universal era la única necesaria, entendiendo bajo este nombre los principios morales que cada religión predica y que la razón aprueba (1).

Los innovadores en materia religiosa tenían una gran ventaja sobre los innovadores en materia de gobierno: sabían lo que querían. En política, por el contrario, nadie tenía ideas bien determinadas. Estaban descontentos de lo existente, y se figuraban que, por el desenvolvimiento progresivo de la situación, la sociedad iba directamente a una revolución, que Almanzor ya había previsto. Un día que dejaba vagar sus miradas por su soberbio palacio de Zahira y por los magníficos jardines que le rodeaban, de pronto se deshizo en lágrimas, exclamando: "¡Desgraciada Zahira! ¡Ah, quisiera conocer al que dentro de poco ha de destruirte!" Después, cuando el amigo que le acompañaba le manifestó su sorpresa por esta exclamación: "Tú mismo—le dijo—serás testigo de esta catástrofe. Ya veo saqueado y arruinado este her-

(1) Aben-Hazm, t. II, fol. 228 r., 230 v.

moso palacio, ya veo a mi patria devorada por el fuego de la guerra civil." (1). Pero si esta revolución se realizaba, ¿cuál sería su objeto y de qué medios se valdría? Esto es de lo que nadie se daba cuenta; mas había al menos una cosa sobre la cual todo el mundo estaba de acuerdo: en arrancar el poder a la familia de Almanzor. Este deseo no tiene nada de extraño. Los pueblos monárquicos no quieren que el poder sea ejercido por nadie más que por el rey. Todos los ministros que, por decirlo así, han substituído al soberano, inspiran un odio implacable y violento, cualesquiera que sean sus méritos y aptitudes. Esta consideración bastaría para explicar la aversión que inspiraban los amiritas; pero conviene no olvidar tampoco que habían lastimado afecciones y sentimientos legítimos. Si se habían contentado hasta entonces con ejercer el poder en nombre de un príncipe Ommiada, habían dejado conocer que aspiraban a más, que ambicionaban el trono. Esta ambición había exasperado contra ellos no sólo a los príncipes de la sangre, que eran muchos, sino al clero, muy adicto al principio de legitimidad, y a la nación en general, muy afecta a la dinastía, o que al menos creía serlo. Unase a esto que la nobleza cortesana deseaba la caída de los amiritas, porque se prometía con cualquier cambio un aumento de poder, y el bajo pueblo de la capital aplaudía anticipadamente toda revolución que le

---

(1) Macari, t. I, p. 387.

permitiera saquear a los ricos y saciar el odio que los profesaban. Esta última circunstancia parece que hubiera debido servir para hacer a las clases acomodadas más prudentes. Córdoba se había convertido en una ciudad manufacturera, que contenía miles de obreros, por lo que el menor tumulto podía tomar, en un abrir y cerrar de ojos, un carácter muy alarmante, pudiendo transformarse en una terrible guerra entre ricos y pobres. Sin embargo, la inexperiencia era tal, que la inminencia de este peligro no había preocupado a nadie. Las clases acomodadas no veían aún en los obreros más que meros auxiliares, y creían que todo se arreglaría en cuanto los amiritas fueran descartados.

La caída de esta familia era el deseo casi unánime, cuando Modafar murió en la flor de la edad —octubre del 1008—. Su hermano Abderrahman le sucedió. Los sacerdotes le odiaban, porque a sus ojos su solo nacimiento era ya una mancha indeleble, puesto que su madre era la hija de un Sancho, ya sea del conde de Castilla, ya sea del rey de Navarra (1); así que no le llamaban más que Sanchol (2) o Sanchuelo, y con este apodo es conocido en la Historia. Su conducta era poco adecuada para hacer olvidar su nacimiento. Amando apasionadamente los placeres, no tenía escrúpulo

(1) Véanse sobre este punto mis *Investigaciones*, t. I, páginas 205 y sigs.

(2) Hoy se diría Sanchuelo, pero en aquella época se decía Sanchol. Véanse mis *Investigaciones*, t. I, p. 206.

de beber vino en público, y se contaba con profunda indignación que un día, oyendo al muecín gritar desde lo alto del minarete: "¡Corred a la oración!", había dicho: "Mejor haría en decir: ¡Corred a la copa!" (1). Además se le acusaba de haber envenenado a su hermano Modafar, y se refería a este propósito que, habiendo cortado una manzana con un cuchillo untado de veneno por un lado, se había comido la mitad después de haber dado la otra a su hermano (2).

Estas inculpaciones eran quizá aventuradas; pero lo cierto es que Sanchol no poseía el talento y la habilidad de Almanzor o de Modafar. Y, sin embargo, se atrevió a lo que ni uno ni otro se habían atrevido. Aun reinando de hecho, habían dejado a un Omeya el título de soberano, y no habían sido califas, a pesar de los ardientes deseos que tenían de serlo. Sanchol concibió el temerario propósito de conseguirlo, haciéndose declarar presunto heredero del trono. Habló de este designio a varios hombres influyentes, entre los cuales figuraban en primer término el cadí Aben-Chacuan y el secretario de Estado Aben-Bord, y cuando estuvo seguro de su apoyo, dirigió su demanda a Hixem II. A pesar de su nulidad, parece que el califa dudó un momento ante un paso tan grave, tanto más cuanto que, según la común opinión, Mahoma había dicho que el poder no pertenecía más que a la raza

---

(1) Nouairi, pp. 473 y 479.

(2) Ben-al-Atir, en el año 366; *Raihán; Ann. Tol.*, II, página 403.

maadita. Consultó a algunos teólogos; pero aquellos a quienes se dirigió obedecían a las inspiraciones de Aben-Chacuan; así que le aconsejaron que accediese a la demanda de Sanchol, y para vencer sus escrúpulos le citaron estas palabras del profeta: "No llegará el último día hasta que tenga el cetro un hombre de la raza de Cahtan" (1). El califa se dejó persuadir, y un mes después de la muerte de su hermano, Sanchol fué declarado heredero del trono, en virtud de una ordenanza redactada por Aben-Bord (2).

Con esta ordenanza llegó al colmo el descontento de los cordobeses. Todo el mundo repetía estos versos que un poeta acababa de componer: "Aben-Chacuan y Aben-Bord han ofendido a la religión de un modo inaudito. Se han revelado contra el verdadero Dios, puesto que han declarado al nieto de Sancho heredero del trono" (3). Referíase con gran satisfacción que al pasar delante de Zahira, un santo varón había exclamado: "¡Palacio que te has enriquecido con los despojos de tantas casas, quiera Dios que todas ellas se enriquezcan pronto con los tuyos!" (4). En una palabra, el odio y la mala voluntad estallaban por doquiera. Sin embargo, la rebelión a mano armada no surgía aún; todavía el pueblo se dejaba intimidar y contener por

(1) Ben-al-Abar, p. 150.
(2) El texto de este documento se encuentra en Aben-Basam—t. I, fol. 24 v.—, Nouairi, Aben-Jaldun y Macari—t. I, páginas 277 y 278—.
(3) Véanse mis *Investigaciones*, t. I, p. 207.
(4) Macari, t. I, p. 388.

la presencia de las tropas. Pero éstas iban a partir. Engañado por la tranquilidad aparente que reinaba en la ciudad, Sanchol había anunciado que iba a emprender una campaña contra el reino de León, y el viernes 14 de enero de 1009 salió de la capital al frente del ejército. Había concebido la idea de ponerse un turbante, que no usaban en España más que los legistas y los teólogos, y ordenó a sus soldados que hicieran lo mismo. Los cordobeses vieron en este capricho un nuevo ultraje a la religión y a sus ministros.

Después de salvar la frontera, en vano intentó Sanchol obligar a Alfonso V a bajar de las montañas en que se había atrincherado. Además, la nieve puso los caminos intransitables y tuvo que emprender la retirada (1); mas, apenas llegó a Toledo, supo que había estallado una revolución en la capital.

Un príncipe de la casa Ommiada, llamado Mohámed, se había puesto al frente del movimiento. Hijo de aquel Hixem que Modafar había hecho decapitar, y, por lo tanto, bisnieto de Abderrahman III, había permanecido oculto en Córdoba para escapar a la suerte de su padre, y en esta época había entablado conocimiento con muchos hombres del pueblo. Gracias al oro, que no escatimaba; gracias también al apoyo que le prestaba un faquí fanático, llamado Hasan-aben-Yahya, y al concurso

---

(1) Ben-al-Atir, en el año 366. Dióse a esta campaña el nombre de la del barro—Nouairi, p. 474—.

de muchos ommíadas, reunió bien pronto una partida de cuatrocientos hombres intrépidos y resueltos. El rumor de una conspiración llegó bien pronto a oídos del amirita Ben-Ascalecha, al cual Sanchol había confiado durante su ausencia el gobierno de Córdoba; pero aquel rumor era tan vago, que aunque Ben-Ascalecha mandó registrar muchas casas sospechosas, no descubrió nada. Habiendo fijado para el martes 15 de febrero la ejecución de su proyecto, Mohámed eligió entre sus secuaces treinta de los más determinados, ordenándoles ocultar las armas bajo los trajes y que por la tarde se reuniesen en el terraplén inmediato al palacio del califa. "Yo iré a reunirme con vosotros una hora antes de anochecer—añadió—; pero cuidado con intentar nada hasta que os dé la señal."

Los treinta hombres fueron a su puesto, donde no despertaron sospecha alguna, porque el terraplén de palacio, con vistas a la calzada y al río, era un paseo muy frecuentado. Mohámed hizo tomar las armas a sus demás partidarios, ordenándoles que estuviesen dispuestos. Luego montó en su mulo, y una vez en el terraplén, dió a sus treinta hombres la señal de precipitarse sobre la guardia de la puerta de palacio. Atacados los soldados de improviso, fueron desarmados inmediatamente, y Mohámed corrió al departamento de Ben-Ascalecha que en aquel momento charlaba y bebía con dos muchachas de su harén, y antes que tuviera tiempo de defenderse había dejado de existir.

A los pocos instantes, los demás conjurados, a quienes su jefe había hecho avisar, empezaron a recorrer las calles, gritando: "¡A las armas, a las armas!" El éxito excedió a sus esperanzas. El pueblo, que para sublevarse no esperaba más que una ocasión, una señal, los siguió lanzando gritos de alegría, y atraídos por el ruido, los aldeanos de las inmediaciones vinieron también a unirse a las turbas. Dirigiéronse a la dorada prisión de Hixem II y abrieron brechas en dos puntos de la muralla. El desgraciado califa esperaba que alguien viniera a socorrerle. Los altos dignatarios estaban en Zahira, donde podían disponer de algunos regimientos de eslavos y de otras tropas; pero al recibir la noticia de que había estallado un tumulto, creyeron al principio que Ben-Ascalecha lo sofocaría fácilmente, y después, cuando supieron que la cosa era mucho más grave de lo que sospechaban, quedaron paralizados por el terror. Parecía que todo el mundo había perdido la cabeza, y no se hizo nada para libertar al monarca Este, que temía a cada instante ver el palacio invadido por la multitud, adoptó al fin el partido de enviar un mensajero a Mohámed para que le dijera que, si le perdonaba la vida, abdicaría en favor suyo.

"¡Pues qué!—respondió Mohámed—, ¿cree el califa que he tomado las armas para matarle? No; las he empuñado porque he visto con dolor que quería quitar el poder a nuestra familia. Es libre de hacer lo que le plazca, y si de buen grado

quiere cederme la corona, le quedaré muy reconocido y podrá exigir de mí cuanto desee."

Después mandó venir a algunos teólogos y personajes, a los cuales ordenó que redactasen un acta de abdicación, y habiendo sido firmada por Hixem, pasó en palacio el resto de la noche. A la siguiente mañana nombró a uno de sus parientes primer ministro, confió a otro Ommíada el gobierno de la capital y les encargó que alistaran en el ejército a todos los que lo deseasen. El entusiasmo fué tan grande y general que todo el mundo corría a hacerse soldado: hombres del pueblo. ricos negociantes, labradores de las inmediaciones, imanes de las mezquitas, piadosos morabitos: todos querían anticiparse a los demás; todos querían verter su sangre en defensa de la dinastía legítima y en contra del libertino que había querido usurpar el trono.

Mohámed ordenó en seguida a su primer ministro que se apoderase de Zahira. Los dignatarios que allí se encontraban no pensaron ni en defenderse; se apresuraron a someterse y a pedir gracia al nuevo califa, el cual accedió a su demanda; pero no sin haberles censurado duramente su connivencia con los ambiciosos proyectos de Sanchol.

Hundióse así, en menos de veinticuatro horas, el poder de los amiritas. Nadie habría esperado un éxito tan rápido. La alegría fué general en Córdoba, y aun más viva en las clases inferiores de la sociedad. El pueblo, que siempre camina de

prisa, tanto en el gozo como en la cólera, veía abrirse un porvenir de felicidad; pero si la clase media hubiese presentido las grandes y dolorosas consecuencias de esta revolución, se habría guardado bien de tomar parte en ella y habría pensado, probablemente, que el despotismo ilustrado de los amiritas, que había proporcionado al país gloria militar y prosperidad envidiable, valía más que la anarquía y el régimen arbitrario de la soldadesca, que iba a pesar sobre ellos.

No faltaron desde el primer momento los excesos que acompañan siempre a las revoluciones populares. Mohámed, que podía mandar que saquearan, no tenía suficiente autoridad para prohibirlo. Previendo lo que iba a ocurrir, dió orden de trasladar a Córdoba los tesoros y los objetos preciosos de Zahira; pero los saqueadores habían ya puesto manos a la obra. Lleváronse del palacio hasta las puertas y las ensambladuras; muchos palacios, pertenecientes a los protegidos de Almanzor y de su familia, fueron saqueados también. Durante cuatro días, Mohámed no pudo o no se atrevió a hacer nada contra estos ladrones. Consiguió, por fin, reprimir su audacia, y eran tantas las riquezas acumuladas en Zahira, que, sin contar lo que el pueblo se había llevado, encontróse allí millón y medio de monedas de oro y dos millones cien mil monedas de plata. Algún tiempo después se descubrieron, además, unas cajitas que contenían doscientas mil monedas de oro. Cuando el palacio quedó completamente vacío, le

prendieron fuego, y pronto aquella magnífica residencia no fué más que un montón de ruinas.

En tanto, habían sido comunicadas dos actas oficiales después de la ceremonia del viernes 18 de febrero al pueblo congregado en la mezquita. En la primera se enumeraban los delitos de Sanchol y se ordenaba maldecirle en las oraciones públicas; en virtud de la segunda, quedaron abolidos muchos de los nuevos impuestos. Ocho días después anunció Mohámed al pueblo que había adoptado el sobrenombre de Mahdi (1)—por el cual le designaremos de ahora en adelante—, y cuando descendió del púlpito leyóse un llamamiento a la guerra contra Sanchol. Esta última proclama surtió un efecto prodigioso. El entusiasmo de la capital se comunicó a provincias; de suerte que, en poco tiempo, Mahdi se halló al frente de un ejército numeroso; pero como el pueblo que había hecho la revolución no quería dejarse mandar por los antiguos generales del partido de la corte, este ejército tuvo por jefes hombres del pueblo o de la clase media, médicos, tejedores, carniceros, guarnicioneros. Por primera vez la España musulmana se había democratizado, escapándose el poder no sólo de la mano de los amiritas, sino de los nobles en general.

Sanchol, cuando recibió en Toledo la noticia de la insurrección de Córdoba, se dirigió a Calatra-

(1) *Al-Mahdi dilab*, guiado por Dios.

va. Tenía intención de dominar la sublevación por medio de la fuerza; pero durante su marcha muchos de sus soldados le abandonaron, y cuando exigió que los restantes le prestasen juramento de fidelidad, se negaron, diciendo que ya habían jurado y que no querían hacerlo por segunda vez. Tal fué la respuesta, aun de los bereberes, a quienes los amiritas habían hartado de oro y con los cuales Sanchol creía poder contar. Ignoraba que el reconocimiento y la adhesión no figuraban en el número de sus virtudes. Considerando perdida la causa de sus bienhechores, no pensaban más que en conservar sus riquezas, mediante una pronta sumisión al nuevo califa, y no se molestaban siquiera en ocultar sus intenciones, porque cuando Sanchol llamó a Mohámed aben-Yila, uno de sus generales, y le preguntó su parecer sobre las disposiciones de sus soldados respecto a él, le respondió:

—No quiero engañarte ni sobre mis propios sentimientos ni sobre los del ejército; así que te diré francamente que nadie se batirá por ti.

—¿Cómo nadie? —le preguntó Sanchol, que, aunque desengañado sobre la fidelidad de parte de sus tropas, no esperaba una confesión semejante—. ¿Y de qué modo podría convencerme de que tu opinión es fundada?

—Haz que tomen tus gentes el camino de Toledo, diles que vas a seguirlos, y entonces verás si hay soldados que te acompañen.

—Quizás tengas razón—dijo Sanchol tristemen-

te; y no se arriesgó a intentar la prueba que el berberisco le proponía.

En medio de la defección general, sólo le quedó un amigo sincero y adicto, uno de sus aliados leoneses, el conde de Carrión, de la familia de los Gómez (1).

—Vente conmigo—le dijo este caballero—; mi castillo te ofrecerá un asilo, y, si es necesario, verteré hasta la última gota de mi sangre por defenderte.

—Gracias por tu ofrecimiento, mi excelente amigo—replicó Sanchol—; pero no puedo aceptarle. Fuerza es que vaya a Córdoba, donde me esperan mis partidarios, que se alzarán como un solo hombre para defender mi causa en cuanto esté cerca. Además, espero, estoy seguro de que en cuanto llegue, muchos de los que ahora parecen adictos a Mohámed le abandonarán para venirse conmigo.

—Príncipe—repuso el conde—, no te entregues a vanas y quiméricas esperanzas. Créeme: todo está perdido, y así como el ejército se ha declarado en contra tuya, no encontrarás en Córdoba nadie que te ayude.

—Ya lo veremos—replicó el amirita—; pero he resuelto ir a Córdoba, e iré.

—No apruebo tu designio—añadió el conde—; estoy persuadido de que te dejas engañar por una

---

(1) Véase, sobre estos condes, Sandoval, *Cinco Reyes*, folios 62 y sigs.

ilusión, que ha de serte funesta; pero, suceda lo que quiera, no te abandonaré.

Habiendo dado orden de continuar la marcha hacia la capital, Sanchol llegó a una posada llamada Mancil-Hani. Allí se detuvo; pero los berberiscos, aprovechando la obscuridad de la noche, desertaron en masa, y a la mañana siguiente no tenía al lado suyo más que a los servidores de su casa y a los soldados del conde. Este le suplicó, por última vez, que aceptara su ofrecimiento; pero fué inútil: el joven corría desatentadamente a su perdición. "He enviado ya a Córdoba al cadí —dijo—; pedirá mi perdón, y estoy seguro de que lo obtendrá."

En la tarde del jueves 4 de marzo llegó al monasterio de Xaux. Algunos jinetes que Mahdi había enviado a su encuentro le hallaron allí al día siguiente. "¿Qué me queréis? —preguntó Sanchol—. Dejadme tranquilo, puesto que ya me he sometido al nuevo Gobierno." "En este caso—respondió el jefe del escuadrón —debes seguirme a Córdoba." Sanchol tuvo que obedecer esta orden, a pesar suyo, y habiéndose puesto en camino, encontraron por la tarde al primer ministro de Mahdi con un destacamento más numeroso. Hicieron alto, y mientras enviaban a Córdoba el harén de Sanchol, compuesto de setenta mujeres, se le condujo ante el ministro. Sanchol besó muchas veces el suelo delante de este Ommíada, pero le gritaron: "¡Besa también el casco de su caballo!" Así lo hizo, mientras el conde de Carrión

contemplaba en silencio la profunda humillación de aquel ante quien poco antes había temblado un gran imperio. Después, cuando le montaron sobre un caballo distinto del suyo, exclamó el ministro: "¡Que le quiten el gorro!", y ejecutada esta orden se pusieron en marcha.

Al anochecer, cuando acamparon, los soldados recibieron la orden de atar de pies y manos a Sanchol. Mientras la cumplían rudamente: "Me estáis lastimando—les dijo—; dadme un instante de respiro y dejadme una mano libre." Habiendo conseguido lo que pedía, en un abrir y cerrar de ojos sacó un puñal de su borceguí; pero los soldados se lo arrebataron antes de que pudiera herirse. "Yo te ahorraré este trabajo"—gritó el ministro—; y arrojándole en tierra, le mató, cortándole después la cabeza. El conde fué muerto también.

Al día siguiente, cuando los jinetes entraron en Córdoba, presentaron al califa los restos de Sanchol. Habiendo mandado embalsamar su cadáver, hizo Mahdi que le pisoteara su caballo, y después ordenó que, vestido con un pantalón y una túnica, le clavasen en una cruz junto a la puerta de palacio, al lado de su cabeza, que ya estaba colocada en el extremo de una pica. Bajo estos espantosos restos había un hombre que gritaba sin cesar: "¡He aquí al *bienaventurado* (1) Sanchol! ¡Que Dios le maldiga y me maldiga

(1) Era el sobrenombre adoptado por Sanchol.

también a mí!" Era el jefe de la guardia de Sanchol, que no había sido perdonado más que a condición de que expiase de este modo su fidelidad hacia su dueño (1).

XIV (2)

Al principio todo parecía salir a medida de los deseos de Mahdi. El pueblo de Córdoba le había entronizado; los bereberes le habían reconocido, y aun no habían transcurrido cinco días desde la muerte del Amirita, cuando recibió una carta en que Uadi, el más poderoso de los eslavos, gobernador de la Frontera inferior, se ofrecía a prestarle obediencia, diciéndole que la noticia de la ejecución del usurpador le había producido gran alegría. Como Uadi debía su fortuna a Almanzor, Mahdi no esperaba, por su parte, una sumisión tan pronta; así que se apresuró a darle pruebas de su reconocimiento, enviándole mucho dinero, un traje de honor, un caballo ricamente enjaezado

---

(1) Nouairi, pp. 474-9; Macari, t. I, pp. 278 y 379.

(2) Véanse Nouairi, pp. 479-484; Aben-Jaldun, folio 19 r. y v.; Aben-Hayan, *apud* Aben-Basam, t. I, fol. 7 v., 8 r y v.—Aben-Basam parece haber abreviado este pasaje—; Abd-al-uahid, pp. 28-30; Ben-al-Abar, pp. 159 y 160; Ben-al-Atir, en el año 366; Macari, t. I, p. 278; Rodrigo de Toledo, *Historia de los árabes*, c. 32-35. Sobre las fechas puede consultarse un artículo de mis *Investigaciones*, t. I, páginas 238 y sigs., 710 de la primera edición. Sobre el epitafio de Otón, obispo de Gerona, véase también *España Sagrada*, tomo XLIII, pp. 157 y sigs.

y el diploma de gobernador de todas las fronteras.

Todos los partidos se habían agrupado en torno del Gobierno. Esta era, por lo menos, la apariencia, el movimiento espontáneo del primer instante; pero esta unanimidad era menos real y profunda de lo que parecía. La revolución se había verificado bajo el predominio de una especie de fiebre general que no había dado tiempo a que se manifestase el buen sentido; pero cuando vino la reflexión, comenzaron a darse cuenta de que no estaba todo terminado, reparado ni restablecido con la caída de los amiritas, de que aun podía haber algo que condenar, algo de qué quejarse bajo otro régimen. Mahdi no tenía ni talento ni virtudes; era un hombre disoluto, cruel, sanguinario y tan poco hábil que se enajenó sucesivamente todos los partidos. Comenzó por licenciar a siete mil obreros que se habían alistado. Como no podía dejar Córdoba a merced de las clases bajas. esta medida era sin duda necesaria; pero disgustó al pueblo, que, orgulloso de haber hecho la revolución. se encontraba muy bien cobrando un gran sueldo sin hacer nada. En seguida desterró de la capital a gran número de eslavos amiritas, y a otros les quitó los empleos que desempeñaban en palacio, lo cual era lanzarlos al partido de la oposición, mientras que con un poco de tacto quizá habría logrado atraérselos. Al mismo tiempo irritó a los devotos. No salía nunca de palacio, no pensaba más que en divertirse, y los piadosos musulmanes referían con horror que daba

festines en que tocaban un centenar de laúdes y otro de flautas. "Hace lo mismo que Sanchol", decían. Le llamaban el *bebedor*, le acusaban de turbar la paz de muchas familias, y le hacían coplas como antes se las habían hecho a su rival. Su crueldad acabó de perderle ante la opinión pública. Uadi le había enviado las cabezas de muchos habitantes de las fronteras que se habían negado a reconocerle, y había ordenado plantar flores en ellas y colocarlas en las orillas del río, frente por frente a su palacio. Se complacía en contemplar este extraño *jardín*, e inducía a los poetas—entre los cuales se distinguía Said, que después de haber adulado a los amiritas ahora adulaba a su enemigo—a componer versos sobre este asunto (1).

Enemistado ya con el pueblo, con los eslavos, con los devotos y, en general, con todas las personas honradas, Mahdi tampoco hizo nada para atraerse a los berberiscos, que, sin embargo, se habían entregado a él por su propio impulso. Cierto que estos rudos soldados eran muy aborrecidos en la capital. El pueblo no les perdonaba haber sido los fautores y el apoyo del despotismo de los amiritas, y si Mahdi los hubiera tomado abiertamente bajo su protección, habría perdido la escasa popularidad que aun le quedaba. Sin embargo, como no podía enviarlos a Africa, habría debido atenderlos; pero no lo hizo; a cada instante les demostraba su odio y menosprecio; les prohibió hasta

(1) Véase *Abad*, t. I, p. 244.

montar a caballo, usar armas o entrar en palacio, todo lo cual era una gran imprudencia. Acostumbrados a ser respetados, honrados y mimados por la corte, tenían los berberiscos el sentimiento de su dignidad y de su fuerza; así que no se resignaron a no ser nada en el Estado; y un día en que el populacho saqueó muchas de sus moradas, sin que lo impidiese la policía, Zaui y otros dos de sus jefes fueron en busca del califa y le exigieron imperiosamente el castigo de los culpables. Intimidado por su actitud resuelta y firme, Mahdi se excusó lo mejor que pudo, y para apaciguarlos mandó cortar la cabeza a los instigadores del desorden. Pero pronto se rehizo de su terror y comenzó de nuevo a vejar a los bereberes.

Sin embargo, por aturdido que fuera, no se le ocultaba por completo lo peligroso de su situación, y temía sobre todo que el nombre de Hixem II llegara a ser un día el lazo de unión de todos los partidos agraviados. Resolvió, pues, si no matar a su augusto prisionero, hacerle pasar por muerto. Precisamente acababa de morir un cristiano que se parecía mucho a Hixem—abril de 1009—. Mahdi hizo llevar secretamente su cadáver al alcázar, donde le mostró a algunas personas que habían conocido a Hixem. Sea que la semejanza fuese muy notable, sea que las personas en cuestión estuviesen compradas, el caso es que declararon que aquel cadáver era el del último califa. Mahdi hizo venir entonces ministros de la religión, personajes y hombres del pueblo, y recitadas las oraciones fúnebres,

fué enterrado el cristiano en el cementerio musulmán con todos los honores debidos a la realeza. Respecto al verdadero Hixem, Mahdi le hizo encerrar en el palacio de uno de sus visires.

Tranquilo por esta vez, el imprudente califa creyó que desde entonces podía atreverse a todo. En el mes de mayo redujo a prisión—no se sabe por qué—a un hijo de Abderrahman III, llamado Solimán, a quien poco antes había nombrado heredero del trono. Además, dejó entrever la intención de dar muerte a diez jefes berberiscos. No hacía falta tanto para que los africanos tomasen las armas, y, por su parte, Hixem, el hijo de Solimán, trabajó activamente para crearse un partido (1). Lo consiguió sin dificultad; los siete mil obreros licenciados por Mahdi eran un ejército siempre pronto a la rebelión. El 2 de junio se reunieron ante el palacio de Hixem y le proclamaron califa; éste los llevó entonces a una explanada, fuera de la ciudad, y, habiéndose unido a ellos los berberiscos, marchó contra el palacio de Mahdi.

Arrancado bruscamente a sus placeres, el califa mandó preguntar a la turba qué deseaba. "Has reducido a mi padre a prisión—respondió Hixem—, e ignoro lo que de él ha sido." Mahdi puso entonces en libertad a Solimán; mas si creyó que bastaba esta medida para que la turba se dispersara, se engañó, porque Hixem le mandó a decir que tenía

(1) En su *Tratado del amor*—fol. 121 r.—, Aben-Hazm habla incidentalmente de la rebelión de este Hixem, que adoptó el sobrenombre de *Raxid*.

que cederle la corona. Queriendo ganar tiempo, fingió Mahdi entrar en negociaciones con él; pero como se prolongaban mucho, los obreros y los berberiscos, aburridos de su inacción, fueron a saquear e incendiar las tiendas del mercado de los guarnicioneros. Entonces los cordobeses empuñaron las armas, no para sostener a Mahdi, sino para preservar sus casas del pillaje, y bien pronto los soldados que el califa tuvo tiempo de reunir vinieron en su auxilio. El combate duró sin interrupción un día y una noche; pero a la mañana del viernes 3 de junio, los bereberes se vieron obligados a emprender la fuga en el mayor desorden. Parte de los cordobeses los persiguió hasta las orillas del Guadalmeyato; otros saquearon sus casas y se apoderaron de sus mujeres, ofreciéndose un premio a todo el que presentase la cabeza de un berberisco. El anticalifa Hixem y su padre cayeron prisioneros, y Mahdi los hizo decapitar.

En cuanto se rehicieron los berberiscos juraron vengarse del modo más ruidoso; pero tenían poca habilidad y no sabían cómo arreglarse. Afortunadamente para ellos, Zaui estaba allí. Oriundo de la dinastía Cinechita, que reinaba en la región de Africa de que era capital Cairauan, era más civilizado e inteligente que la mayoría de sus compañeros de armas, y comprendió que hacía falta ante todo oponer un competidor a Mahdi. Tenía a mano un Ommíada, Solimán, sobrino de Hixem, que después de haber tomado parte en la intentona de su tío, había huído con los bereberes. Zaui

propuso a sus camaradas que le reconociesen como califa; algunos se negaron, diciendo que Solimán era un buen hombre; pero que no tenía ni bastante energía para jefe de un partido, ni bastante experiencia para mandar un ejército. Otros no querían ningún jefe árabe. Para hacer adoptar su resolución, Zaui recurrió a un medio, nuevo sin duda para los berberiscos, aunque no lo sería para nosotros. Tomó cinco lanzas, y, reuniéndolas en un haz, se las dió al soldado que pasaba por tener más fuerza, diciéndole: "¡Intenta romperlo!" No habiendo podido conseguirlo el soldado, él continuó: "Desata la cuerda y rómpelas una a una." En un instante el berberisco las partió todas. "Que esto os sirva de ejemplo, berberiscos—añadió entonces Zaui—; unidos seréis invencibles; desunidos pereceréis, porque estáis rodeados de enemigos implacables. Pensad en el peligro, y comunicadme pronto lo que decidís." "Estamos dispuestos a seguir tus prudentes consejos—gritaron de todos partes—, y si hemos de sucumbir, no será al menos por nuestra propia culpa." "¡Pues bien continuó Zaui, tomando a Solimán de la mano—: jurad ser fieles a este coraixita! Nadie podrá acusaros de aspirar al gobierno de este país, y como es árabe, muchos de su nación se decidirán por él y por vosotros."

Cuando se hubo prestado juramento a Solimán y declaró este príncipe que adoptaba el sobrenombre de Mostain, Zaui habló de nuevo: "Las circunstancias—dijo—son graves; ante todo, es

preciso que nadie pretenda satisfacer su ambición, arrogándose un poder a que no tenga derecho. Que cada tribu elija un jefe, y que éste responda con su cabeza al califa de la fidelidad de su regimiento." Así se hizo, y, naturalmente, Zaui fué elegido por su tribu, por la de Cinecha (1). Desde el principio, Solimán no tuvo ninguna autoridad sobre los bereberes, que habían elegido sus jefes sin consultarle; no era más que un testaferro, y nunca fué otra cosa.

Después, los africanos marcharon a Guadalajara, y, habiéndose apoderado de esta ciudad, propusieron a Uadi que hiciese causa común con ellos, rogándole que les franqueara las puertas de Medinaceli; pero Uadi no escuchó sus proposiciones, y, habiendo recibido refuerzos de Mahdi, los atacó. Fué vencido; pero los bereberes no pudieron felicitarse de su victoria, pues Uadi les cortó los víveres, de suerte que durante quince días tuvieron que alimentarse de hierbas. Para salir de este apuro enviaron a Sancho, conde de Castilla, mensajeros que solicitasen su intervención, y le propusieron una alianza en el caso en que Mahdi y Uadi no quisieran la paz.

Llegados a la residencia del conde, los africanos se encontraron con otra embajada de Mahdi, el cual había ofrecido a Sancho caballos, mulas, dinero, trajes, piedras preciosas y otros presentes, y le había prometido muchas ciudades y for-

---

(1) Aben-al-Jatib, artículo sobre Zaui, man. G, fol. 133 v.

talezas en el caso de que se prestase a socorrer al califa de Córdoba. ¡Cuánto había cambiado todo en pocos meses! Ya no eran los musulmanes los que dictaban la ley a los príncipes cristianos; por el contrario, era el conde de Castilla quien iba a decidir de la suerte de la España árabe.

Bien informado del estado de los asuntos entre sus vecinos y de que el poder de Mahdi no pendía más que de un hilo, el conde prometió a los bereberes decidirse por ellos si se comprometían a cederle las fortalezas que le habían ofrecido los mensajeros de Mahdi, y cuando consintieron en ello, despidió a los otros embajadores y envió al campamento berberisco mil bueyes, cinco mil carneros y mil carros cargados de víveres. Pronto se hallaron los berberiscos en estado de emprender la campaña, y, habiéndoseles reunido el conde con sus tropas, tomaron el camino de Medinaceli.

Cuando llegaron cerca de esta ciudad, hicieron nuevas tentativas para atraerse a Uadi; pero tampoco lo consiguieron, y, pensando con razón que no debían perder tiempo, marcharon directamente sobre Córdoba—julio de 1009—; Uadi los siguió con su caballería y los atacó; pero después de perder a muchos de los suyos, vióse obligado a emprender la fuga, y llegó con cuatrocientos jinetes a Córdoba, donde se le reunió uno de sus lugartenientes con otros doscientos, que habían tenido también la fortuna de escapar de la carnicería.

Informado de que los berberiscos marchaban

contra la capital, Mahdi, después de haber puesto sobre las armas a todos los que se hallaban en estado de esgrimirlas, se había atrincherado en una explanada al este de Córdoba. Pero, en vez de esperar allí al enemigo, cometió la imprudencia de salir a su encuentro. Los dos ejércitos se hallaron frente a frente en Cantix—5 de noviembre de 1009—, y bastó un escuadrón de treinta berberiscos para introducir el desorden en las filas de la indisciplinada masa de sus contrarios. En precipitada fuga, burgueses, obreros y faquíes se derribaban unos a otros. Los bereberes y los castellanos los acuchillaban a centenares, y muchos murieron en las aguas del Guadalquivir. Se calculan en diez mil (1) los que perecieron en esta horrible matanza.

Uadi comprendió bien pronto que todo estaba perdido, y, acompañado de sus seiscientos jinetes, huyó al galope hacia el Norte. Por su parte, Mahdi se había refugiado en su palacio, donde fué sitiado poco después por los berberiscos. Creyó salvarse devolviendo el trono a Hixem II, y, sacándole de su prisión, le situó de modo que los berberiscos pudieran verle, enviándoles además el cadí Aben-Chacuan para decirles que vivía aún, que le consideraba como su señor y que él no era

(1) Este número se encuentra en los historiadores más antiguos y dignos de fe; a saber: en Ben-Hayan—*apud* Aben-Basam, t. I, fol. 8 r.—. Otros consignan veinte mil y aun treinta y seis mil.

más que su primer ministro. Los bereberes se rieron de este mensaje. "Ayer—respondieron al cadí—, Hixem estaba muerto, y tu emir y tú recitabais sobre su cadáver las oraciones fúnebres; ¿cómo ha de vivir hoy? Además, si es cierto lo que dices, nos alegramos de que viva Hixem; pero no le necesitamos, porque no queremos más califa que Solimán." En vano trató el cadí de excusar a su señor, y aun estaba hablando cuando los cordobeses, que temblaban ante el príncipe que amenazaba sus muros, salieron a su encuentro y le reconocieron por soberano.

Mientras Solimán hacía su entrada en la capital, los bereberes y los castellanos se entregaban a toda clase de excesos. Mahdi fué a ocultarse en la casa de un tal Mohámed de Toledo, que le proporcionó recursos para ganar esta ciudad, porque todas las fronteras, desde Tortosa hasta Lisboa, aun le eran adictas; así que cuando Sancho recordó a Solimán su promesa, éste se vió obligado a responder que en el acto no podía satisfacerle, porque él mismo no poseía aún las ciudades de que se trataba; pero se comprometió, por segunda vez, a entregárselas en cuanto estuvieran en su poder, y entonces Sancho abandonó Córdoba con sus huestes, enriquecidas a expensas de la ciudad—14 de noviembre de 1009—.

La suerte de Hixem no cambió. Solimán, después de obligarle a abdicar en favor suyo, le hizo encerrar nuevamente, mas accediendo al deseo de los antiguos servidores de los amiritas, mandó

enterrar, con las ceremonias acostumbradas, el cuerpo de Sanchol.

En tanto, Mahdi había llegado a Toledo, cuyos habitantes le dispensaron una excelente acogida. Solimán se puso en marcha para atacarle, y envió ministros de la religión a los toledanos para amenazarlos con su cólera si continuaban mostrándose rebeldes. Pero estas amenazas no surtieron efecto, y, no queriendo emprender el sitio de una ciudad tan fortificada como Toledo, esperando, además, que se sometería espontáneamente, cuando le diera ejemplo el resto del país, se dirigió contra Medinaceli. Durante su marcha, muchos eslavos vinieron a engrosar el ejército, y se apoderó de Medinaceli sin lucha, porque Uadi había evacuado esta ciudad y se había retirado a Tortosa. Desde allí escribió a Solimán para decirle que le reconocería con tal de que le permitiera permanecer donde estaba. No procedía así más que para librarse de las persecuciones de Solimán y ganar tiempo. Su astucia dió resultado; Solimán cayó en el lazo, y dejó a Uadi el gobierno de todas las fronteras.

Teniendo desde entonces las manos libres, Uadi se apresuró a concertar una alianza con dos condes catalanes, Raimundo de Barcelona y Armengol de Urgel, a los cuales prometió cuanto quisieron, después de lo cual marchó a Toledo, acompañado de un ejército catalán y del suyo, para unirse con las tropas de Mahdi. Solimán intimó entonces a los cordobeses para que tomasen las ar-

mas; pero como no obedecían más que a regañadientes a los africanos, se excusaron diciendo que no se hallaban en estado de combatir. Por lo demás, ya lo habían demostrado en Cantix, y los berberiscos, que preferían no tener en el ejército soldados de aquel temple, rogaron a Solimán que les dejase a ellos solos alcanzar la victoria. Solimán se persuadió, y habiendo avanzado hasta Acaba al-bacar, lugar situado a cuatro leguas de Córdoba (1), encontró al ejército de su adversario, formado por treinta mil musulmanes y nueve mil cristianos, en la primera mitad de junio de 1010. Sus generales le colocaron a retaguardia, indicándole que no abandonase su puesto, aunque los enemigos le pisoteasen. Después, atacaron a las tropas catalanas; pero conforme a la estrategia oriental, volvieron de pronto la espalda al enemigo, para reanudar en seguida impetuosamente a la carga. Desgraciadamente, Solimán, que recibía órdenes de sus capitanes, no comprendía su táctica; por lo cual, viendo retroceder a la vanguardia, no dudó de que había sido vencida, y creyendo que todo estaba perdido, huyó al galope, y los caballeros que le rodeaban siguieron su ejemplo. Los berberiscos, sin embargo, volvían a la carga, y atacaron al enemigo con tal furia que mataron sesenta jefes catalanes, entre ellos el

(1) Véase Edrisi, t. II, pp. 64 y 65. Hoy Castillo del Bacar.

conde Armengol de Urgel; pero cuando vieron que Solimán había abandonado su puesto, se retiraron a Zahra, con lo cual quedaron dueños del campo de batalla los catalanes. Así es como Solimán perdió, por su ignorancia y cobardía, la batalla de Acaba-al-bacar, batalla de que tal vez habría salido vencedor si hubiera comprendido la táctica de sus capitanes o, al menos, obedecido sus órdenes. Por lo demás, el triunfo fué alcanzado por los catalanes, pues las tropas de Mahdi y de Uadi parece que no tomaron parte muy activa en el combate.

Mahdi entró en Córdoba, y esta desdichada ciudad, saqueada seis meses antes por los castellanos y los berberiscos, fué saqueada nuevamente por los catalanes. Mahdi salió en persecución de los berberiscos, que marchaban hacia Algeciras, matando a todos los que encontraban y saqueando las ciudades; pero volvieron sobre sus pasos en cuanto supieron que sus enemigos los buscaban. El 21 de junio (1) vinieron a las manos ambos ejércitos en el sitio en que el Guadaira desemboca en el Guadalquivir, y esta vez los africanos obtuvieron una ruidosa venganza del descalabro sufrido en Acaba-al-bacar. El ejército de Mahdi fué derrotado; muchos capitanes eslavos y más de tres mil catalanes quedaron sobre el campo de batalla, ade-

---

(1) Esta fecha es la que consigna Nouairi. También se encuentra en un documento latino publicado en la *Esp. Sagrada*, t. XLIII, p. 156.

más del gran número de soldados que perecieron en las aguas del Guadalquivir (1).

Dos días después entraron en Córdoba los vencidos, y los catalanes, furiosos con su derrota, procedieron con una crueldad inaudita. Mataron especialmente a todos los que tenían algún parecido con los berberiscos; pero cuando Mahdi les rogó que marcharan de nuevo contra el enemigo, se negaron, diciendo que las pérdidas sufridas no se lo permitían. Salieron, pues, de Córdoba el 8 de julio, y a pesar de todo el daño que allí habían hecho, los habitantes los vieron partir con pena, porque aun les inspiraban más espanto las hordas berberiscas, de las cuales podían haberlos defendido los catalanes. "Después de la partida de los catalanes—dice un autor arábigo—, los habitantes de Córdoba, cuando se encontraban en la calle, se daban recíprocamente el pésame, como se da a los que han perdido la fortuna o la familia."

En tanto, Mahdi, que había impuesto a la ciudad una contribución extraordinaria, a fin de poder pagar sus tropas, se puso en marcha contra el enemigo. Pero después de la partida de los catalanes, su ejército había perdido el valor, y apenas habían andado siete leguas, cuando un terror pánico, ante la sola idea de tener que combatir dentro de poco a los terribles berberiscos, le hizo volver a Córdoba. Mahdi tuvo, por lo tanto, que

(1) "En las olas del mar", dice Nouairi. Sabido es que la marea llega hasta el sitio en que se había librado la batalla.

resignarse a esperar a los enemigos en la capital, haciéndola rodear de un foso y de una muralla; pero el destino quería que, en vez de caer por los berberiscos, cayera por los eslavos.

Algunos de éstos, entre los cuales figuraba en primer término Uadi, servían bajo sus banderas; pero otros, como Jairan y Anbar, eran del bando opuesto. Todos conocieron al fin que, para alcanzar el objeto de su ambición, es decir, el poder, la unión era necesaria, y resolvieron restaurar en el trono a Hixem II. Adoptado este plan, Uadi tuvo buen cuidado de fomentar el descontento de los habitantes de la capital. Hizo difundir los rumores más exagerados sobre la desarreglada vida del *bebedor*, y aun reprobando en público los desórdenes de los soldados, los favorecía en secreto. Cuando estos manejos quitaron al califa la poca popularidad que aun le quedaba, Jairan, Anbar y los demás generales eslavos del ejército de Solimán ofrecieron sus servicios a Mahdi, el cual se apresuró a aceptar su oferta; mas apenas entraron en Córdoba estos supuestos auxiliares, no tardó en advertir que tramaban su pérdida, y como no se hallaban en estado de resistirlos, decidió refugiarse por segunda vez en Toledo. Los eslavos se le adelantaron. El domingo 23 de julio de 1010 recorrieron a caballo las calles, gritando: "¡Viva Hixem II!"; y sacando a este príncipe de su prisión, le colocaron en el trono, cubierto con las regias vestiduras.

En aquel momento, Mahdi se encontraba en el

baño. Enterado de lo que ocurría, corrió al salón y fué a sentarse al lado de Hixem; pero Anbar le asió violentamente de un brazo y le obligó a sentarse enfrente de Hixem, el cual le reprendió en los términos más duros los daños que le había causado. En seguida Anbar le cogió nuevamente por el brazo, le arrastró hasta la plataforma y sacó la espada para cortarle la cabeza. Mahdi se defendió a brazo partido; pero, en el mismo instante, cayeron sobre él las espadas de otros eslavos. Poco después, su cadáver yacía en el mismo sitio en que diez y siete meses antes había hecho arrojar el de Ben-Ascalecha. Entronizado por una conspiración, otra conspiración le había privado del trono y de la vida.

XV (1).

Con un soberano tan débil como Hixem II, los eslavos eran omnipotentes. Así Uadi, que había quedado de primer ministro, pretendió gobernar a España como su patrono Almanzor. Desgraciadam nte para él, las circunstancias habían cambiado mucho, y Uadi no era Almanzor. Cierto que al principio no encontró oposición en la capital. La cabeza de Mahdi fué paseada por las calles sin que se oyera ni un murmullo, porque nadie se

(1) Nouairi, pp. 484-6; Ben-al-Atir, en el año 400; Aben-Hayan, *apud* Aben-Basan, t. I, fol. 8 v.; Rodrigo de Toledo, capítulos 36-39.

compadecía de aquel tirano; pero Uadi, que se había lisonjeado con la esperanza de que los berberiscos reconocerían también al soberano, a quien él había devuelto la corona, pronto pudo persuadirse de que tal confianza era quimérica, porque cuando les envió la cabeza de Mahdi, rogándoles que se sometieran a Hixem, fué tan viva su indignación que, si Solimán no se hubiese interpuesto para salvar la vida a los mensajeros, éstos habrían sido asesinados. El mismo Solimán vertió lágrimas a la vista de la cabeza de su pariente; la hizo limpiar y se la envió a Obaidala, el hijo de Mahdi, que se hallaba en Toledo.

Desengañado respecto a los bereberes, Uadi comprendió pocos después que tenía enemigos en la misma ciudad. Algunos omeyas, que no querían la dominación eslava y que creían velar por sus propios intereses sirviendo los de Solimán, avisaron secretamente a este último que avanzase el 12 de agosto hasta las puertas de la capital, y que ellos se le entregarían. Solimán prometió hacerlo; pero informado Uadi del complot por Jairan y Anbar, mandó detener a los conspiradores, y cuando Solimán se presentó el día prefijado bajo los muros de la ciudad, fué atacado bruscamente y obligado a emprender una fuga precipitada.

Esperando que este descalabro hubiese hecho más tratables a los berberiscos, Uadi volvió a entablar negociaciones con ellos; pero no dieron resultado, y, en tanto, Solimán pidió auxilio a su antiguo aliado Sancho de Castilla, ofreciendo ce-

derle las fortalezas que Almanzor había conquistado. No se sabe si eran las mismas que le había prometido antes; pero lo cierto es que el conde halló entonces el modo de extender su territorio sin tomarse el trabajo de hacer una expedición a Andalucía. Como las fortalezas en cuestión no se hallaban en poder de Solimán, sino en el de Wadhid, participó a este último que, si no se las cedía, iría con los castellanos a socorrer a los berberiscos. El asunto pareció tan importante a Uadi, que no se atrevió a contraer la responsabilidad de acceder ni de negarse. Convocó, por lo tanto, a los personajes importantes, y, comunicándoles el mensaje de Sancho, les preguntó su parecer. El temor de ver a los berberiscos reforzados por los castellanos hizo enmudecer la conciencia del honor nacional, y respondieron que, en opinión suya, debía acederse a la demanda. En el mes de agosto o septiembre de 1010, Uadi concertó un tratado con Sancho, y al decir de los escritores árabes, le entregó más de doscientas fortalezas, entre las cuales citan los cronistas cristianos (1) las de San Esteban, Coruña del Conde, Gormaz y Osma. Este ejemplo fué contagioso; viendo que para obtener plazas fuertes bastaba con algunas amenazas y palabras mayores, otro conde las pidió a su vez, anunciando que, si no se las daban, iría en el acto a reunirse con Solimán. Tampoco se atrevieron a negárselas. De este modo, el imperio musulmán,

(1) *Ann. Compost.*, *Chron. de Cardeña.*

preso de la guerra civil y reducido a la más completa impotencia, se deshacía a pedazos. ¿Se felicitarían aún los cordobeses de la caída de los amiritas, como en el día funesto en que saludaron con irreflexivo entusiasmo el rápido triunfo de la revolución? Nos permitimos dudarlo; pero cualesquiera que fuesen sus sentimientos en aquella época, ya no podían volver atrás. En tales circunstancias, tenían que resignarse a bajar la cabeza ante los enemigos de su religión, a sufrir el amo que los eslavos o berberiscos quisieran imponerles, a ser maltratados y saqueados por unos o por otros; en una palabra: a aceptar todas las consecuencias a que se exponen los pueblos que, sin marchar hacia un objeto claramente definido, sin tener una sana y grande idea política o religiosa que realizar, se lanzan aturdidamente en el torbellino de las revoluciones.

Sin embargo, por de pronto, no fueron ellos los que sufrieron más con la ferocidad de los berberiscos. Después de sitiar a Córdoba durante mes y medio, se dirigieron contra Zahra, de la cual se apoderaron tan sólo en tres días de asedio, gracias a la traición de un oficial que les entregó una de las puertas de la población—4 de noviembre de 1010—. Inmediatamente comenzó la carnicería, y si los cordobeses hubieran dudado de la suerte que los berberiscos les tenían reservada, lo ocurrido en Zahra los habría desengañado respecto a esto. Casi todos los soldados de la guarnición fueron degollados. Los habitantes se habían

refugiado en la mezquita; pero la santidad del lugar no impuso a los berberes. Hombres, mujeres, niños, fueron degollados sin distinción. Después de haber saqueado la ciudad, la incendiaron, y aquella residencia, una de las más suntuosas de Europa, se convirtió en lo que Zahira, antes su rival en hermosura; es decir, en un montón de escombros.

Durante todo el invierno, parte del ejército africano saqueó las inmediaciones de Córdoba, impidiéndole surtirse de víveres. Despojados de cuanto poseían los aldeanos, afluían en masa a la ciudad, y su número excedió bien pronto al de vecinos; pero como las subsistencias alcanzaban un precio excesivo, era imposible mantenerlos, y la mayoría murieron de hambre. El mismo Gobierno estaba en la mayor penuria, y para procurarse un poco de dinero, Uadi se vió obligado a vender gran parte de la biblioteca de Alhaquen II (1). Al mismo tiempo, otras bandas recorrían las provincias. Las poblaciones más importantes cayeron en sus manos, y de ordinario sufrieron sus habitantes la misma suerte que los de Zahra. España presentaba por doquiera el espectáculo más doloroso. Los pueblos estaban desiertos, y durante días enteros se podían recorrer los caminos, antes más frecuentados, sin encontrar alma viviente.

Durante el estío de 1011, la miseria de España en general, y especialmente la de Córdoba, fué en

(1) Macari, t. I, p. 250.

aumento. Esta desventurada ciudad, asolada por la peste (1), parecía complacerse en agravar sus males con la discordia. Los soldados atribuían a Uadi las calamidades que sufrían, y el general eslavo Aben-abi-Uada, enemigo personal del ministro, fomentaba el descontento. Ultrajado en público y convencido de que su situación era insostenible, Uadi encargó a un tal Aben-Becr que hiciese proposiciones de paz a Solimán. Este paso produjo la más viva indignación. Cuando Aben-Becr, que había celebrado una conferencia con el anticalifa, estuvo de vuelta y se presentó en la sala del consejo, los soldados se precipitaron sobre él y, sin darle tiempo a comunicar la respuesta, le asesinaron en presencia del califa y de Uadi. Este último resolvió entonces refugiarse entre los bereberes; pero Aben-abi-Uada, que había sospechado el proyecto, le impidió ejecutarlo. Reuniendo a sus soldados, penetró en el palacio del ministro. "¡Miserable—exclamó—, has derrochado el dinero que tanto necesitamos! ¡Has querido hacernos traición y entregarnos a los berberiscos!" Y le hirió con su espada; sus soldados hicieron lo mismo, y poco después paseaban su cabeza por las calles y saqueaban las viviendas de sus partidarios, mientras yacía su cadáver en el mismo sitio que los de Mahdi y Ben-Ascalecha —16 de octubre de 1011—.

---

(1) Abem-Hazm, *Tratado del amor,* fol. 106 r.; cf. Rodrigo, c. 38.

Aun transcurrió año y medio antes de que los enemigos viniesen a ahorrar a los eslavos y a los cordobeses el trabajo de exterminarse mutuamente. En aquel intervalo, Aben-abi-Uada gobernó la ciudad con mano fuerte y con severidad inexorable. El clero le secundaba activamente, proclamando que la guerra contra los berberiscos era una guerra santa. Alguna vez, los de dentro conseguían algunas ventajas. En mayo de 1012, un ilustre guerrero berberisco cayó en sus manos. Era Hobasa, sobrino de Zaui. Hiriendo a diestro y siniestro, se había arrojado en lo más fuerte de la pelea, cuando se aflojó la cincha de su caballo; y al inclinarse para apretarla, un eslavo cristiano le derribó de una fuerte lanzada. Otros eslavos le remataron. Su hermano Habus intentó disputar su cadáver a los enemigos; pero éstos le rechazaron, después de un encarnizado combate. Los eslavos llevaron en triunfo la cabeza de Hobasa a palacio, y abandonaron su cuerpo a los insultos del populacho, que, después de mutilarle y arrastrarle por las calles, lo entregó a las llamas. Los bereberes estaban furiosos. "¡Vengaremos a nuestro capitán—gritaban—, y no tendremos bastante con derramar la sangre de todos los cordobeses, pues aún no estará vengado!" (1). Redoblaron, pues, sus esfuerzos; pero la desesperación prestó a los cordobeses fuerzas sobrehumanas, y Aben-abi-Uada hizo una salida tan vigorosa que obli-

(1) Aben-al-Jatib, artículo sobre Hobasa, man. G, folio 124 r.

gó a los adversarios a levantar el sitio. Logró también arrojarlos de Sevilla; pero no pudo impedirles que se apoderasen de Calatrava, y poco después se presentaron de nuevo ante los muros de la capital. A pesar de la desesperada resistencia de los cordobeses, lograron cegar el foso, lo cual les permitió apoderarse de la parte oriental de la población. La fortuna pareció favorecer una vez más a los cordobeses, pues obligaron a sus enemigos a evacuar el barrio de que se habían hecho dueños; pero fué su último triunfo. El domingo 19 de abril de 1013, los berberiscos entraron en la ciudad por la puerta del barrio de Secunda, que les franqueó un oficial que se había vendido.

Córdoba pagó su larga resistencia con un torrente de sangre. Habiéndose retirado los eslavos, una vez perdida toda esperanza, los berberiscos recorrieron las calles lanzando gritos feroces, saqueando aquí, violando allá y exterminando en todas partes. Los hombres más inofensivos caían víctimas de su ciego furor. Unas veces era el anciano Said aben-Mondir, prior de la mezquita principal en tiempo de Alhaquen II y renombrado por su devoción y virtud (1); otras, el infortunado Meruan, perteneciente a la noble familia de los Beni-Hodair, que había perdido la razón a consecuencia de un amor desgraciado (2). En otra parte yacía el cuerpo del sabio Aben-al-Faradi, autor de un precioso diccionario biográfico y cadí

(1) Aben-Hazm, *Tratado del amor*, fol. 38 r. y v.
(2) Idem íd., fol. 96 r.

de Valencia en el reinado de Mahdi. El voto hecho en un momento de entusiasmo religioso se había cumplido; había alcanzado la palma del martirio (1). Las víctimas fueron tan numerosas, que ni aun se intentó contarlas. Pronto el incendio iluminó con sus siniestros fulgores tan horribles escenas. Los más suntuosos palacios fueron presa de las llamas. "Al fin he sabido—escribió más adelante Aben-Hazm (2)—lo que ha sido de mi soberbio palacio en Bilat Mogit. Un hombre que venía de Córdoba me lo ha referido, diciéndome que no quedan más que ruinas. ¡Ay! También sé lo que ha sido de mis mujeres: unas yacen en la tumba, otras llevan una vida errante en comarcas lejanas."

Al segundo día de la rendición de la ciudad, Solimán fué a tomar posesión del palacio del califa. Todos los cordobeses que, por una casualidad cualquiera, se habían librado de la espada de los berberiscos, fueron a colocarse a su paso. Aunque asustados y doloridos hasta el fondo del alma por los horribles espectáculos que habían desfilado ante sus ojos, se esforzaban en gritar: "¡Viva el califa!" Pero Solimán supo aprovechar en su justo valor este entusiasmo ficticio. "Me desean larga vida—dijo, valiéndose de las palabras de un antiguo poeta—; pero me matarían si me tuviesen en su poder" (3).

(1) Aben-Basam, t. I, fol. 161 r.; Macari, t. I, p. 546.
(2) Véase su *Tratado del amor*, fol. 87 r., 88 r.
(3) Ben-al-Abar, p. 164.

Una vez en palacio mandó venir a Hixem II.

—¡Traidor!—exclamó—. ¿No habías abdicado en favor mío y me habías prometido no pretender el trono? ¿Por qué has faltado a tu palabra?

—¡Ay!—respondió el pobre hombre juntando las manos—; bien sabes que no tengo voluntad y que no hago más que lo que me ordenan. Pero te suplico que me perdones, porque declaro de nuevo que abdico y te nombro mi sucesor.

Respecto a los bereberes, se establecieron al principio en Secunda; pero, tres meses después, todos los habitantes de Córdoba, excepto los que vivían en el arrabal oriental y en el barrio denominado de la ciudad, fueron desterrados y confiscados sus bienes en provecho de los vencedores, quienes ocuparon las casas que se habían librado del incendio (1).

XVI (2)

Desde el comienzo de la guerra civil, muchos gobernadores se habían hecho independientes, y la toma de Córdoba por los berberiscos asestó el último golpe a la unidad del imperio. Los generales

(1) Abd-al-uahid, p. 28; Aben-Hazm, fol. 102 r.; Aben-Basam, t. III, fols. 1 y sigs.

(2) Aben-Hayan, *apud* Aben-Basam, t. I, fols. 6 v., 7 r. y v., 22 v., 24 r., 120 r., 122 v., 127 v., 129 r., 9 r. y v.; Macari, t. I, pp. 315-319; Abd-al-uahid, pp. 35-38; Ben-al-Atir, en el año 407; Nouairi, pp. 486-490; Aben-al-Jatib, artículo sobre Ali aben-Hamud, man. E; Ben-al-Abar, pp. 160 y 161. Compárese con Rodrigo, c. 40-44, y con mis *Investigaciones*, tomo I, pp. 238-241.

eslavos se apoderaron de las grandes ciudades del Este; los jefes berberiscos, a quienes los amiritas habían dado feudos o provincias que gobernar, gozaban de una independencia absoluta, y las pocas familias árabes que aun eran bastante poderosas para hacerse valer, no obedecían tampoco al nuevo califa; de suerte que la autoridad de éste no se extendía más que a cinco ciudades importantes: Córdoba, Sevilla, Niebla, Ocsonoba y Beja.

Había pocas probabilidades de que las cosas cambiaran. Los bereberes se habían apresurado a gozar las riquezas adquiridas en el saqueo de la capital y de otras muchas ciudades, y el mismo Solimán, aunque obligado a hacer la guerra durante cuatro años, no era belicoso. Por un extraño contraste, este jefe de las feroces hordas que habían asolado el imperio era un hombre recto, dulce y generoso. Aficionado a las letras, hacía buenos versos, y ponía en el amor una ternura, una sumisión y una galantería completamente caballerescas. Lo que más deseaba era contribuir, en lo que de él dependiera, a que sucediese la calma a la tempestad. Desgraciadamente, las crueldades de sus tropas, de las cuales había sido testigo sin poderlo impedir—porque los capitaneaba tan sólo a condición de dejarlas hacer su voluntad—, le habían hecho sumamente impopular. Para los andaluces era un hombre sin ley ni fe, un impío, un incrédulo, un usurpador, colocado en el trono por los berberiscos y por los cristianos del Norte, es decir, por los dos pueblos que les inspiraban

horror; y cuando cometió la imprudencia de enviar a las diferentes ciudades cartas en que les anunciaba que las trataría como a Córdoba si se negaban a reconocerle, se elevó contra él un concierto de maldiciones (1). "¡Que Dios no se apiade de vuestro Solimán—decía un poeta—, porque ha hecho todo lo contrario que aquel de quien habla la Escritura (2). El uno encadenaba a los demonios; el otro, los ha soltado, y, desde entonces, se han esparcido en su nombre por nuestro país, para exterminarnos y saquear nuestras moradas." "He hecho juramento—añadía—de hundir mi espada en el pecho de los tiranos y de devolver a la religión su esplendor perdido. ¡Ah, qué extraño espectáculo! ¡He aquí un descendiente de Abd-Xams, que se ha hecho berberisco y que ha sido coronado a despecho de la nobleza! Pues bien: puesto que puedo elegir, no quiero obedecer a monstruos. Me entrego a la decisión de la espada; si perecen, la vida tendrá de nuevo encantos para mí; y si quiere el destino que sea yo quien sucumba, tendré al menos la satisfacción de no ser testigo de sus maldades" (3).

Tales eran los sentimientos de los andaluces y también los de los eslavos, que en las oraciones públicas continuaban pronunciando el nombre de Hixem II, aunque Solimán les suplicaba a veces

(1) Aben-Basam, t. I, fol. 6 r. y v.
(2) Sabido es que Solimán es la forma árabe de Salomón.
(3) Macari, t. I, p. 280.

que lo sustituyeran por el suyo, asegurándoles que se conformaría con esta especie de homenaje sin exigir nada más (1). Y, sin embargo, no estaban seguros de que Hixem vivía aún. Circulaban los rumores más contradictorios respecto a la suerte de este monarca; unos decían que Solimán le había hecho matar; otros, que estaba encerrado en un calabozo de palacio. Esta última versión producía más crédito, porque cuando un usurpador daba muerte a aquel a quien había destronado, solía enseñar su cadáver al pueblo de la capital, y Solimán no había enseñado a nadie el de Hixem (2). Los eslavos continuaban, pues, combatiendo en nombre de este monarca. El más poderoso de ellos era Jairan; cliente de Almanzor y nombrado por éste gobernador de Almería (3), había emprendido la fuga cuando los bereberes entraron en Córdoba; mas, perseguido por ellos, tuvo que aceptar el combate. Abandonado por sus huestes, que habían emprendido la fuga, y acribillado de heridas, le habían dejado por muerto en el campo de batalla; pero habiendo recobrado fuerzas para poder andar, volvió a Córdoba, donde un amigo que tenía entre los vencedores le dió después de su curación hospitalidad y dinero, con el cual pudo Jairan volver al Este. Entonces muchos eslavos de Andalucía se alistaron bajo sus banderas, y después de un sitio de veinte días, se apoderaron de Al-

(1) Aben-Basam, t. III, fol. 5 r.
(2) Véase *Abad*, t. I, p. 222.
(3) Macari, t. I, p. 102.

mería. Además, halló un poderoso aliado en un general de Solimán llamado Alí-aben-Hamud. Descendía del yerno del profeta; pero como su familia se había establecido en Africa hacía dos siglos, estaba berberizada, y él mismo hablaba muy mal el árabe. Gobernador de Ceuta y de Tánger, mientras su hermano Casim lo era de Algeciras, era casi independiente en su provincia; sin embargo, su ambición no estaba satisfecha, pues era tal que sólo podía contentarse con el trono. Para alcanzarlo no había más medio que concertar una alianza con los esclavos, y al efecto se dirigió a Jairan. Para atraérsele, inventó un cuento bastante extraño. Pretendió que Hixem II había leído en un libro de profecías que, después de la caída de los ommíadas, reinaría en España un Alida cuyo nombre comenzaría por *ain*, y añadía: "Hixem oyó hablar de mí después de la toma de Córdoba, y desde su prisión me envió uno que me dijera: "Tengo el pre- "sentimiento de que el usurpador ha de quitarme "la vida; te nombro, pues, mi sucesor, y dejo a tu "cargo el vengarme." Muy satisfecho con semejante auxiliar, y convencido de que Hixem II vivía aún, Jairan aceptó esta versión sin discutirla; y como Alí le prometía que si encontraban de nuevo a Hixem le restaurarían en el trono, se comprometió por su parte a reconocer a Alí en el caso de que se probase que Hixem había muerto.

Convenidas estas condiciones, Alí cruzó el Estrecho y rogó a Amir-aben-Fotuh, gobernador de Málaga, que le entregase esta ciudad. Cliente de un

cliente ommíada, y, por lo tanto, bien dispuesto a hacer causa común con los eslavos, Amir tenía, además, quejas personales contra los berberiscos, porque uno de sus jefes le había arrebatado Ronda (1). Accedió, pues, a la demanda de Alí, el cual se dirigió en seguida a Almuñécar, donde se reunió con Jairan para marchar contra Córdoba. Alí no contaba solamente con los eslavos, sino también con gran parte de los berberiscos, que, en general, hacían poco caso de Solimán. Le habían proclamado califa porque de pronto necesitaban un pretendiente, y le habían encontrado allí por azar; mas como, a su parecer, era demasiado blando y no poseía talentos militares, únicos que ellos podían aquilatar, no les inspiraba más que desprecio. Alí, por el contrario, les infundía respeto por su valor y le miraban como a un compatriota. Unase a esto que Zaui, el más poderoso de sus jefes, que era entonces gobernador de Granada y que había entronizado a Solimán, profesaba un odio inveterado a todos los ommíadas, porque la cabeza de su padre, Ziri—que había muerto en Africa en un combate contra los partidarios de esta dinastía—, había sido clavada en los muros del alcázar de Córdoba, donde había permanecido hasta la época en que él y los suyos tomaron y saquearon dicha capital. Era un insulto que jamás había perdonado a los ommíadas (2); así que se decidió por Alí desde

(1) Véase *Abad,* t. II, p. 214.

(2) Compárese Aben-Jaldun, *Historia de los berberiscos,* tomo II, pp. 8 y 61, con Ben-Hayan, *apud* Aben-Basan, tomo I, fol. 122 r.

que éste levantó bandera de rebelión. Su ejemplo ejerció gran influencia en la conducta de los demás berberiscos. Los que Solimán envió contra su competidor se dejaron vencer. "Emir—le dijo entonces un general berberisco—, si quieres conseguir la victoria, es preciso que te pongas al frente de nuestro ejército." Consintió en ello, pero cuando se hallaron cerca del campamento enemigo, cogieron su mulo por la brida y le entregaron a su adversario.

El domingo 1.° de julio de 1016, Alí y sus secuaces hicieron su entrada en la capital. El primer cuidado de Jairan y de los eslavos fué buscar a Hixem II; pero con gran satisfacción de Alí, sus pesquisas resultaron inútiles. Alí preguntó a Solimán en presencia de los visires y de los ministros de la religión qué había sido de Hixem. "Ha muerto—respondió Solimán, sin dar, según parece, detalles más precisos. "En este caso—replicó Alí—, dime dónde está su tumba." Solimán les indicó una, y cuando la abrieron, desenterraron un cadáver, que Alí mostró a un servidor de Hixem, preguntándole si era el de su dueño. Este criado, que, según se asegura, sabía que Hixem vivía aún, pero que había sido intimidado por Alí, respondió afirmativamente a esta pregunta, y en prueba de ello hizo notar un diente negro en la boca del cadáver, asegurando que Hixem había tenido uno así. Su testimonio fué confirmado por el de otras personas que querían insinuarse en favor de Alí o que temían desagradarle; de suerte

que los eslavos se vieron obligados a admitir que el soberano legítimo había muerto y a reconocer a Alí por sucesor. Respecto a Solimán, Alí dió orden de matarle, lo mismo que a su hermano y a su padre; pero cuando llevaban este último al suplicio, Alí le preguntó:

—Vosotros disteis muerte a Hixem, ¿no es cierto?

—No—le respondió este piadoso septuagenario, que, absorto en ejercicios espirituales, no se había mezclado para nada en los acontecimientos políticos—; tan cierto como Dios me oye, no hemos matado a Hixem. Vive todavía...

Sin darle tiempo a decir más, Alí, temiendo que hiciese revelaciones peligrosas, hizo señal al verdugo para que le cortase la cabeza (1). Después hizo enterrar de nuevo y con regios honores el cadáver que pasaba por el de Hixem II.

¿Había muerto efectivamente este monarca? El espíritu de partido ha echado un velo espeso y casi impenetrable sobre este asunto. Cierto que Hixem no reapareció, y que el personaje que en lo sucesivo se presentó como él era un impostor. Mas, por otra parte, nunca se ha probado suficientemente que Hixem fuera muerto por Solimán o que hubiese fallecido de muerte natural durante el reinado de este príncipe, y los clientes ommíadas que le habían conocido afirman que el ca-

(1) Estos detalles importantes se hallan en Aben-Hayan y en Ben-al-Atir. Abulfeda—t. III, p. 28—ha copiado a este último autor.

dáver desenterrado por orden de Alí no era el suyo. Cierto que el mismo Solimán había declarado delante de los hombres más considerados de Córdoba que Hixem había dejado de existir; pero su testimonio nos parece sospechoso, y puede que Alí le hubiera prometido que, si hacía esta declaración, le perdonaría la vida. Por otra parte, Solimán no era sanguinario, y no es de presumir que hubiera cometido un crimen ante el cual hasta el feroz Mahdi había retrocedido. Debe notarse también que si Hixem hubiese muerto durante su reinado, habría enseñado a los cordobeses el cadáver de este monarca, como exigían la costumbre y su propio interés. Pretenden los clientes ommíadas (1) que menospreciaba demasiado a los cordobeses para hacerlo; pero olvidan que no despreciaba a los eslavos, pues hacía todo lo posible para que le reconocieran, y el mejor medio para lograrlo habría sido persuadirles de la muerte de Hixem. Además, tenemos el testimonio del anciano padre Solimán, que, a pesar de la afirmación contraria de su propio hijo, tomaba a Dios por testigo de que Hixem vivía aún. ¿Mentiría este piadoso anciano en el momento en que iba a comparecer ante el tribunal de Dios? No lo creemos.

Todas estas razones nos inducen a suponer que había algo de verdad en los relatos de las mujeres y de los eunucos del serrallo, los cuales afir-

---

(1) *Abad*, t. I, p. 222.

maban que Hixem había logrado evadirse de palacio durante el reinado de Solimán, y que, después de permanecer oculto en Córdoba, donde se había ganado la vida como un obrero, se había ido al Asia. ¿Había favorecido Solimán su evasión después de hacerle jurar que no le inquietaría? ¿Quedó en relaciones con él y sabía dónde estaba? Cuestiones son éstas que sugieren las palabras del padre de Solimán, pero a las cuales no podemos dar una respuesta positiva. Sin embargo, no nos parece imposible que Hixem, cansado de que su nombre sirviese de grito de combate a ambiciosos que no le dejaban ni una sombra de poder, fuera a ocultarse en un obscuro rincón del Asia y que terminara allí, desconocido y tranquilo, una vida llena de tormentos y dolores.

Sea lo que sea, Alí reinaba ahora y parecía que iba a inaugurarse una era mejor.

Aunque medio berberisco, el fundador de la dinastía Hamudita se declaró desde el principio por los andaluces. Prestaba atento oído a los cantos de sus poetas, aunque apenas los comprendía; daba audiencia a cuantos querían hablarle, y se oponía con la mayor firmeza a las exacciones de los berberiscos. Castigaba con inexorable rigor sus menores delitos contra la propiedad. Un día, por ejemplo, encontró a uno que llevaba sobre la silla una cesta llena de racimos. Le detuvo y le preguntó quién le había dado aquella fruta. Un poco asombrado de la pregunta, el jinete le res-

pondió descuidadamente: "Los encontré de mi gusto y los he cogido." Pagó su latrocinio con la cabeza. Alí meditaba una gran medida: quería devolver a los cordobeses todo lo que los berberiscos les habían arrebatado durante la guerra civil. Desgraciadamente para los habitantes de la capital, la ambición de Jairan le obligó a cambiar de pronto de conducta.

Al principio, Jairan le había servido con celo. En su provincia había hecho prender y castigar a los que intrigaban en favor de los ommíadas (1), y, si hubiera persistido en defender la causa de Alí, la calma no habría tardado en renacer. Pero aspiraba a desempeñar el papel de Almanzor, y, como conocía que Alí no era hombre capaz de contentarse con el de Hixem II, concibió el proyecto de restaurar la antigua dinastía, a condición de reinar en su nombre. Buscó, por lo tanto, un pretendiente, y en el mes de marzo de 1017 (2) lo halló en la persona de un bisnieto de Abderrahman III, que llevaba el mismo nombre que su bisabuelo y vivía en Valencia (3). Muchos andaluces le prometieron su apoyo. También figuraba en este número Mondir, gobernador de Zaragoza, perteneciente a la familia de los Beni-Haxim, que, en efecto, marchó al Mediodía, acompañado de su

(1) Aben-Hazm, en mi Catálogo, t. I, p. 225.
(2) Macari, t. I, p. 315, l. XIX. Las mismas palabras figuran en Aben-Hayan.
(3) Aben-Hazm, *loco laudato.*

aliado Raimundo, conde de Barcelona. Traicionado así por el partido que él favorecía, y conociendo que el pueblo de la capital deseaba también el restablecimiento de los Ommíadas en el trono, Alí se creyó obligado a tratar con rigor a los mismos que había protegido hasta entonces y a echarse en brazos de los bereberes a quienes había perseguido. Dejólos en libertad para tratar a Córdoba como país conquistado, y él mismo les dió el ejemplo. Para proporcionarse dinero impuso contribuciones extraordinarias, y haciendo prender a gran número de personajes, entre los cuales figuraba Aben-Chauar, uno de los miembros más considerados del Consejo de Estado, no les devolvió la libertad hasta que les sacó sumas enormes. Unió a la injusticia el ultraje, porque en el momento en que salían de la prisión y uno de sus criados les llevaba cabalgaduras, dijo: "Ellos pueden muy bien volver a pie a sus casas; que lleven esas mulas a mis caballerizas." Ni siquiera fueron respetados los bienes de las mezquitas, procedentes de legados piadosos. Sirviéndose, al efecto, de la mediación de un faquí de alma envilecida llamado Aben-al-Chayar, Alí obligó a los tesoreros a entregárselos (1). Un sombrío terror reinaba en Córdoba, convertida en un hormiguero de policías, espías y delatores. No había justicia. Mientras Alí había protegido a los andaluces, los jueces habían mostrado gran parcialidad por ellos; pero era tan-

(1) *Ben-Hayan, apud* Aben-Basam, t. III, fol. 141 r.

ta su complacencia para con los que ejercían el poder, que a la sazón no hacían ningún caso de las quejas dirigidas contra los berberiscos por justas que fuesen. Otras muchas personas se habían vendido igualmente al monarca. "La mitad de los habitantes—dice un historiador contemporáneo—vigilaba a la otra mitad." Las calles permanecían desiertas; no se veía en ellas más que a los infelices considerados como sospechosos, que eran llevados a la cárcel. Los que aun no habían sido presos se ocultaban en los subterráneos y esperaban la noche para salir a comprar alimentos. En su odio contra los andaluces, Alí juró hasta destruir la capital, después de haber exterminado o desterrado a sus habitantes. La muerte le dispensó de cumplir su juramento. En el mes de noviembre de 1017 había ido hasta Guadix para combatir a los rebeldes; pero las lluvias le obligaron a retroceder. Estaba ya en abril de 1018, y habiendo sabido que los aliados habían avanzado hasta Jaén, anunció para el 17 una gran revista, después de la cual saldría a campaña; pero en balde le esperaron los soldados en el día prefijado; cuando los oficiales volvieron a palacio para informarse del motivo de su ausencia, le encontraron asesinado en el baño.

Este crimen había sido cometido por tres eslavos de palacio, que habían estado antes al servicio de los ommíadas. No tenían ningún agravio personal contra el soberano, gozaban de su confianza y de su favor, y no parece tampoco que se

hubiesen dejado sobornar por Jairan o por los cordobeses. Al menos, cuando más adelante fueron encarcelados y condenados a la última pena, negaron constantemente que nadie les hubiera inspirado aquel designio. Por tanto, todo induce a creer que cuando resolvieron matar a su dueño querían librar al país de un déspota, cuya tiranía había llegado a ser insoportable.

Sea lo que fuere, la muerte de Alí causó gran alegría en la capital. Sin embargo, no tuvo por consecuencia la caída de los Hamuditas. Alí había dejado dos hijos, de los cuales el mayor, llamado Yahya, era gobernador de Ceuta, y además un hermano, Casim, gobernador de Sevilla. Algunos berberiscos querían entronizar a Yahya; pero otros les advirtieron que era mejor elegir a Casim, que estaba más cerca. Su opinión prevaleció, y seis días después de la muerte de su hermano, Casim hizo su entrada en la capital, donde le prestaron juramento.

Por su parte, Jairan y Mondir habían convocado para el 30 de abril a todos los jefes con los cuales creían poder contar. La asamblea, que era numerosa, y de la cual formaban parte muchos eclesiásticos, resolvió que el califato fuese electivo, y ratificó la elección de Abderrahman IV, que tomó el título de Mortada. Hecho esto, marcharon contra Granada, y una vez ante esta ciudad, Mortada escribió a Zaui en los términos más corteses intimándole a reconocerle como califa. Cuando oyó la lectura de esta carta, Zaui ordenó a su secretario

que escribiese sobre el reverso la sura 109 del Corán, concebida en estos términos:

"¡Oh, infelices! No adoraré lo que adoráis, ni vosotros adoraréis lo que yo adoro; no adoro lo que adoráis, y vosotros no adoráis lo que yo adoro. Tenéis vuestra religión, y yo la mía."

Cuando recibió esta respuesta, Mortada dirigió a Zaui una segunda ep|stola, llena de amenazas, en la cual le decía entre otras cosas: "Marcho contra ti, acompañado de multitud de cristianos y de todos los valientes de Andalucía. Por lo tanto, ¿qué vas a hacer?" La carta terminaba con estos versos: "Si estás con nosotros, tu suerte será feliz; pero si estás contra nosotros, será deplorable."

Zaui le respondió, citando la sura 102, concebida así:

"El deseo de aumentar el número de los vuestros os preocupa, y visitáis hasta los cementerios para contar los muertos (1); cesad de hacerlo; después conoceréis vuestra locura. Por última vez, dejad de hacerlo; después conoceréis vuestra locura. Dejad de hacerlo; si tuvierais la verdadera sabiduría, no obraríais así. Ciertamente que veréis el infierno; por última vez, le veréis con vuestros propios ojos. Entonces se os pedirá cuenta de los placeres de este mundo."

---

(1) Véase la explicación de estas palabras en una nota de Sale, en su traducción inglesa del Corán.

Exasperado por esta respuesta, Mortada resolvió recurrir a las armas. Sin embargo, Jairan y Mondir se habían dado cuenta de que no era el califa el que les convenía. Se preocupaban muy poco, en el fondo, de los derechos de la familia ommíada, y si combatían por un Omeya era a condición de que se dejara gobernar por ellos. Mortada era demasiado altivo para aceptar semejante papel; no se contentaba con una sombra de autoridad, y en vez de conformarse con la voluntad de sus generales, quería imponerles la suya. Desde entonces, ellos decidieron traicionarle, y habían prometido a Zaui que abandonarían a Mortada en cuanto se entablase la lucha.

Sin embargo, no lo hicieron y se batieron durante varios días consecutivos. Al fin, Zaui rogó a Jairan que realizase su promesa: "Hemos tardado en cumplirla—le respondió Jairan—para que te formes una idea exacta de nuestras fuerzas y de nuestro valor. Si Mortada hubiera sabido conquistarnos, ya habría alcanzado la victoria. Pero mañana, cuando despliegues tus tropas en orden de batalla, le abandonaremos."

A la mañana siguiente, Jairan y Mondir volvieron, en efecto, la espalda al enemigo. No todos sus oficiales aprobaron su conducta; al contrario, muchos se indignaron vivamente, entre ellos Solimán-ben-Hud, que mandaba las tropas cristianas en el ejército de Mondir, y que, sin dejarse arrastrar por los fugitivos, presentó sus tropas en orden de batalla. Al pasar cerca de él le gritó Mon-

dir: "¡Miserable, sálvate! ¿Crees que tengo tiempo de esperarte?" "¡Ah!—exclamó Solimán—, nos sumes en una horrible desgracia y cubres a tu partido de oprobio." Convencido de la imposibilidad de resistir, siguió a su señor.

Abandonado por la mayor parte de los soldados, Mortada se defendió con el valor de la desesperación, y faltó poco para que cayese en manos de sus enemigos. Escapó no obstante, y ya había llegado a Guadix, fuera de los límites del territorio de Granada, cuando fué asesinado por emisarios de Jairan.

Este expió con la ruina de su propio partido su infame y cobarde traición; los eslavos no pudieron volver a reunir un ejército, y sus enemigos los berberiscos fueron desde entonces dueños de Andalucía. Sin embargo, Córdoba habría podido aún ser todo lo feliz que puede ser un pueblo dominado por otro. El régimen militar casi había terminado; un Gobierno menos arbitrario y duro tendía a consolidarse. Casim amaba la paz y el reposo, y no aumentaba los males de los cordobeses con nuevas opresiones. Queriendo hacer olvidar las disensiones antiguas, llamó a Jairan, se reconcilió con él y dió a otro eslavo, llamado Zohair, señor de Murcia, los feudos de Jaén, Calatrava y Baeza. Su ortodoxia era algo sospechosa; se le creía afiliado a las doctrinas xiitas; sin embargo, cualesquiera que fueran sus opiniones, no sólo no se las impuso a nadie, sino que ni siquiera hablaba de ellas, y no cambió nada relativo a la Iglesia. Gracias a la mo-

deración de este príncipe, la dinastía Hamudita tenía probabilidades de estabilidad. Cierto que el pueblo de la capital era poco afecto a ella; pero, a la larga, se habría consolado probablemente de la pérdida de sus antiguos señores, si circunstancias independientes a su voluntad no hubieran hecho renacer esperanzas, ya casi desvanecidas.

Desconfiando de los berberiscos, Casim buscó apoyo en otra parte. Los bereberes tenían a su servicio muchos esclavos negros. Casim se los compró, hizo venir otros de Africa, formó con ellos regimientos y confió a sus jefes los puestos más importantes (1). Con esto irritó a los berberiscos, y su sobrino Yahya supo aprovechar su descontento en provecho propio. Escribióles una carta, en que les decía entre otras cosas: "Mi tío me ha privado de mi herencia, y con vosotros ha cometido una gran sinrazón dando a vuestros esclavos negros los cargos que os pertenecen. Pues bien: si queréis devolverme el trono de mi padre, yo, a mi vez, me comprometo a devolveros vuestras dignidades y a relegar nuevamente a los negros al lugar que les corresponde." Como era de prever, los berberiscos le prometieron su apoyo. Yahya pasó, por lo tanto, el estrecho con sus tropas y desembarcó en Málaga, de donde su hermano Idris—que hacía causa común con él—era gobernador. Allí recibió una carta de Jairan, que, siempre dispuesto a sos-

(1) Aben-Hayan, fol. 128 r.; Ab-al-uahid, p. 45; Macari, tomo I, pp. 316 y 318.

tener a cualquier pretendiente, a reserva de volverse contra él cuando triunfaba, le recordaba lo que había hecho por su padre y le ofrecía sus servicios. Idris le aconsejó que no los aceptase. "Jairan —le dijo— es un hombre pérfido y quiere engañarte." "Estoy convencido de ello —le respondió Yahya—; pero dejémonos engañar, puesto que no perdemos nada." Y escribió al señor de Almería para decirle que aceptaba sus servicios, después de lo cual se apresuró a marchar sobre Córdoba. Su tío juzgó prudente no esperarle. Durante la noche del 11 al 12 de agosto de 1021, huyó a Sevilla, acompañado tan sólo de cinco jinetes, y al cabo de un mes su sobrino hizo su entrada en la capital. Su reinado fué de corta duración. Los negros no tardaron en unirse a Casim; muchos capitanes andaluces siguieron su ejemplo, y al fin Yahya se vió abandonado hasta por muchos berberiscos, a quienes indignaba su orgullo, llegando su situación a ser tan peligrosa, que temía a cada instante ser preso en su propio palacio. Resolvió, por lo tanto, ponerse en seguridad, y abandonando Córdoba a su suerte, salió de noche para Málaga. Casim volvió entonces, y el 12 de febrero de 1023 fué proclamado califa por segunda vez; pero su poder no descansaba sobre ninguna base sólida y disminuía cada vez más. En Africa, Idris, entonces gobernador de Ceuta, le arrebató la ciudad de Tánger, que había mandado fortificar cuidadosamente, y a la cual esperaba retirarse en caso de que no pudiera sostenerse de este lado del estrecho. En España,

Yahya le quitó Algeciras, donde se hallaban su esposa y sus tesoros. En la misma capital no podía contar más que con los negros. Envalentonados por este estado de cosas, los cordobeses, que habían visto con fría indiferencia la lucha entre el tío y el sobrino, comenzaron a soliviantarse. La idea de libertarse del yugo de los berberiscos latía en todos los corazones, y se difundió el rumor de que no tardaría en presentarse un individuo de la familia Omeya para tomar posesión del trono. Casim se alarmó, y como no había sido designado ningún ommíada, mandó prender a todos los que se encontrasen. Ellos se ocultaron, ya en provincias, ya entre gentes de la clase baja; pero las medidas de Casim no impidieron que estallase la revolución. Reducidos al último extremo por las vejaciones de los berberiscos, los cordobeses empuñaron las armas el 31 de julio de 1023. Después de un combate encarnizado, los dos partidos concertaron una especie de paz, o más bien de tregua, en que prometieron respetarse recíprocamente. Pero esta tregua fué de corta duración, aunque Casim intentó prolongarla con una fingida condescendencia hacia el pueblo. El viernes 6 de septiembre, después de los oficios divinos, el grito de "¡A las armas! ¡A las armas!" se oyó por todas partes, y los cordobeses arrojaron a Casim y a los berberiscos, si no de los arrabales, al menos de la ciudad. Casim se estableció al Oeste y sitió a los insurrectos durante más de cincuenta días. Defendiéronse con gran tenacidad; pero cuando comenzaron a faltar los ví-

veres, pidieron a los sitiadores permiso para abandonar la ciudad con sus mujeres y sus hijos, proposición que fué rechazada, y entonces los cordobeses adoptaron una resolución que sólo la desesperación podía dictarles. Derribando una puerta salieron todos de la ciudad el jueves 31 de octubre, y cayeron con tal furia sobre sus enemigos, que éstos emprendieron la fuga en el mayor desorden. Los capitanes se retiraron a sus feudos; el mismo Casim esperaba encontrar un refugio en Sevilla; pero, alentada por el ejemplo de Córdoba, aquella ciudad cerró sus puertas y se constituyó en república. Entonces se encerró en Jerez; pero Yahya fué a sitiarle y el obligó a rendirse, concluyendo así el papel que Casim había representado en la escena política. Yahya, que le había llevado a Málaga cargado de cadenas, había jurado matarle; pero sus escrúpulos le impidieron cumplir su juramento. Creía ver en sueños a su padre, que le decía: "Te ruego que no mates a mi hermano. Cuando yo era todavía niño, me hizo mucho bien, y aunque era mayor que yo, no me ha disputado el trono." Sin embargo, muchas veces, cuando estaba ebrio, quería darle muerte, pero siempre cedía a los consejos de sus convidados, que le manifestaban que estando preso Casim no podía perjudicarle. Casim permaneció encerrado durante trece años en un castillo de la provincia de Málaga; pero en 1036, Yahya oyó decir que había tratado de atraerse la guarnición para inducirla a rebelarse. "¡Qué!—exclamó entonces—, ¿todavía tiene ambición ese viejo?

En este caso es preciso acabar con él." Y dió orden de estrangularle (1).

Habiendo recobrado los cordobeses su independencia, resolvieron, no tumultuariamente, sino con orden, con regularidad, restaurar en el trono a los ommíadas. En el mes de noviembre de 1023 quedaron constituídas las juntas y empezaron las deliberaciones. Los visires resolvieron proponer a sus conciudadanos tres personas, entre las cuales pudieran elegir: Solimán, hijo de Abderrahman IV Mortada; Abderrahman, hermano de Mahdi, y Mohámed ben-al-Iraki. Estaban tan convencidos de que Solimán, cuyo nombre figuraba a la cabeza de la lista, obtendría mayoría de votos, que el secretario de Estado, Ahmed aben-Bord, había mandado ya redactar el acta de investidura, a nombre de este candidato.

Su influencia, no obstante, era menor de lo que se imaginaban, y se habían equivocado gravemente al pensar que el partido del segundo candidato, Abderrahman, no era de temer. Era éste un joven de veintidós años que, desterrado por los hamuditas, había vuelto secretamente a la capital poco tiempo antes. Testigo de la rebelión de los cordobeses contra los berberiscos, intentó en esta ocasión formarse un partido y proclamarse califa, proyecto que se había frustrado. Los visires que dirigían la insurrección, y que no estaban de su

---

(1) He creído que debía preferir el testimonio del autor copiado por Macari—t. I, p. 319—, cuyo relato es más circunstanciado que el de Homaidi—*apud* Abd-al-uahid. p. 37—.

parte, habían hecho encerrar a sus emisarios en la cárcel, donde aun permanecían cuando tuvo lugar la elección, y hasta habían querido prender al mismo Abderrahman. Sin embargo, después, cuando formaron la lista de candidatos, creyeron que debían incluir en ella su nombre, temiendo, si no lo hacían, disgustar a algunos de sus conciudadanos; pero tan lejos estaban de pensar que este príncipe podía ser para Solimán un competidor peligroso, que le colocaban casi en la misma línea que a Mohámed ben-al-Iraki, el tercer candidato, que no gozaba de ninguna popularidad.

Creyéndose seguros del triunfo, los visires invitaron a los nobles, a los soldados y al pueblo a reunirse en la gran mezquita el 1.° de diciembre, a fin de elegir califa. En el día prefijado, Solimán se presentó el primero en el templo, acompañado del visir Abdalla aben-Mojamis. Iba vestido con magnificencia, y la alegría brillaba en su semblante, por estar convencido de que el pueblo le elegiría. Sus amigos le salieron al encuentro y le rogaron que se sentase en un alto estrado preparado para él. Poco después entró en la mezquita, por otra puerta, Abderrahman, rodeado de muchos soldados y obreros, y en cuanto aquella multitud atravesó el umbral, le proclamó califa, en medio de atronadoras aclamaciones que hacían retemblar el edificio. Los visires, que no esperaban esto, cayeron en un mudo estupor, aparte de que habría sido imposible hacerse oír en medio del tumulto. Resignáronse a aceptar a Abderrahman

como califa, y Solimán, más asombrado y turbado aún, tuvo que darles ejemplo. Arrastráronle a presencia de Abderrahman, a quien besó la mano; él le hizo sentar al lado suyo. El tercer candidato, Mohámed ben-al-Iraki, prestó también juramento, y entonces el secretario de Estado borró con un raspador el nombre de Solimán en el acta de investidura, y lo sustituyó por el de Abderrahman V, que adoptó el título de Mostadir.

XVII

Cuando se refiere la historia de una época desastrosa, destrozada por contiendas civiles, a veces se experimenta la necesidad de apartar la vista de las luchas de los partidos, de las convulsiones sociales, de la sangre derramada, y distraer la imaginación, transportándola a un ideal de calma, de inocencia y de ilusiones. Detengámonos un instante para fijar la atención en los poemas que un amor cándido y puro inspiró al joven Abderrahman V y a su visir, Ben-Hazm. Exhalan como un perfume de juventud, de sencillez y de dicha, y tienen un atractivo tanto más irresistible cuanto menos se esperan oír estos acentos dulces y tranquilos en medio de la general perturbación, este canto de ruiseñor en medio de la tempestad.

Niño todavía, amaba Abderrahman perdidamente a su prima Habiba-Amada—hija del califa Solimán—; pero suspiraba en vano. La viuda de

Solimán se oponía al matrimonio, y le daba a entender que no accedería. Entonces él compuso estos versos, donde el sentimiento de la altivez herida surge al lado de un amor profundo:

"¡Siempre pretextos para no acceder a mi demanda, pretextos contra los cuales mi orgullo se rebela! Su ciega familia quiere obligarla a rechazarme; mas ¿puede la luna esquivar al sol? ¿Cómo la madre de Habiba, que conoce mis cualidades, puede no quererme por yerno?

"Sin embargo, amo intensamente a esa joven cándida y bella de la familia de Abd-Xams, que lleva una vida tan retirada en el harén de sus padres; he prometido servirla como un esclavo toda mi vida, y le he ofrecido mi corazón por dote.

"Como el sacre cae sobre la paloma que despliega las alas, así me he lanzado, desde que la vi, sobre esta paloma de Abd-Xams, yo, que pertenezco a la misma ilustre familia.

"¡Cuán bella es! Las pléyades envidian la blancura de sus manos, y la aurora tiene celos del brillo de su cuello.

"Tú has impuesto a mi amor un largo ayuno, ¡oh, amada mía! ¿Qué haría si me permitieras romperlo?

"En tu casa busco remedio a mis males; en tu casa, sobre la cual quiera Dios prodigar sus mercedes. Allí es donde mi corazón hallaría alivio a su sufrimiento; allí es donde se extinguiría el fuego que me devora.

"Si me rechazas, prima mía, rechazarás, te lo juro, a un hombre que es tu igual por su nacimiento y que por el amor que le has inspirado tiene un velo ante sus ojos.

"Mas no desespero de poseerla un día y llegar así al colmo de mi gloria, porque sé esgrimir la lanza cuando los caballos negros, tintos en sangre, parecen rojos. Honro y respeto al extranjero, que se ha albergado bajo mi techo, y colmo de beneficios al que acude a mi generosidad. Ninguno en su familia merece poseerla más que yo, porque ninguno me iguala en reputación, en renombre. Tengo cuanto es preciso para agradarla: juventud, cortesía, dulzura y elocuencia."

Se ignora cuáles eran los sentimientos de Habiba respecto al joven; los escritores árabes han dejado en la incertidumbre y en la vaguedad esta bella y fugitiva aparición, de que la fantasía desearía fijar los rasgos. Ella, sin embargo, no parece que fué insensible a los homenajes de Abderrahman. Habiéndole encontrado un día, bajó los ojos ante las miradas de fuego del príncipe; enrojeció, y, en su turbación, se olvidó de devolverle el saludo. Abderrahman interpretó erróneamente esta aparente falta de cortesía, que no era, en realidad, más que púdica timidez, y compuso este poema:

"¡Salud a la que no se ha dignado dirigirme una sola palabra; salud a la graciosa gacela, cuyas miradas son otras tantas flechas que me tras-

pasan el corazón! ¡Ay!, jamás me envía su imagen para calmar la agitación de mis sueños. ¿No sabes tú, cuyo nombre es tan dulce de pronunciar, que te amo sobre todo encarecimiento y que sería para ti el amante más fiel que existe en el mundo? (1)."

No parece que obtuvo nunca la mano de Habiba, y, en general, no fué afortunado en amor. Verdad es que otra beldad no se mostró esquiva con él; pero después faltó a la fe prometida, como lo prueban estos versos que le dirigió:

"¡Ah, cuán largas son las noches desde que prefieres a mi rival! ¡Oh, graciosa gacela! Tú, que has faltado a tus juramentos y que me has sido infiel, ¿has olvidado aquellas noches que hemos pasado juntos, en un lecho de rosas? El mismo chal ceñía nuestras espaldas; nos entrelazábamos como se entrelazan las perlas de un collar; nos abrazábamos como se abrazan las ramas de los árboles; nuestros dos cuerpos no formaban más que uno solo, mientras las estrellas semejaban puntos de oro brillando sobre un campo de azur (2)."

El joven Abderrahman tenía un amigo que se le parecía en muchos aspectos, y al cual nombró

(1) Ben-al-Abar, pp. 165 y 166. El man. de Aben-Basam —t. I, fol. 11 r. y v.—me ha servido para corregir algunos errores *en estos textos*.

(2) Macari, t. I, p. 285; variantes en Aben-Basam, tomo I, fol. 11 v., 12 r.

su primer ministro. Era Alí-ben-Hazm. Sus antepasados, que habitaron el territorio de Niebla, habían sido cristianos hasta su bisabuelo, Hazm, que abrazó el islamismo; pero él, avergonzado de su origen y queriendo borrar la huella, renegaba de sus abuelos. Lo mismo que su padre, Ahmed —que había sido visir con los amiritas—, pretendía descender de un persa manumitido por Yezid, hermano del primer califa ommíada, Moauia (1), y respecto a la religión de sus antepasados, sentía el más profundo desdén. "Fuerza es no asombrarse nunca de la superstición de los hombres —dice en su tratado sobre las religiones—. Los pueblos más numerosos y más civilizados están sujetos a ella. ¡Ved a los cristianos! Son tan numerosos, que sólo su creador puede contarlos; hay entre ellos sabios ilustres y príncipes de rara sagacidad. Sin embargo, creen que uno es tres y que tres son uno; que uno de los tres es el padre, otro el hijo y el tercero el espíritu; que el padre es el hijo y que no es el hijo; que un hombre es Dios y que no es Dios; que el Mesías es Dios enteramente, y que, sin embargo, no es el mismo Dios; que el que ha existido desde toda la eternidad ha sido creado. La secta llamada de los jacobitas, que comprende centenas de millares, cree también que el Creador ha sido azotado, abofeteado, crucificado y muerto; en fin, que el Universo

---

(1) Véase mi Catálogo de man. orient., de la Biblioteca de Leyde, t. I, p. 227.

ha estado privado durante tres días de aquél que le gobierna (1)..." Por lo demás, estos sarcasmos no son de un escéptico, sino de un musulmán muy celoso. Ben-Hazm sostenía en religión el sistema de los dahiritas, secta que se atenía estrictamente a los textos y que consideraba como una invención diabólica lo que llamaba la decisión por analogía; es decir, la intervención de la inteligencia humana en las cuestiones de derecho canónico. En política estaba por la dinastía legítima, de la cual había llegado a ser cliente, gracias a una falsa genealogía, y los ommíadas no tenían servidor más fiel, más entusiasta y más adicto.

Cuando su causa parecía perdida irremisiblemente, cuando Alí ben-Hamud ocupaba el trono, y hasta el mismo Jairan, jefe del partido eslavo, le había reconocido, fué de los pocos que no perdieron el ánimo. Cercado de enemigos y de espías, continuó intrigando y conspirando, porque, como a todos los espíritus entusiastas, la prudencia le parecía cobardía. Jairan descubrió sus manejos, y, depués de hacerle expiar su celo intempestivo con muchos meses de prisión, le condenó al destierro. Ben-Hazm se fué con el gobernador del castillo de Aznalcázar, no lejos de Sevilla, y allí se encontraba aún cuando supo que el ommíada Abderrahman IV Mortada había sido proclamado califa en Valencia. Embarcóse inmediatamente para ofrecerle sus servicios, y combatió como un

(1) Ben-Hazm, *Tratado de las religiones*, t. II, fol. 227 r.

héroe en la batalla que Mortada perdió por la traición de sus supuestos amigos; mas habiendo caído en manos de los berberiscos vencedores, no recobró la libertad sino mucho después (1).

Tiempo vendrá en que Ben-Hazm llegará a ser el sabio más grande de su época y el escritor más fecundo que España había producido hasta entonces. Por el pronto, era, ante todo, poeta, y uno de los poetas más graciosos de la España árabe. Se hallaba aún en la dichosa edad de las ilusiones, pues sólo contaba ocho años más que su soberano. También había tenido su novela de amor, por lo demás bien sencilla; pero él la refiere con tanto candor, delicadeza y encanto, que no podemos resistir a la tentación de reproducirla con sus propias palabras. Sin embargo, nos veremos obligados a suprimir aquí y allí algunas metáforas atrevidas, algunos adornos, algunas lentejuelas que, en opinión de un árabe, prestan al discurso inimitable gracia, pero que toleraría difícilmente la sobriedad de nuestro gusto.

"En el palacio de mi padre—dice Ben-Hazm—había una joven que recibía allí su educación. Contaba diez y seis años, y no había mujer que la igualase en belleza, en inteligencia, en pudor, en recato, en modestia y en dulzura. Las bromas y los galanteos la disgustaban, y hablaba muy poco. Nadie se atrevía a elevar sus deseos hasta

(1) Véase mi Catálogo, t. I, pp. 225 y 230.

ella, y, sin embargo, su belleza conquistaba todos los corazones, porque, aunque altiva y avara en sus favores, era más seductora que la más refinada coqueta. Era seria y no gustaba de las diversiones frívolas; pero tocaba el laúd de un modo admirable.

"Yo era entonces muy joven, y no pensaba más que en ella. Le oía hablar algunas veces, pero siempre en presencia de otras personas, y durante dos años había buscado inútilmente ocasión de hablarle sin testigos. Celebrábase un día en nuestra morada una de esas fiestas frecuentes en los palacios de los magnates, y a la cual asistían las mujeres de nuestra casa, las de casa de mi hermano, las de nuestros clientes y servidores principales. Después de pasar parte del día en palacio, las señoras fueron a la azotea, desde la cual se divisaba un magnífico panorama de Córdoba y sus alrededores, y se colocaron donde los árboles de nuestro jardín no quitaban la vista. Yo estaba allí, y me aproximé al alféizar donde *ella* se encontraba; pero, en cuanto me vió a su lado, corrió, con graciosa rapidez, a otro alféizar. La sigo, y se me escapa de nuevo. Conocía harto bien los sentimientos que me inspiraba, porque las mujeres tienen más sutileza para adivinar el amor que les profesan que el beduíno que viaja de noche por el desierto para reconocer las huellas del camino; pero, afortunadamente, las demás no se dieron cuenta de nada, porque, ocupadas en buscar el mejor punto de vista, no fijaban su atención en mí.

"Habiendo bajado después al jardín, las que por su posición y su edad gozaban de más influencia rogaron a la señora de mis pensamientos que cantase algo, y yo apoyé su demanda. Ella tomó su laúd y empezó a templarlo, con un pudor redoblaba sus gracias a mis ojos, y luego cantó estos versos de Abas, hijo de Almaf:

"No pienso más que en mi sol, en la joven ligera y flexible que he visto desaparecer tras las sombrías murallas de palacio. ¿Es una criatura humana? ¿Es un genio? Es más que una mujer; pero si tiene toda la belleza de un genio, no tiene su malicia. Su rostro es una perla; su talle es un narciso; su aliento, un perfume, y toda ella, una emanación de luz. Cuando se la ve, vestida con su túnica amarilla, marchar con una ligereza inconcebible, diríase que puede poner los pies sobre las cosas más frágiles sin romperlas."

"Mientras cantaba, no eran las cuerdas del laúd las que hería con el plectro, sino mi corazón. Jamás este delicioso día se borrará de mi memoria, y hasta en mi lecho de muerte lo recordaré. Pero desde entonces no he escuchado su dulce voz, ni siquiera la he visto."

"No la censuro—decía yo en mis versos—si me evita y me huye, porque no merece reproches. Es bella como la gacela o la luna; pero la gacela es tímida, y no es dado a un mortal alcanzar la luna.

"Me privas de la dicha de escuchar tu suave voz—decía yo también—, y no quieres que mis ojos contemplen tu belleza. Absorta por completo en tus piadosas meditaciones, consagrada a Dios, no piensas en los mortales. ¡Cuán feliz Abas, cuyos versos has cantado! Y, sin embargo, si te hubiera oído, estaría triste el gran poeta, y te tendría envidia, como a su vencedora, porque al cantar sus versos has puesto en ellos un sentimiento de que él nunca tuvo idea."

"Tres días después que Mahdi fué proclamado califa, abandonamos nuestro nuevo palacio, situado en el barrio oriental de Córdoba; es decir, en el arrabal llamado de Zahira, para volver a nuestro antiguo palacio del barrio occidental, en el Balat-Mogit; pero, por razones inútiles de exponer, la joven no vino con nosotros. Entronizado nuevamente Hixem II, los que estaban entonces en el poder nos hicieron caer en desgracia; nos exigieron sumas enormes, nos encarcelaron, y cuando recobramos la libertad, tuvimos que ocultarnos. Vino la guerra civil. Todo el mundo tuvo que padecer con ella, pero nuestra familia más que ninguna. En tanto, murió mi padre, el sábado 21 de junio de 1012, y nuestra suerte no mejoró. Pero un día en que asistía a los funerales de uno de mis parientes, reconocí a la joven entre las plañideras. Yo tenía muchos motivos de tristeza aquel día; todas las desgracias parecían herirme a la vez, y, sin embargo, cuando volví a verla.

el presente, con todas sus miserias, desapareció como por encanto; ella me recordaba el pasado, mi amor de joven, mis hermosos días marchitos, y por un momento me encontré joven y feliz como en otro tiempo. Mas, ¡ay!, aquel momento fué muy corto, y vuelto otra vez a la triste y sombría realidad, mi dolor, agravado por los sufrimientos que me producía un amor sin esperanza. fué más penetrante y más agudo."

"Ella llora a un muerto que todo el mundo honraba y respetaba—decía yo en una poesía compuesta en aquella ocasión—; pero el que vive todavía tiene más derecho a sus lágrimas. ¡Cosa extraña! Ella se conduele del que ha muerto dulce y naturalmente, y no se apiada del que hace morir de desesperación."

"Poco después, cuando las tropas berberiscas se apoderaron de la capital, fuimos desterrados, y abandoné Córdoba a mediados de julio del año 1013. Transcurrieron cinco años, durante los cuales no volví a ver a la joven. Al fin, cuando regresé a Córdoba, en febrero de 1018, me alojé en casa de una parienta mía y allí la encontré; pero había cambiado de tal modo, que no habría podido reconocerla si no me hubiesen dicho que era ella. Aquella flor, que antes era contemplada con éxtasis y que todos habrían querido coger si el respeto no los hubiera detenido, estaba ya marchita; apenas le quedaban algunos rasgos para atesti-

guar que había sido bella. Es que durante aquellos años desastrosos no había podido cuidarse. Educada bajo nuestro techo en medio del lujo, de repente se había visto obligada a ganarse la vida con un asiduo trabajo. ¡Ay! Las mujeres son flores muy frágiles: cuando no se las cuida, se marchitan. Su belleza no resiste, como las de los hombres, los ardores del sol, el simún, la intemperie de las estaciones, la falta de comodidades; sin embargo, tal como era me habría hecho aún el más feliz de los mortales si hubiera querido dirigirme una palabra tierna; pero permaneció indiferente y fría, como siempre había sido conmigo. Poco a poco aquella frialdad comenzó a apartarme de ella; la pérdida de su belleza hizo el resto.

"Nunca le he reprochado nada, ni hoy la censuro. No tengo derecho. ¿De qué puedo quejarme? Podría hacerlo si me hubiese halagado con esperanzas engañosas; pero nunca me dió la menor esperanza, nada me prometió jamás" (1).

En el relato que acaba de leerse, sin duda se habrán notado rasgos de una sensibilidad exquisita y poco común entre los árabes, que prefieren generalmente las gracias que atraen, los ojos que prometen, la sonrisa que alienta. El amor que sueña Ben-Hazm tiene una mezcla de atractivo físico, sin duda—el objeto deseado cuando ya no es lo que era hace que los sentimientos sean menos dolorosos—; mas también había en él inclinación mo-

(1) Ben-Hazm, *Tratado del amor*, fols. 99 r., 102 v.

ral, delicada galantería, entusiasmo, estimación, y lo que le encanta es una belleza tranquila, modesta, llena de dulce dignidad. Pero conviene no olvidar que este poeta, el más casto, y estoy tentado a decir el más cristiano entre los poetas musulmanes, no era un árabe de pura sangre. Bisnieto de un español cristiano, no había perdido completamente el modo de pensar y de sentir propio de su raza. Podían estos españoles arabizados renegar de su origen; podían invocar a Mahoma en vez de invocar a Cristo, y perseguir con sarcasmos a sus antiguos correligionarios; pero en el fondo de su alma quedaba siempre algo puro, delicado, espiritual, que no era árabe."

XVIII

Apenas habían transcurrido siete semanas desde que los cordobeses habían elegido a Abderrahman V, y que éste había nombrado primer ministro a Ben-Hazm, cuando ya el uno había dejado de existir, y el otro, despidiéndose para siempre de la política y de las grandezas mundanas, buscaba el consuelo y el olvido del pasado en el estudio, el silencio y la oración. Y no es que pueda imputárseles tratar los asuntos serios con la vanidad y los caprichos que el público considera frecuentemente como privilegio de los poetas; al contrario, se complacían en reconocerles una gran aptitud para el gobierno. Educados en la ruda

escuela del destierro y el infortunio, habían aprendido bien pronto a conocer a los hombres, a comprender y juzgar los acontecimientos; pero estaban rodeados de toda clase de peligros. Abderrahman no se apóyaba más que en la nobleza joven. Además de Alí-ben-Hazm, un primo de éste, llamado Abd-al-Uahab ben-Hazm, y Abu-Amir aben-Xohaid, eran sus habituales consejeros. Tenían ingenio y talento, pero chocaban contra los rígidos musulmanes, por la libertad de sus opiniones religiosas. Respecto a los patricios de más edad, habían querido votar a Solimán y, aunque este candidato había sido desechado por la mayoría, habían intrigado tan abiertamente en su favor, que Abderrahman se había visto obligado a prenderlos. Las personas sensatas aprobaban esta medida, que creían necesaria; pero la aristocracia estaba descontenta. Censurábase, además, al monarca el retener prisioneros a sus dos competidores. Cierto que los trataba amistosamente, pero no les permitía salir de palacio. Por otra parte, como las desgracias públicas habían agotado todas las fuentes de trabajo, había multitud de obreros sin ocupación, siempre dispuestos a derribar con su hacha todo el edificio de la antigua sociedad. Y, desgraciadamente, estas cohortes de la destrucción tenían un jefe, un ommíada llamado Mohámed. Cuando se constituyeron las juntas para elegir monarca, había esperado que la elección recayera en él. Sin embargo, su nombre no fué siquiera pronunciado, lo que no es de ex-

trañar, pues Mohámed era un hombre sin espíritu, sin talento, sin cultura, que no conocía otros placeres que los de la mesa y el libertinaje. Pero él no se juzgaba así, y cuando supo que nadie se había acordado de él y que habían entronizado a un joven, su furor no tuvo límites. Sirvióse entonces de su influencia sobre los obreros, que tomaban su grosería por bondad, y con los cuales vivía en una intimidad tan estrecha que un tejedor llamado Ahmed aben-Jalid era su mejor amigo. Vigorosa y hábilmente secundado por este hombre, Mohámed estimuló a los obreros la pasión por el pillaje y las revueltas, y preparó todo para una insurrección formidable.

Al principio no parecía temer una coalición del populacho con los patricios que habían sido presos, puesto que unos y otros tenían candidatos diferentes; pero habiendo muerto Solimán, consintieron los patricios en aliarse con los demagogos. Uno de ellos, Ben-Imran, les sirvió de intermediario. En su bondad irreflexiva, Abderrahman V le había devuelto la libertad, aunque uno de sus amigos se había opuesto diciéndole: "Si Ben-Imran da un paso fuera de la prisión, acortará tu vida todo un año." Era, efectivamente, un hombre muy peligroso. Procuró sobornar a los jefes de la guardia, y lo consiguió tanto más fácilmente porque la guardia estaba descontenta del califa. Dos días antes había llegado a Córdoba un escuadrón berberisco para ofrecer sus servicios al monarca, y éste, comprendiendo que ro-

deado de toda clase de peligros tenía necesidad de soldados, había aceptado su ofrecimiento, lo cual excitó los celos de la guardia, que, estimulada por Ben-Imran, se dirigió al pueblo. "Nosotros somos los que hemos vencido a los berberiscos —decían los soldados—; nosotros, los que los hemos echado, y ahora este hombre, colocado por nosotros en el trono, trata de traerlos de nuevo a la ciudad y de sometermos otra vez a su detestable yugo." El pueblo, que no esperaba más que una ocasión, una señal, para sublevarse, se dejó seducir fácilmente por estas instigaciones, y Abderrahman aun no se había dado cuenta de nada, cuando ya la multitud había invadido su palacio y libertado a los nobles que él había hecho prender. El desgraciado monarca comprendió al punto que era su vida lo que querían. Pidió consejo a los visires; pero éstos, que temían por sí mismos, deliberaban aún sobre el partido que debían adoptar, cuando los guardias les gritaron que nada tenían que temer siempre que abandonasen a su suerte a Abderrahman. Triunfó el egoísmo en la mayor parte, y abandonaron furtivamente al monarca uno tras otro. Sin embargo, pronto comprendieron que las promesas de los guardias eran falaces, porque muchos de ellos, como el prefecto de la ciudad, fueron muertos cuando salían de palacio por la puerta de la sala del baño.

También Abderrahman, que había montado a caballo, intentó salir por la misma puerta; pero los guardias se lo impidieron mostrándole las puntas

de sus lanzas y abrumándole a injurias. Retrocedió, y echando pie a tierra, entró en la sala del baño, donde se quitó sus vestidos, a excepción de la túnica, y se ocultó en la estufa. El pueblo y los guardias ojeaban en tanto a los berberiscos cual si fuesen fieras. Aquellos infelices fueron muertos allí donde se habían refugiado, en palacio, en la sala del baño y en la mezquita. Las mujeres del harén de Abderrahman cayeron en suerte a los guardias, que las condujeron a sus viviendas.

Mohámed triunfaba. Proclamado califa en la sala en que el califa destronado estaba oculto, trasladóse al salón y ocupó el trono, rodeado de los guardias y del populacho. No obstante, su situación era precaria mientras viviera su antecesor; así que hizo buscarle por todas partes, y cuando le encontraron, le mandó matar—18 de enero de 1024—.

Mohámed adoptó el título de Mostacfi. Intentó hacerse popular prodigando el dinero y los títulos a cuantos lo deseaban; pero la cólera de la clase media y de la nobleza fué extraordinaria cuando nombró ministro a su amigo el tejedor. Por otra parte, su reinádo no fué de larga duración. Como se comprende, gobernó mal. Sabiendo que se conspiraba contra él, encarceló a muchos individuos de su familia y aun mandó estrangular a uno de ellos, lo cual causó gran indignación en Córdoba. También mandó prender a los principales consejeros de su antecesor, como los dos Ben-Hazm, y a fin de no participar de la misma suerte, Abu-Amir, Aben-Xohaid y otros muchos abandonaron la capital y

se trasladaron a Málaga, cerca del hamudita Yahya, a quien excitaron a poner término a la anarquía que reinaba en Córdoba (1). Sus tentativas no resultaron completamente infructuosas. Por lo menos en Córdoba se supo que Yahya se disponía a atacar la ciudad, y estalló un tumulto—mayo de 1025—. El antiguo tejedor, visir de Mohámed II, fué muerto a puñaladas por el pueblo, que en su furia brutal no cesó de herir el cadáver hasta que estuvo completamente frío. Respecto a Mohámed II, su palacio fué cercado, y cuando los guardias le encontraron, le dijeron: "Bien sabe Dios que hemos hecho todo lo posible para consolidar tu poder; pero ahora vemos que hemos intentado un imposible. Tenemos que salir para luchar con Yahya, que nos amenaza, y tememos que te ocurra algo grave cuando hayamos partido. Te aconsejamos, pues, que abandones la ciudad secretamente." Viendo que todo estaba perdido para él, Mohámed resolvió seguir sus consejos. Poniéndose el traje de una cantadora y cubriéndose el rostro con un velo, salió de palacio y de la ciudad, acompañado de dos mujeres, yendo a ocultar su vergüenza en un obscuro lugar de la frontera, donde fué envenenado por un oficial demasiado comprometido para no seguirle, pero que se aburría de estar encadenado a un proscripto (2).

---

(1) Véase Aben-Basam, t. I, fol. 82 v.

(2) Ben-Hayan, *apud Aben-Basam*, t. I, fols. 9 v., 11 r., 114 r., 115 r.; Ben-al-Atir; Macari, t. I, pp. 319 y 320; Abd-al-uahid, pp. 38-40; Rodrigo de Toledo, c. 44.

Durante seis meses no hubo monarca en Córdoba. La ciudad fué gobernada bien o mal por el Consejo de Estado; pero semejante situación no podía prolongarse mucho tiempo. Vendrá un día en que esto será preciso; pero el momento no había llegado aún; el viejo mundo se desplomaba, pero el nuevo no era todavía más que un ensayo. A los hombres de buen sentido, la monarquía les parecía aún la única forma de gobierno compatible con el orden; pero ¿con quién restaurarla? ¿Con un Omeya? Se había querido, se había intentado, se había elegido al mejor príncipe de esta familia al entronizar a Abderrahman V, y, sin embargo, la empresa había fracasado completamente. Para mantener el orden, para contener al populacho, siempre inquieto, siempre agitado y pronto al tumulto, al asesinato y al saqueo, hacía falta un príncipe que dispusiese de tropas extranjeras, y los ommíadas no las tenían. Entonces se pensó en devolver el trono al hamudita Yahya, contra el cual no tenían muchas quejas, y esta idea no la concibieron, a nuestro entender, algunas personas mal intencionadas, como parece indicar un autor árabe (1), sino todo el partido del orden, que no veía otro medio de salvación. Entróse en negociaciones con Yahya, que residía en Málaga, y que aceptó la oferta de los cordobeses sin entusiasmo, casi con indiferencia. Desconfiando de la movilidad habitual

---

(1) Homaidí, a quien han copiado todos los demás escritores árabes.

de los iniciadores, y sabiendo además que para ellos no era más que una mala andanza, se quedó donde estaba y se limitó a enviar a Córdoba un general berberisco con algunas tropas — noviembre de 1025—.

Los acontecimientos demostraron que había obrado prudentemente. Los habitantes de la capital no tardaron en disgustarse de la dominación africana, y prestaron atento oído a los emisarios de los señores eslavos del Este: Jairan, de Almería, y Mochehid, de Denia, que les aseguraban que, si querían emanciparse de ella, sus señores vendrían a ayudarlos. Esta promesa no fué vana. En el mes de mayo de 1026, cuando los ánimos les parecieron bastante preparados, marcharon ambos príncipes hacia la capital con numerosas tropas, y los cordobeses se sublevaron, echando al gobernador enviado por Yahya, después de matarle gran número de soldados. Hecho esto, franquearon sus puertas a Jairan y Mochehid; pero cuando se trató de constituir un Gobierno, ambos príncipes no pudieron llegar a un acuerdo, y como Jairan temía que su aliado le traicionase, se apresuró a volver a Almería—12 de junio—. Mochehid permaneció durante algún tiempo en la capital, mas también la abandonó sin haber restablecido la monarquía. Después de su marcha, los miembros del Consejo de Estado decidieron restaurarla, aunque una triste experiencia debía haberles enseñado que iban a intentar un imposible. Un príncipe ommíada lanzado sin el apoyo de tropas

extranjeras en medio de dos clases irreconciliables, estaba condenado de antemano a sucumbir, ya por una insurrección popular, ya por una conspiración de los patricios. Para establecer un Gobierno duradero, la restauración de los ommíadas resultaba un medio engañoso; pero era el único que los más hábiles acertaban a imaginar. Sobre todo, Abu-'l-Hazm aben-Chauar, que era entonces el hombre más influyente, acariciaba esta idea. Concertóse, por lo tanto, con los jefes de las fronteras que se creía pertenecientes al partido ommíada o eslavo, pero que, a decir verdad, no tenían de común más que un odio profundo hacia los berberiscos. Después de largas negociaciones, algunos de estos señores aprobaron, al fin, el proyecto, acaso por estar convencidos de que no tenía ninguna probabilidad de realizarse, y se resolvió elevar al trono a Hixem, hermano mayor de Abderrahman IV Mortada. Este príncipe vivía en Alpuente, donde se había refugiado después del asesinato de su hermano. En el mes de abril de 1027, los habitantes de Córdoba le prestaron juramento; pero transcurrieron casi tres años antes de que se allanaran las dificultades, y durante este tiempo, Hixem III, apellidado Motad (1), vagaba de ciudad en ciudad, porque muchos jefes se oponían a que entrase en Córdoba (2). Los cordobeses supieron, al fin, que iba a llegar. Los miembros del Consejo de Estado hicieron, en se-

(1) O Motamid, según otros.
(2) Abd-al-uahid, pp. 40 y 41.

guida, los preparativos necesarios para recibirle con pompa; pero antes de que estuviese todo dispuesto, el 18 de diciembre de 1029, se recibió la noticia de que Hixem iba a entrar en la ciudad. Las tropas salieron a su encuentro, y en toda la población resonaron gritos de alegría. La multitud obstruía las calles por donde debía pasar el príncipe, y se esperaba verle desplegar una pompa magnífica y verdaderamente regia. Esta esperanza resultó fallida. Venía Hixem montado en un mal caballo, pobremente equipado; llevaba vestidos sencillos y poco en armonía con la dignidad de califa. No tuvo, pues, ningún prestigio; sin embargo, el pueblo le saludó con vibrantes exclamaciones de júbilo, porque se esperaba que terminarían los desórdenes y que se iniciaría un Gobierno equitativo y fuerte

Hixem III no era a propósito para realizar tales esperanzas. Bueno y dulce, era al mismo tiempo débil, irresoluto, indolente, y no sabía apreciar más que los placeres de la mesa. Desde el día siguiente pudieron convencerse los patricios de que no había sido acertada su elección. Celebróse una gran audiencia en el salón del trono, y todos los empleados fueron presentados al califa; pero como no estaba acostumbrado a las recepciones ni a las arengas, aquel anciano apenas pudo balbucear algunas palabras, y uno de los grandes dignatarios tuvo que tomar la palabra en su nombre. Luego, cuando los poetas le recitaron las odas que habían escrito con ocasión de su adve-

nimiento al trono, no supo dirigirles ninguna palabra ingeniosa, y hasta parecía que no entendía lo que le recitaban.

La presentación del califa había disipado ya toda ilusión; pero aun fué peor cuando, poco después, nombró primer ministro a Alhaquen aben-Said. Cliente de los amiritas, Alhaquen había ejercido primeramente el oficio de tejedor en la capital, y éste fué el origen de su conocimiento con Hixem, porque los príncipes ommíadas entablaron muchas veces relaciones con las clases bajas de la sociedad, cuyo apoyo buscaban. Durante la guerra civil, Alhaquen se había hecho soldado, y como parece que no carecía de valor ni de talentos militares, había ascendido rápidamente y ganado la estimación de los señores de las fronteras, a cuyas órdenes servía. En cuanto Hixem fué proclamado califa, le visitó y, recordándole su antigua amistad, supo insinuarse tan bien que no tardó en dominarle completamente. Nombrado primer ministro, tuvo buen cuidado de que la mesa del monarca apareciese cargada cada día de los manjares más exquisitos y de los vinos más selectos; le rodeó de cantadoras y danzarinas; procuró, en una palabra, hacerle la vida lo más grata posible, y el débil Hixem, indiferente a todo lo demás, y hasta dichoso por no tener que mezclarse en asuntos que le aburrían, le abandonaba de buen grado el gobierno del país.

Alhaquen halló el tesoro vacío. Para subvenir a los gastos era preciso encontrar ingresos más con-

siderables y más rápidos que los que la ley proporcionaba; pero ¿de dónde sacarlos? No había que pensar en imponer nuevas contribuciones, porque habría sido el medio más seguro para hacerse impopular. El ministro tuvo, por lo tanto, que recurrir a diversos expedientes, poco honrosos, en verdad, pero que la necesidad reclamaba. Habiendo descubierto que los hijos de Mudafar el amirita habían depositado objetos preciosos en casa de sus amigos, se apoderó de ellos y obligó a los principales mercaderes a comprarlos a un precio elevadísimo. Forzólos también a comprar el hierro y el plomo procedente de los palacios reales demolidos durante la guerra civil. Pero el dinero adquirido de este modo aun no bastaba, y entonces concedió su confianza a un faquí desacreditado y aborrecido, llamado Ben-al-Chayar, que ya antes había indicado al califa Alí-ben-Hamud medios eficaces, aunque vergonzosos, para llenar el Erario. En aquella ocasión, aun supo proporcionar a Alhaquen considerables ingresos, a expensas de las mezquitas. Este hecho fraudulento no quedó oculto porque los cordobeses, y sobre todo los faquíes, murmuraron, aunque no hacía mucho tiempo que los faquíes que tenían asiento en el tribunal habían permitido que les aumentaran los sueldos, aun no ignorando que el dinero que les daban procedía de contribuciones ilegales y que, por consiguiente, no les era lícito aceptarlo. Por eso Alhaquen se indignó de la hipocresía de los faquíes y les respondió lanzándoles un manifiesto fulminante. Su autor, Abu-Amir

aben-Xohaid, lo leyó en público, primero en palacio y después en la mezquita—junio de 1030—. Vivamente ofendidos, trataron los faquíes de que el pueblo compartiese su cólera; pero las masas parecían no tener graves motivos de queja, y no lo consiguieron. Por su parte, el Gobierno redobló el rigor. Un visir complicado en una conspiración fué ejecutado, y Aben-Xohaid quería que se ensañaran en los *grandes gorros*, como él decía. "No prestéis atención a las declamaciones de esa pandilla de avaros, que bien merecen que se les robe—afirmaba en una poesía dirigida al califa—, y dejad a mi lengua de basilisco el cuidado de decir lo que son."

Si Alhaquen no hubiera tenido en contra suya más que a los teólogos, se habría sostenido en el poder, porque en aquella época gozaban de poco crédito para perjudicarle; pero tenía enemigos mucho más peligrosos: casi toda la nobleza le era hostil. Lo humilde de su origen era, a los ojos de los patricios, una mancha indeleble. Veían en él no a un oficial de fortuna, sino a un tejedor, colocándole casi en la misma línea que al primer ministro de Mohámed II, aunque mediaba una gran diferencia entre ambos, porque el uno no había sido nunca más que un obrero, y el otro había pasado lo mejor de su vida en los campamentos o en la corte de los príncipes fronterizos. Poco escrupulosos en los medios de llenar el Tesoro, fácilmente hubieran perdonado a un hombre de su clase las operaciones financieras a que el ministro se había visto obligado a recurrir; pero como era un ple-

beyo quien las había hecho, las denunciaron al pueblo en cuanto las sospecharon, explotándolas en provecho de su odio, que, por lo demás, perjudicaba a sus propios intereses. Al principio, Alhaquen no había sentido repugnancia hacia ellos, ni los había excluído intencionadamente, como lo prueba el haber hecho su amigo y confidente al patricio Aben-Xohaid; pero viendo que no correspondían a estos anticipos más que con el desdén y el menosprecio, no hallando entre ellos más que mala voluntad, repulsión y hostilidad declarada, herida su susceptibilidad, buscó empleados entre los plebeyos. Los agraciados contaban anticipadamente con la reprobación de la nobleza, que no dejaba de decir que el ministro no concedía empleos más que a "jóvenes tejedores sin experiencia, a libertinos sin religión, que no pensaban más que en flores, en vino y en trufas; que lucían sus agudezas a expensas de las gentes más respetables y se burlaban de los desgraciados que venían a pedirles justicia". Consideraban al mismo Alhaquen como un intrigante sin capacidad, como un capitán sin valor, como un buen jinete y nada más. Tal vez el odio los cegaba; pero lo cierto es que para derrocar al que aborrecían recurrieron a los medios más odiosos.

Intentaron primeramente lanzar el pueblo a la rebelión, diciéndole que la paralización del comercio—cuya verdadera causa eran las calamidades públicas—debía atribuirse a los derechos de el ministro había impuesto a muchas mercancías. Estos discursos produjeron sus frutos, y algu-

nos hombres del pueblo prometieron a los nobles atacar la morada del ministro; pero, advertido a tiempo por uno de sus amigos, abandonó su palacio, e instalándose en el del califa, abolió los impuestos de que se quejaban, y dirigió al pueblo un largo manifiesto en que decía que no había establecido aquellos derechos más que para satisfacer apremiantes necesidades del Tesoro; pero que, desde entonces, procuraría pasarse sin ellos. Habiendo cesado el pueblo de murmurar, emplearon los nobles otro recurso. Como Alhaquen tenía poca confianza en los soldados andaluces, que estaban a devoción de los patricios, intentó formar compañías berberiscas (1). Murmuraron los andaluces, los nobles no dejaron de fomentar su descontento; pero advertido de lo que se tramaba contra él, Alhaquen adoptó medidas eficaces para mantener a los soldados en la obediencia, y castigó a los instigadores, reteniéndoles la paga. Entonces intentaron los patricios hacerle caer en desgracia con Hixem. Tampoco lo consiguieron, porque Alhaquen tenía más influencia que ellos en el ánimo del débil monarca, y les fué prohibida la entrada en palacio. Sólo Aben-Chauar, presidente del Consejo de Estado, conservaba cierto influjo sobre el califa, que le miraba con un sentimiento, mezcla de respeto y gratitud, pues era a él a quien debía su trono o, más bien, su do-

(1) Véase Ben-al-Atir.

rada ociosidad. Todos los esfuerzos de Alhaquen para hacer destituir a Aben-Chauar resultaron infructuosos; pero el ministro no se desalentaba, insistía sin cesar y se prometía vencer los escrúpulos del monarca. Aben-Chauar lo sabía, quizá se daba cuenta de que iba perdiendo terreno, y, por lo tanto, adoptó su partido: era forzoso acabar no sólo con el ministro, sino también con la monarquía, y entonces el Consejo de Estado reinaría sólo. No necesitó trabajar mucho para que sus colegas simpatizasen con este proyecto; mas ¿qué hacer para atraerse partidarios? En eso estribaba la dificultad; había mucha gente dispuesta a todo para destronar a Hixem III; pero en cuanto a sustituir el gobierno de uno solo por una oligarquía, nadie, excepto los miembros del Consejo, parecía haberlo imaginado siquiera; tan monárquicos eran aún los sentimientos y las ideas. Los consejeros juzgaron, por lo tanto, prudente ocultar su juego, y, fingiendo querer únicamente sustituir a Hixem III por otro monarca, entraron en negociaciones con un pariente del califa, llamado Omeya, joven temerario y ambicioso, pero poco perspicaz. Diéronle a entender los consejeros que si quería ponerse al frente de una insurrección podría conquistar el trono. Sin sospechar que era para ellos un instrumento que tirarían en cuanto se hubieran servido de él, el joven príncipe acogió ávidamente sus insinuaciones, y como no escatimaba el dinero, ganó fácilmente a los soldados, a quienes el ministro había retenido

la paga. En diciembre de 1031 (1), estos hombres se emboscaron, cayeron sobre Alhaquen cuando salía de palacio, le arrojaron a tierra y le asesinaron, sin que tuviese tiempo de desenvainar su espada; después, le cortaron la cabeza y, lavándola en el colador de la pescadería, porque la sangre y el lodo la habían desfigurado, la pasearon clavada en la punta de una pica. Omeya acudió a dirigir el movimiento de los soldados y de las turbas que se les habían unido, mientras Hixem, aterrado por los horribles gritos que oía resonar en torno de su morada, subía a una torre altísima, acompañado de las mujeres de su harén y de cuatro eslavos.

—¿Qué me queréis?—gritó a los insurrectos que se apoderaban ya del palacio—; yo no os he hecho nada; si tenéis alguna queja, id a mi visir y os hará justicia.

—¿Tu visir?—respondieron desde abajo—. Vamos a enseñártelo.

Y entonces Hixem vió en el extremo de una pica una cabeza horriblemente mutilada.

—¡Mira la cabeza de tu visir—gritaron—, de ese infame a quien has entregado tu pueblo, miserable holgazán!

Mientras Hixem intentaba aún apaciguar a aquellos hombres feroces, que no le respondían más que con injurias y ultrajes, otra banda penetró hasta los departamentos de las mujeres,

(1) Véase Ben-Hayan, *apud* Aben-Basam, t. I, fol. 157 r.

donde cogió cuanto valía la pena y donde encontró cadenas nuevas completamente, que Alhaquen —según decían—había hecho fabricar para los nobles. Omeya estimulaba a los saqueadores con el ademán y la palabra. "Tomad, amigos míos—exclamaba—; todas estas riquezas son vuestras; pero procurad también subir a la torre, y matadme a ese infame." Intentóse escalarla, mas en vano; la torre era demasiado alta. Hixem llamaba en su auxilio a los habitantes de la ciudad que no tomaban parte en el pillaje; pero nadie respondió a su llamamiento.

En tanto, Omeya, convencido de que los visires iban a reconocerle por califa, se había situado en el salón. Sentado sobre el sofá de Hixem y rodeado de los principales saqueadores, a quienes ya había conferido empleos, les dictaba órdenes como si ya fuese califa. "Tememos que te maten—le dijo uno de los presentes—, porque la fortuna parece haber abandonado a tu familia." "No importa—le respondió Omeya—que hoy me presten juramento y que me maten mañana" (1). El ambicioso joven no sabía lo que pasaba en aquel momento en casa de Aben-Chauar.

Desde el principio del tumulto, el presidente del Consejo había deliberado con sus colegas, reunidos en su morada, sobre las medidas que urgía adoptar, y habiéndolo arreglado todo entre ellos, fueron a palacio acompañados de sus clientes y de sus

---

(1) Ben-al-Atir, en el año 407.

servidores, bien armados todos. "¡Que cese el saqueo!—exclamaron—. Hixem abdicará; os respondemos de ello." Sea que la presencia de tan altos dignatarios impusiese a la multitud; sea que temiesen venir a las manos con su escolta; sea, en fin, que ya quedaba poco que saquear, el orden se restableció lentamente. "¡Ríndete y baja de la torre! —gritaron los visires dirigiéndose a Hixem—. Abdicarás, pero te perdonaremos la vida." A pesar suyo, Hixem tuvo que ponerse en sus manos, porque en la torre carecía de víveres. Bajó, pues, y los visires le hicieron llevar con sus mujeres a una especie de pasadizo que había en la gran mezquita. "Preferiría ser arrojado al mar a sufrir tantas tribulaciones—exclamó durante el trayecto—. Haced de mí lo que queráis, pero perdonad a mis mujeres, os lo suplico."

Al anochecer, convocaron los visires en la mezquita a los principales habitantes de Córdoba, y les consultaron lo que debía hacerse con Hixem. Decidióse encerrarle en una fortaleza, que designaron, y que partiese sin demora. Algunos *xaijs* fueron encargados de comunicar esta decisión al prisionero.

Cuando llegaron al pasadizo presentóse a sus ojos un triste espectáculo. Hallaron a Hixem sentado sobre las losas y rodeado de sus mujeres, que lloraban, con los cabellos sueltos y casi desnudas. Con mirada triste y sombría procura[illegible] en su seno a su hija única, a quien am[illegible] damente, casi con locura. La pobre niña,

pequeña para comprender la desgracia que había herido a su padre, tiritaba en aquel paraje mal aireado y húmedo, que el penetrante frío de la noche hacía más glacial aún, y se moría de hambre, porque, sea por olvido, sea por un refinamiento de crueldad, nadie había pensado en llevar un poco de alimento a aquella infortunada familia.

Uno de los *xaijs* tomó la palabra.

—Señor, venimos a anunciarte que los visires y los personajes, reunidos en la mezquita, han decidido que tu...

—Bien, bien—interrumpió Hixem—; me someto a su decisión sea la que sea; pero os suplico que deis un trozo de pan a esta pobre niña que se muere de hambre.

Profundamente conmovidos, los *xaijs* no pudieron contener sus lágrimas. Hicieron traer pan, y el que había hablado prosiguió en estos términos:

—Señor, se ha decidido que al amanecer seas trasladado a una fortaleza, donde quedarás prisionero.

—Sea—respondió Hixem con aire triste, pero resignado—. Sólo tengo una gracia que pediros: dadnos una luz, porque la obscuridad que reina en este triste recinto nos asusta.

A la mañana siguiente, en cuanto Hixem salió de [illegible]dad, los visires anunciaron a los cordo[illegible] pala[illegible]nifiesto que el califato quedaba para [illegible] y que el consejo de Estado había [illegible] las riendas del Gobierno. En seguida se trasladaron a palacio, donde aun estaba Omeya,

que había creído firmemente hasta entonces [illegible] secretas promesas de los visires, y ya había co[illegible]cado los oficiales para que le prestasen juramento. Iba a ser desengañado. Los visires reprendieron a jefes y oficiales la precipitación con que iban a reconocer a un aventurero, sin esperar la decisión de las personas eminentes. "Los notables—prosiguió Aben-Chauar—han abolido la monarquía, y el pueblo ha aplaudido esta medida. Guardaos bien, soldados, de encender la guerra civil; acordaos de los beneficios que os hemos hecho y esperadlos mayores, si os mostráis prontos a obedecernos." En seguida, dirigiéndose a los oficiales, les dijo: "Os encargo que prendáis a Omeya y que le llevéis, primero, fuera de palacio, y luego, f[illegible] mino de la ciudad."

Esta orden fué ejecutada al pu[illegible] el colmo del furor, pedía venganza c[illegible] fidos visires que, después de ha[illegible] con esperanzas engañosas, le arrojaban como a un vil criminal. Pretendió interesar en su causa a los oficiales; mas como éstos estaban acostumbrados a obedecer a los miembros del Consejo, las promesas que les prodigó fueron tan inútiles como sus injurias y amenazas. No se sabe de cierto cuál fué su suerte. Pasó algún tie[illegible] in que se oyese hablar de él. Más ad[illegible] volver a Córdoba, y hay quien [illegible] los patricios le hicieron asesinar secretamente (1).

(1) Véase Ben-al-Atir, en el año 407.